

A black and white portrait of a man in a suit and tie, with his face obscured by text. The man has dark hair and is wearing a dark suit jacket, a white shirt, and a patterned tie. The text is centered over his face.

JOHN
le CARRÉ

UN HOMBRE
DECENTE

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Nat, un veterano de cuarenta y siete años de los servicios secretos británicos, cree que sus años en la agencia han concluido. Está de vuelta en Londres con su mujer, la resignada Prue. Pero con la amenaza creciente de Moscú, la Oficina tiene otra misión para él: hacerse cargo de una difunta subestación de Londres con un desorganizado grupo de agentes. El único destello de luz en el equipo es la joven Florence, que tiene la mirada puesta en el Departamento Rusia y en un oligarca ucraniano involucrado en oscuros tejemanejes. Además de espía, Nat es un apasionado jugador de bádminton. Su habitual contrincante de los lunes por la tarde tiene la mitad de años que él. Es el introspectivo y solitario Ed, que odia el Brexit, aborrece a Trump y detesta su trabajo en una impersonal agencia de medios de comunicación. Y, por improbable que parezca, es Ed quien arrastrara a Prue, a Florence y al propio Nat por la senda de la indignación política en la que todos acabarían atrapados.

UN HOMBRE DECENTE

John le Carré

Traducción de Benito Gómez Ibáñez



Nuestro encuentro no estaba planeado. Ni por mí, ni por Ed ni por ninguno de los que presuntamente le tiraban de los hilos. Yo no estaba en el punto de mira. Ed tampoco. No éramos objeto de vigilancia, ni encubierta ni directa. Me lanzó un desafío deportivo. Lo acepté. Jugamos. No hubo premeditación, connivencia ni complicidad. Hay en mi vida acontecimientos —pocos en los últimos tiempos, cierto es— que sólo admiten una versión. Nuestra reunión es uno de ellos. Mi relato de los hechos no ha variado un ápice en todas las ocasiones en que me han obligado a repetirlo.

Es un sábado por la tarde. Estoy sentado en el Athleticus Club de Battersea, del que soy secretario honorario —título que en buena parte no significa nada—, en una hamaca tapizada junto a la piscina cubierta. El salón social es cavernoso, de altas vigas, parte de una fábrica de cerveza reconvertida, con piscina a un extremo y bar al otro, más un pasaje entre medias que conduce a las duchas y los vestuarios de hombres y mujeres.

De cara a la piscina, estoy en ángulo oblicuo con el bar. Más allá está la entrada al salón, luego el vestíbulo y después el portal a la calle. De modo que no me encuentro en posición de ver quién entra en el salón o quién merodea por el vestíbulo reservando pistas o añadiendo su nombre a la liguilla del club. En el bar hay mucha actividad. Chicas jóvenes y sus pretendientes beben y charlan.

Llevo mi equipo de bádminton: pantalones cortos, sudadera y zapatillas nuevas con tobillera. Me las compré para repeler un insistente dolor en el tobillo izquierdo producido un mes antes en una marcha por los bosques de Estonia. Después de prolongadas y consecutivas estancias en el extranjero, estoy disfrutando de una bien merecida temporada de vacaciones en casa. Una nube se cierne sobre mi vida profesional y estoy haciendo lo posible por no prestarle atención. Puede que el lunes me despidan. Bueno, pues qué se le va a hacer, me repito a mí mismo. Acabo de cumplir cuarenta y siete años, he tenido buena racha y estaba avisado desde el principio, así que no puedo quejarme.

Y por eso consuela aún más el hecho de que, a pesar del conflictivo tobillo y del paso de los años, todavía me defiendo y continúo siendo el campeón del club, porque el sábado pasado mismamente logré el título de individuales contra un rival de talento y más joven. El campeonato de individuales suele considerarse competencia exclusiva de veinteañeros de ágiles pies, pero hasta ahora me voy manteniendo. Hoy, siguiendo la tradición del club como campeón recién coronado, me he reivindicado en un partido amistoso contra el campeón de nuestro club rival de Chelsea, al otro lado del río. Y aquí está, sentado a mi lado ahora, en la relajación posterior a la

contienda, cerveza en mano, joven deportista indio y abogado en ciernes. Me vi en apuros hasta los últimos puntos, cuando la experiencia y una pizca de suerte volvieron las tornas en mi favor. Esos simples hechos quizá expliquen en cierto modo mi benévola disposición en el momento en que Ed me lanzó el desafío, y la sensación, por provisional que fuera, de que había vida después del cese.

Mi vencido contrincante y yo estamos charlando con tranquilidad. La conversación, lo recuerdo como si fuera ayer, gira en torno a nuestros padres. Los dos, según resultó, habían sido entusiastas jugadores de bádminton. El suyo había quedado en segundo lugar en el campeonato de la India. El mío, campeón del ejército británico en Singapur durante una idílica temporada. Mientras comparamos notas de tan entretenida manera, veo que Alice, la caribeña secretaria del club, se vuelve hacia mí en compañía de un joven de considerable estatura y rasgos aún poco definidos. Alice es antojadiza y corpulenta, de unos sesenta años, y siempre anda un tanto falta de energía. Somos dos de los miembros más antiguos del club, yo como jugador, ella como pilar de la organización. En cualquier parte del mundo en que estuviera destinado, nunca dejábamos de enviarnos felicitaciones de Navidad. Las mías eran atrevidas; la suyas, de precepto. Cuando digo que se vuelve hacia mí me refiero a que, como venían por detrás con Alice abriendo la marcha, primero tenían que adelantarme y luego volverse, cosa que hicieron al unísono.

—*Sir Nat*, señor —anuncia Alice con aire de gran ceremonia. Para ella suelo ser lord Nat, pero esta tarde soy un caballero corriente y normal—. Este joven tan guapo y educado necesita hablar con usted *muy* en privado. Pero no desea *molestarlo* en su momento de gloria. Se llama Ed. *Ed*, saluda a *Nat*.

Durante un largo momento Ed permanece en mi memoria sin moverse, unos pasos detrás de ella, un joven de casi uno noventa, desgarbado, con gafas, media sonrisa nerviosa y cierto aire de soledad en torno a su persona. Recuerdo que dos fuentes de luz opuestas convergían sobre él: la anaranjada fluorescente del bar, que lo encuadraba en un etéreo resplandor, y a su espalda las del interior de la piscina, que atribuían exageradas proporciones a su silueta.

Se adelanta y cobra realidad. Dos pasos largos, desganados: pie izquierdo, pie derecho, alto. Alice se marcha deprisa. Espero a que él diga algo. Lo miro con una sonrisa paciente. Más de uno noventa, nariz ganchuda, pelo oscuro y revuelto, grandes ojos castaños, diligentes, con cierta condición etérea conferida por las gafas y la clase de pantalones cortos hasta la rodilla, blancos, que suelen llevar los aficionados a la vela o los hijos de los bostonianos ricos. Edad, en torno a los veinticinco, pero con sus rasgos de eterno estudiante bien podía tener unos cuantos más, o menos.

—¿Señor? —pregunta al fin, pero no con mucho respeto.

—*Nat*, si no te importa —le corrijo con otra sonrisa.

Lo piensa. Lo digiere mentalmente. Arruga la encorvada nariz.

—Bueno, yo soy Ed —dice, sin que se lo pregunte, repitiendo la información de Alice para mi provecho. En la Inglaterra a la que acabo de volver, nadie tiene apellido.

—Pues, hola, *Ed* —contesto con desenfado—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Otra pausa mientras lo piensa. Luego suelta con brusquedad:

—Quiero jugar contigo, ¿vale? El problema es que acabo de hacerme socio del club. La semana pasada. Sí. He puesto mi nombre en la lista y todo eso, pero hasta que me toque el turno pasarán *meses*.

Da la impresión de que las palabras se liberan de pronto de su confinamiento. Luego una pausa mientras nos observa alternativamente, primero a mi afable contrincante, luego otra vez a mí.

—*Mira* —prosigue, como razonando conmigo, aunque no le he puesto objeciones—. No conozco el protocolo del club, ¿vale? —Alza la voz, indignado—. No es culpa mía. Sólo he preguntado a Alice. Y me ha dicho: «Pregúntaselo tú, no te va a morder». Así que te lo pregunto. —Y por si fueran necesarias más aclaraciones, añade—: Es que te he visto jugar, ¿vale? Y he ganado a un par de individuos a los que tú habías vencido. Estoy seguro de que habrá partido contigo. Uno bueno. Sí. *Bastante* bueno en realidad.

¿Y en cuanto a la voz misma, de la cual poseo ahora una buena muestra? En el mejor de los casos, no se me da bien el consagrado juego de salón británico de situar a nuestros compatriotas en la escala social en virtud de su dicción, ya que he pasado gran parte de mi vida en el extranjero. Pero al oído de mi hija Stephanie, igualitaria declarada, la dicción de Ed pasaría como *bastante buena*, lo que a mi modo de ver significa que no hay indicios directos de educación privada.

—¿Puedo preguntarte dónde juegas, Ed?

—En todas partes. En cualquier sitio en que encuentre un buen contrincante. Eso. —Y como si se le acabara de ocurrir—: Entonces me enteré de que eras socio de este sitio. En algunos clubs puedes jugar pagando. En éste, no. Aquí, primero tienes que hacerte socio. Es un timo, en mi opinión. Cuesta un riñón, joder, pero lo hice.

—Pues siento que hayas tenido que aflojar la mosca, Ed. Pero si quieres jugar un partido, por mí vale —le contesto, lo más cordialmente que puedo, atribuyendo el «joder» al nerviosismo; y, observando que en el bar languidece la conversación y la gente empieza a volver la cabeza, añado —: Fijemos hora para algún día. Será un placer.

Pero eso no conviene a Ed en absoluto.

—Bueno, entonces ¿cuándo calculas que te vendría bien? Pero en serio. Nada de *algún día* —insiste, ganándose unas risitas procedentes del bar, cosa que, a juzgar por la mala cara que pone, le molesta.

—Bueno, Ed, no podrá ser hasta dentro de un par de semanas —respondo con toda sinceridad—. Tengo un asunto bastante importante que atender. Unas vacaciones familiares retrasadas desde hace mucho, en realidad —añado, esperando una sonrisa y recibiendo una mirada inexpresiva.

—¿Cuándo estarías de vuelta, entonces?

—Este sábado, no, el otro. Si no nos hemos roto nada. Vamos a esquiar.

—¿Dónde?

—En Francia. Cerca de Megève. ¿Tú esquías?

—He esquiado. En Baviera. Cerca de Garmish. ¿Qué te parece al otro domingo?

—Me temo que tendrá que ser en día laborable, Ed —contesto con firmeza, porque los fines de semana en familia, ahora que Prue y yo podemos pasarlos juntos, son sacrosantos y hoy es una rara excepción.

—Así que un día laborable a partir del lunes en quince días, ¿no? ¿Cuál? Elige tú. El que quieras. A mí me da igual.

—Puede que me venga mejor un *lunes*, Ed —sugiero, porque los lunes por la tarde es cuando Prue se dedica a sus prestaciones voluntarias en derecho sanitario.

—El lunes dentro de dos semanas, entonces. ¿A las seis? ¿Las siete? ¿Cuándo?

—Bueno, dime cuándo te viene mejor *a ti* —sugiero—. Mis planes están aún un poco en el aire.

Y es que es probable que esté en la calle para entonces.

—A veces me tienen un poco pillado los lunes —dice en un tono que parece de queja—. Pongamos las ocho. ¿Te viene bien a las ocho?

—A las ocho me viene perfectamente.

—¿La pista número uno te parece bien si puedo conseguirla? Alice dice que no les gusta reservar pista para individuales, pero tú eres diferente.

—Cualquiera me parece bien, Ed —le aseguro, lo que provoca en el bar más risas y algunos aplausos, supongo que por su tesón.

Intercambiamos números de teléfono móvil, siempre un pequeño dilema. Le doy el de la familia y le sugiero que me envíe un mensaje si hay algún problema. Él me hace la misma petición.

—Y oye, Nat —dice con una suavización repentina de la sobrecargada voz.

—¿Qué?

—Que te lo pases de maravilla en las vacaciones con la familia, ¿vale? —Y por si se me ha olvidado, añade—: El lunes dentro de dos semanas, entonces. Ocho de la tarde. Aquí.

Ahora todo el mundo está riendo o aplaudiendo mientras Ed, con un despreocupado y lánguido movimiento del brazo derecho, se despide y se dirige a paso largo al vestuario de caballeros.

—¿Lo conoce alguien? —pregunto, descubriendo que me he vuelto sin querer para observar su marcha.

Niegan con la cabeza. «Lo siento, tío.»

—¿Alguien lo ha visto jugar?

«Lo siento», otra vez.

Acompaño al vestíbulo a mi contrincante invitado y al volver hacia el vestuario asomo la cabeza por la puerta de la oficina. Alice está inclinada sobre el ordenador.

—¿Ed qué más? —le pregunto.

—Shannon —entona ella sin levantar la cabeza—. Edward Stanley. Socio de número. Pago por domiciliación bancaria, club urbano.

—¿Profesión?

—El señor Shannon es *investigador* de profesión. A *quién* investiga, no lo ha dicho. *Qué* investiga, no lo ha dicho.

—¿Dirección?

—Hoxton, en el municipio de Hackney. El mismo donde viven mis dos hermanas y mi prima Amy.

—¿Edad?

—El señor Shannon *no* tiene derecho a ser socio junior. No ha dicho a qué otra cosa no tiene derecho. Lo único que sé es que ese chico te tiene ganas: atraviesa todo Londres en bicicleta sólo para desafiar al Campeón del Sur. Ha oído hablar de ti y ha venido a machacarte, lo mismo que David a Goliat.

—¿Te ha *dicho* eso?

—Lo que no ha dicho lo he adivinado yo solita. Llevas siendo campeón de individuales demasiado tiempo para tu edad, Nat, lo mismo que Goliat. ¿Quieres saber quiénes son su mamá y su papá? ¿A cuánto asciende su hipoteca? ¿Cuánto tiempo ha pasado en la trena?

—Buenas noches, Alice. Y gracias.

—Yo también te deseo buenas noches, Nat. Y dale muchos recuerdos a tu Prue de mi parte. Y no te sientas inseguro por ese joven, Nat. Lo derrotarás, lo mismo que haces con todos esos mocosos.

Si esto fuera un expediente oficial, empezaría con el nombre completo de Ed, sus padres, fecha y lugar de nacimiento, profesión, religión, origen racial, orientación sexual y todos los demás datos esenciales que faltan en el ordenador de Alice. Según están las cosas, empezaré con los míos.

Me bautizaron con el nombre de Anatoly, anglicanizado después como Nathaniel, Nat para abreviar. Mido uno setenta y ocho, buena mata de pelo ya entrecano, sin barba ni bigote, casado con Prudence, socia de un bufete de abogados de Londres de reconocida solidez, donde en general se dedica a asuntos jurídicos de carácter social y sobre todo a causas de asistencia legal gratuita.

Soy de constitución delgada, aunque Prue prefiere *enjuta*. Me encantan los deportes. Además de jugar al bádminton, hago *footing*, corro y levanto pesas una vez a la semana en un gimnasio no abierto al público. Poseo un *tosco encanto* y la *accesible personalidad de un hombre de mundo*. En aspecto y modales soy un *arquetipo británico*, capaz de plantear a corto plazo una *fluida y convincente argumentación*. Me adapto a las circunstancias y no tengo *escrúpulos morales insuperables*. Puedo ser *irascible* y *no soy en modo alguno inmune a los encantos femeninos*. *No me siento naturalmente inclinado ni al trabajo de oficina ni a la vida sedentaria*, lo que es una descripción mesurada y comedida donde las haya. También por naturaleza, puedo ser *obstinado* y *no acatar la disciplina*. Lo que a fin de cuentas es *tanto un defecto como una virtud*.

Cito de los informes confidenciales de mi antiguo jefe sobre el desempeño de mis funciones y sobre mi actitud en general a lo largo de los últimos veinticinco años. También convendrá saber que en caso necesario soy capaz de manifestar la *frialdad* requerida, aunque no se especifica quién podrá requerirla y en qué medida. En cambio, poseo un *carácter desenfadado y cordial que invita a la confianza*.

A escala más prosaica, soy súbdito británico de ascendencia mixta, hijo único nacido en París cuando mi difunto padre, hombre sin peculio, era comandante de la Guardia Escocesa destinado al cuartel general de la OTAN en Fontainebleau, y mi madre, retoño de una insignificante aristocracia rusa blanca, residían en París. A *rusa blanca* añádase una buena dosis de sangre alemana por parte de padre, que ella alternativamente invocaba o negaba a voluntad. Cuenta la historia que la pareja se conoció en una recepción celebrada por el gobierno en el exilio de la Rusia blanca cuando mi madre aún se consideraba estudiante de arte y mi padre se acercaba a la cuarentena. A la mañana siguiente estaban prometidos: o eso contaba mi madre, y dada su andadura vital tengo pocos motivos para dudar de su palabra. A raíz de su retiro del ejército — impuesto con rapidez, ya que en la época de su enamoramiento mi padre tenía esposa y otros lastres—, los recién casados se instalaron en Neully, barrio residencial de las afueras de París, en

una bonita casa blanca facilitada por mis abuelos maternos y donde pronto nací, permitiendo así que mi madre buscara otras diversiones.

He dejado para el final la majestuosa y sabia persona de mi querida institutriz, madame Galina, presunta condesa rusa despojada de sus bienes, oriunda de la región rusa del Volga y con pretensiones de llevar sangre de los Romanov. Para mí sigue siendo un misterio cómo fue a parar a nuestra quisquillosa familia, aunque sospecho que era la abandonada amante de un tío abuelo por parte de madre que, después de huir de Leningrado, como se llamaba entonces, y rehacer su fortuna como marchante, dedicó su vida a la adquisición de bellas mujeres.

Madame Galina ya había cumplido los cincuenta cuando apareció en casa por primera vez, bastante entrada en carnes pero con una traviesa sonrisa. Llevaba vestidos largos de rumorosa seda negra, confeccionaba sus propios sombreros y vivía en las dos habitaciones del altillo con todas sus posesiones terrenales: un gramófono, diversos iconos, un cuadro muy oscuro de la Virgen que según insistía ella era de Leonardo, cajas y cajas de cartas antiguas, y fotografías de princesas y principitos rodeados de perros y criados en la nieve.

Después de mi bienestar personal, la gran pasión de madame Galina eran las lenguas, de las que hablaba varias. Apenas había aprendido a dominar los elementos de la ortografía inglesa cuando me impuso el alfabeto cirílico. Nuestras lecturas nocturnas consistían en una rotación del mismo cuento infantil, cada noche en un idioma diferente. En las reuniones de la menguante comunidad de descendientes de rusos blancos y exiliados de la Unión Soviética, yo hacía el papel de modélico niño políglota. Dicen que hablo ruso con acento francés, francés con acento ruso, y el alemán que sé con una mezcla de ambos. Por otra parte, para bien o para mal mi inglés sigue siendo el de mi padre. Me han dicho que incluso mantiene sus cadencias escocesas, ya que no el rugido alcohólico que las acompañaba.

Cuando yo tenía doce años, mi padre sucumbió al cáncer y la melancolía, y con ayuda de madame Galina me ocupé de atenderlo en su agonía, pues mi madre estaba entregada al más rico de sus admiradores, un traficante de armas belga al que yo no tenía en alta estima. En el agitado triángulo que siguió al fallecimiento de mi padre, me declararon excedente de cupo y me despacharon a la frontera de Escocia, para alojarme en vacaciones con una adusta tía por parte de padre y durante el curso en un espartano internado de las Highlands. Pese al empeño del colegio en no instruirme en materia alguna que se impartiera bajo techado, logré ingresar en una universidad de las Midlands, la industriosa región central de Inglaterra, donde di mis primeros y torpes pasos con el sexo femenino y conseguí por los pelos una licenciatura en Filología Eslava.

Durante los últimos veinticinco años he sido miembro activo del servicio secreto de información de Gran Bretaña, la Oficina, para los iniciados.

Incluso hoy en día mi alistamiento en la bandera secreta parece predestinado, porque no recuerdo haber considerado ni deseado otra ocupación, salvo posiblemente la de jugar al bádminton o

escalar las Cairngorms. En el momento en que el profesor que supervisaba mis trabajos en la universidad me preguntó mientras bebíamos una copa de jerez si alguna vez había pensado en hacer «algo bajo cuerda por tu país», el corazón me dio un brinco en el pecho al recordar un oscuro apartamento de Saint Germain que madame Galina y yo habíamos frecuentado todos los domingos hasta la muerte de mi padre. Fue allí donde por primera vez me estremecí ante el cuchicheo de la conspiración antibolchevique mientras mis primos segundos, tíos políticos y tías abuelas de ojos desorbitados susurraban mensajes procedentes de la madre patria en la que pocos de ellos habían puesto jamás los pies; antes, al darse cuenta de mi presencia, me hacían prometer que guardaría el secreto, hubiera o no entendido la confidencia que no debería haber oído. Allí también adquirí mi fascinación por el Oso cuya sangre compartía, por su diversidad, inmensidad e insondables caminos.

Una insípida carta cae revoloteando por mi buzón para decirme que me presente en un edificio con soportales cerca de Buckingham Palace. Detrás de un escritorio tan grande como una torre acorazada un almirante retirado de la Marina Real me pregunta qué deportes practico. Le digo que el bádminton y se muestra visiblemente conmovido.

—¿Sabe usted que jugué al bádminton con su querido padre en Singapur y me dio una verdadera paliza?

—No, señor —le contesto—, no lo sabía. —Y me pregunto si debería disculparme en nombre de mi padre. Supongo que hablamos de otras cosas, pero no las recuerdo.

—¿Y dónde está *enterrado* el querido muchacho? —desea saber cuando me levanto para marcharme.

—En París, señor.

—Ah, bueno. Que tenga usted suerte.

Me ordenan presentarme en la estación de ferrocarril de Bodmin Parkway llevando en la mano un ejemplar de la revista *Spectator* de la semana pasada. Al descubrir que han devuelto al mayorista todos los ejemplares sin vender, robo uno de una biblioteca del barrio. Un hombre con sombrero verde me pregunta cuándo sale el próximo tren para Camborne. Le contesto que no me encuentro en posición de ayudarlo porque yo voy de camino a Didcot. Lo sigo a cierta distancia hasta el aparcamiento, donde espera una furgoneta blanca. Al cabo de tres días de preguntas indescifrables y cenas rebuscadas donde se examinan mis atributos sociales y mi aguante al alcohol, me convocan a la reunión de la junta.

—*Bueno*, Nat —dice una señora de cabello gris sentada en el centro de la mesa—. Ahora que te lo hemos preguntado todo acerca de tu persona, ¿hay algo que quieras preguntarnos *a nosotros*, para variar?

—Pues, en realidad, sí hay *algo* —contesto después de haber dado muestras de seria reflexión—. Querían saber si pueden contar con mi lealtad, pero ¿puedo yo contar con la *suya*?

Sonríe, y enseguida sonríen con ella todos los de la mesa: la misma sonrisa triste, inteligente e introvertida, que es lo más cerca que el Servicio está de ser una bandera.

Buena labia bajo presión. Buena agresividad latente.
Se recomienda.

En el mismo mes que completé mi curso de entrenamiento básico en las artes oscuras, tuve la buena suerte de conocer a Prudence, mi futura mujer. Nuestro primer encuentro no fue prometedor. A la muerte de mi padre un regimiento de esqueletos se había liberado del armario familiar. Hermanastros y hermanastras de los que nunca había oído hablar reclamaban un patrimonio sobre el cual sus fideicomisarios escoceses habían disputado y litigado durante los últimos quince años hasta dejarlo completamente limpio. Un amigo me recomendó un bufete de abogados de la City. Al cabo de cinco minutos de escuchar mis penas, el socio principal pulsó un botón.

—Uno de nuestros mejores elementos jóvenes —me aseguró.

Se abrió la puerta y entró con paso decidido una mujer de mi edad. Llevaba un repelente traje negro de los que imperan en la profesión jurídica, gafas de maestra antigua y gruesas botas militares, también negras, calzando unos pies menudos. Nos estrechamos la mano. No volvió a mirarme. Con el repiqueteo de sus botas me dirigió hasta un cubículo en cuyo cristal esmerilado estaba escrito P. STONEWAY, LICENCIADA EN DERECHO.

Nos sentamos uno frente al otro, ella se remete con gesto severo el pelo castaño detrás de las orejas y de un cajón saca un cuaderno de hojas amarillas a rayas.

—¿Profesión? —me pregunta.

—Funcionario del Servicio Diplomático de Su Majestad —contesto, y por la razón que sea me ruborizo.

Después de eso lo que mejor recuerdo es su cara de póquer, su mentón resuelto y un pasajero rayo de sol que jugueteaba con el imperceptible vello de sus mejillas mientras yo narraba nuestra saga familiar con todos sus sórdidos detalles.

—¿Puedo llamarle Nat? —pregunta al final de nuestra primera sesión.

Sí puede.

—A mí me llaman *Prue* —me dice, y fijamos una cita para dentro de dos semanas, en la cual, con la misma voz impasible, me comunica el resultado de sus averiguaciones:

—He de informarle, Nat, de que si mañana pusieran en sus manos todos los bienes en disputa ni siquiera tendría fondos suficientes para pagar los honorarios de este bufete, y mucho menos para resolver las demandas pendientes contra usted. *No obstante* —prosigue antes de que pueda protestar y decirle que no voy a molestarla más—, en el bufete *disponemos* de recursos para tratar causas deficitarias y dignas de ayuda de forma *desinteresada*. Y me alegra comunicarle que la suya entra dentro de esa categoría.

Me cita a otra reunión para la semana siguiente, pero me veo obligado a aplazarla. Hay que infiltrar a un agente letón en una base de señales del Ejército Rojo en Belarús. A mi regreso a las costas británicas llamo a Prue y la invito a cenar, sólo para que me advierta en tono brusco que ha

adoptado la firme política de que las relaciones con los clientes deben permanecer en un plano impersonal. Sin embargo, le satisface informarme de que, como resultado de las argumentaciones de su bufete, se han retirado todas las reclamaciones contra mí. Le transmito mis más efusivas gracias y me pregunto si en ese caso tiene vía libre para salir a cenar conmigo. La tiene.

Vamos a Bianchi's. Lleva un escotado vestido de verano, se ha soltado el pelo por detrás de las orejas y hasta el último hombre y mujer del restaurante la están mirando. Enseguida comprendo que mi labia habitual está fuera de juego. Apenas hemos llegado al plato principal cuando me ofrece una disertación sobre la diferencia entre derecho y justicia. Cuando traen la cuenta, la coge, calcula su mitad hasta el último penique, añade el diez por ciento del servicio, saca el dinero del bolso y me lo da a través de la mesa. Le digo, con simulada indignación, que jamás en la vida me he encontrado con tan descarada integridad, y casi se cae de la silla de la risa.

Seis meses después, previo consentimiento de mis jefes, le pregunto si consideraría casarse con un espía. Lo considerará. Ahora le toca al Servicio invitarla a cenar. Al cabo de quince días de meditarlo mucho, me informa de que ha decidido dejar en suspenso su carrera jurídica y seguir el curso de formación de la Oficina para esposas que pronto serán destinadas a un entorno hostil. Quiere que sepa que ha tomado la decisión por propia voluntad y no por amor hacia mí. Se encontraba en un dilema, pero el deber patrio la ha convencido.

Termina el curso con brillantez. Una semana después me destinan a la embajada británica de Moscú como segundo secretario (comercial), en compañía de mi esposa Prudence. Según resultó, Moscú fue el único destino que compartimos. En eso no hubo motivos de descrédito para Prue. Pronto volveré sobre ellos.

Durante más de dos décadas, unas veces con Prue y otras sin ella, he servido a mi reina bajo cobertura diplomática o consular en Moscú, Praga, Bucarest. Budapest, Tiflis, Trieste, Helsinki y, hasta hace poco, Tallin, reclutando y controlando agentes secretos de toda índole. Nunca me han invitado a las reuniones de alto nivel donde se define la estrategia, y me alegro. El espía de nacimiento va por libre. Puede que reciba órdenes de Londres, pero sobre el terreno es dueño de su destino y del de los agentes que controla. Y cuando se le acaban los años de actividad y se acerca a la cincuentena no habrá muchos puestos esperándolo si aborrece el trabajo de oficina y tiene el *curriculum vitae* de un diplomático de rango medio que nunca ha manifestado interés por subir en el escalafón.

Se acercan las navidades. Ha llegado mi hora de la verdad. En las catacumbas del cuartel general de mi Servicio a la orilla del Támesis, me conducen a una pequeña sala de entrevistas sin ventilación donde me recibe una mujer de edad indefinida, sonriente y con aire inteligente. Es Moira, de Recursos Humanos. Siempre ha habido algo un tanto extraño con las Moira del Servicio. Saben más de ti que tú mismo, pero no te dicen qué es ni si les gusta.

—¿Y Prue? —pregunta Moira con entusiasmo—. ¿Ha sobrevivido a la reciente fusión de su

bufete? La habrá afectado, supongo.

Gracias, Moira, no la ha afectado en absoluto, y enhorabuena por haberte estudiado los detalles. No esperaba menos.

—Y está *bien*, ¿verdad? ¿Los *dos* estáis bien —con una nota de ansiedad que decido pasar por alto—, ahora que has vuelto a *casa* sin novedad?

—Perfectamente, Moira. Muy felices por estar juntos de nuevo, gracias.

Y ahora léeme con amabilidad mi sentencia de muerte y acabemos con esto de una vez. Pero Moira tiene sus métodos. El siguiente punto de su lista es mi hija Stephanie.

—Y se acabaron esos *problemas de adolescencia*, supongo, ahora que ya está en la universidad, ¿no?

—Del todo, Moira. Sus profesores andan locos de contento.

Pero lo que en realidad estoy pensando es: y ahora dime que mi fiesta de despedida se ha fijado para el jueves por la tarde porque a nadie le gustan los viernes, y si me importaría llevarme la taza de café frío al departamento de Reubicación, tres puertas más allá por el mismo pasillo, que me ofrecerá tentadoras oportunidades en la industria armamentística, contratación privada o en otros sitios disponibles para espías viejos, tales como la Fundación Nacional para Lugares de Interés Histórico, el Automóvil Club y colegios privados en busca de auxiliares administrativos. Por tanto recibo una sorpresa cuando me anuncia alegremente:

—Bueno, Nat, en realidad tenemos *un* puesto para ti, suponiendo que estés por la labor.

¿Por la labor? Moira, no hay nadie en el mundo que esté más por la labor. Pero con cierto recelo, porque creo saber lo que estás a punto de ofrecerme: sospecha que se vuelve certidumbre cuando empieza a recitar una guía para niños sobre la actual amenaza rusa.

—No tengo que decirte que el Centro de Moscú nos está haciendo *sudar tinta* en Londres, lo mismo que en cualquier otra parte, Nat.

No, Moira, no tienes que decírmelo. Llevo años diciendo lo mismo a la Oficina Central.

—Son más repugnantes, más descarados, más numerosos y dan más problemas que nunca. ¿Dirías que es una observación acertada?

Lo diría, Moira, desde luego. Lee mi informe de fin de estancia en la soleada Estonia.

—Y desde que echamos a patadas a gran cantidad de sus espías *legales* —dice refiriéndose a espías con cobertura diplomática, es decir, los de mi especie—, han invadido nuestras costas con *ilegales* —y explica indignada—, que son los más molestos, creo que estarás de acuerdo, y los más difíciles de detectar. ¿Alguna pregunta?

Inténtalo. Vale la pena. Nada que perder.

—Bueno, antes de que sigas adelante, Moira.

—¿Sí?

—Se me acaba de ocurrir que podría haber un hueco para mí en el Departamento Rusia. Disponen de un montón de funcionarios administrativos jóvenes y de primera categoría. Todos *lo* sabemos. Pero ¿qué me dices de un colaborador con experiencia, un avezado hablante de ruso de

grado nativo como yo mismo que pueda volar a cualquier sitio en cualquier momento y sacar la primera impresión del primer posible desertor o agente ruso que se presente en un Puesto donde nadie hable ni palabra de la lengua?

Moira ya está sacudiendo la cabeza.

—Lo siento, Nat, pero de ninguna manera. Se lo he planteado a Bryn. Es inflexible.

Sólo hay un Bryn en la Oficina: Bryn Sykes-Jordan, por su nombre completo, que suele abreviarse en Bryn Jordan, director vitalicio del Departamento Rusia y mi antiguo jefe de Puesto en Moscú.

—Bueno, ¿y por qué de ninguna manera? —insisto.

—Sabes muy bien por qué. Porque en el Departamento Rusia la edad media es de treinta y tres años, incluso contando a Bryn. La mayoría tiene algún doctorado, todos poseen conocimientos avanzados de informática. Perfecto como eres en todos los aspectos, no llegas a cumplir esos requisitos. Bueno, ¿no es cierto, Nat?

—¿Y por casualidad Bryn no anda ahora por aquí? —le pregunto, como último recurso.

—En este mismo momento Bryn Jordan está hasta el cuello en Washington, Distrito de Columbia, haciendo lo que sólo él puede hacer para salvar nuestra especial y conflictiva relación con los servicios secretos de Trump en la era posbrexit, y nadie le puede molestar *en modo alguno*, ni siquiera tú, gracias, aunque te envía cariñosos saludos y condolencias. ¿Está claro?

—Está claro.

—Sin embargo —añade, animándose—, hay una vacante para la que *estás* sumamente preparado. *Demasiado* preparado, incluso.

Allá vamos. Me va a ofrecer la pesadilla que he visto venir desde el principio.

—Lo siento, Moira —la interrumpo—. Si se trata de la sección Entrenamiento, ya he colgado las botas. Muy amable por tu parte, muy considerado, todo lo anterior.

Parece que la he ofendido, de modo que otra vez digo que lo lamento y que no ha sido mi intención faltar al respeto a los admirables hombres y mujeres de la sección Entrenamiento, y se lo agradezco pero no, gracias, ante lo cual sus rasgos se transforman en una sonrisa inesperada aunque un tanto compasiva.

—En realidad *no* es en la sección Entrenamiento, Nat, aunque estoy segura de que lo harías muy bien allí. Dom tiene interés en hablar contigo. ¿O quieres que le diga que has colgado las botas?

—¿Dom?

—Dominic Trench, nuestro jefe de General Londres, recientemente nombrado. Tu antiguo jefe de Puesto en Budapest. Dice que hicisteis buenas migas. Estoy segura de que ahora también. ¿Por qué me miras así?

—¿Me dices en serio que Dom Trench es jefe de General Londres?

—Yo no te *mentiría*, Nat.

—¿Y desde cuándo?

—Hace un mes. Cuando hacías el vago en Tallin y no leías nuestros boletines. Dom te verá mañana a las diez en punto. Confírmalo primero con Viv.

—¿Viv?

—Su secretaria.

—Claro.

—¡Nat! ¡Qué espléndido aspecto tienes! El marino de vuelta a casa, ya lo creo. ¡Rebosante de salud y con la mitad de años! —exclama Dominic Trench, levantándose de un salto de su sillón de dirección y estrechándome la mano entre las suyas—. ¿Prue bien?

—En plena forma, gracias, Dom. ¿Rachel?

—Maravillosa. Soy el hombre más afortunado de la tierra. Tienes que conocerla, Nat. Y Prue también. Organizaremos una cena, los cuatro. Te encantará.

Rachel. Paresa del reino, influyente en el partido *tory*. Segunda mujer, casorio reciente.

—¿Y los chicos? —pregunto con cautela. Tenía dos con su simpática primera mujer.

—Muy bien. A Jenny le va de maravilla en South Hampstead. Con la mira puesta directamente en Oxford.

—¿Y Sammy?

—En dimensión desconocida. Pronto saldrá de ahí y seguirá los pasos de su hermana.

—¿Y Tabby, si puedo preguntar?

Tabitha era su primera mujer, un despojo neurótico para cuando rompieron.

—Lo lleva con dignidad. Ningún marido nuevo a la vista hasta el momento, pero la esperanza es lo último que se pierde.

Se me ocurre que en la vida de cualquiera siempre aparece algún Dom —suele ser hombre— que te distingue de los demás, te designa como su único amigo en el mundo, te obsequia con detalles íntimos de su vida personal que preferirías no saber, te pide consejo, tú no le das ninguno pero jura que lo va a seguir al pie de la letra y a la mañana siguiente te rebana el cuello. Hace cinco años, en Budapest, le faltaba poco para cumplir los treinta y ahora está a punto de cumplirlos: la misma apostura de crupier, camisa a rayas, tirantes amarillos más propios de un chico de veinticinco, puños blancos, gemelos de oro y una sonrisa multiuso; la misma irritante costumbre de juntar las yemas de los dedos en un arco nupcial mientras se inclina hacia atrás sonriendo con diplomacia por encima.

—Pues enhorabuena, Dom —le digo, indicando los sillones de ejecutivo y la mesita de cerámica que la Oficina ofrece a partir del nivel tres.

—Gracias, Nat. Muy amable. Fue una sorpresa, pero cuando el deber llama, acudimos. ¿Café, quizá? ¿Té?

—Café, por favor.

—¿Leche? ¿Azúcar? Es leche de soya, debo añadir.

—Solo, gracias, Dom. Sin soya.

¿Querrá decir *soja*? ¿Será *soya* la forma elegante de decirlo en estos días? Asoma la cabeza por la puerta de cristal esmerilado, habla con Viv en tono desenfadado y vuelve a sentarse.

—¿Y General Londres sigue teniendo los mismos cometidos? —le pregunto sin darle mucha importancia, recordando que Bryn Jordan lo describió una vez en mi presencia como el albergue para perros extraviados de la Oficina.

—Desde luego, Nat. Por supuesto. Los mismos.

—De modo que todas las delegaciones con base en Londres están bajo tu mando.

—En todo el Reino Unido. No sólo en Londres. En toda Gran Bretaña. Salvo en Irlanda del Norte. Y enteramente autónomo, además, me complace decir.

—¿Autónomo desde el punto de vista administrativo? ¿O también operativo?

—¿En qué sentido, Nat? —Me mira con el ceño fruncido, como si no me enterase de nada.

—Como jefe de General Londres, ¿puedes autorizar operaciones propias?

—Hay una línea difusa, Nat. Por ahora, en teoría toda operación propuesta por una delegación debe autorizarla el departamento regional correspondiente. Estoy luchando contra eso, sin tregua.

Sonríe. Yo también. Empeño compartido. Con movimientos sincronizados probamos el café sin soja y volvemos a depositar las tazas en nuestros respectivos platillos. ¿Está a punto de revelar alguna intimidad no solicitada sobre su nueva esposa? ¿O de explicarme por qué estoy aquí? Todavía no, por lo visto. Antes hay que charlar sobre los viejos tiempos: agentes que compartimos, yo como controlador, Dom como mi inútil supervisor. El primero de su lista es Polonius, últimamente de la red Shakespeare. Hace unos meses, mientras despachaba unos asuntos de la Oficina en Lisboa fui a ver al viejo Polonius al Algarve, a una casa blanca llena de ecos junto a un campo de golf desierto que le habíamos comprado como parte del acuerdo de su reasentamiento.

—Le va bien, Dom, gracias —le digo con efusividad—. Ningún problema con su nueva identidad. Ha superado la muerte de su mujer. Está muy bien, en serio. Sí.

—Oigo un *pero* en tu voz, Nat —señala en tono de reproche.

—Bueno, le prometimos un pasaporte británico, si te acuerdas, Dom. Parece que se ha traspapelado desde tu vuelta a Londres.

—Miraré enseguida a ver qué pasa. —Y escribe con bolígrafo una nota para demostrarlo.

—También está algo disgustado porque no pudimos hacer que su hija entrara en Oxford. Cree que lo único que se necesitaba era un empujoncito y no se lo dimos. O no se lo diste tú. Así es como él lo ve.

A Dom no le da por la culpa. O se siente ofendido o manifiesta indiferencia. Opta por molestarse.

—Son las *universidades*, Nat —se queja con tono cansino—. Todo el mundo cree que las universidades antiguas son una *entidad*. Es un error. Hay que ir de una en una, con la gorra en la

mano. Lo averiguaré. —Otra nota a bolígrafo.

El segundo tema de su lista es Delilah, una pintoresca diputada húngara de setenta y pocos años que aceptó el rublo ruso y luego prefirió la libra británica antes de que se desplomara.

—Delilah está bien, gracias, Dom, perfectamente. Se molestó un poco al enterarse de que mi sucesor era una mujer. Me dijo que mientras yo la controlaba, podía soñar con que el amor estaba a la vuelta de la esquina.

Esboza una sonrisa y se alza de hombros pensando en Delilah y sus múltiples amantes, pero no suelta la carcajada. Sorbo de café. Vuelve a depositar la taza en el platillo.

—*Nat* —dice, con una nota de reproche.

—Dom.

—Pensé que ibas a entusiasmarte, con todos estos buenos recuerdos.

—¿Y por qué iba a entusiasmarme?

—¡Vamos, por amor de Dios! Te estoy ofreciendo una oportunidad de oro para reformar, sin ayuda de nadie, una delegación local de Rusia con base nacional que ha estado demasiado tiempo a la sombra. Con tus competencias la pondrías en pie en... ¿cuánto..., seis meses? Se trata de una actividad creativa, operativa, lo que mejor se te da. ¿Qué más quieres en esta etapa de tu vida?

—Me temo que no te sigo, Dom.

—¿Ah, no?

—No. No lo entiendo.

—¿Quieres decir que no te lo han *explicado*?

—Me han dicho que hablara contigo. Estoy hablando contigo. Hasta ahí hemos llegado.

—¿Has venido *a ciegas*? Hay que *joderse*. A veces me pregunto a qué coño creen que juegan los de Recursos Humanos. ¿Es a Moira a quien has visto?

—Quizá pensara que sería mejor que me lo dijeras tú, sea lo que sea. Me parece que has hablado de una delegación local de Rusia con base nacional que no está teniendo mucha suerte, ¿no? Que yo sepa, no hay más que una, El Refugio. *No* es una delegación local, sino una difunta subestación bajo los auspicios de General Londres que sirve de vertedero para desertores reubicados de valor cero e informadores de quinto orden y en plena decadencia. De lo último que me he enterado es de que Hacienda estaba a punto de echarle el cierre. Se les debe de haber olvidado. ¿En serio es eso lo que me estás ofreciendo?

—El Refugio no es un *vertedero*, Nat; ni mucho menos. Si de mí depende, no. Cuenta con un par de funcionarios que ya son algo mayores, lo reconozco. Y los informadores aún están por desarrollar su verdadero potencial. Pero quien sepa dónde mirar encontrará material de primera clase. Y, por supuesto —añade como pensándolo bien—, quien demuestre su valía en El Refugio se ganará la posibilidad de ascender al Departamento Rusia.

—¿Y por casualidad no será algo que estés considerando para ti, Dom? —le pregunto.

—¿A qué te refieres, muchacho?

—Dar un paso en tu carrera para ascender al Departamento Rusia. Por la puerta trasera de El

Refugio.

Arruga el ceño y frunce los labios en señal de desaprobación. Dom es de lo más transparente. El Departamento Rusia, preferiblemente su jefatura, es el sueño de su vida. No porque sepa ruso, que no sabe. Es un chico de la City, reclutado tarde por motivos que según sospecho ni siquiera él llega a comprender y sin cualificaciones lingüísticas que merezca la pena mencionar.

—Porque si es ésa la intención que tienes, Dom, me gustaría acompañarte en el viaje, si no te importa —insisto en broma, o con áspera ironía—; ¿o estás pensando en quitar la etiqueta de mis informes y poner la tuya, como hiciste en Budapest? Sólo te lo pregunto, Dom.

Dom piensa lo que le he dicho, lo que significa que primero me mira por encima de los dedos en forma de arco nupcial, luego desvía la vista a un segundo plano y por último me dirige de nuevo la mirada para comprobar que sigo allí.

—Ésta es la oferta que te hago, Nat, la tomas o la dejas. En mis atribuciones como jefe de Londres General, te ofrezco formalmente la oportunidad de suceder a Giles Wackford como jefe de la subestación El Refugio. En la medida en que te contrato en régimen temporal, estás por completo en mis manos. Te harás cargo de inmediato de los agentes de Giles y de los fondos de la subestación. Y también recibirás la prestación de gastos de representación, o lo que quede de ella. Sugiero que salgas pitando y dejes el resto de las vacaciones para más adelante. ¿Qué pregunta tienes?

—No me viene bien, Dom.

—¿Y por qué no, si puedo preguntar?

—Tengo que hablar con Prue de todo esto.

—¿Y cuándo hablaréis de esto Prue y tú?

—Nuestra hija Stephanie está a punto de cumplir dieciocho años. He prometido llevarla una semana a esquiar, a ella y a Prue, antes de que vuelva a Bristol.

Se inclina hacia delante, frunciendo teatralmente el ceño hacia un calendario de la pared.

—¿Desde *cuándo*?

—Está en el segundo semestre.

—Te pregunto cuándo os vais a esquiar.

—El sábado, a las cinco de la mañana, desde Stansted, por si quieres venir con nosotros.

—Suponiendo que Prue y tú lo hayáis hablado para entonces y llegado a una conclusión satisfactoria, creo que podré decir a Giles que se quede a cargo de todo hasta el lunes de la otra semana, si para entonces no ha hecho ya las maletas. ¿Eso te alegraría la cara, o te dejaría con el ánimo por los suelos?

Buena pregunta. ¿Que si me alegraría? Estaré en la Oficina, trabajando en el objetivo Rusia, aunque viva de las migajas que caen de la mesa de Dom.

Pero ¿se alegrará Prue?

La Prue de hoy en día no es la esposa entregada a la Oficina de hace más de veinte años. Igual de desinteresada, sí, y tan íntegra. Tan divertida cuando se suelta el pelo; tan decidida como siempre a prestar servicio a la gente en general, aunque nunca en el ámbito secreto. La impresionante y joven abogada auxiliar que había seguido cursos de contravigilancia, señales de seguridad y recogida y depósito de buzones clandestinos, me acompañó a Moscú. Durante catorce agobiantes meses compartimos la perpetua angustia de saber que nuestras conversaciones más íntimas eran escuchadas, vigiladas y analizadas en busca del menor indicio de debilidad humana o fallo de seguridad. Bajo la espléndida orientación de nuestro jefe de Puesto —el mismo Bryn Jordan que como jefe del Departamento Rusia se reúne hoy en tenso cónclave con nuestros socios del servicio secreto en Washington—, desempeñó el papel de protagonista en estereotipadas farsas matrimoniales escritas de antemano para engañar a los escuchas de la oposición.

Pero fue durante nuestro segundo periodo consecutivo en Moscú cuando Prue descubrió que estaba embarazada, y con el embarazo se produjo un brusco desencanto con la Oficina y sus obras. Dedicar al engaño la vida entera ya no la seducía, si es que la había atraído alguna vez. Tampoco que nuestra hija naciera en el extranjero. Volvimos a Inglaterra. A lo mejor cambia de idea cuando dé a luz, dije para mí. Pero eso era no conocer a Prue. El día en que nació Stephanie, el padre de Prue murió de un ataque al corazón. Con su sólida herencia, Prue compró al contado una casa victoriana en Battersea con un amplio jardín y un manzano. Si hubiera plantado una bandera en el jardín proclamando «Aquí me quedo», no podría haber manifestado más claramente sus intenciones. Nuestra hija, Steff, como enseguida empezamos a llamarla, nunca se convertiría en una de aquellas mocosas mimadas que tantas veces habíamos visto en las familias de diplomáticos, con demasiadas niñeras y arrastradas por sus padres de un país a otro y de un colegio a otro. Ocuparía el lugar que le correspondía en la sociedad y asistiría a colegios públicos, nunca a internados ni a centros de enseñanza privada.

¿Y a qué se dedicaría Prue durante el resto de su vida? Seguiría justo por donde lo había dejado. Sería abogada en pro de los derechos humanos, defensora jurídica de los oprimidos. Pero su decisión no suponía una brusca separación. Ella entendía mi amor por la reina, la patria y el Servicio. Yo comprendía su amor por el derecho y la justicia humana. Se había entregado al Servicio por completo, ya no podía dar más. Desde los primeros días de nuestro matrimonio nunca había sido la clase de esposa que espera con impaciencia la fiesta de Navidad del jefe, los funerales de venerados miembros o las recepciones para el personal subalterno y sus parientes. Y en cuanto a mí, nunca me han entusiasmado las reuniones con los colegas de Prue, de ideas radicales. Pero ninguno de los dos había previsto que, contra todas las expectativas y esperanzas, como la Rusia poscomunista se había convertido en una clara y presente amenaza para la democracia liberal a lo largo y ancho del planeta, los destinos en el extranjero se sucederían y yo me convertiría *de facto* en marido y padre ausente.

Bueno, ahora había vuelto de mi travesía, tal como amablemente había dicho Dom. No había sido fácil para ninguno de los dos, sobre todo para Prue, y ahora ella tenía todos los motivos para

esperar que permaneciera para siempre en tierra firme buscando una nueva ocupación en el mundo real, según manifestaba con demasiada frecuencia. Un antiguo colega mío acababa de abrir un club para niños desfavorecidos en Birmingham y juraba que en la vida había sido tan feliz. ¿Acaso no había hablado yo una vez de hacer algo así?

Durante el resto de la semana hasta el amanecer de nuestra marcha desde el aeropuerto de Stansted, fingí, en aras de la armonía familiar, que meditaba si aceptar o no el tedioso trabajo que me habían ofrecido en la Oficina o cortar por lo sano como Prue venía recomendando desde tiempo atrás. Ella se conformó con esperar. Steff manifestó su indiferencia tanto en un sentido como en otro. Por cuanto mi hija sabía, yo era tan sólo un burócrata de grado medio que nunca ascendería hiciera lo que hiciese. Me quería, pero desde las alturas.

—Seamos realistas, hombre: no van a nombrarnos embajador en Pekín ni a darnos el título de *sir*, ¿verdad? —me recordó alegremente cuando surgió la cuestión durante la cena.

Como de costumbre, encajé bien el golpe. Mientras fuese diplomático en el extranjero, al menos tendría cierta posición social. De vuelta en la madre patria, formaría parte de la masa gris.

No fue hasta nuestra segunda noche en las montañas, mientras Steff había salido a dar una vuelta con un grupo de chicos italianos que se alojaban en el hotel y Prue y yo disfrutábamos de una tranquila *fondue* de queso y de unas copas de kirsch en Marcel, cuando me asaltó el impulso de sincerarme con ella. De contarle la verdad, no de pasar de puntillas sobre la cuestión ni largarle otra historia inverosímil tal como había planeado, sino decírselo de corazón, que era lo mínimo que se merecía después de todo lo que le había hecho pasar a lo largo de los años. Su aire de tranquila resignación me dijo que ya sabía que no iba a abrir ningún club para niños desfavorecidos.

—Es una de esas subestaciones londinenses en decadencia que llevan durmiendo en los laureles desde los gloriosos días de la guerra fría sin producir nada que valga la pena —le dije con tono sombrío—. Un centro atrasado, a años luz de la tendencia actual, y mi trabajo consistirá en ponerlo en pie o en acelerar su tránsito al cementerio.

Con Prue, en las raras ocasiones en que nos ponemos a hablar de la Oficina en términos relajados, nunca sé si estoy nadando en contra o a favor de la corriente, así que tiendo a hacer ambas cosas.

—Creía que siempre habías dicho que no querías estar al mando de nada —responde con una ligera protesta en la voz—. Preferías ser el segundo de a bordo, sin controlar ni mangonear a la gente de alrededor.

—Bueno, Prue, no se trata exactamente de estar al *mando* —le aseguro con cautela—. Seguiré siendo el segundo de a bordo.

—Entonces está bien, ¿no? —dice, animándose—. Tienes a Bryn Jordan para encarrilarte por la buena vía. Siempre has admirado a Bryn. —Y añade, dejando a un lado sus escrúpulos—: Y yo

también.

Intercambiamos sonrisas nostálgicas y recordamos nuestra efímera luna de miel como espías en Moscú con Bryn, nuestro jefe de Puesto, nuestro guía y mentor, siempre vigilante. Pero tengo el firme propósito de contárselo todo.

—Bueno, Prue, no estaré a las órdenes *directas* de Bryn. Ahora Bryn es el zar de todas las Rusias. Una desaliñada atracción secundaria como El Refugio queda un poco por debajo de su escala salarial.

—Entonces ¿quién va a ser el afortunado que te tenga a su cargo? —quiere saber.

Ésta no es la clase de revelación en la que estaba pensando. Para Prue, Dom es anatema. Lo conoció cuando ella vino a verme con Steff a Budapest; echó una mirada a los hijos y a la angustiada mujer de Dom y captó las señales.

—Pues oficialmente estaré a disposición de lo que llaman *General Londres* —le explico—. Pero en realidad, si surge algo importante *de verdad*, llegará por la pirámide hasta Bryn. Sólo será durante el tiempo que me necesiten, Prue —prometo—. Ni un día más —añado a modo de consuelo, aunque para ninguno de los dos está claro a quién quiero consolar.

Come un bocado de *fondue*, toma un trago de vino, otro de kirsch y, habiendo recuperado fuerzas de esa manera, extiende los brazos sobre la mesa y me coge la mano. ¿Es que *intuye* a Dom? ¿Adivina sus intenciones? La percepción casi paranormal de Prue puede resultar inquietante.

—Bueno, Nat, voy a decirte una cosa —dice, tras la debida reflexión—. Creo que tienes todo el derecho a hacer exactamente lo que quieras, siempre y cuando quieras hacerlo, y a tomar por culo lo demás. Y yo haré lo mismo. Así que me toca a mí pagar los platos rotos, y ya está. Todos, esta vez. —Y haciendo un chiste que nunca pierde gracia, añade—: Se lo debo a mi descarada integridad.

Y con esa nota satisfecha, mientras estamos en la cama y le agradezco su generosidad de espíritu a lo largo de los años y ella me dice a su vez cosas cariñosas y Steff pasa la noche bailando por ahí, o eso esperamos, se me ocurre que ahora es la ocasión ideal de confesar a nuestra hija el verdadero carácter del trabajo de su padre, o revelárselo hasta los límites permitidos por la Oficina Central.

—«Ya es hora de que lo sepa —argumenté—, y mejor que se entere por mí que por cualquier otro.

Podría haber añadido, pero no lo hice, que desde mi vuelta a la patria y al hogar me fastidiaba cada vez más su desdeñosa actitud hacia mí, aparte de su costumbre, vestigio de la adolescencia, de tolerarme como un necesario estorbo doméstico o de plantificarse en mi regazo como si yo fuese una especie de antigualla en el ocaso de su vida, por lo general en presencia de su último admirador. También me irritaba, si he de ser cruelmente sincero, el modo en que el muy merecido prestigio de Prue como abogada de derechos humanos animaba la creencia de Steff de que me habían dejado a un lado.

Como abogada y madre, Prue se mostró cautelosa al principio. ¿Cuánto me proponía contarle *exactamente*? Había límites, era de suponer. ¿Cuáles eran, en la práctica? ¿Quién los imponía? ¿La Oficina o yo? ¿Cómo iba a manejar las preguntas subsiguientes, en caso de que las hubiera, había pensado en *eso*? ¿Y cómo podía estar seguro de que no iba a dejarme llevar por la emoción? Ambos sabíamos que las reacciones de Steff nunca eran previsibles, y Steff y yo nos soliviantábamos el uno al otro. Teníamos facilidad para ello. Y así sucesivamente.

Y las palabras de advertencia de Prue, como siempre, resultaron sensatas y bien fundadas. Al principio, la adolescencia de Steff había sido como una pesadilla real, eso no necesitaba recordármelo. Chicos, drogas, peleas a gritos: todos los problemas habituales de la era moderna, cabría decir, pero Steff los había convertido en obra de arte. Mientras yo gravitaba entre destinos en el extranjero, Prue pasaba cada momento de su tiempo libre hablando con directoras y profesoras, asistiendo a reuniones vespertinas entre padres y docentes, leyendo a duras penas libros y artículos y rastreando servicios consultivos en la web en busca de consejos para manejar mejor a su obcecada hija, mientras se culpaba a sí misma de todo.

Y por mi parte yo había hecho todo lo que humildemente podía para compartir la carga, volando a casa los fines de semana, reuniéndome en cónclave con psiquiatras, psicólogos y toda clase de *logos*. Todos ellos parecían estar de acuerdo en que Steff era hiperinteligente —ninguna sorpresa para nosotros—, en que se aburría muchísimo con sus compañeros, rechazaba la disciplina como amenaza existencial, consideraba a sus profesores soporíferos hasta límites insufribles y lo que necesitaba de verdad era un ambiente estimulante que estuviera a la altura de su agudeza intelectual: conclusión que saltaba a la vista, en mi opinión, pero no en la de Prue, que tiene mucha más fe que yo en el diagnóstico de los expertos. Bueno, pues Steff ya tenía su ambiente intelectual estimulante. En la Universidad de Bristol. Matemáticas y Filosofía. Y estaba empezando el segundo semestre.

Así que díselo.

—¿No crees que tú lo harías mejor, cariño? —sugiero a Prue: guardiana de la sabiduría familiar.

—No, cielo. Ya que has decidido hacerlo, será *mucho* mejor que se lo digas tú. Sólo recuerda que *eres* de genio vivo, y no hagas autocrítica en ningún caso. Si no quieres que se ponga como loca.

Después de pasar revista a diversos escenarios, como cuando planeaba un acercamiento arriesgado a un posible informante, concluí que el mejor y más natural casi con toda seguridad sería el remonte para hacer slalom, poco usado, que subía por la ladera norte del Grand Terrain. Era de los antiguos, con una barra en forma de T: uno a cada lado, sin necesidad de contacto visual, nadie al alcance del oído, pinares a la izquierda, caída en picado al valle a la derecha. Un breve y brusco descenso hasta el arranque de la única telesilla, lo que alejaba el miedo a perder

el contacto, y una obligatoria interrupción en la cumbre que aplazaría cualquier pregunta hasta la siguiente ascensión.

Es una luminosa mañana de invierno, con una nieve perfecta. Alegando un ficticio desarreglo estomacal, Prue se ha ido de compras. Steff ha estado de juerga con sus jóvenes italianos hasta Dios sabe qué hora, aunque no parece haberle afectado y está contenta de pasar un rato a solas con papá. Estaba claro que era imposible entrar en detalles sobre mi turbio pasado sin explicarle que nunca había sido diplomático de verdad, sólo de mentirijillas, y ésa era la razón por la cual jamás recibiría el título de *sir* ni me nombrarían embajador en Pekín, así que ahora que estaba en casa bien podría dejar al margen esa cuestión porque me ponía verdaderamente de los nervios.

Me habría *gustado* contarle por qué no la llamé por teléfono cuando cumplió catorce años, porque sabía que aún estaba resentida. Me habría *gustado* explicarle que aquel día había soportado una copiosa nevada en el lado estonio de la frontera rusa mientras pedía a Dios que mi agente cruzara las líneas sano y salvo bajo un montón de serrín. Me habría *gustado* haberle dado alguna idea de cómo había sido para su madre y para mí el hecho de vivir bajo vigilancia incesante cuando trabajábamos en el Puesto de Moscú de la Oficina, donde recoger o depositar algo en un buzón clandestino nos llevaba diez días, sabiendo que, si dabas un paso en falso, era probable que tu agente muriese de una forma horrorosa. Pero Prue insistió en que nuestra estancia en Moscú era una parte de su vida que no quería recordar, añadiendo con su franqueza habitual:

—Y ni se te ocurra decirle que follábamos delante de las cámaras rusas, cariño —saboreando nuestra redescubierta vida sexual.

Steff y yo cogemos un telesilla y allá que vamos. En la primera subida hablamos sobre mi vuelta a casa y lo poco que sé del país al que llevo sirviendo media vida, «así que un montón de cosas que aprender, Steff, muchas cosas a las que acostumbrarse, ya comprenderás».

—¡Como adiós al alcohol libre de impuestos cuando íbamos a verte! —se queja, y soltamos una desbordante carcajada paternofilial.

Hora de desengancharnos y esquiar montaña abajo, con Steff llevando la delantera. Así que muy buen comienzo para nuestro *tête à tête*.

«Y no es ninguna desgracia servir a tu país en cualquier capacidad, cielo. —El consejo de Prue resuena en los oídos de mi memoria—. Tú y yo tendremos diferentes puntos de vista sobre el patriotismo, pero Steff lo considera una amenaza para la humanidad, sólo superada por la religión. Y ten cuidado con las bromas. En lo que se refiere a Steff, el humor en circunstancias graves es tan sólo una vía de escape.»

Nos enganchamos otra vez e iniciamos el ascenso de la colina. *Ahora*. Ni chistes, ni autocrítica ni disculpas. Y no te salgas de las instrucciones acordadas con Prue, nada de rodeos. Con la vista al frente, elijo un tono serio pero no solemne.

—Steff, tu madre y yo pensamos que es hora de que sepas una cosa de mí.

—Soy ilegítima —dice con entusiasmo.

—No, que soy espía.

Ella también está mirando al frente. No es exactamente como quería empezar. No importa. Lo suelto tal como estaba preparado, y ella escucha. Sin contacto visual, tampoco hay tensión. Voy al grano sin perder la calma.

—Así que ahí lo tienes, Steff, ya lo sabes. He vivido una mentira necesaria, y eso es todo lo que me permiten decirte. Puedo parecer un fracasado, pero poseo cierta categoría dentro de mi propio Servicio.

No dice nada. Llegamos a la cumbre. Nos desenganchamos y emprendemos el descenso de la ladera, sin hablar. Es más rápida que yo, o eso quiere creer, así que dejo que tome la delantera. Volvemos a encontrarnos en el arranque del telesilla.

En la cola no nos hablamos y no se vuelve para mirarme, aunque no me extraña. Steff vive en su mundo, pero ahora sabe que yo también vivo en el mío y no es ningún desguace para fracasados del Ministerio de Exteriores. Está delante de mí, así que se agarra primero al telesilla. Apenas hemos emprendido el ascenso cuando me pregunta con toda naturalidad si he matado a alguien. Suelto una risita, digo «no, Steff, por supuesto que no, gracias a Dios», lo que es cierto. Otros sí, aunque sólo fuera de forma indirecta, pero yo no. Ni guardando las distancias ni siquiera con otra bandera; eso que la Oficina llama *autoría improbable*.

—Pues si no has *matado* a nadie, ¿cuál es la peor cosa que has hecho como espía? —pregunta con la misma despreocupación.

—Bueno, Steff, supongo que la peor cosa que he hecho ha sido convencer a ciertos tipos de que hicieran algo que no habrían hecho si yo no se lo hubiera pedido, por decirlo así.

—¿Algo malo?

—Podría decirse. Depende de qué lado estés.

—¿Como qué, por ejemplo?

—Pues, bueno, traicionar a su país, para empezar.

—Y tú los convencías para que lo hicieran.

—Si no estaban convencidos de antemano, sí.

—¿Sólo tipos, o también convencías a *tipas*?

Lo que no era una pregunta tan desenfadada como pudiera parecer, según sabían quienes la habían oído hablar de cuestiones feministas.

—Tipos en general, Steff. Sí, hombres —le aseguro—. En su inmensa mayoría.

Hemos llegado a la cumbre. De nuevo nos desenganchamos y nos lanzamos al descenso, con Steff colocándose deprisa en cabeza. Una vez más nos encontramos en el arranque del telesilla. No hay cola. Para subir siempre se ha puesto las gafas sobre la frente. Hasta ahora, que no se las quita de la cara. Son de las que espejean y no dejan ver los ojos.

—¿Cómo los convencías exactamente? —prosigue en cuanto nos ponemos en movimiento.

—Bueno, Steff, no estamos hablando de *torturas*—replico, lo que constituye un fallo por mi

parte: *En lo que se refiere a Steff, el humor en circunstancias graves es tan sólo una vía de escape.*

—¿Cómo, entonces? —insiste, obsesionada con el tema de la persuasión.

—Mira, Steff, mucha gente está dispuesta a hacer muchas cosas por dinero, y una gran cantidad lo hace por *orgullo* o por *rencor*. También hay quienes hacen cosas por un *ideal*, y no aceptan dinero aunque se lo metas por el gaznate.

—¿Y qué ideal sería ése exactamente, *papá*? —pregunta por detrás de las relucientes gafas de esquí.

Es la primera vez desde hace semanas que me llama *papá*. También observo que no dice palabrotas, lo que en Steff suele ser como una luz roja de advertencia.

—Pues digamos, por poner un ejemplo, que alguien tiene una visión idealista de Inglaterra como madre de todas las democracias. O que ama a nuestra querida reina con inexplicable fervor. Puede que sea una Inglaterra que ya no exista para *nosotros*, si es que existió alguna vez, pero ese alguien cree que sí.

—¿Y tú crees que sí?

—Con reservas.

—¿Serías reservas?

—Bueno, ¿y quién no las tendría, por amor de Dios? —replico, indignado por la sugerencia de que de algún modo no he reparado en que el país está en caída libre—. Un gobierno *tory* en minoría, de lo más mediocre. Un ignorante ministro de Exteriores de mierda a cuyo servicio se supone que estoy. Los laboristas, por el estilo. La absoluta locura del jodido Brexit.

Me interrumpo. Yo también tengo sentimientos. Que mi indignado silencio diga lo demás.

—Entonces ¿*tienes* serias reservas? —insiste en su tono más puro—. Incluso muy serias. ¿No?

Caigo demasiado tarde en la cuenta de que me he descubierto del todo, pero quizá sea lo que he pretendido desde el principio: darle la victoria, reconocer que como no estoy a la altura de sus brillantes profesores todos podemos volver a ser quienes éramos.

—Bueno, a ver si lo he entendido —prosigue cuando emprendemos la siguiente ascensión—. Por el bien de una nación sobre la que tienes serias reservas, incluso *muy* serias, convences a *otros* nacionales de que traicionen a su *propio* país. —Y como si se le acabara de ocurrir, añade—: En razón de que no comparten las mismas reservas que *tú* tienes con respecto a *tu* país, mientras que ellos *sí* tienen reservas sobre el suyo. ¿No?

Ante lo cual dejo escapar una alegre exclamación que acepta una derrota honorable aunque reclamando al mismo tiempo algún atenuante.

—¡Pero no son corderitos inocentes, Steff! Se prestan *voluntariamente*. Al menos la mayoría. Y nos ocupamos de ellos. Les ofrecemos asistencia social. Si lo que quieren es dinero, se lo damos a montones. Si ansían el perdón de Dios, se lo concedemos. Lo que sea viable, Steff. Somos sus amigos. Confían en nosotros. Nosotros satisfacemos sus necesidades. Ellos satisfacen las nuestras. Así funciona el mundo.

Pero a ella no le interesa cómo funciona el mundo. Le interesa el mío, tal como resulta evidente en la siguiente ascensión:

—Cuando decías a *otros* quiénes debían ser, ¿consideraste alguna vez quién eras *tú*?

—Sólo sabía que estaba del lado bueno, Steff —le replico mientras me empieza a subir la bilis, pese a las mejores recomendaciones de Prue.

—¿Y qué lado es éste?

—El de mi Servicio. Mi país. Y el tuyo también, en definitiva.

Y en nuestro último trayecto a la cumbre, después de recobrar la serenidad:

—¿Papá?

—Dime.

—¿Has tenido *aventuras* cuando estabas en el extranjero?

—¿Aventuras?

—Aventuras amorosas.

—¿Te ha dicho tu madre que las he tenido?

—No.

—Entonces ¡¿por qué coño no te ocupas de tus jodidos asuntos?! —le suelto, antes de que pueda evitarlo.

—¡Porque no soy mi puñetera madre! —me grita con la misma energía.

Y con esa desagradable nota nos desenganchamos por última vez y nos dirigimos al pueblo cada uno por su lado. Llegada la noche, declina todos los ofrecimientos de salir de parranda con sus colegas italianos, insistiendo en que tiene ganas de acostarse. Cosa que hace, después de beberse una botella de borgoña.

Y yo, tras un adecuado intervalo, transmito a Prue nuestra conversación en términos generales, omitiendo, por el bien de ambos, la última y gratuita pregunta de Steff. Incluso trato de convencernos a los dos de que nuestra pequeña charla ha sido misión cumplida, pero Prue me conoce demasiado bien. En el vuelo de vuelta a Londres a la mañana siguiente, Steff se sienta al otro lado del pasillo. Al otro día —víspera de su regreso a Bristol—, Prue y ella se enzarzan en una bronca descomunal. La furia de Steff, según resulta, no se dirige a su padre por ser espía, ni siquiera por hacer que lo sean otros individuos, hombres o mujeres, sino a su resignada madre por ocultar tan enorme secreto a su propia hija, traicionando así los más sagrados lazos de confianza propios de la condición femenina.

Y cuando Prue observa con mucho tacto que no le corresponde a ella revelar aquel secreto sino a mí y probablemente tampoco a mí sino a la Oficina, Steff se marcha toda indignada, se recluye en casa de su novio y se va sola a Bristol, adonde llega dos días después de que empiece el curso y de que haya enviado al novio a recoger su equipaje.

¿Hace Ed alguna aparición como actor invitado en alguna situación de este drama familiar? Por

supuesto que no. ¿Cómo iba a hacerlo? No salió de la isla. Pero hubo un momento —una impresión errónea, pero memorable de todos modos— en que un individuo joven apareció en la sala en la que disfrutábamos de *croutes au fromage* con una frasca de vino en el refugio de las Trois Sommets, que domina todo el valle. Y bien podría haber sido el doble de Ed. En carne y hueso. No en efigie, sino en persona.

Steff estaba echándose la siesta. Prue y yo nos habíamos ido a esquiar temprano con lo que ahora pensábamos relajarnos tranquilamente y luego irnos a acostar. Y hete ahí que de pronto aparece en el umbral un tipo con gorro de borla parecido a Ed —misma altura, mismo aire solitario y ofendido, algo perdido—, se pone a dar repetidas patadas en el suelo para desprenderse la nieve de las botas, estorbando el paso a todo el mundo, y quitándose las gafas de esquí, recorre el comedor con una mirada parpadeante como si se le hubieran olvidado las gafas de ver. Menos mal que me contuve, pero casi llegué a agitar el brazo para saludarlo.

Pero Prue, rápida como siempre, se percató del gesto. Y cuando por motivos que aún se me escapan seguí sin bajar el brazo, ella me pidió una explicación franca y completa. Así que le di una versión condensada: en el Athleticus se presentó un chico que no me dejó en paz hasta que convine en jugar con él. Pero Prue quería saber más. ¿Por qué me había causado tan profunda impresión si apenas lo conocía? ¿A qué venía aquella reacción tan espontánea ante el parecido del recién llegado?

Ante lo cual le recité de un tirón una serie de respuestas que Prue, siendo quien es, recuerda mejor que yo: un bicho raro, parece que dije, había valentía en él; y cuando un escandaloso grupo empezó a burlarse de él desde el bar no hizo ni caso, siguió dándome la tabarra hasta conseguir lo que quería y, diciéndoles de forma implícita que se fueran a tomar por culo, se largó a toda prisa.

Quienes adoren la montaña como yo, al volverle la espalda siempre se deprimirán, pero la visión de un monstruoso y destartado edificio de ladrillo rojo de tres plantas en un callejón de Camden a las nueve de la mañana de un lunes azotado por la lluvia sin tener la más remota idea de lo que vas a hacer cuando estés dentro es difícil de superar.

Cómo acaba una subestación en esos parajes era un misterio en sí mismo. Cómo había adquirido el sobrenombre de *El Refugio*, era otro. Una teoría afirmaba que la habían utilizado como piso franco para agentes alemanes capturados en la guerra de 1939 a 1945; otra, que un antiguo jefe había mantenido allí a su amante; y otra más, que en uno de sus interminables bandazos políticos la Oficina Central había decretado que la seguridad estaría mejor servida si se desperdigaban las subestaciones por todo Londres, y cuando se abandonó esa política El Refugio no entró en línea de cuenta por su pura insignificancia.

Subo los tres escalones cuarteados. La descascarillada puerta se abre antes de que tenga ocasión de introducir la vieja llave. Justo delante de mí se yergue el otrora imponente Giles

Wackford, sólo tres años mayor que yo, gordo y con los ojos acuosos, pero en su día uno de los más hábiles controladores de agentes en la escudería de la Oficina.

—Mi querido amigo —declara con voz ronca entre los vapores del whisky de anoche—. ¡Tan puntual como siempre! ¡Mis más cordiales saludos, caballero! ¡Cuánto honor! Imposible imaginar mejor elemento para sucederme.

Luego conozco a su equipo, distribuido en despachos compartidos en lo alto y al pie de una angosta escalera de madera.

Igor, un deprimido lituano de sesenta y cinco años, antiguo controlador de la mejor red en los Balcanes que jamás tuvo la Oficina durante la guerra fría, reducido ahora a ocuparse de limpiadoras, mecanógrafas y porteros de embajadas extranjeras de poca monta.

Marika, estonia, presunta amante de Igor, viuda de un agente jubilado de la Oficina que murió en San Petersburgo cuando aún se llamaba Leningrado.

Denise, una escocesa rolliza, enérgica, de padres en parte noruegos, que habla ruso.

Y por último el pequeño *Ilya*, un chico anglo-finlandés de mirada viva que habla ruso, reclutado por mí en Helsinki hace cinco años como agente doble. Siguió trabajando para mi sucesor con la promesa de reasentamiento en el Reino Unido. Al principio, la Oficina Central no quería saber nada de él. Sólo después de mis repetidas intervenciones ante Bryn Jordan convinieron en contratarlo como miembro de la especie más baja de la vida secreta: auxiliar administrativo de nivel C. Con gritos de alegría finlandesa, me da un abrazo al estilo ruso.

Y en la planta superior, condenada a una eterna oscuridad, mi variopinto grupo de apoyo: auxiliares administrativos, hombres y mujeres de extracción bilingüe y con formación operativa elemental.

Sólo cuando por lo visto hemos acabado el recorrido y empiezo a preguntarme si mi prometido número dos existe de verdad, llama Giles ceremoniosamente a una puerta de cristal esmerilado contigua a su mohoso despacho, y allí, en lo que sospecho que una vez fue el cuarto de la criada, veo por primera vez a Florence, que, de rasgos vigorosos y espléndida figura juvenil, habla ruso con fluidez, está en el segundo año de su periodo de prueba, es la última incorporada a la subestación El Refugio y, según Dom, su gran esperanza blanca.

—Entonces ¿por qué no la han destinado directamente al Departamento Rusia? —le pregunté.

—Porque la consideramos un poco *bisoña*, Nat —me contestó Dom con altivez, dando a entender que él había estado en el centro de la decisión—. Con talento, sí, pero pensamos que necesitaba otro año para asentarse.

Con talento, pero necesita asentarse. Pedí a Moira que me dejara ojear su expediente. Como era de esperar, Dom se había apropiado de la mejor frase.

Y de pronto toda nueva empresa de El Refugio está impulsada por Florence. O así lo recuerdo. Quizá hubiera otros proyectos meritorios, pero desde el momento en que le puse la vista encima,

la Operación Rosebud se convirtió en el único espectáculo de aquella barraca y Florence en su protagonista.

Por iniciativa propia había reclutado a la desengañada amante de un oligarca ucranio residente en Londres cuyo nombre en clave era Orson y que mantenía vínculos bien documentados tanto con el Centro de Moscú como con partidarios de Putin en el gobierno de Ucrania.

Su ambicioso plan, absurdamente sobrevalorado, requería un equipo de intervención furtiva de la Oficina Central para forzar la entrada en el dúplex de setenta y cinco millones de libras en Park Lane, colocar micrófonos hasta en las vigas y hacer las pertinentes conexiones en un banco de ordenadores instalados tras una puerta de acero a la mitad de la escalera de mármol que conduce al salón panorámico.

Tal como estaba presentado, las posibilidades de que Rosebud recibiera luz verde del Directorio de Operaciones equivalían, en mi opinión, a cero. La entrada forzosa ilegal era una diligencia muy solicitada. Los grupos de intervención furtiva valían su peso en oro. En su estado actual, la Operación Rosebud sería otra voz inaudible entre el bullicio de los solicitantes. Sin embargo, cuanto más ahondaba en la presentación de Florence, más me convencía de que, con inmisericordes correcciones y esmerado sentido de la oportunidad, Rosebud podría producir información secreta de primer orden, segura y eficaz. Y en Florence, tal como Giles se esforzaba en explicarme por la noche mientras dábamos cuenta de una botella en la cocina trasera de El Refugio, Rosebud había encontrado una implacable aunque obsesiva defensora.

—La chica ha hecho *todo* el trabajo de investigación, todo el papeleo. Desde el momento en que desenterró a Orson de los archivos, a todas horas tiene a ese cabrón en la cabeza. Le dije: «¿Es que quieres vengarte de ese individuo por algo?». Ni siquiera se rio. Alegó que era un cáncer para la humanidad y que había que extirparlo.

Largo trago de whisky.

—No sólo intimó con Astra, la desengañada amante de Orson, haciéndose amiga de ella para siempre, sino que, por si fuera poco, embaucó al portero de noche del edificio en cuestión. Le largó una historia de que trabajaba de incógnito para el *Daily Mail*, haciendo un artículo sobre el estilo de vida de los oligarcas en Londres. El portero se enamora de ella, se cree hasta la última palabra que sale de su boca. Cuando quiera echar un vistazo a la jaula del león, con cinco mil libras del fondo de reptiles del *Mail*, estará a su plena disposición. *Inmadura*, una mierda. Menudos cojones tiene.

Organizo un almuerzo tranquilo con Percy Price, todopoderoso jefe de Vigilancia, un imperio en sí mismo. El protocolo exige que invite a Dom. Enseguida resulta evidente que Percy y Dom no están hechos el uno para el otro, pero Percy y yo tenemos una larga historia en común. De cincuenta y tantos años, es un antiguo policía, descarnado y taciturno. Hace diez años, con ayuda de uno de sus

equipos de intervención furtiva y un agente que controlaba yo, robamos un prototipo de misil de la caseta rusa de una feria internacional de armamento.

—Mis chicos y mis chicas no dejan de tropezarse con ese tal Orson —observa pensativo—. Cada vez que descubrimos a algún multimillonario sospechoso de hacer chanchullos con los rusos, aparece Orson. No somos supervisores. Observamos lo que nos dicen que vigilemos. Pero me alegro mucho de que por fin alguien haya decidido ir a por él, porque hace tiempo que me vienen preocupando los de su clase.

Percy verá si puede abrírnos algún resquicio. Pero todo va a pender de un hilo, Nat. Si el Directorio de Operaciones se decide en el último momento por otra propuesta que considere más sólida, no hay nada que Percy ni cualquier otro pueda hacer.

—Y por supuesto, todo pasa a través de mí, Percy —dice Dom.

A lo que ambos contestamos «sí, Dom, faltaría más».

Tres días después me llama Percy directamente al móvil de la Oficina. «Parece que va a haber un hueco en la actividad, Nat. Valdría la pena intentarlo.» «Gracias, Percy», le digo. Pasaré la información a Dom, tal como corresponde; es decir, lo más tarde posible o nunca.

El cubículo de Florence está al lado de mi despacho. A partir de ahora, le informo, dedicará el mayor tiempo posible a la desengañada amante de Orson, Astra, según su nombre en clave. Tiene que llevarla de excursión al campo, acompañarla cuando vaya de compras y almorzar con ella en Fortnum's, su establecimiento favorito. Debe cultivar su amistad con el portero de noche. Sin tener en cuenta a Dom, autorizo un soborno de quinientas libras a tal fin. Bajo mi tutela, Florence también redactará una solicitud formal para un primer reconocimiento encubierto del dúplex de Orson a cargo del equipo de intervención furtiva del Directorio de Operaciones. Implicando al Directorio en esta temprana etapa, indicamos la seriedad de nuestro propósito.

Desde el principio, el instinto me ha impulsado a disfrutar con cautela de las cualidades de Florence: una de esas chicas de clase alta que han crecido con ponis y nunca se sabe lo que se cuece en su interior. Steff la odiaría nada más verla, Prue se inquietaría. Tiene los ojos castaños, grandes y serios. Para disimular sus formas en el lugar de trabajo lleva falda ancha de lana y zapato bajo, va sin maquillaje. Según su expediente, vive con sus padres en Pimlico y no tiene pareja reconocida. Su orientación sexual, por su propio deseo, queda *sin declarar*. Con lo que interpreto como señal de prohibido el paso, lleva un sello masculino en el dedo anular. Camina a grandes zancadas con una leve cadencia a cada paso. La misma cadencia se reproduce en su voz, que es clara. Colegio femenino de Cheltenham entrelazado con palabrotas de albañil. Mi primera experiencia con ese inverosímil emparejamiento se produce durante una discusión sobre la Operación Rosebud en el despacho de Dom. Somos cinco: Dom, Percy Price y yo mismo, un pedante ladrón de la Oficina llamado Eric y Florence, en periodo de prueba. Se trata la cuestión de si sería conveniente establecer un corte de corriente como maniobra de distracción mientras los

operarios de Eric se dedican a reconocer el interior del dúplex de Orson. Florence, que hasta entonces ha mantenido una actitud pasiva, vuelve a la vida:

—Pero, *Eric* —objeta—, ¿con qué creemos que funcionan los ordenadores de Orson? ¿Con unas putas pilas de linterna?

Un problema urgente que me espera es el de eliminar las innecesarias paridas de su proyecto de presentación al Directorio de Operaciones. Puede que yo no sea el rey sin corona del papeleo en la Oficina —mis informes personales sugieren lo contrario—, pero sé lo que pone los pelos de punta a nuestros queridos directores. Cuando se lo expongo claramente, Florence monta en cólera. ¿Estoy tratando con Steff o con mi número dos?

—Ay, *coño* —suspira—. Vas a decirme que te molestan los adverbios.

—Nada de eso. Lo que quiero decirte es que al Directorio de Operaciones y al Departamento Rusia se la trae floja, como dirías tú, que Orson sea el hombre más envilecido del planeta o un parangón de todas las virtudes. Por tanto suprimimos toda referencia a causas justas y escandalosas sumas de dinero sustraídas a los oprimidos del mundo. Nos interesa el propósito, los réditos, el grado de riesgo y la negación de responsabilidad, asegurándonos bien de que el símbolo de El Refugio figura en filigrana en cada página y no se ha sustituido de forma misteriosa por el de cualquier otro departamento.

—¿Como el de Dom?

—Como el de cualquiera.

Vuelve a su cubículo pisando fuerte y cierra de un portazo. No es de extrañar que Giles se haya enamorado de ella: no tiene una hija. Llamo a Percy, le digo que el anteproyecto de Rosebud está en marcha. Cuando se me acaban las excusas para aplazarlo, comunico a Dom información veraz y detallada de nuestros avances hasta la fecha, con lo cual me refiero a lo imprescindible para mantenerlo tranquilo. Y el lunes por la tarde, con una comprensible sensación de autocomplacencia, me despido de El Refugio y me dirijo al Athleticus para celebrar mi primer partido de bádminton, pendiente de tiempo atrás, con Edward Stanley Shannon, investigador.

Según mi agenda, que nunca ha contenido información que no pudiera dejarme en el autobús o en casa, Ed y yo jugamos en total quince partidos de bádminton en el Athleticus —casi siempre los lunes y, en ocasiones, dos veces por semana—, catorce antes de la Caída de la hoja, uno después. El empleo de *Caída de la hoja* es arbitrario. No tiene que ver con la estación otoñal ni con cualquier otra cosa en particular. No sé si esos términos resumirán el caso, pero he buscado en vano otros más adecuados.

Si me dirijo al Athleticus desde el norte, me gusta hacer el último tramo caminando deprisa por el parque de Battersea. Cuando voy directamente desde casa, sólo tengo un paseo de quinientos metros. Por improbable que parezca, el Athleticus ha sido mi club y refugio del mundo durante buena parte de mi vida adulta. Prue dice que es mi parque infantil. Cuando estaba en el extranjero mantenía al corriente mi condición de socio y utilizaba los periodos de vacaciones para seguir en la liga del club. Siempre que la Oficina me convocaba a una reunión de operaciones, aprovechaba para jugar un partido. En el Athleticus todo el mundo me llama Nat, a nadie le importa un rábano cómo se ganan la vida los demás y nadie pregunta. Los socios chinos y otros asiáticos nos superan a los caucásicos en razón de tres a uno. Steff se negó a jugar desde que aprendió a decir «no», pero hubo una época en que la llevaba a nadar un poco y a tomar un helado. Como buena chica, Prue iría si se lo pidiese, pero sólo a regañadientes, y en los últimos tiempos, entre su trabajo altruista y las demandas colectivas en las que se ve envuelto su bufete, de ninguna manera.

El que atiende el bar es un chino de Shantou llamado Fred que tiene insomnio y para el que no pasan los años. Admitimos la categoría de socio juvenil, que es tremendamente antieconómica, pero sólo hasta los veintidós años. Después son doscientos cincuenta machacantes al año más unos sustanciosos honorarios de entrada. Y habríamos tenido que cerrar el negocio o subir la entrada si de buenas a primeras un socio chino llamado Arthur no hubiera hecho una donación anónima de cien mil euros, y eso tiene historia.

Como secretario honorario del club, yo era uno de los pocos que estaban en condiciones de agradecer a Arthur su generosidad. Una tarde me dijeron que estaba en el bar. Era de mi edad pero ya tenía el pelo blanco, llevaba un elegante traje con corbata y miraba al frente con fijeza. No estaba bebiendo nada.

—Arthur —le digo, sentándome a su lado—, no sabemos cómo agradecértelo.

Espero que vuelva la cabeza, pero su mirada sigue fija en la distancia.

—Es por mi hijo —contesta después de un siglo.

—¿Y está tu hijo aquí esta noche? —le pregunto, observando a un grupo de chicos chinos que

deambulan por la piscina.

—Ya no —responde, aún sin volver la cabeza.

¿Ya no? ¿Qué significaba eso?

Emprendo una discreta indagación. Los nombres chinos son peliagudos. Había un socio juvenil que parecía tener el mismo apellido que nuestro donante, pero hacía seis meses que debía su cuota anual, pasando por alto la habitual serie de recordatorios. Fue Alice quien estableció la relación. Kim, recordaba. Aquel chaval tan entusiasta, tan delgaducho. Un verdadero encanto, decía que tenía dieciséis años pero parecía haber cumplido los sesenta. Vino una china con él, muy educada, podía ser su madre, o su enfermera. Contrató un curso de iniciación de seis clases con dinero contante y sonante, pero el chico fue incapaz de dar al volante ni siquiera con un remate. Bueno, pues el instructor sugirió que lo intentara en casa, sólo con el volante en la raqueta, coordinando la mano con la mirada, y que volviera al cabo de unas semanas. Pero el chico no volvió. La enfermera tampoco. Supusimos que había renunciado o que había regresado a China. «Oh, cielo santo, no lo digas. Bueno, que Dios tenga en su seno al pobre Kim.»

No sé por qué cuento este episodio con tanto detalle, salvo para explicar por qué me encanta este lugar y lo que ha significado para mí a lo largo de los años. Y es el sitio donde jugué mis quince partidos con Ed, de los cuales disfruté de todos menos del último.

El lunes fijado para nuestro primer encuentro no tuvo exactamente un comienzo tan divertido como sugieren las crónicas. Soy una persona puntual; y Steff dice que lo soy de forma obsesiva. Llegó jadeante a nuestra cita, fijada tres semanas antes, con apenas tres minutos de antelación, un arrugado traje de calle y pinzas de bicicleta en torno a los tobillos. Venía provisto de una cartera marrón de imitación de cuero, y parecía de un humor de perros.

Téngase presente que sólo lo había visto una vez, con equipo de bádminton. Considérese, además, que tenía unos veinte años menos que yo, y en presencia de otros socios me había lanzado un desafío que yo había aceptado sobre todo para no ponerlo en evidencia. Hay que tener en cuenta que yo no sólo era el campeón del club, sino que además me había pasado la mañana manteniendo sucesivas reuniones de traspaso con dos agentes de Giles, dos mujeres nada prometedoras ni productivas a quienes el cambio de controlador contrariaba por razones evidentes; la hora del almuerzo tranquilizando a Prue porque Steff le había remitido un mensaje para pedirle que le enviara por correo certificado su teléfono móvil, que se había dejado en la mesa del vestíbulo, a una dirección desconocida, *c/d Juno* —«¿quién coño es Juno?»—, y la tarde eliminando juicios gratuitos sobre el bochornoso estilo de vida de Orson, después de haber dicho dos veces a Florence que los suprimiera.

Téngase presente por último que cuando Ed entra en tromba en el vestuario como si huyera de algo, me he pasado diez minutos dando vueltas, preocupado, vestido con el equipo de bádminton, mirando el reloj. Empezando a desvestirse gruñe unas palabras medio inteligibles sobre un «puto

camionero enemigo de los ciclistas» que le ha hecho cosas desagradables en los semáforos, y sobre sus jefes, que lo han retenido hasta tarde sin ninguna puñetera razón, a todo lo cual sólo puedo responder con un «pobrecillo» antes de sentarme en el banco a observar en el espejo sus caóticos progresos.

Si ahora me ve menos tranquilo que cuando me conoció hace un par de semanas, el Ed que tengo delante se parece poco al tímido hombre con apariencia de muchacho que necesitó ayuda de Alice para abordarme. Liberado de la chaqueta, inclina bruscamente el tronco sin doblar las rodillas, abre la taquilla de golpe, saca un tubo de volantes, un par de raquetas y luego un hatillo enrollado con la camiseta, los pantalones cortos, los calcetines y las zapatillas.

Pies grandes, observo. Puede que sea lento de movimientos. Y en el momento en que pienso eso lanza la cartera marrón al interior de la taquilla y *echa la llave*. ¿Por qué? Aún no ha terminado de ponerse el equipo de bádminton. Dentro de treinta segundos tendrá que guardar la ropa de vestir en esa misma taquilla con la misma frenética prisa con la que ahora se la está quitando. Entonces ¿para qué la cierra *ahora*, sólo para abrirla dentro de medio minuto? ¿Me está tomando el pelo? ¿Tiene miedo a que le birlen la cartera cuando se vuelva de espaldas?

No hago un esfuerzo consciente para pensar así. Se trata de mi *déformation professionnelle*. Es lo que me han enseñado y lo que vengo haciendo toda la vida, ya sea Prue el objeto de mi atención cuando se está maquillando en el tocador de Battersea o la pareja de mediana edad que lleva sentada demasiado tiempo en un rincón del café, hablando con mucha seriedad sin mirar nunca en mi dirección.

Se ha quitado la camisa por la cabeza y muestra el torso desnudo. Buen físico, algo escuálido, sin tatuajes ni cicatrices, sin otras marcas distintivas, y desde donde estoy sentado, muy alto. Se quita las gafas, abre la taquilla *otra vez*, las echa dentro y *vuelve a cerrar*. Se pone una camiseta, luego los mismos pantalones cortos que llevaba cuando me abordó, y unos calcetines de tobillo, originalmente blancos.

Ahora tiene las rodillas frente a mi cara. Sin gafas, su rostro está desnudo y parece aún más joven que cuando lo conocí. Veinticinco como mucho. Se inclina frente a mí, atisba en el espejo de la pared. Se está poniendo lentillas. Parpadea para aclararse la vista. Observo asimismo que durante todas esas contorsiones aún no ha flexionado las rodillas. Todo lo articula a partir de la cintura, ya sea para atarse los cordones de las zapatillas o ajustarse las lentillas. De modo que a pesar de su altura quizá tenga problemas de alcance para golpear por abajo y a los lados. De nuevo abre la taquilla, mete el traje, la camisa y los zapatos, cierra de golpe, da una vuelta a la llave, la saca, se la deja en la palma de la mano, se queda mirándola, se encoge de hombros, le quita la cinta, abre el cubo de basura que tiene al lado, tira la cinta y se guarda la llave en el bolsillo derecho de sus largos pantalones cortos.

—¿Ya estás preparado? —me pregunta, como si fuera yo, no él, quien hace esperar.

Nos dirigimos a la pista, Ed a grandes zancadas delante de mí, haciendo girar la raqueta y aún echando chispas por el camionero enemigo de los ciclistas, por los cabeza de chorlito de sus jefes

o por cualquier otra contrariedad aún por desvelar. Conoce el camino. Ha estado practicando a escondidas, apuesto lo que sea, probablemente desde que me lanzó el desafío. Mi trabajo exige que me lleve bien con gente a quien por lo general no hablaría ni en el cuarto oscuro, pero este joven está poniendo a prueba mi tolerancia y la pista de bádminton es el sitio indicado para solventarlo.

Aquella primera tarde libramos siete enconados juegos. Campeonatos incluidos, no recuerdo haber empleado mis recursos tan a fondo ni haber estado tan resuelto a poner en su lugar a un joven oponente. Gané cuatro, pero sólo por los pelos. Era bueno pero inconsecuente, lo que me dio ventaja. Pese a su juventud, consideré que nunca sería mejor, teniendo en cuenta que me sacaba diez o doce centímetros. Y concentración variable, menos mal. A lo largo de una docena de puntos atacó, remató, entró a fondo, lanzó por lo alto, hizo dejadas, devolvió, siempre forzando el cuerpo en ángulos inverosímiles, y yo me las veía negras para seguirle el ritmo. Luego, durante los tres o cuatro juegos siguientes desconectó y parecía que ya no le importaba ganar. Después volvió a revivir, pero para entonces era demasiado tarde.

Y del primer al último punto, ni palabra entre nosotros, salvo su escrupulosa cuenta del tanteo, responsabilidad que se arrojó desde el primer punto, y el ocasional *joder!* cuando la pifiaba. Para cuando llegamos al juego decisivo debía de haberse congregado una docena de espectadores y al final incluso hubo algunos aplausos. Y sí, era lento de pies. Y sí, sus golpes por abajo eran frenéticos, como último recurso, pese a su superior estatura.

Pero, aparte de todo eso, he de decir que jugó y perdió con inesperada elegancia, sin protestar por una sola falta de pisar línea ni por pedir repetición de jugada, lo que de ningún modo era corriente en el Athleticus ni en ningún otro sitio. Y en cuanto terminó el partido logró esbozar una amplia sonrisa, la primera que le había visto desde el día que me abordó: disgustada, pero de auténtico buen perdedor, e inesperada, con lo que resultó aún mejor.

—Ha sido un partido bueno de verdad, Nat, el mejor de mi vida, sí —me asegura con aire de sinceridad, cogiéndome la mano y estrechándomela efusivamente—. ¿Tienes tiempo para una dosis? Yo invito.

¿Dosis? He estado mucho tiempo fuera de Inglaterra. ¿Un trago o una raya? Me pasó por la cabeza la absurda idea de que me estaba ofreciendo cocaína que llevaba en la cartera marrón. Luego comprendí que tan sólo estaba sugiriendo que tomáramos una copa civilizadamente en el bar, así que le dije «gracias Ed, pero esta noche no puedo, estoy liado», cosa que era cierta: tenía otro traspaso ya entrada la noche con la última agente que le quedaba a Giles, cuyo nombre en clave era Starlight, un absoluto coñazo de mujer, una persona del todo insoportable y en mi opinión nada de fiar, pero Giles estaba convencido de que la tenía calada.

—¿Qué me dices de una revancha la semana que viene? —me insta Ed con la perseverancia que ya suelo esperar en él—. No pasa nada si uno de los dos tiene que cancelarlo. Reservo de

todos modos. ¿Qué te parece?

A lo que respondo, de nuevo con la verdad en la mano, que últimamente me están apretando las clavijas, así que vamos a dejarlo para otro momento. Y en cualquier caso seré yo quien haga la reserva, me toca a mí. En la última imagen que tengo de él antes de que nos separemos, está inclinado con las pinzas puestas, quitando la cadena de una antediluviana bicicleta de la policía. Le dicen que está obstaculizando el paso y él los manda a la mierda.

Resultó que tuve que ponerle un mensaje para cancelar lo del lunes siguiente porque Rosebud, gracias a la renuente aquiescencia de Florence en rebajar la indignación moral y a algún cabildeo clandestino por mi parte, estaba a punto de echar a andar. Entonces propuso el miércoles, pero tuve que decirle que me tenían pillado toda la semana. Y cuando llegó el otro lunes aún estábamos pendientes de un hilo y también tuve que cancelarlo con las debidas disculpas, aparte de que aquella semana tampoco pintaba muy bien. Me daba no sé qué fastidiarle así, y por eso me sentí muy aliviado cuando en ambas ocasiones me respondió cortés: «No hay problema». Por la tarde del tercer viernes aún no estaba seguro de si podría arreglarlo para el lunes siguiente o para cualquier otro día, lo que habría significado tres cancelaciones seguidas.

Ya ha pasado la hora de irse a casa. El equipo de guardia de El Refugio está entrando para trabajar el fin de semana. El pequeño Ilya se ha prestado voluntario otra vez. Necesita dinero. Suena el teléfono de mi despacho. Es Dom. Estoy a punto de dejarlo que suene, pero me rindo.

—Tengo gratas noticias para ti, Nat —anuncia con la voz que emplea en las reuniones—. Cierta señora llamada Rosebud se ha ganado el favor de nuestros lores del Departamento Rusia. Han remitido nuestra propuesta al Directorio de Operaciones para que adopte una decisión definitiva junto con las medidas pertinentes. Que pases buen fin de semana. Te lo mereces, si me permites decírtelo.

—¿Nuestra propuesta, Dom? ¿O sólo la propuesta de General Londres?

—Nuestra propuesta *conjunta*, Nat, tal como acordamos. El Refugio y General Londres van codo con codo.

—¿Y quién es exactamente el autor acreditado?

—Se señala a tu intrépida número dos como autora de la operación pese a que se encuentra en periodo de prueba, y en esa condición hará la presentación oficial con arreglo a la práctica habitual en la sala de Operaciones el viernes que viene a las diez y media en punto de la mañana. ¿Estás contento?

Hasta que lo tenga por escrito, no, Dom. Llamo a Viv, que se está convirtiendo en aliada. Me envía por correo electrónico la confirmación oficial. Dom y yo encabezamos el reparto. Florence es la autora acreditada. Sólo ahora puedo escribir un mensaje a Ed. Lamento la poca antelación y todo eso, pero ¿sigue en pie por casualidad lo del lunes que viene?

Por él, sí.

Nada de sudado traje gris ni pinzas de bicicleta esta vez, nada de refunfuñar sobre camioneros ni jefes con cabeza de chorlito, nada de cartera de imitación piel. Sólo vaqueros, zapatillas de deporte, camisa de cuello abierto y una amplia sonrisa, muy satisfecha, bajo el casco de ciclista que ahora se desabrocha. Y debo decir que después de tres semanas enteras de intenso trabajo de día y de noche, esa sonrisa y el breve y enérgico apretón de manos son como un tónico para mí.

—Al principio te entró el canguelo, pero al final te has armado de valor, ¿eh?

—Temblaba de miedo —convengo alegremente mientras nos encaminamos a paso ligero hacia los vestuarios.

El partido fue también muy reñido. Pero sin espectadores esta vez, de modo que sólo con la tensión adecuada. Como en el anterior, estuvimos a la par hasta los últimos puntos, pero para mi desconcierto —aunque también fue un alivio, porque ¿quién quiere un contrincante al que pueda vencer siempre?— me ganó limpiamente por la mano en el último momento, después de lo cual fui más rápido que él en insistir que fuéramos al bar a por aquella dosis suya. Los lunes suele haber pocos socios, pero ya fuera por costumbre o por impulso me dirigí a lo que en los cursos de entrenamiento denominan «típico rincón del observador», una mesa para dos con tablero de zinc apartada de la piscina, pegada a la pared y mirando a la puerta de entrada.

Y a partir de entonces, sin mencionarlo siquiera, la aislada mesa de zinc se convirtió en lo que mi madre, en sus momentos de alemán, habría llamado nuestra *Stammtisch*; o como dirían mis *chers collègues*, la escena del delito: tanto en nuestras habituales sesiones de los lunes por la tarde como alguna que otra noche improvisada entre medias.

No esperaba que aquella primera cerveza de después del bádminton fuese algo más que la formalidad habitual: el perdedor paga las primeras, el ganador las segundas si alguno quiere otra, se intercambian los cumplidos de rigor, se fija una fecha para el partido de vuelta, una ducha y cada uno por su lado. Y como Ed se encontraba en una edad en que la vida empieza a las nueve de la noche, supuse que nos acabaríamos aquella cerveza y yo me iría a hacerme un huevo porque Prue estaba reunida en Southwark con sus queridos clientes de asistencia gratuita.

—¿Eres de Londres, Nat? —pregunta cuando nos sentamos con las cervezas.

Reconozco que en efecto soy londinense.

—¿Y qué haces?

Más lejos de lo que la gente suele ir en el club, pero no importa.

—Pues en realidad ando buscando por ahí. Durante un tiempo me he ganado el pan en el extranjero. Ahora he vuelto a casa y busco algo para hincarle el diente. —Y por si acaso, cayendo en un hábito bien asentado, añado—: Entretanto ayudo a un buen amigo mío a enderezar su negocio. Y tú, Ed, ¿a qué te dedicas? Alice dio a entender que eras *investigador*. ¿Es cierto?

Medita la pregunta como si nadie se la hubiera hecho antes. Parece algo irritado de que se conozca su situación.

—Investigador, sí. Eso soy. —Y al cabo de un intervalo de reflexión—: Investigación. Entra información. La clasifico. Se la paso a los clientes. Eso.

—Las noticias del día en principio, ¿no?

—Sí. De todas clases. Nacionales, extranjeras, falsas.

—Para una empresa, supongo —sugiero, recordando su invectiva contra sus jefes.

—Sí. Mentalidad verdaderamente empresarial. Pásate de la raya y estás jodido.

Supongo que ha dicho todo lo que tenía que decir porque se ha sumido de nuevo en sus pensamientos. Pero continúa:

—Aunque, bueno. Le he sacado un par de años en Alemania, ¿no? —indica, consolándose—. El país me encantaba, pero el trabajo no me gustaba mucho. Así que volví a casa.

—¿El mismo tipo de trabajo?

—Sí, la misma mierda, vaya, aunque en otra rama diferente. Pensaba que sería algo mejor.

—Pero no fue así.

—Pues no. Pero hay que seguir aguantando mecha, supongo. Y sacar el mejor partido de la situación. Eso.

Y de ahí no pasó nuestro intercambio de información sobre nuestras respectivas ocupaciones, que a mí me pareció satisfactorio y supongo que a él también, porque no recuerdo que ninguno de los dos sacara a relucir el tema otra vez, por mucho que a mis *chers collègues* les guste creer lo contrario.

Pero sí recuerdo como si fuera ayer con cuánta brusquedad nuestra conversación cambió de rumbo cuando dejamos a un lado la cuestión de a qué nos dedicábamos. Ed se pasó un rato con el ceño fruncido y la mirada perdida, debatiendo, a juzgar por las muecas que hacía con la boca, algún grave asunto en su fuero interno.

—¿Te importa que te haga una pregunta, Nat? —dice en un impulso de brusca resolución.

—Claro que no —le contesto con amabilidad.

—Lo cierto es que tengo mucho respeto a las personas como tú. Aunque te conozco desde hace poco. No se tarda mucho en conocer a alguien cuando juegas con él.

—Continúa.

—Gracias. Sigo. Lo he pensado mucho, Nat, y considero que para Gran Bretaña y Europa, y desde luego para la democracia liberal en todo el mundo en su conjunto, la marcha del Reino Unido de la Unión Europea en la era de Trump y su consiguiente dependencia incondicional de Estados Unidos en una época en que dicho país se precipita directamente por la vía del racismo institucional y el neofascismo es una cagada monumental sin precedentes. Y lo que pregunto es lo siguiente: ¿estás de acuerdo conmigo en principio, o te he ofendido y sería mejor que me levantara y me largara ahora mismo? ¿Sí o no?

Sorprendido por que un joven al que apenas conozco me pregunte de forma tan espontánea sobre mis simpatías políticas, mantengo lo que Prue denominaría un «silencio decoroso». Se

queda un momento mirando sin ver a la gente que chapotea en la piscina, y luego se vuelve hacia mí.

—Lo digo porque *no* me gustaría estar aquí contigo bajo falsas pretensiones, teniendo en cuenta que siempre he admirado tu juego y a ti personalmente. En mi opinión, el Brexit es la decisión más importante a la que se enfrenta Gran Bretaña desde 1939. Dicen que desde 1945, aunque, para ser sincero, no sé por qué. Así que lo que quiero saber es: ¿estás de acuerdo conmigo? Sé que me lo tomo todo demasiado a pecho. Me lo han dicho. Además, a mucha gente no le caigo bien porque no tengo pelos en la lengua, y no les falta razón.

—¿En tu lugar de trabajo? —le pregunto, para ganar tiempo.

—Mi lugar de trabajo es un verdadero fracaso en cuanto a lo que yo llamaría «libertad de expresión». En mi lugar de trabajo no está permitido mantener opiniones sólidas sobre ningún tema. En caso contrario, te conviertes en un leproso. Por tanto, mi política es mantener la boca bien cerrada donde trabajo, de ahí que me consideren insociable. Pero podría decirte muchos otros lugares donde a la gente no le gusta escuchar la amarga verdad, o no le gusta que se la diga yo. Aunque esa gente manifieste admiración por la democracia occidental, prefiere vivir tranquila antes que asumir su responsabilidad de oponerse al insidioso enemigo fascista. Pero observo que todavía no has contestado a mi pregunta.

Permítaseme decir aquí y ahora, exactamente tal como he repetido el mismo mensaje *ad nauseam* a mis *chers collègues*, que si la palabra *cagada* no había entrado hasta el momento en mi vocabulario, el término Brexit siempre ha sido una provocación para mí. Soy europeo de nacimiento y formación, tengo en mis venas sangre francesa, alemana, británica y de la antigua Rusia, y me encuentro tan cómodo en el continente europeo como en Battersea, y en la época en que me lo preguntaba Ed, aún más. En cuanto a su argumento más amplio del predominio del supremacismo blanco en los Estados Unidos de Trump, pues, bueno, tampoco estábamos en desacuerdo, al igual que gran parte de mis *chers collègues*, por mucho que después desearan adoptar una postura más neutral.

Aun así, tengo reparo en darle la respuesta que me pide. Primera cuestión, como siempre: ¿me está tendiendo una trampa, intenta sonsacarme o comprometerme? A lo que con toda seguridad podría contestar que no: este joven, no, ni por casualidad. Siguiendo cuestión: ¿no hago caso al mensaje pegado al espejo detrás de la barra, escrito a mano por el bueno de Fred, el barman chino de Shantou: ¡NADA DE BREXIT EN VOZ ALTA!? Y, por último, ¿olvido que soy funcionario, aunque secreto, obligado a apoyar la política de mi gobierno, suponiendo que tenga alguna? ¿O bien me digo a mí mismo: he ahí un joven valiente y sincero —excéntrico, sí, santo de la devoción de nadie, lo que en mi opinión lo hace aún mejor—, buena persona, que necesita que lo escuche alguien, que sólo es siete u ocho años mayor que mi hija —cuyas opiniones radicales sobre cualquier tema pesan en la vida familiar— y juega bastante bien al bádminton?

Luego añado otro ingrediente al cóctel, un potingue que sólo ahora estoy dispuesto a admitir, aunque creo que estaba presente en mí desde nuestro primer e inverosímil encuentro. Me refiero a

la comprensión de que me había topado con algo que rara vez había encontrado en la vida, y sobre todo en alguien tan joven: es decir, verdadera convicción, impulsada no por motivos de conveniencia, envidia, venganza ni engrandecimiento personal, sino por un desinterés auténtico y absoluto.

Fred, el camarero, tira la cerveza helada despacio y con parsimonia en copas largas con escudo, y Ed pasa la punta de sus largos dedos por los congelados flancos de la suya mientras da vueltas al asunto, la cabeza gacha, esperando mi respuesta.

—Mira, Ed —le contesto cuando he dejado pasar tiempo suficiente para dar a entender que la he meditado como es debido—. Permíteme exponerlo de la siguiente manera. Sí, el Brexit es sin duda una absoluta cagada, aunque dudo que podamos hacer algo para dar marcha atrás. ¿Te sirve eso?

No le sirve, tal como ambos sabemos. Mi presunto silencio decoroso no es nada comparado con los prolongados silencios de Ed, a los que con el tiempo he llegado a considerar como un rasgo natural de nuestras conversaciones.

—¿Qué me dices del *presidente Donald Trump*, entonces? —pregunta, pronunciando el nombre como si fuera el del mismo diablo—. ¿Lo consideras, como yo, una persona despreciable y una amenaza para todo el mundo civilizado, responsable además de la nazificación indiscriminada de Estados Unidos?

Creo que para entonces estoy sonriendo, pero no veo señal de reconocimiento en el sombrío rostro de Ed, de perfil frente a mí, como si sólo esperase una respuesta sonora, sin los matices de la expresión facial.

—Pues de una forma menos fundamental, sí, estoy contigo, Ed, si te sirve de consuelo —reconozco en tono comprensivo—. Pero no va a ser presidente toda la vida, ¿verdad? Y ahí está la Constitución para impedirselo, no para darle rienda suelta.

Pero ni eso le basta:

—¿Qué me dices de todos esos fanáticos cortos de miras que tiene alrededor? ¿Los fundamentalistas cristianos que creen que Cristo inventó la avaricia? *¿Es que éstos no van a ninguna parte?*

—Ed —le digo ahora en tono de broma—. Cuando Trump se vaya, esa gente desaparecerá como ceniza desperdigada por el viento. Y ahora vamos a tomar otra cerveza, por amor de Dios.

Para entonces espero realmente esa amplia sonrisa que se lleva todo por delante. No aparece. En cambio veo que me extiende la huesuda mano desde el otro lado de la mesa.

—Entonces vamos bien, ¿verdad? —pregunta.

Y le estrecho la mano y digo que sí, vamos bien, y sólo en ese momento va a por otro par de cervezas.

Durante más o menos los doce partidos siguientes de los lunes por la tarde, no hice el menor

esfuerzo por negar o diluir nada de lo que me dijo, lo que significa que a partir de nuestro segundo encuentro —Match n.º 2 en mi agenda— ninguna sesión posbádminton en nuestra *Stammtish* estaba completa sin que Ed se lanzase a un soliloquio político sobre algún asunto candente del momento.

Y fue mejorando con el tiempo. Dejemos a un lado su cruda andanada inicial. Ed no era brutal. Sólo que estaba muy comprometido. Y —fácil decirlo ahora— resultaba obsesivo, precisamente por su profundo compromiso. Además, para el Match n.º 4 ya se había revelado como un yonqui de la actualidad, estaba bien informado y cualquier giro o vicisitud de la escena política —ya fuese el Brexit, Trump, Siria o algún otro desastre de tiempo atrás— era para él un asunto de preocupación personal tan evidente que habría sido una falta de consideración por mi parte no seguirle la corriente. El mayor regalo que se puede ofrecer a un joven es tiempo, y yo siempre tenía presente que a Steff no le había dado el suficiente, y quizá los padres de Ed tampoco habían sido muy generosos en ese aspecto.

A mis *chers collègues* les habría encantado creer que, por el simple hecho de hacerle caso, le estuve engatusando. Señalaron nuestra diferencia de edad y lo que, muy complacidos, denominaban mi «encanto profesional». Una absoluta estupidez. Una vez establecido en su ingenuo bestiario que en términos generales yo lo escuchaba con actitud comprensiva, igual podría haber sido un desconocido sentado junto a él en el autobús. Incluso ahora, no recuerdo una sola ocasión en que mis propias opiniones —ni siquiera las más afines— causaran en él la más mínima impresión. Tan sólo se sentía agradecido por haber encontrado un público que ni se escandalizaba, ni se ponía en su contra ni empezaba a hablar con otra persona, porque no sé cuánto tiempo habría podido mantener un argumento ideológico o político sin perder los estribos. El hecho de que sus opiniones sobre cualquier asunto fueran previsibles incluso antes de que abriera la boca no me molestaba. Vale, era monotemático. Ya conocía a ese tipo de personas. Había reclutado a unas cuantas. Ed estaba atento a la geopolítica. Era joven, muy inteligente dentro de los márgenes de sus ideas fijas y —aunque nunca tuve ocasión de confirmarlo— se encolerizaba en cuanto le llevaban la contraria.

¿Qué sacaba yo personalmente de la relación, aparte de los ásperos duelos en la pista de bádminton?: otra cuestión a la que mis *chers collègues* volvían con insistencia. En la época de mi interrogatorio, no tenía ninguna respuesta en la punta de los dedos. Sólo con posterioridad recordé el sentido de compromiso moral que Ed transmitía, el efecto que me producía como una llamada en la conciencia; seguido de la amplia sonrisa, un tanto alicaída, que todo lo borraba. Todo eso me daba la sensación de haberme convertido en refugio de alguna especie en peligro. Y debí de decirle algo así a Prue cuando le sugerí que lo llevaría a casa a tomar una copa o a comer un domingo. Pero Prue, en su sabiduría, no estaba convencida:

—Me parece que os complementáis el uno al otro, cariño. Mejor que estéis solos sin que yo ande por medio.

De manera que seguí alegremente su consejo y continuamos viéndonos a solas. Nuestra

costumbre nunca cambió, ni siquiera al final. Nos dejábamos la piel en la pista, nos poníamos la sudadera, quizá nos echábamos una bufanda al cuello y nos encaminábamos derechos a nuestra *Stammtisch*, con el perdedor yendo derecho al bar. Intercambiábamos cumplidos, rememorábamos un par de puntos. Él me preguntaba vagamente por mi familia, yo le preguntaba si había pasado buen fin de semana, y contestábamos cosas anodinas. Se producía luego una especie de silencio expectante por su parte, que yo aprendí enseguida a no interrumpir, y se lanzaba a su disertación del día. Y yo estaba del todo de acuerdo con él, o sólo en parte, o al menos diciéndole «vaya, Ed, no te pases», al tiempo que le dirigía la media sonrisa del hombre mayor y más sabio; sólo rara vez cuestioné sus afirmaciones más rotundas, pero siempre con circunspección, porque desde el principio percibí de forma instintiva su fragilidad.

A veces era como si otra persona hablara en su lugar. Su voz pasaba de ser normal a subir una octava, alcanzando un nivel desde donde emitía una nota didáctica, no por mucho tiempo pero sí el suficiente para hacerme pensar: vaya, conozco ese registro, Steff también lo tiene. Es con el que no se puede discutir, porque sigue y sigue como si tú no estuvieras allí, así que mejor dile que sí con la cabeza y espera a que se canse.

¿Lo esencial? En cierto sentido, la misma combinación de antes. El Brexit es una autoinmolación. El pueblo británico se dirige a un abismo adonde lo conduce un grupo de aventureros ricos y elitistas que se hacen pasar por hombres del pueblo. Trump es un anticristo. Putin, otro. Para Trump, el rico prófugo criado en una gran democracia aunque algo defectuosa, no hay salvación en este mundo ni en el otro. Para Putin, que nunca ha conocido la democracia, hay un atisbo. Así seguía Ed, en cuyas invectivas se veía la gradual y decisiva importancia de su formación inconformista.

«¿Algún progreso? —me preguntaron mis *chers collègues*—. ¿Evolucionaron sus puntos de vista? ¿Tuviste la impresión de que se encaminaba en cierto modo hacia la consecución de algún propósito?» Tampoco esta vez pude tranquilizarlos. Es posible que Ed se expresara con mayor libertad y franqueza a medida que iba confiando más en su auditorio: en mí. Puede que con el tiempo yo lo escuchara con mayor simpatía, aunque no recuerdo haber sido nunca antipático con él.

Pero reconozco que hubo unas cuantas sesiones en la *Stammtisch* en las que, si no estaba demasiado preocupado por Steff, ni por Prue, ni por algún agente recientemente adquirido que estuviera dando la lata, ni por la epidemia de gripe que retiró de la circulación a la mitad de nuestros controladores durante un par de semanas, le prestaba casi toda mi atención. En tales ocasiones, me sentía impulsado en ciertos momentos a intervenir en alguna que otra de sus más radicales diatribas, no tanto para discutir su argumentación como para atemperar la firmeza de su exposición. Así que, en ese sentido: bueno, si no progreso, sí una creciente familiaridad por mi parte, y por la de Ed, una disposición, aunque sólo a regañadientes, a reírse de sí mismo de vez en cuando.

Pero hay que tener presente esta simple alegación, no para exculparme a mí mismo, sino para

exponer un hecho: no siempre lo escuchaba con mucha atención, y a veces desconectaba por entero. Si había demasiada presión en El Refugio —lo que ocurría cada vez con mayor frecuencia—, me guardaba el móvil de la Oficina en el bolsillo de atrás antes de dirigirnos a la *Stammtisch* y lo consultaba furtivamente mientras él seguía con su perorata.

Y en alguna que otra ocasión, cuando me crispaban los nervios sus monólogos llenos de seguridad e inocencia juvenil, en lugar de irme derecho a casa con Prue después de nuestro último apretón de manos en el vestíbulo del club, prefería volver por el camino más largo a través del parque para aclararme las ideas.

Una última palabra sobre lo que el juego del bádminton significa para Ed y, por ende, también para mí. Para los no adeptos, el bádminton es una versión remilgada del *squash* para hombres con sobrepeso y miedo a un ataque al corazón. Para los verdaderos partidarios no hay otro deporte. El *squash* es frenesí y agotamiento. En el bádminton intervienen el sigilo, la paciencia, la velocidad y la capacidad de recuperación. Hay que estar al acecho para tender la emboscada mientras el volante describe su pausado arco. A diferencia del *squash*, el bádminton no conoce distinción de clases. No es de colegio privado. Carece de la atracción del aire libre del tenis, también de la del fútbol sala. No premia un *swing* excelente. Es implacable, exigente con las rodillas, y dicen que es terrible para las caderas. Sin embargo, tal como demuestran los hechos, exige reacciones más rápidas que el *squash*. Hay poca cordialidad entre los jugadores de bádminton, que en general tendemos a ser un grupo de solitarios. Para los demás deportistas somos un tanto raros, poco sociables.

Mi padre jugaba al bádminton cuando estaba destinado en Singapur. Sólo individuales. Antes de su declive jugaba en el equipo del ejército. Y también conmigo. En las vacaciones de verano, en las playas de Normandía. En el jardín de Neuilly, con una cuerda de tender la ropa a guisa de red, con un vaso de whisky de color caoba en la mano libre. En el bádminton daba lo mejor de sí mismo. Cuando me largaron a Escocia jugué al bádminton en aquel horrendo internado, como él había hecho, y después en mi universidad del centro de Inglaterra. Cuando me pasé un tiempo plantado en la Oficina a la espera de mi primer destino en el extranjero, organicé un grupo de aprendices que bajo el nombre de Los Irregulares se enfrentaba a cualquiera que se atreviera a retarlo.

¿Y Ed? ¿Cómo se convirtió *él* en forofo del juego de todos los juegos? Estamos sentados en torno a la *Stammtisch*. Ed observa su cerveza con la mirada perdida, como hace siempre que está resolviendo los problemas del mundo o rompiéndose la cabeza para saber por qué le sale mal el revés, o sencillamente no diciendo nada, sólo rumiando algo. Una vez que se le formulaba una pregunta, nada era sencillo. Todo requería una indagación hasta el origen.

—En el instituto tuvimos una profe de gimnasia —dice al fin. Amplia sonrisa—. Una tarde nos llevó a dos alumnos a su club. Aquello lo cambió todo. Ella, con su faldita corta y sus espléndidos

muslos blancos. Eso.

Ahí van, para edificación de mis *chers collègues*, todos los detalles de la vida de Ed que pude recabar fuera de la pista de bádminton en el momento de la Caída de la hoja. Ahora que he llegado a escribirlo, su extensión me habría sorprendido de no ser por el hecho de que soy capaz de escuchar y recordar bien por entrenamiento y costumbre.

Era el mayor de dos hermanos nacidos con diez años de diferencia en una antigua familia metodista de mineros del Norte. Su abuelo había venido de Irlanda a los veintitantos años. Cuando cerraron las minas, su padre se hizo marino mercante:

Después de eso no lo vi mucho, en realidad. Volvió a casa y, como si lo estuviera esperando, tuvo cáncer: Ed.

Su padre era además un comunista de la vieja escuela que quemó el carné del partido cuando la invasión de Afganistán en 1979. Sospecho que Ed lo atendió en su lecho de muerte.

Después del fallecimiento de su padre, el resto de la familia se mudó a algún lugar cerca de Doncaster. A Ed lo admitieron en un instituto, no sé en cuál. Su madre pasaba todo el tiempo libre que le dejaba el trabajo en clases de educación para adultos hasta que las suprimieron.

Mamá tenía más cerebro del que nunca le permitieron utilizar, y además cuidaba de Laura: Ed.

Laura es su hermana pequeña, que tiene problemas de aprendizaje y está parcialmente discapacitada.

A los dieciocho años, renunció a la fe cristiana en favor de lo que denominó un «humanismo integral», lo que interpreté como «inconformismo sin Dios», pero por una cuestión de tacto me abstuve de mencionarlo.

Del instituto pasó a una universidad nueva, no sé a cuál. Informática, Alemán de optativa. Calificaciones de licenciatura sin especificar; así que medianas, supongo; lo de *nueva* era un término desdeñoso.

En relación con las chicas —siempre un ámbito delicado en lo que se refería a Ed, y en el que yo no habría entrado sin invitación—, o a ellas no les caía bien, o a él no le gustaban ellas. Sospecho que su urgente preocupación por la política internacional y otras leves excentricidades lo convertían en un novio exigente. Supongo asimismo que desconocía su propio atractivo.

¿Y en cuanto a amigos, gente con la que salir, ir al gimnasio o a correr, con la que arreglar el mundo, montar en bici, ir al pub? Nunca mencionó a ninguna persona de ese estilo, y me pregunto si existió alguna en su vida. En su fuero interno, imagino, llevaba su aislamiento como una medalla.

Había oído hablar de mí en la radio macuto del bádminton y al final logró tenerme de contrincante habitual. Yo era el premio que había conseguido, y no estaba dispuesto a compartirlo.

Cuando tuve ocasión de preguntarle qué lo había impulsado a trabajar en los medios de comunicación si es que tanto los odiaba, al principio se mostró evasivo.

Vi un anuncio en alguna parte, hice una entrevista. Me pusieron un examen, «muy bien», dijeron, «adelante». Nada más. Eso: Ed.

Pero cuando le pregunté si congeniaba con alguno de sus compañeros de trabajo, se limitó a sacudir la cabeza como si la pregunta fuese irrelevante.

¿Y la parte positiva en el universo de Ed, más bien solitario por lo que yo sabía? Alemania. Y más Alemania.

A Ed le había picado fuerte el gusanillo del alemán. A mí también, supongo, aunque sólo fuera por el reacio vestigio que subsistía en mi madre. Pasó un año estudiando en Tubinga, y dos años en Berlín trabajando para su empresa de medios de comunicación. Alemania era el ombligo del mundo. Sus ciudadanos eran, sencillamente, los europeos más cabales que jamás habían existido. *Ninguna otra nación les llega a la suela del zapato a la hora de entender lo que es la Unión Europea:* Ed, pontificando. Consideró dejarlo todo y empezar allí una nueva vida, pero la cosa no funcionó con su novia, una estudiante de investigación en la Universidad de Berlín. Por lo que pude deducir, gracias a ella realizó una especie de estudio sobre el auge del nacionalismo alemán en los años veinte, que al parecer era el tema al que ella se dedicaba. Lo cierto es que en virtud de tales estudios arbitrarios se sentía autorizado a establecer inquietantes paralelismos entre el ascenso de los dictadores en Europa y el de Donald Trump. En cuanto salía a relucir el tema, Ed se mostraba de lo más prepotente.

En el mundo de Ed no había línea divisoria entre fanáticos del Brexit y fanáticos de Trump. Ambos grupos eran racistas y xenófobos, y ambos rendían culto en el mismo altar del imperialismo nostálgico. En cuanto se lanzaba a ese tema, parecía perder todo sentido de la objetividad. Tanto los partidarios de Trump como los del Brexit estaban conspirando para despojarlo de su derecho de nacimiento europeo. Por solitario que pudiera ser en otros aspectos, sobre Europa no mostraba reparo en declarar que hablaba en nombre de su generación ni en culpar a la mía.

Hubo una ocasión en que estábamos sentados, momentáneamente exhaustos, en el vestuario del Athleticus después de nuestro enconado partido. Insistiendo en enseñarme algo, rebuscó el teléfono en su taquilla y me mostró un vídeo del gabinete de Trump reunido en torno a una mesa mientras cada uno de los presentes iba jurando lealtad eterna a su querido líder.

—Están haciendo el juramento de Hitler —me confía con voz jadeante—. Es una repetición, Nat. Fíjate.

Obedientemente, lo miré. Y sí, era vomitivo.

Nunca se lo pregunté, pero creo que en su alma metodista secularizada lo que más peso tenía era la expiación por parte de Alemania de los pecados de su pasado: la idea de que una gran

nación que enloqueció se arrepintiera de sus crímenes ante el mundo. ¿Qué otro país había hecho algo así?, quería saber Ed. ¿Se había disculpado Turquía alguna vez por la matanza de armenios y kurdos? ¿Había pedido perdón Estados Unidos al pueblo vietnamita? ¿Habían hecho algo los británicos en reparación por haber colonizado las tres cuartas partes del planeta y esclavizar a un número incalculable de sus habitantes?

¿El apretón de manos de arriba abajo? Nunca me lo explicó, pero supongo que lo había adquirido cuando se alojaba en Berlín con la familia prusiana de aquella chica, y se quedó con la costumbre por algún extraño sentido de la lealtad.

Son las diez de la mañana de un viernes de primavera lleno de sol, y todos los pájaros lo saben mientras, después de tomar un café, Florence, que venía de Pimlico, supongo, y yo, de Battersea, apretamos el paso por el Thames Embankment hacia la Oficina Central. En el pasado, al volver de alguna subestación remota para asistir a alguna reunión de la Oficina o de vacaciones, a veces me sentía amilanado por nuestro llamativo Camelot de múltiples torres con sus susurrantes ascensores, corredores inundados de luz como en los hospitales y turistas mirando embobados desde el puente.

Hoy no.

Dentro de media hora Florence presentará la primera operación especial propiamente dicha de General Londres en tres años y llevará el imprimátur de El Refugio. Florence lleva un elegante traje pantalón y sólo un indicio de maquillaje. Si tiene miedo escénico, no da muestras de ello. Durante las últimas tres semanas hemos trasnochado, trabajando codo con codo hasta la madrugada frente a la desvencijada mesa de caballete en la sala de Operaciones sin ventanas de El Refugio, enfrascados en planos de la ciudad, informes de vigilancia, intervenciones de teléfonos y correo electrónico, así como en las últimas informaciones comunicadas por Astra, la desengañada amante de Orson.

Fue Astra quien informó primero de que Orson estaba a punto de utilizar su dúplex de Park Lane para impresionar a dos tipos de origen eslovaco y con contactos en Moscú, dedicados al blanqueo de capitales con un banco de Nicosia y su filial en la City de Londres. Ambos están del todo identificados como miembros de una mafia consentida por el Kremlin que opera desde Odesa. Al recibir noticia de su llegada, Orson ordenó un barrido electrónico del dúplex. Como era de esperar, no descubrieron artefactos. Remediar la omisión dependía ahora del equipo de intrusión de Percy Price.

Con el consentimiento de su director ausente, Bryn Jordan, el Departamento Rusia también había intervenido por su cuenta. Uno de sus agentes se había hecho pasar por el director del *Daily Mail* de Florence y cerró el trato con el portero de noche. Se había convencido a la compañía que suministraba energía al dúplex de Orson de que informara de un escape de gas. Un equipo de ladrones compuesto por tres hombres disfrazados de técnicos al mando del pretencioso Eric había reconocido el dúplex y fotografiado las cerraduras de la puerta de acero reforzado que daba acceso a la sala de ordenadores. Los fabricantes británicos habían suministrado copia de las llaves así como instrucciones para descifrar la combinación.

Ahora sólo quedaba que diesen luz verde a Rosebud de forma oficial en el pleno de

mandamases de la Oficina Central, conocido colectivamente como Directorio de Operaciones.

Si bien la relación entre Florence y yo es estrictamente no táctil, con lo que tomamos muchas precauciones para no rozarnos con la mano o establecer contacto físico de cualquier otra forma, no por ello deja de ser cercana. Resulta que nuestras respectivas vidas coincidían en más sentidos de los que, dada la diferencia de edad, habría cabido esperar. Su padre, antiguo diplomático, había pasado dos periodos consecutivos en la embajada británica de Moscú, donde había vivido con su mujer y sus tres hijos, de los cuales Florence era la mayor. Prue y yo no coincidimos con ellos por seis meses.

Mientras asistía al Colegio Internacional de Moscú, Florence adoptó la musa rusa con todo el fervor de la juventud. Incluso había una madame Galina en su vida: la viuda de un poeta «aprobado» de la época soviética que vivía en una dacha destartalada de la vieja colonia de artistas de Peredelkino. Cuando estaba a punto de ir al internado en Inglaterra, los cazatalentos del Servicio ya le habían echado el ojo. En los exámenes de final de bachillerato enviaron a su lingüista ruso para evaluar sus conocimientos del idioma. Le dieron la nota más alta que podía darse a alguien que no fuera ruso, y la abordaron cuando cumplió los diecinueve.

En la universidad prosiguió los estudios bajo la supervisión de la Oficina y pasaba parte de las vacaciones en un programa de entrenamiento con misiones de segunda categoría: Belgrado, San Petersburgo y, en fecha más reciente, Tallin, donde otra vez podríamos habernos encontrado de no haber vivido ella con la cobertura de estudiante de ingeniería forestal y yo con la de diplomático. Le encantaba correr, como a mí: yo en el parque de Battersea, y ella, para mi sorpresa, en Hampstead Heath. Cuando observé que Hampstead estaba lejos de Pimlico, me contestó sin vacilar que había un autobús que la llevaba de puerta a puerta. En un momento de ocio lo comprobé y era cierto: el 24 cubría todo el trayecto.

¿Qué más sabía de ella? Que poseía un intransigente sentido de la justicia natural que me recordaba a Prue. Que le encantaban las emociones fuertes del trabajo operativo, para las que tenía un talento que iba más allá de lo normal. Que la Oficina solía sacarla de quicio. Que era reservada, incluso cauta, con respecto a su vida privada.

Y entonces una noche, después de una larga jornada de trabajo, la vi encorvada en su cubículo, con los puños apretados y lágrimas corriéndole por las mejillas. Una cosa que he aprendido de Steff a fuerza de disgustos: *nunca* preguntes qué pasa, simplemente déjala en paz. La dejé en paz, de modo que el motivo de su llanto sólo lo sabe ella.

Pero hoy no tiene otra preocupación en el mundo que la Operación Rosebud.

Hay algo irreal en mi evocación de aquella reunión matinal con los cerebros más importantes de la Oficina, cierta sensación de lo que podría haber sido y un recuerdo de últimas cosas: la sala de

conferencias de la última planta con sus claraboyas por donde entraba la luz del día y los paneles de color miel, los inteligentes y atentos rostros vueltos hacia Florence y hacia mí, sentados uno junto a otro al extremo de la mesa, como correspondía a los solicitantes. Todos los miembros de nuestro público eran conocidos míos de pasadas vidas, y cada uno de ellos merecía mi respeto de una u otra forma: Ghita Marsden, mi antigua jefa de Puesto en Trieste y primera mujer de color que logró acceder a la cúpula; Percy Price, jefe de la rama de vigilancia del Servicio, en continua expansión. Y la lista continúa. Guy Brammel, de cincuenta y cinco años, corpulento y astuto, director de Necesidades Operativas Rusas, que en la actualidad sustituye a Bryn Jordan, varado en Washington. Marion, miembro de alto nivel de nuestro Servicio gemelo, adjunta. Luego, dos de las más valiosas colegas de Guy Brammel, Beth (Cáucaso norte) y Janet (Ucrania rusa). Y por último y no por eso menos importante, Dom Trench, en calidad de jefe de General Londres, que se empeña en no entrar hasta que todo el mundo está instalado por temor a que le hayan reservado un asiento de menos valía.

—*Florence* —dice en tono indulgente Guy Brammel, desde el otro lado de la mesa—. Suéltanos el discursito, ¿quieres?

Y de pronto ahí está, ya no a mi lado, sino de pie a dos metros de mí con su traje pantalón, Florence, en su segundo año de prueba, llena de talento pero temperamental, dirigiéndose con madurez a sus mayores mientras nuestro pequeño Ilya de El Refugio está agazapado como un elfo en la cabina de proyección con una ficha de seguimiento para acompañar su disertación con diapositivas.

Hoy no hay un temblor apasionado en la voz de Florence, ningún indicio del fuego interior que la ha venido consumiendo los últimos meses, ni del lugar especial reservado para Orson en su infierno particular. Le he advertido de que contenga las emociones y no diga tacos. Percy Price, nuestro vigilante en jefe, es un hombre religioso y no le gustan las palabrotas anglosajonas. Sospecho que tampoco a Ghita, por tolerante que sea con nuestras costumbres paganas.

Y hasta el momento Florence ha seguido el consejo. Al leer los cargos contra Orson, no se muestra indignada ni declamatoria —puede mostrarse lo contrario en cualquier momento— sino tan serena como Prue en las ocasiones en que paso diez minutos por el juzgado sólo por el placer de oír cómo hace trizas cortésmente a la oposición.

Primero nos habla de la inexplicable fortuna de Orson —sólida, en paraísos fiscales, administrada desde Guernsey y la City de Londres, ¿dónde, si no?—, de sus propiedades en el extranjero, en Madeira, Miami, Zermatt y el mar Negro, luego de su inexplicable presencia en una recepción celebrada en la embajada rusa de Londres para destacados impulsores del Brexit, así como de su contribución de un millón de libras a un fondo de plena competencia para partidarios de la salida. Describe una reunión encubierta de Orson en Bruselas con seis ciberexpertos rusos sospechosos de piratería informática a gran escala en foros democráticos occidentales. Todo eso y más sin una pizca de emoción.

Sólo cuando llega a la propuesta de instalar micrófonos ocultos en el dúplex en cuestión pierde

la calma. Las diapositivas de Ilya nos presentan una docena, cada uno marcado con un punto rojo. Marion pide permiso para interrumpir:

—Florence —dice en tono severo—, no acabo de entender por qué propones utilizar instalaciones especiales contra niños pequeños.

Creo que nunca he visto a Florence quedarse muda hasta este momento. Como su jefe de subestación, me apresuro a ayudarla.

—Creo que Marion se refiere a nuestra recomendación de que *todas* las habitaciones del dúplex de Orson deben quedar cubiertas con independencia de quiénes las ocupen —le murmuro en un aparte escénico.

Pero Marion no se ablanda.

—Estoy cuestionando la ética de instalar dispositivos de audio y vídeo en el cuarto de los niños. Y también en la habitación de la niñera, lo que encuentro igualmente cuestionable, si no más. ¿O debemos suponer que los hijos de Orson y la niñera son de interés para el servicio secreto?

Florence ya se ha calmado. Respira hondo y adopta su voz más dulce del Colegio para Señoritas de Cheltenham.

—El *cuarto de los niños*, Marion, es adonde Orson lleva a sus socios comerciales cuando tiene alguna confidencia especial que comunicarles. La habitación de la *niñera* es donde jode con sus putas cuando los niños están con la niñera de vacaciones en la playa de Sochi y su mujer comprando joyas en Cartier. La fuente Astra nos ha dicho que a Orson le gusta presumir ante sus mujeres de los buenos negocios que hace mientras se las folla. Pensamos que debíamos oírlo.

Pero está bien. Todo el mundo se ríe, Guy Brammel el más ruidoso; hasta Marion se está riendo. Dom se ríe, lo que equivale a decir que se estremece y sonrío aunque no emita carcajada alguna. Nos ponemos en pie, formando pequeños grupos en torno a la mesa del café. Ghita ofrece a Florence felicitaciones de hermana. Una mano invisible me agarra con fuerza del brazo, algo que no me hace mucha gracia en el mejor de los casos.

—Nat. Qué reunión *tan* interesante. Méritos para General Londres, méritos para El Refugio y méritos personales para ti.

—Me alegro de que te haya gustado, Dom. La joven Florence es una agente prometedora. Está bien que se le haya acreditado la autoría. Es muy fácil pasar por alto esas cosas.

—Y siempre esa voz moderadora tuya en segundo plano —replica Dom, como no dándose por enterado de mi pequeña agudeza—. Lo puedo oír, prácticamente: ese toque tuyo tan paternal.

—Pues, gracias, Dom. Gracias —contesto galanamente, preguntándome qué se guarda bajo la manga.

Con la sensación del trabajo bien hecho, Florence y yo volvemos sin prisa por el soleado paseo a lo largo del río, observando —aunque es sobre todo Florence quien hace las observaciones— que

si Rosebud sólo produce una cuarta parte de los réditos que pronosticamos, algo de lo que se puede estar razonablemente seguro es de que se echará el telón sobre el papel de Orson como títere de Rusia en Londres, y también se acabarán —su más ferviente deseo— los depósitos de dinero sucio camuflados por todo el hemisferio sur por la lavandería automática de la City de Londres, que nunca deja de girar.

Entonces, como no hemos comido y de todos modos el ambiente es un poco irreal después de todas las horas nocturnas que hemos invertido hasta ahora, dejamos el metro para más tarde, nos metemos en un *pub*, nos hacemos un hueco y frente a unas empanadillas de pescado y una botella de borgoña tinto —la bebida habitual de Steff, también fanática del pescado, como no puedo resistirme a informarle— repasamos en un lenguaje convenientemente oblicuo la reunión de esta mañana, que en realidad ha sido mucho más larga y más técnica de lo que he reseñado aquí, con contribuciones de Percy Price y de Eric, el pretencioso ladrón, sobre cuestiones tales como la señalización y el control de los objetivos de vigilancia, el marcado de los zapatos o la ropa del investigado, el empleo de un helicóptero o un dron, y sobre lo que pasaría en caso de que Orson y su séquito regresaran al dúplex de improviso mientras el equipo furtivo siguiera en el interior. Respuesta: un agente de policía uniformado les informaría con cortesía de que se habían detectado intrusos en el inmueble, y «¿tendrían la amabilidad, respetables señoras y caballeros, de entrar en el furgón policial para tomar una taza de té mientras concluyen las pesquisas?».

—Así que ya está, ¿verdad? —piensa Florence a la segunda o quizá tercera copa de vino—. Tenemos el éxito asegurado. Por fin te ha llegado la hora, Ciudadano Kane.

—No cantes victoria antes de tiempo —la prevengo.

—¿Qué coño falta?

—Un subcomité de Hacienda tiene que dar su aprobación.

—¿Compuesto por...?

—Capitostes de Hacienda, Exteriores, Interior y Defensa. Además de un par de parlamentarios acostumbrados a hacer lo que les manden.

—¿Y en qué consistirá eso?

—En dar el visto bueno a la operación y pasarlo a la Oficina Central para que la pongan en marcha.

—Puñetera pérdida de tiempo, en mi opinión.

Volvemos en metro a El Refugio para descubrir que Ilya se nos ha adelantado para informar de una gran victoria de la que Florence es la heroína. Incluso el malhumorado Igor, el lituano de sesenta y cinco años, emerge de su cubículo para estrecharle la mano a ella y —pese a que en secreto sospecha que la sustitución de Giles debe de ser producto de una trama rusa— a mí también. Me refugio en mi despacho, cuelgo la chaqueta en una silla y ya estoy cerrando el ordenador cuando me grazna el móvil de la familia. Suponiendo que es Prue aunque esperando que por fin sea Steff, rebusco en el bolsillo de la chaqueta. Es Ed, con voz desastrosa.

—¿Eres tú, Nat?

—Increíble, ¿verdad? Y tú debes de ser Ed —respondo frívolamente.

—Sí, claro. —Larga pausa—. Es que se trata de Laura, ya sabes, para el próximo lunes. Laura, la hermana con problemas de aprendizaje.

—No te apures, Ed. Si estás liado con lo de Laura, olvídalo. Ya jugaremos otro día. No tienes más que decirlo y ya veré cuándo estoy libre.

No ha llamado por eso, sin embargo. Hay algo más con Ed, siempre lo hay. Espera lo suficiente, él te lo dirá.

—Sólo que quiere dobles, ya sabes.

—¿Laura?

—Al bádminton. Sí.

—Ah. Al bádminton.

—Es un demonio cuando está con ganas. Pero no se le da nada bien. Quiero decir, nada bien *en absoluto*. Pero ya sabes. Entusiasta.

—Faltaría más. Me parece estupendo. ¿Qué clase de dobles?

—Pues mixtos, ya sabes. Una mujer. Tu mujer, quizá.

Sabe que se llama Prue pero parece incapaz de pronunciar su nombre. Digo *Prue* en su lugar y contesta: «Sí, Prue».

—Me temo que Prue no podrá, Ed. Ni siquiera tengo que preguntárselo. Los lunes por la tarde, a última hora, tiene consulta para clientes con poca fortuna, ¿recuerdas? ¿No hay nadie en tu trabajo?

—No, de verdad. No puedo pedírselo a nadie. Laura es *realmente* mala.

Para entonces mi mirada se ha desplazado hacia la puerta de cristal esmerilado que me separa del cubículo de Florence. Está sentada a su mesa, de espaldas a mí, también cerrando el ordenador. Pero algo la detiene. He dejado de hablar pero no he colgado. Se vuelve, me mira, luego se pone en pie, abre la puerta de cristal y asoma la cabeza.

—¿Me necesitas? —pregunta.

—Sí. ¿Juegas realmente mal al bádminton?

Es el domingo por la noche, víspera del partido de dobles previsto para el lunes con Ed, Laura y Florence. Prue y yo estamos pasando uno de los mejores fines de semana desde mi regreso de Tallin. El hecho de estar en casa de forma permanente sigue siendo una novedad para nosotros, y ambos somos conscientes de que se necesita una prudente adaptación. A Prue le encanta el jardín. Yo me ocupo de cortar el césped y de manipular objetos pesados, pero el momento que más me gusta es cuando le llevo el gin-tonic a las seis en punto. La acción popular que su bufete lleva contra la gran industria farmacéutica se está desarrollando bien y los dos nos alegramos de ello. Mi satisfacción decrece un poco al descubrir que los domingos por la mañana van a dedicarse a «*brunches* de trabajo» con su esforzado equipo jurídico, que, por lo poco que sé de sus deliberaciones, más parecen conspiradores anarquistas que expertos abogados. Cuando se lo digo, Prue suelta una carcajada y me contesta: «¡Pero eso es justo lo que somos, cariño!».

Por la tarde fuimos al cine: se me ha olvidado lo que vimos, salvo que me gustó. Al volver a casa Prue decidió que hiciéramos un suflé de queso juntos, cosa que según Steff es el equivalente gastronómico del baile de antaño, pero nos encanta. De manera que yo rallé el queso y ella batió los huevos mientras escuchábamos a Fischer-Dieskau a todo volumen, y por eso ninguno de los dos oímos el repiqueteo del móvil de la Oficina hasta que Prue quitó el pulgar de la batidora.

—Dom —le dije, y puso mala cara.

Me trasladé a la sala de estar y cerré la puerta, porque hemos acordado que si es asunto de la Oficina, ella prefiere no saber nada.

—Nat. Perdona mi atroz intrusión en domingo.

Lo perdono, aunque lacónicamente. Por su tono benévolo supongo que va a comunicarme que Hacienda ha dado luz verde a Rosebud, información que muy bien podría haber esperado al lunes. Pero no es así.

—No, en sentido estricto, todavía no, me temo, Nat. En cualquier momento sin duda.

¿No en sentido estricto? ¿Qué significa eso? ¿Algo así como «en sentido estricto no estoy embarazada»? Pero no ha llamado por eso.

—Nat. —Esa reciente repetición de Nat al principio de cada frase casi me hace poner el grito en el cielo—. ¿Podría pedirte un *enorme* favor? ¿Estás libre mañana por casualidad? Sé que los lunes son siempre problemáticos, pero ¿sólo por *esta vez*?

—¿Qué hay que hacer?

—Ir a Northwood un momento, en mi nombre. Cuartel General Plurinacional. ¿Has estado allí alguna vez?

—No.

—Bueno, pues ahora tienes una oportunidad única. Nuestros amigos alemanes han adquirido una nueva fuente muy importante sobre el programa de armamento híbrido de Moscú. Han organizado una reunión de profesionales de la OTAN. Pensé que eso recaía en tu departamento.

—¿Quieres que haga alguna *aportación* o algo?

—No, no, no. *Mucho* mejor que no. El entorno no es nada favorable. Es algo estrictamente paneuropeo, por lo que la opinión británica no será bien recibida. La buena noticia es que he autorizado un coche para ti. Nivel uno, con chófer. Te conducirá hasta allí, esperará lo que haga falta y después te llevará a Battersea, de vuelta a casa.

—Eso es cosa del Departamento Rusia, Dom —protesté molesto—, no de General Londres. Y desde luego no de El Refugio, por amor de Dios. Es como enviar al servicio.

—Guy Brammel me ha enviado la documentación y me ha asegurado él mismo que el Departamento Rusia no desempeña papel alguno en el asunto. Lo que de hecho significa que, de un plumazo, estarás representando no sólo a General Londres sino también al Departamento Rusia. Creí que te gustaría. Es un doble honor.

No es un honor en absoluto, sino una puñetera lata. No obstante, me guste o no estoy a las órdenes de Dom, y de eso se trata.

—De acuerdo, Dom. No te molestes por el coche. Cogeré el mío. Supongo que en Northwood habrá aparcamiento reservado, ¿no?

—¡Qué disparate, Nat! Insisto. Es una reunión de rango europeo. La Oficina debe dejar el pabellón bien alto. Me he encargado de explicárselo con toda claridad a la sección de Transporte.

Vuelvo a la cocina. Prue está sentada a la mesa con las gafas puestas, leyendo *The Guardian* a la espera de que nuestro suflé empiece a subir.

Por fin llega el anochecer del lunes, la hora del bádminton con Ed, el partido de dobles para complacer a su hermana Laura, que a mi manera estoy esperando con impaciencia. He pasado un día bastante deprimente, encarcelado en una fortaleza subterránea de Northwood fingiendo escuchar toda una serie de estadísticas alemanas. Entre sesión y sesión he hecho guardia como un lacayo en la mesa del bufé ofreciendo disculpas por el Brexit a un surtido de profesionales de los servicios secretos europeos. Como me habían despojado del móvil al llegar, no es hasta que voy de regreso en la limusina bajo una lluvia torrencial cuando puedo hablar con Viv —el propio Dom «no está disponible», lo que es una novedad—, quien me comunica que la decisión del subcomité de Hacienda sobre Rosebud se encuentra temporalmente «en compás de espera». En circunstancias normales no me habría preocupado demasiado, pero el «en sentido estricto, todavía no» de Dom no se me quita de la cabeza.

Es hora punta bajo la lluvia y hay un embotellamiento en el puente de Battersea. Digo al chófer que me lleve directamente al Athleticus. Paramos a tiempo de ver a Florence, que, envuelta en una

capa de plástico, sube los escalones del porche y desaparece.

Es preciso que consigne con cuidado lo que ocurre a partir de ahora.

Bajo de un salto de la limusina de la Oficina y estoy a punto de llamar a Florence con un grito cuando recuerdo justo a tiempo que con el trajín de fijar la hora del partido de dobles a ella y a mí se nos ha olvidado acordar nuestra tapadera. Quiénes éramos, de qué nos conocíamos, y ¿cómo estábamos en la misma habitación justo cuando llamó Ed? Todo por resolver, así que había que aprovechar un momento lo antes posible.

Ed y Laura nos están esperando en el vestíbulo. Ed, con un anticuado impermeable y un gorro que atribuyo a su padre mariner, me ofrece una amplia sonrisa. Laura se oculta tras los faldones del impermeable y le tira de la pierna, no quiere dejarse ver. Menuda y robusta, tiene una mata de pelo moreno y rizado, ostenta una radiante sonrisa y lleva un vestido azul con peto. Aún no sé cómo saludarla —quedarme atrás y agitar alegremente el brazo o ponerme a la espalda de Ed y estrecharle la mano— cuando Florence se planta frente a ella con un «¡Vaya, Laura, me encanta tu vestido! ¿Es nuevo?», ante lo cual Laura sonrío encantada y, con voz grave y ronca, contesta «Me lo compró Ed. En *Alemania*», mientras alza la cabeza y lanza una mirada de adoración a su hermano.

—El único sitio del mundo para comprar algo así —dictamina Florence, y cogiendo a Laura de la mano se encamina con ella hacia el vestuario de mujeres con un «ahora os vemos, chicos» por encima del hombro mientras Ed y yo nos quedamos mirándola.

—¿De dónde coño la has *sacado*? —refunfuña Ed, disimulando lo que está claro que es un vivo interés, y no me queda más remedio que largarle mi correspondiente mitad de la tapadera que aún debo convenir con Florence.

—Secretaria de un pez gordo, es todo lo que sé —respondo vagamente, poniendo rumbo al vestuario de hombres antes de que empiece a acosarme a preguntas.

Pero para mi gran alivio, en los vestuarios prefiere largar sobre la derogación por parte de Trump del tratado nuclear de Obama con Irán.

—De ahora en adelante la palabra de Estados Unidos queda invalidada —anuncia—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —le contesto; y por favor no pares hasta que tenga ocasión de pescar a Florence, cosa que estoy resuelto a hacer lo antes posible, porque la idea de que a Ed se le pueda meter en la cabeza que no soy un hombre de negocios semiempleado está empezando a preocuparme seriamente.

—Y en cuanto a lo que hizo en *Ottawa* —sigue con el tema de Trump mientras se pone los largos pantalones cortos—, ¿sabes una cosa?

—¿Qué?

—Ha hecho quedar bien a Rusia con Irán, que es más de lo que nadie podía esperar —afirma

con sombría satisfacción.

—Vergonzoso —convengo, pensando que cuanto antes salgamos Florence y yo a la pista más tranquilo estaré; y puede que ella se haya enterado de algo de Rosebud que yo no sepa, así que pregúntale eso también.

—Y nosotros, los británicos, tan desesperados por comerciar con Estados Unidos, diremos *sí*, Donald, *no*, Donald, por favor, Donald, deja que te lamamos el culo hasta el día del juicio final. —Y alzando la cabeza y fijando la mirada en mí, sin pestañear, insiste—: Venga, Nat, ¿crees que vamos a hacer eso? En serio. ¿No estás *de acuerdo*?

De modo que le digo que sí por segunda o tercera vez, observando tan sólo que no suele enderezar el mundo hasta que estamos sentados con la cerveza en la *Stammtisch*. Pero aún no ha acabado, lo que me viene muy bien:

—Ese tío está lleno de odio. Odia a Europa, lo ha confesado. Odia a Irán, a Canadá, los tratados. ¿Le gusta algo?

—¿El golf? —sugiero.

La pista número tres está descuidada y llena de corrientes de aire. Ocupa una nave para ella sola, así que nada de espectadores ni transeúntes, razón por la cual, supongo, la ha reservado Ed. Era un capricho para Laura, y no quería a nadie mirando. Nos quedamos por allí, esperando a las chicas. Bien podría sacar a relucir la espinosa cuestión de cómo nos conocimos Florence y yo, pero lo animo a que continúe hablando de Irán.

La puerta del vestuario de mujeres se abre desde dentro. Sola y con sus mejores galas, Laura camina orgullosa por la pasarela: pantalones cortos nuevos, immaculadas zapatillas a cuadros, camiseta del Che Guevara, raqueta de reglamento aún en su envoltorio.

Ahora sale Florence, no con el atuendo de faena de la oficina, no con el traje pantalón de presentadora ni chaqueta de cuero empapada de lluvia: simplemente una mujer joven, liberada, esbelta, con falda corta y los espléndidos muslos blancos de la adolescencia de Ed. Lo miro de soslayo. En vez de parecer impresionado, ha adoptado su expresión de mayor indiferencia. Mi propia reacción es la de la indignación cómica: «Florence, no tenías que ofrecer este *aspecto*». Luego me contengo y vuelvo a convertirme en responsable marido y padre.

Nos emparejamos de la única forma que tiene sentido. Laura y Ed contra Florence y Nat. En la práctica, eso significa que Laura se planta con la nariz en la red y golpea todo lo que se le viene encima, mientras Ed recupera lo que a ella se le escapa. También significa que entre juego y juego Florence y yo tenemos sobradas ocasiones para intercambiar unas furtivas palabras.

—Eres la secretaria de un pez gordo —le digo mientras recoge un volante al fondo de la pista—. Eso es lo único que sé de ti. Soy amigo de tu jefe. Inventa a partir de ahí.

No hay respuesta, no la espero. Buena chica. Ed está arreglando algo que no va bien en las zapatillas de su hermana, o eso dice Laura, porque el hecho de que Ed la atienda es lo más importante para ella.

—Nos conocimos en la oficina de un amigo mío —prosigo—. Yo entré y tú estabas frente al

ordenador. Aparte de eso no nos conocemos de nada. —Y en tono suave, como si se me acabara de ocurrir—: ¿Te has enterado de algo sobre Rosebud mientras yo estaba en Northwood?

A todo lo cual no recibo ni asomo de respuesta.

Hacemos un peloteo entre tres, pasando por encima de Laura, que sigue en la red. Florence es una gran jugadora: sincronización y reacciones sin esfuerzo aparente, ágil como una gacela y demasiado elegante para su propio bien. Ed da sus habituales brincos y hace sus arremetidas, pero entre juego y juego mantiene la vista fija en el suelo. Sospecho que su estudiada falta de interés en Florence es por Laura: no vaya a molestarle su hermanita.

Otro peloteo entre los tres hasta que Laura se queja de que la estamos marginando y que ya no tiene gracia. Lo dejamos mientras Ed se pone de rodillas para consolarla. Es el momento ideal para que Florence y yo nos pongamos las manos en las caderas y charlemos como dos personas que acaban de conocerse mientras redondeamos nuestra tapadera.

—Mi amigo, tu jefe, trabaja en el mercado de materias primas y tú eres una empleada temporal de alto nivel.

Pero en vez de secundar mi historia, decide atender a la desconsolada Laura y a los esfuerzos de Ed por animarla. Al grito de «¡Eh, vosotros dos, ya está bien!», se acerca a la red y decreta que cambiemos de inmediato de pareja porque va a ser los hombres contra las mujeres en una lucha a muerte, la mejor puntuación a tres juegos y ella hará el primer servicio. Está punto de pasarse al otro lado de la pista cuando le doy un toque en el brazo desnudo.

—¿Te parece bien eso? Ya me has oído. ¿Sí?

Bruscamente, da media vuelta y se me queda mirando.

—No me apetece decir una puta mentira más —me suelta, echando chispas por los ojos—. Ni a él ni a nadie más. ¿Te enteras?

Yo sí, pero ¿se habrá enterado Ed? Menos mal que no da muestras de haberlo oído. Florence pasa al otro lado alzando las piernas sobre la red, le arrebató a Ed la mano de Laura y le ordena que se venga conmigo. Jugamos un partido épico, Florence recupera todos los volantes que caen por su lado. Con bastante ayuda de los hombres, las mujeres proclaman su superioridad y, raquetas en alto, se dirigen triunfalmente a su vestuario mientras Ed y yo nos encaminamos al nuestro.

¿Será por su vida amorosa?, me pregunto. ¿Aquellas lágrimas solitarias que vi y no comenté? ¿O se trata de eso que los loqueros de la Oficina llaman «síndrome de la joroba del camello», cuando las cosas sobre las que no te está permitido hablar de pronto pesan más que aquéllas de las que sí puedes hablar y entonces te derrumbas por la tensión a la que te ves sometido?

Sacando de la taquilla el móvil de la Oficina, salgo al corredor, pulso el número de Florence y sale una voz electrónica que me dice que la línea está fuera de servicio. Lo intento un par de veces más, también sin resultado. Vuelvo al vestuario. Ed acaba de ducharse y está sentado en el banco de listones con una toalla en torno al cuello.

—Me estaba preguntando... —reflexiona de mala gana, sin darse cuenta de que he salido y

acabo de volver—. Bueno, ya sabes. Sólo si te apetece y eso. A lo mejor podemos ir a cenar a algún sitio. No al bar. A Laura no le gusta. Por ahí. Los cuatro. Invito yo.

—¿Quieres decir *ahora*?

—Sí. Si te apetece. ¿Por qué no?

—¿Con Florence?

—Nosotros cuatro. Como he dicho.

—¿Cómo sabes que no tiene un compromiso?

—Está libre. Se lo he preguntado. Ha dicho que sí.

Lo medito rápidamente, luego: sí, me apetece. Y en el momento que tenga la menor oportunidad —mejor antes que después de la cena— averiguaré qué demonios se le ha pasado por la cabeza.

—En esta calle, un poco más allá, está el Golden Moon —sugiero—. Cierran tarde. Podemos probar.

Apenas acabo de decirlo cuando el móvil cifrado de la Oficina suelta su rebuzno. Florence por fin, pienso. Gracias a Dios. De pronto no cumple las normas de la Oficina, y luego nos vamos todos a cenar.

Murmurando algo sobre que Prue me necesita, vuelvo al corredor. Pero no es Prue y tampoco Florence. Es Ilya, el agente de guardia esta noche en El Refugio, y supongo que llama para darme la esperada noticia de que el subcomité ha dado el visto bueno sobre Rosebud: ya era hora.

Sólo que no llama por eso.

—Un recado, Nat. De tu amigo el campesino. Para Peter.

Por «amigo campesino» hay que entender Pitchfork, estudiante de investigación ruso en la Universidad de York, heredado de Giles. Por «Peter», Nat.

—¿Qué dice?

—Que le hagas una visita lo antes posible, por favor. Tú en persona, nadie más. Y que es de la mayor urgencia.

—¿Palabras textuales?

—Te lo puedo enviar, si quieres.

Vuelvo al vestuario. Es de cajón, como diría Steff. Unas veces nos portamos como cabrones, otras somos buenos samaritanos, y en ocasiones nos equivocamos de medio a medio. Pero si fallas a un agente cuando más te necesita, le fallarás siempre, como le gustaba decir a mi mentor Bryn Jordan. Ed sigue sentado en el banco, la cabeza gacha. Tiene las rodillas separadas y mira al suelo entre ellas mientras yo consulto horarios de ferrocarril en mi teléfono inteligente. El último tren para York sale de King's Cross dentro de cincuenta y ocho minutos.

—Por mucho que lo sienta, tengo que dejaros, Ed —le digo—. Al final me quedaré sin cenar en el chino. Tengo que atender un asunto antes de que se vaya al garete.

—Lástima —comenta Ed sin alzar la cabeza.

Me dirijo a la puerta.

—Eh, Nat.

—¿Qué hay?

—Gracias, ¿eh? Muy amable por tu parte. Y por parte de Florence también. Se lo he dicho. Le habéis alegrado la vida a Laura. Sólo siento que no puedas venir al chino.

—Yo también. Iba a pedir pato a la pequinuesa. Lo sirven con tortitas y mermelada. Pero ¿qué coño te pasa?

Ed ha abierto las manos con aire teatral y mueve la cabeza de un lado a otro con desesperación.

—¿Quieres que te diga una cosa?

—Si es rápido...

—O Europa está jodida del todo, o alguien con huevos tiene que encontrar un antídoto a Trump.

—¿Y quién sería ese alguien? —pregunto.

No contesta. Se ha vuelto a sumir en sus pensamientos y yo salgo de camino a York.

Estoy haciendo lo que es debido. Respondo a la llamada que todo controlador de agentes del mundo se lleva a la tumba. La música varía, la letra varía, pero en el fondo siempre es la misma canción: «No puedo seguir viviendo así, Peter, la tensión me está matando, Peter, la carga de mi traición es demasiado pesada, mi amante me ha abandonado, mi mujer me engaña, mis vecinos sospechan de mí, han atropellado a mi perro y tú, mi leal controlador, eres la única persona en el mundo que me puede convencer de que no me corte las venas».

—¿Por qué siempre acudimos corriendo los controladores? Porque estamos en deuda.

Pero no tengo la impresión de estarlo mucho con el inactivo agente Pitchfork, ni tampoco es mi principal preocupación cuando me siento en un tren que sale con retraso hacia York en un vagón atestado de críos chillones que vuelven de una excursión a Londres. Pienso en la negativa de Florence de secundarme en una tapadera que en nuestra vida secreta es tan natural como cepillarse los dientes. Pienso en el visto bueno de la Operación Rosebud, que se resiste a materializarse. Pienso en la respuesta de Prue cuando la he llamado para decirle que no iría a casa esta noche y preguntarle si tenía noticias de Steff:

—Sólo que se ha ido a vivir a una casa pija en Clifton, pero no dice con quién.

—*Clifton*. ¿Cuánto costará el alquiler?

—Me temo que no tenemos derecho a preguntar. Un correo electrónico. De una sola dirección —incapaz por una vez de ocultar la nota de desesperación en su voz.

Y cuando la triste voz de Prue deja de resonar en mis oídos, tengo la de Florence para complacerme: *No me apetece decir una puta mentira más. Ni a él, ni a ti ni a nadie más. ¿Te enteras?* Lo que a su vez me lleva de nuevo a una cuestión que me corroe desde la empalagosa llamada de Dom con su ofrecimiento del coche con conductor, porque Dom nunca hace nada sin una razón, por retorcida que sea. Pruebo un par de veces más con el móvil de la Oficina de Florence, recibo el mismo berrido electrónico. Pero sigo pensando en Dom: ¿por qué querías quitarme de en medio precisamente hoy? ¿No serás tú por casualidad la razón de que Florence haya decidido no mentir por su país, lo que es una decisión de bastante peso, si mentir por tu país es la profesión que has elegido?

Así que no es hasta Peterborough, protegido detrás de un ejemplar abandonado del *Evening Standard*, cuando pulso una serie interminable de dígitos y solicito el insatisfactorio expediente del agente Pitchfork.

Se llama Serguei Borisovitch Kusnetsev, y en adelante y en contra de todas las normas conocidas de mi profesión lo llamaré Serguei. Nacido en San Petersburgo, es hijo y nieto de chequistas; su abuelo, general condecorado de la NKVD, está enterrado dentro de las murallas del Kremlin; su padre, coronel de la KGB, murió de múltiples heridas recibidas en Chechenia. Muy bien hasta el momento. Pero no es seguro que Serguei sea un verdadero descendiente de ese noble linaje.

Los hechos comprobados hablan en su favor. Pero son muchos, algunos dirían que demasiados. A los dieciséis lo enviaron a un colegio especial cerca de Perm, que además de física enseñaba «estrategia política», eufemismo que quería decir «conspiración y espionaje».

A los diecinueve entró en la Universidad Estatal de Moscú. Tras licenciarse con *suma cum laude* en Física e Inglés, lo seleccionaron para proseguir su formación en una escuela especial para agentes durmientes. Desde el primer día de su curso de dos años, según su propio testimonio, resolvió desertar en el país occidental al que lo habían destinado, lo que explica por qué a su llegada al aeropuerto de Edimburgo a las diez de la noche pidió cortésmente hablar con «un agente de alto rango del servicio secreto británico».

Sus aparentes razones para dar ese paso eran irreprochables. Afirmaba que desde temprana edad se había postrado en secreto a los pies de luminarias de la física y el humanismo tales como Andrei Sajarov, Niels Bohr, Richard Feynman y nuestro Stephen Hawking. Siempre había soñado con libertad para todos, ciencia para todos, humanismo para todos. ¿Cómo, entonces, podría dejar de odiar al bárbaro autócrata de Vladimir Putin y sus perversos manejos?

Según reconocía él mismo, Serguei también era homosexual. Si ese solo hecho hubiera sido del conocimiento de sus compañeros de estudios o sus instructores, le habría costado la expulsión del curso. Pero según Serguei eso no llegó a ocurrir. Sea como fuere, mantuvo una fachada heterosexual, coqueteando con las chicas del curso e incluso acostándose con un par de ellas: según él, tan sólo a fin de preservar la tapadera.

Y para confirmar todo lo anterior, no hay más que echar una mirada al inesperado cofre del tesoro que está en la mesa delante de sus perplejos interrogadores: dos maletas y una mochila que en conjunto contenían todo el equipo del auténtico espía: papel para escritura secreta impregnado de las sustancias más recientes; una novia ficticia a la que escribir en Dinamarca, con el mensaje encubierto escrito con tinta invisible entre líneas; una minicámara incorporada a un llavero; tres mil libras para ponerse en marcha en billetes de diez y de veinte escondidos en la base de una de las maletas; un fajo de libretas de un solo uso, y, para *la bonne bouche*, un número de teléfono de París al que puede llamarse en caso de emergencia.

Y todo concordaba, hasta los retratos a plumilla de sus anónimos instructores y compañeros de formación, los trucos del oficio que le habían enseñado, las tareas de entrenamiento que había llevado a cabo y su sagrada misión como leal agente durmiente ruso, que él recitaba de un tirón como un mantra: estudiar mucho, ganarse el respeto de sus colegas científicos, abrazar sus valores y filosofía, escribir artículos en revistas especializadas. En caso de emergencia, no ponerse en contacto bajo ningún concepto con la mermada *rezidentura* de la embajada rusa en Londres

porque nadie habrá oído hablar de ti y en todo caso las *rezidenturas* no se ocupan de agentes dormidos, que son una élite en sí mismos, preparados con mimo prácticamente desde su nacimiento y controlados por un equipo exclusivo del Centro de Moscú. Dejarse llevar por la corriente, ponerse en contacto todos los meses y soñar por la noche con la Madre Rusia.

La única curiosidad —y algo más para sus interrogadores— era que en todo eso no había nada interesante de verdad. Cada dato valioso que comunicaba ya lo habían revelado desertores anteriores: los personajes, los métodos de entrenamiento, las técnicas del oficio, incluso los juguetes de los espías, dos de los cuales tenían su duplicado en el museo negro del salón de visitantes ilustres en la planta baja de la Oficina Central.

Pese a las reservas de los interrogadores, el Departamento Rusia, bajo la dirección del ahora ausente Bryn Jordan, ofreció a Pitchfork el recibimiento destinado a los buenos desertores, llevándolo a restaurantes y partidos de fútbol, redactando con él sus informes mensuales a su ficticia novia en Dinamarca sobre las actividades de sus colegas científicos, colocando micros en sus habitaciones, interviniendo sus comunicaciones y sometiéndolo de manera intermitente a vigilancia encubierta. Y esperando.

Pero ¿a qué? Durante seis, ocho, doce carísimos meses no llegaron señales de vida de sus controladores del Centro de Moscú: ni una carta con subtexto secreto o sin él, ni correo electrónico, ni llamada telefónica ni frase mágica pronunciada en una predeterminada emisión radiofónica a una hora fijada de antemano. ¿Habían renunciado a él? ¿Lo habían calado? ¿Habían descubierto su oculta homosexualidad, extrayendo las consecuencias pertinentes?

A medida que un infructuoso mes sucedía a otro, la paciencia del Departamento Rusia se fue evaporando hasta el día en que derivaron a Pitchfork a El Refugio para «mantenimiento y desarrollo inactivo»; o bien, como dijo Giles, «para que se le manejara con unos guantes de goma muy gruesos y unas pinzas de amianto muy largas, porque si alguna vez me ha oído a *triple*, este muchacho tiene toda la pinta de serlo».

Puede que antes tuviera toda la pinta, pero ahora no. Hoy, si la experiencia me sirve de algo, Serguei Brisovitch no es más que una modesta pieza en el interminable ciclo del doble-doble juego ruso que ya tuvo su momento y terminó olvidado. Y acaba de decidir que es hora de pedir socorro.

Los niños chillones se han marchado al vagón del bar. Solo en mi asiento del rincón llamo a Serguei al móvil que le entregamos y oigo la misma voz metódica e inexpresiva que recuerdo de la ceremonia del traspaso con Giles en febrero pasado. Le digo que estoy respondiendo a su llamada. Me da las gracias. Le pregunto cómo está. Está bien, Peter. Digo que no llegaré a York antes de las once y media, ¿y quiere que nos veamos esta noche o puede esperar a mañana? Está

cansado, Peter, así que puede que mañana sea mejor, gracias. En eso se ha quedado «la máxima urgencia». Le digo que recurriremos a nuestro «procedimiento tradicional» y le pregunto: «¿Te viene bien eso?». Porque el agente sobre el terreno, por turbio que parezca, siempre debe tener la última palabra en cuestiones técnicas del oficio. Gracias, Peter, el procedimiento tradicional le viene bien.

Desde mi apestosa habitación del hotel llamo otra vez al móvil de la Oficina de Florence. Ya es más de medianoche. De nuevo berridos electrónicos. Como no tengo otro número de ella, llamo a Ilya a El Refugio. ¿Ha oído últimamente algo de Rosebud?

—Lo siento, Nat, no he oído ni pío.

—Bueno, hombre, no hay necesidad de tomárselo tan a la ligera —le suelto, y cuelgo enfadado.

Podría haberle preguntado si por casualidad sabe algo de Florence, o por qué tiene cortado el móvil de la Oficina, pero Ilya es joven e inestable y no quiero que se produzca una conmoción en la familia de El Refugio. Corresponde a todos los miembros del Servicio facilitar un número de teléfono fijo en donde se los pueda contactar a deshora en caso de que falle la comunicación por el móvil. El último fijo registrado por Florence era de Hampstead, por donde según recuerdo también le gusta correr. Nadie parece haber reparado en que Hampstead no cuadra precisamente con su afirmación de que vive en Pimlico con sus padres, pero tal como me aseguró siempre estaba el autobús 24.

Marco el número de Hampstead, doy con el contestador automático y digo que soy Peter, de Atención al Cliente, y que tenemos motivos para creer que han pirateado su cuenta, de manera que por su propio interés tenga la bondad de llamar a este número cuanto antes. Bebo un montón de whisky y procuro dormir.

El «procedimiento tradicional» que impongo a Serguei data de la época en que se le trataba como doble agente activo con serias perspectivas de desarrollo. El punto de recogida era la entrada del hipódromo de York. Él debía llegar en autobús, provisto de un ejemplar del día anterior de *The Yorkshire Post* mientras su controlador esperaba en un área de descanso en un coche de la Oficina. Serguei se entretendría entre la multitud lo suficiente para que el equipo de vigilancia de Percy Price decidiera si el encuentro estaba cubierto por la oposición, posibilidad no tan remota como pudiera parecer. Una vez que el equipo doméstico diese vía libre, Serguei se acercaría despreocupadamente a la parada del autobús para examinar el horario. El periódico en la mano izquierda significaba abandonar. Si lo llevaba en la derecha había luz verde.

El procedimiento para nuestra ceremonia de traspaso tal como la había concebido Giles fue, en cambio, bastante menos tradicional. Insistió en que se celebrara en el alojamiento de Serguei en el campus de la universidad, con sándwiches de salmón ahumado y una botella de vodka. ¿Y nuestra frágil tapadera, si hubiéramos tenido que dar explicaciones? Giles era un profesor visitante de Oxford en busca de talentos y yo su esclavo nubio.

Bueno, pues ahora seguimos el procedimiento tradicional pero sin salmón ahumado. He alquilado un Vauxhall destartado, lo mejor que podía ofrecerme en el momento la compañía de alquiler de coches. Conduzco con un ojo puesto en el retrovisor sin la menor idea de lo que busco, pero mirando de todas formas. Es un día gris, cae una lluvia fina, y según las previsiones va a llover más. La carretera al hipódromo es recta y lisa. Puede que los romanos también corrieran como locos por aquí. Verjas blancas pasan parpadeando por el lado izquierdo. A velocidad peatonal avanzo con precaución entre la gente que va a la compra y la que disfruta de los días de lluvia.

Como era de esperar, Serguei está en la parada entre un apretado grupo de viajeros que esperan, examinando el horario amarillo. En la mano derecha lleva un ejemplar de *The Yorkshire Post* y, en la izquierda, una cartera que no está en el guion con un paraguas enrollado y remetido por la parte de arriba. Me detengo unos metros más allá de la parada, bajo la ventanilla y grito:

—¡Eh, Jack! ¿Te acuerdas de mí? ¡Peter!

Al principio hace como que no me oye. Es algo de manual, y así debe ser al cabo de dos años de ejercer de durmiente. Vuelve la cabeza, perplejo, me descubre, finge sorpresa y alborozo.

—¡Peter! ¡Amigo mío! Eres tú. ¡No doy crédito a mis ojos, la verdad!

Vale, ya está bien, sube al coche. Lo hace. Intercambiamos un leve abrazo para los espectadores. Lleva una gabardina Burberry nueva, marrón claro. Se la quita, la dobla y la deposita reverentemente en el asiento trasero pero se queda con la cartera entre las piernas. Cuando nos alejamos, un hombre pone mala cara a la mujer que está junto a él en la parada. «¿Ha visto lo mismo que yo?» Marica de mediana edad ligando con un guapo chapero a plena luz del día.

Me fijo en si alguien ha arrancado detrás de nosotros, un coche, una furgoneta o una moto. No hay nada que llame la atención. Con arreglo al procedimiento tradicional, Serguei no sabe adónde nos dirigimos, y tampoco se lo digo ahora. Lo encuentro más delgado, con una expresión más angustiada que cuando lo conocí el día del traspaso. Una mata de pelo negro y desgredado, ojos atribulados, soñadores. Tamborilea sobre el salpicadero con sus dedos largos y finos. En su habitación de la universidad hacía lo mismo sobre el brazo de madera de la butaca. La nueva chaqueta de Harris Tweed le queda grande de hombros.

—¿Qué llevas en la cartera? —le pregunto.

—Un documento, Peter. Para ti.

—¿Sólo eso?

—Por favor. Es un documento muy importante.

—Pues me alegro.

Mi laconismo le deja indiferente. Puede que lo esperase. Quizá lo espera siempre. A lo mejor me desprecia, lo mismo que, según sospecho, despreciaba a Giles.

—¿Llevas algo en el cuerpo, en la ropa o en otro sitio, aparte del documento de la cartera, que yo deba saber? ¿Ningún objeto que filme, grave o haga algo similar?

—Por favor, Peter, no llevo nada. Tengo excelentes noticias. Estarás contento.

Ya basta del asunto hasta que lleguemos. Con el ruido del motor diésel y el traqueteo de la carrocería temo que vaya a salir con algo que yo no alcance a oír y el móvil de la Oficina no pueda grabar ni transmitir a El Refugio. Hablamos en inglés y así seguiremos hasta que yo decida otra cosa. Giles apenas sabía ruso. No veo la ventaja de que Serguei se entere de que yo sí. He elegido la cima de una colina a unos treinta kilómetros de la ciudad, que según parece tiene unas vistas espléndidas al páramo, pero lo único que vemos cuando detengo el jadeante Vauxhall y apago el motor es una nube gris a nuestros pies y la lluvia que se precipita con fuerza sobre el parabrisas. De acuerdo con las normas del oficio, ya deberíamos haber convenido en quiénes somos en caso de que nos interrumpen, cuándo y dónde volveremos a encontrarnos, y ¿le preocupa algo en especial? Pero ya se ha colocado la cartera sobre las rodillas, desabrocha las correas y saca un acolchado sobre marrón de tamaño A4, sin cerrar.

—El Centro de Moscú se ha comunicado al fin conmigo, Peter. Al cabo de un año entero —declara con algo entre desdén académico e intensa emoción—. Es evidente que se trata de algo trascendental. Mi Anette me ha enviado desde Copenhague una preciosa carta erótica en inglés y debajo, en nuestra escritura secreta, un mensaje de mi controlador del Centro de Moscú que he traducido al inglés para ti.

Después de lo cual se dispone a hacerme un resumen del contenido del sobre.

—Espera un momento, Serguei. —He tomado posesión del sobre guateado, pero no he mirado en su interior—. A ver si lo he entendido bien. Has recibido una carta amorosa de tu novia en Dinamarca. Luego has aplicado la sustancia química necesaria, has sacado a la luz el subtexto secreto, lo has descifrado y a continuación lo has traducido al inglés para mí. Tú solito. Sin ayuda. ¿Es así?

—Así es, Peter. Nuestra paciencia se ha visto recompensada.

—Entonces ¿cuándo recibiste la carta de Dinamarca exactamente?

—El viernes. A mediodía. No daba crédito a mis ojos.

—Y hoy es martes. Esperaste hasta ayer por la tarde para ponerte en contacto con mi oficina.

—No he hecho más que pensar en ti mientras trabajaba todo el fin de semana. Noche y día, y estaba tan encantado que descifraba y traducía a la vez, en mi cabeza, sólo deseando que nuestro buen amigo Norman nos acompañara para disfrutar de nuestro éxito.

Norman es Giles.

—Así que la carta de tus controladores de Moscú se encuentra en tu posesión desde el viernes. ¿Se la has enseñado a alguien desde entonces?

—No, Peter. A nadie. Mira dentro del sobre, por favor.

No hago caso de su petición. ¿Es que nada le choca ya? ¿Acaso su posición académica lo sitúa por encima de la mediocridad de los espías?

—Y mientras lo revelabas, descifrabas y traducías, ¿no se te ocurrió que tienes órdenes de informar a tu agente controlador, *al instante*, de cualquier carta u otra comunicación que recibas

de tus jefes rusos...?

—Pues claro. Eso es justo lo que he hecho, nada más descifrarlo...

—¿... antes de que tú o yo o cualquier otro haga nada por su cuenta? ¿No fue por eso por lo que tus interrogadores te requisaron la sustancia para revelar la escritura invisible en cuanto llegaste a Edimburgo hace un año? ¿Para que no *puieras* revelarla tú solo?

Espero lo suficiente para que remita mi no del todo simulada ira, y cuando sigo sin recibir respuesta más allá de un suspiro de paciencia ante mi ingratitud continúo:

—¿Cómo te las has arreglado para conseguir la sustancia? ¿Yendo a la farmacia más cercana y leyendo una lista de ingredientes para que cualquiera que te oyera pensara, «ah, genial, tiene que revelar una carta secreta»? A lo mejor hay una farmacia en el campus. ¿La hay?

Seguimos sentados uno junto a otro, escuchando la lluvia.

—Por favor, Peter. No soy idiota. Cogí el autobús a la ciudad. Hice las compras en distintas farmacias. Pagué al contado, no di conversación a nadie, fui discreto.

El mismo aplomo, la misma superioridad innata. Y sí, este hombre bien podría ser hijo y nieto de ilustres chequistas.

Sólo ahora consiento en ver lo que contiene el sobre.

Lo primero que saco, dos largas cartas, la de cobertura y la del subtexto oculto. Ha copiado o fotografiado cada etapa del desarrollo mientras lo revelaba y hay un listado donde puedo observar todo el proceso, bien ordenado y numerado.

En segundo lugar, extraigo el sobre con matasellos danés y su nombre y dirección en el campus con letra femenina en la parte delantera y, por detrás, el nombre y la dirección de la remitente: Anette Pedersen, que vive en el número 5 de la planta baja de un edificio de viviendas en un barrio de las afueras de Copenhague.

Lo tercero, el texto superficial en inglés, que abarca seis páginas apretadamente escritas en la misma letra femenina que el sobre, alabando sus proezas sexuales en términos pueriles y afirmando que con sólo pensar en ello la que suscribe llega al orgasmo.

Luego el subtexto revelado: columna tras columna de grupos de cuatro cifras. Después, la versión en ruso, descifrada con su libreta de un solo uso.

Y por último su propia traducción en texto *sin cifrar* del ruso al inglés, como cortesía para mí al no ser hablante de ruso. Arrugo el ceño ante la versión rusa, la descarto con un gesto de incompreensión, cojo la traducción inglesa y la leo dos o tres veces mientras Serguei finge complacencia y apoya las manos en el salpicadero para aliviar la tensión.

—Moscú dice que tienes que establecerte en Londres en cuanto empiecen las vacaciones de verano —observo con indiferencia—. ¿Por qué quieren que hagas eso, en tu opinión?

—*Ella* lo dice —me corrige con voz ronca.

—¿Quién lo dice?

—Anette.

—¿Estás diciendo que Anette es una mujer de carne y hueso, no un hombre del Centro que firma como si fuera mujer?

—Yo la conozco.

—¿A la mujer *de verdad*, Anette? ¿Me estás diciendo que la conoces?

—Exacto, Peter. La misma mujer que a efectos de la conspiración se llama a sí misma Anette.

—¿Y cómo has llegado a ese descubrimiento extraordinario, si me permites preguntar?

Suprime un suspiro para implicar que me falta preparación para seguirlo por el territorio en el que está a punto de entrar.

—Durante una hora a la semana esa mujer nos daba exclusivamente clase de inglés en una escuela para durmientes. Nos *preparaba* para la actividad conspirativa en Inglaterra. Nos relataba muchos casos interesantes y nos daba ánimo y muchos consejos para nuestro trabajo clandestino.

—¿Y me estás diciendo que se llamaba Anette?

—Como todos los instructores y estudiantes, sólo tenía un nombre de guerra.

—¿Y cuál era?

—Anastasia.

—¿Pero no Anette?

—Eso es irrelevante.

Rechino los dientes y no digo nada. Al cabo de un rato prosigue con el mismo tono condescendiente.

—*Anastasia* es una mujer de inteligencia considerable, capaz de discutir cuestiones de física nada simples. Se la describí con todo detalle a los interrogadores. Pareces desconocer esa información

Cierto. Había descrito a Anastasia. Pero no en esos términos precisos o elogiosos, y desde luego no como futura corresponsal con el nombre de Anette. Por lo que tocaba a los interrogadores, no era más que otro *apparatchik* del Centro de Moscú que pasaba por una escuela de durmientes para pulir su imagen.

—¿Y crees que la mujer que se llamaba Anastasia en la escuela de durmientes te ha escrito personalmente esta carta?

—Estoy convencido.

—¿Sólo el subtexto o la carta de cobertura también?

—Ambas cosas. Anastasia se ha convertido en Anette. Es una señal de reconocimiento para mí. Anastasia, nuestra docta instructora del Centro de Moscú, se ha convertido en Anette, mi apasionada amante de Copenhague que no existe en la realidad. Además conozco su caligrafía. Cuando Anastasia nos daba clase en la escuela de durmientes, nos instruía sobre cómo imitar las diversas caligrafías europeas sin que se notara la influencia del cirílico. Todo lo que nos enseñó tenía un único objetivo: asimilación con el enemigo occidental. «Con el tiempo *llegaréis a ser* como ellos. *Pensaréis* como ellos. *Hablaréis* como ellos. *Sentiréis* como ellos y *escribiréis* como

ellos. Sólo en lo más íntimo de vuestro corazón seguiréis siendo uno de los nuestros.» Como yo, ella también procede de una antigua familia de chequistas. Su padre, y también su abuelo. Estaba muy orgullosa de eso. Después de su última clase, me llevó aparte y me dijo: «Nunca sabrás mi nombre, pero tú y yo somos de la misma sangre, somos puros, somos de la vieja Checa, somos Rusia, te felicito con toda mi alma por tu gran misión». Me dio un abrazo.

¿Fue entonces cuando empezaron a resonar débiles ecos de mi pasado operativo en mi memoria auditiva? Es probable que sí, porque mi reacción instintiva fue cambiar de tema.

—¿Qué máquina de escribir usas?

—Una manual, Peter. No utilizo nada electrónico. Así nos lo enseñaron. Lo electrónico es muy peligroso. Anastasia, Anette, tampoco usa nada electrónico. Es tradicional y desea que sus alumnos también sean tradicionales.

Utilizando mis perfeccionadas habilidades de autocontrol, finjo no hacer caso de su obsesión con Anette o Anastasia y prosigo la lectura de su descifrado y traducido subtexto.

—Tienes que alquilar una habitación o un apartamento para julio y agosto en uno de los tres barrios seleccionados al norte de Londres..., ¿no?... que tu supervisora..., tu antigua instructora, según dices..., pasa luego a enumerar. ¿Te sugieren algo estas instrucciones?

—Es tal como nos enseñó. Con objeto de preparar un encuentro clandestino es preciso disponer de ubicaciones alternativas. Sólo de ese modo se podrán introducir cambios logísticos mientras se observa la seguridad del dispositivo. Ésa también es una de sus reglas operativas.

—¿Has estado alguna vez en alguno de esos barrios del norte de Londres?

—No, Peter, nunca.

—¿Cuándo has estado en Londres por última vez?

—En mayo, sólo un fin de semana.

—¿Con quién?

—Eso es irrelevante.

—No, no lo es.

—Con una de mis amistades.

—¿Hombre o mujer?

—Eso es irrelevante.

—Así que hombre. ¿Tiene nombre ese amigo tuyo?

No responde. Continúo leyendo.

—Cuando estés en Londres durante los meses de julio y agosto asumirás el nombre de Markus Schweizer, periodista independiente suizo germanohablante, para el cual se te facilitará documentación adicional. ¿Conoces a algún Markus Schweizer?

—No conozco a tal persona, Peter.

—¿Has utilizado alguna vez ese sobrenombre?

—No, Peter.

—¿Nunca lo has oído mencionar?

—No, Peter.

—¿No se llamaba Markus Schweizer el amigo que te llevaste a Londres?

—No, Peter. Además, no me lo llevé. Me acompañó.

—Pero tú hablas alemán.

—Lo suficiente.

—Tus interrogadores dijeron que más que suficiente. Comprobaron que lo hablabas con fluidez. Me interesa más saber si se te ocurre alguna explicación para las instrucciones de Moscú.

De nuevo parece perdido. Se ha sumido en la contemplación, como Ed, la mirada fija en el anegado parabrisas. De pronto se decide a hacer una declaración:

—Lo lamento, Peter, pero no puedo personificar a ese suizo. No iré a Londres. Es una provocación. Dimíto.

—Te estoy preguntando *por qué* desearía Moscú que seas Markus Schweizer —insisto, sin hacer caso de su arrebató—, *periodista independiente suizo germanohablante*, durante dos meses de verano en uno de los tres barrios seleccionados del noreste de Londres.

—Es una orden para propiciar mi asesinato. Ésa es la conclusión lógica a la que puede llegar cualquier persona que conozca las prácticas del Centro de Moscú. Puede que tú no. Al dar al Centro una dirección en Londres estaré enviándoles instrucciones sobre dónde y cómo liquidarme. Es una práctica normal en el caso de sospechosos de traición. No iré.

—¿No te parece una manera muy complicada de hacerlo? —sugiero impertérrito—. Mandarte a Londres sólo para matarte. ¿Por qué no conducirte a un sitio apartado como éste, cavar un hoyo, matarte de un tiro y meterte en el agujero? ¿Y luego difundir entre tus amigos de York la noticia de que estás sano y salvo en Moscú y misión cumplida? ¿Por qué no me contestas? ¿Acaso tiene algo que ver tu cambio de actitud con ese amigo del que no quieres hablarme? ¿El que te llevaste a Londres? Tengo además la impresión de que lo conozco. ¿Es posible?

Estoy dando un salto intuitivo. Sumo dos y dos y me salen cinco. Recuerdo un episodio que se produjo durante nuestro cordial traspaso con Giles en el alojamiento de Serguei en la universidad. La puerta se abre sin que llamen antes. Un joven risueño con pendiente en la oreja y cola de caballo asoma la cabeza y empieza a decir: «Hola, Serguei, ¿has recibido...?». Entonces nos ve y, con un contenido «vaya», cierra con suavidad y desaparece como si nunca hubiera estado allí.

En otra parte de la memoria, el recuerdo me ha vuelto con toda nitidez. Anastasia, alias Anette y cualquier otro nombre que prefiera, ya no es una sombra flotante de mi pasado, sino un sólido personaje de talla y habilidad operativa, parecido al que el propio Serguei acaba de describir.

—Serguei —le digo con mayor suavidad de la que he empleado hasta ahora—, ¿por qué otra razón no querías ser Markus Schweizer este verano en Londres? ¿Tienes planes de vacaciones con tu amigo? Esta vida es muy estresante. Entendemos esas cosas.

—Sólo quieren matarme.

—Porque si *has hecho* planes para las vacaciones y puedes decirme quién es tu amigo, a lo mejor podemos llegar a un arreglo mutuamente aceptable.

—No tengo planes de ese tipo, Peter. Creo que en realidad estás proyectando. A lo mejor es que tienes planes para ti. Yo no sé nada de ti. Norman fue amable conmigo. Tú eres un muro. Eres Peter. No eres amigo mío.

—Entonces ¿quién *es* tu amigo? —insisto—. Vamos, Serguei. Somos humanos. Al cabo de un año solo en Inglaterra no me digas que no has hecho ningún amigo. Vale, quizá tendrías que habérselo dicho. Olvidémoslo. Supongamos que no es nada serio. Sólo alguien con quien irse de vacaciones. Una pareja de verano. ¿Por qué no?

Se revuelve contra mí como buen ruso ultrajado y grita:

—¡No es mi pareja de verano! ¡Es mi amigo del alma!

—Pues en ese caso —le digo— parece justo la clase de amigo que necesitas y debemos encontrar el modo de que sea feliz. No en Londres, pero ya se nos ocurrirá algo. ¿Es estudiante?

—De posgrado. Es *kulturny*. —Y para que lo entienda mejor—: Sabe mucho de cuestiones artísticas.

—¿Y colega, en Física?

—No. Literatura inglesa. Vuestros grandes poetas. Todos los poetas.

—¿Sabe que eras agente ruso?

—Me despreciaría.

—¿Aunque ahora estés trabajando para los británicos?

—Desprecia todo tipo de engaño.

—Entonces, no tenemos nada de que preocuparnos, ¿verdad? Sólo escíbeme su nombre aquí, en esta hoja.

Coge mi cuaderno de notas y mi bolígrafo, se vuelve de espaldas y escribe algo.

—Y su cumpleaños —añado—, seguro que lo sabes.

Vuelve a escribir, arranca la hoja, la dobla y, con gesto imperioso, me la entrega. La despliego, echo una mirada al nombre, la meto en el sobre acolchado y le cojo el cuaderno.

—Bueno, Serguei —digo en un tono distinto por completo—. Esto está arreglado. Solucionaremos ese asunto tuyo con Barry en los próximos días. De forma positiva. Creativamente, estoy seguro. Así no tendré que decir al Ministerio del Interior de Su Majestad que has dejado de colaborar con nosotros, ¿verdad? Y que al dejar de hacerlo has quebrantado las condiciones de tu permiso de residencia.

Un nuevo torrente de lluvia barre el parabrisas.

—Serguei acepta —declara.

He conducido hasta cierta distancia, aparcando bajo un grupo de castaños donde el viento y la lluvia no son tan violentos. A mi lado, Serguei ha adoptado un aire de superior distanciamiento y hace como si contemplara el paisaje.

—Bueno, vamos a hablar de tu Anette —propongo, utilizando mi más distendido tono de voz

— ¿O volvemos a llamarla Anastasia, que es como la conocías cuando te daba clase? Háblame de sus otras cualidades.

—Es una lingüista consumada y una mujer de gran calidad y formación; muy dotada para urdir complots.

—¿Edad?

—Unos cincuenta, diría yo. Cincuenta y tres, quizá. No es guapa, pero tiene mucho carisma y dignidad. Incluso en las facciones. Una mujer así podría creer en Dios.

Serguei también cree en Dios, según ha dicho a sus interrogadores. Pero en su fe no hay intermediarios. Como intelectual, no siente simpatía por el clero.

—¿Altura?

—Un metro sesenta y cinco, calculo.

—¿Voz?

—Con nosotros Anastasia sólo hablaba inglés, y en esa lengua desde luego era excelente.

—¿Nunca la oíste hablar en ruso?

—No, Peter. Nunca.

—¿Ni una palabra?

—No.

—¿Alemán?

—Sólo una vez habló alemán. Recitando a Heine. Un poeta alemán del romanticismo, y además judío.

—Mentalmente. Ahora, o quizá cuando la oías hablar. ¿Cómo la situarías desde el punto de vista geográfico? ¿En qué región?

Esperaba que hiciera un alarde de reflexión, pero responde enseguida:

—Mi impresión es que esta mujer, por sus modales, el color de su tez y sus ojos negros, además de por su cadencia al hablar, es de Georgia.

Hazte el torpe, me insto a mí mismo. Adopta tu mediocre personalidad profesional.

—¿Serguei?

—¿Por favor, Peter?

—¿Para cuándo has pensado irte de vacaciones con Barry?

—Para todo el mes de agosto. Consistirán en visitar a pie, como peregrinos, los centros históricos de cultura y libertad espiritual de Gran Bretaña.

—¿Y cuándo empieza el curso en la universidad?

—El veinticuatro de septiembre.

—Entonces ¿por qué no aplazas las vacaciones hasta septiembre? Dile que tienes un importante proyecto de investigación en Londres.

—Imposible. Barry se empeñará en acompañarme.

Pero las alternativas ya me están dando vueltas en la cabeza.

—Entonces, a ver qué te parece esto. Te enviamos, sólo como ejemplo, una carta oficial con

papel membrete de, digamos, la Facultad de Física de la Universidad de Harvard en la que te felicitamos por el excelente trabajo que has llevado a cabo en York. Te ofrecemos una beca de investigación de dos meses en el campus de Harvard para julio y agosto, todos los gastos pagados más unos honorarios. Se la puedes enseñar a Barry, y en cuanto hayas completado tu estancia en Londres como Markus Schweizer los dos podéis seguir vuestros planes y pasarlo estupendamente con los preciosos dólares que Harvard te habrá dado por tu proyecto de investigación. ¿Serviría eso? Bueno, ¿valdrá o no?

—Siempre y cuando dicha carta sea verosímil y los honorarios sean realistas —proclama—, creo que Barry estaría orgulloso de mí.

Algunos espías son pesos ligeros que se hacen pasar por pesos pesados. Otros son esto último, aunque no lo parezcan. A menos que me falle mi exacerbada memoria, Serguei acaba de ascender a la categoría de pesos pesados.

Sentados en la parte delantera del coche, discutimos como profesionales el tipo de respuesta que debemos enviar a Anette a Copenhague: un primer borrador del subtexto en el que se asegure al Centro que Serguei cumplirá sus instrucciones; luego, el mensaje de cobertura, que propongo dejar a su imaginación erótica, con la única condición de que yo lo apruebe, antes de que se envíe, junto con el subtexto.

Después de llegar a la conclusión —cuando menos por propia conveniencia— de que Serguei trabajaría más a gusto con una mujer, le informo de que en lo sucesivo tratará con Jennifer, alias Florence, todos los asuntos habituales. Me comprometo a llevar a Jennifer a York para presentársela y discutir la tapadera que mejor convenga a su futura relación: novia quizá no, porque Jennifer es alta y guapa y Barry podría molestarse. Yo seguiría siendo el controlador de Serguei, Jennifer me informaría de todos los pasos. Y recuerdo que pensé que, fuera lo que fuese lo que le hubiera pasado a Florence en la pista de bádminton, aquella estimulante operación sobre el terreno iba a ser un regalo para restaurar su moral y poner a prueba sus aptitudes.

En un área de servicio a las afueras de York pido dos sándwiches de huevo con berros y dos limonadas con gas. Giles habría llevado sin duda una cesta de Fortnum. Cuando terminamos nuestro almuerzo campestre y limpiamos juntos las migas del coche, dejo a Serguei en una parada de autobús. Intenta darme un abrazo. En cambio le estrecho la mano. Para mi sorpresa, es pronto y aún tengo toda la tarde por delante. Devuelvo el coche de alquiler a la terminal y tengo la suerte de coger un tren rápido que me traslada a Londres a tiempo para llevar a Prue a nuestro indio del barrio. Como los asuntos de la Oficina están prohibidos, nuestra conversación durante la cena gira en torno a las vergonzosas prácticas de las grandes farmacéuticas. De vuelta a casa, vemos la repetición de las noticias en Channel 4. Y con esa inconcluyente nota nos vamos a acostar, pero el sueño tarda en llegar.

Florence sigue sin responder a mi mensaje telefónico. El veredicto del subcomité de Hacienda

sobre Rosebud, según un reciente y enigmático correo electrónico de Viv, «se espera en cualquier momento pero sigue pendiente». Si esos augurios no me parecen tan ominosos como debieran es porque mi imaginación aún se regocija con la inverosímil cadena de conexiones que Serguei y su Anette me revelaron. Eso me recuerda un aforismo de mi mentor Bryn Jordan: «Si te dedicas bastante tiempo al espionaje, el espectáculo vuelve a empezar».

Yendo en el metro a Camden Town aquel miércoles por la mañana, eché una mirada crítica a las tareas contrapuestas que me esperaban. Hasta dónde llevar la cuestión de la insubordinación de Florence ¿Informar de ella a Recursos Humanos y promover todo un tribunal disciplinario presidido por Moira? Dios nos libre. Mejor aclarar las cosas cara a cara y a puerta cerrada. Y por el lado positivo, adjudicarle el caso del agente Pitchfork, en fase de rápido desarrollo.

Al entrar en el sórdido vestíbulo de El Refugio, me sorprendió el inhabitual silencio. La bicicleta de Ilya estaba allí, pero ¿dónde se encontraba su dueño? ¿Dónde se había metido todo el mundo? Subí la escalera hasta el primer rellano: ni un ruido. Todas las puertas cerradas. Subí al segundo. La puerta del cubículo de Florence estaba sellada con cinta adhesiva, tenía pegada una señal roja de PROHIBIDA LA ENTRADA y habían lacrado el picaporte. Pero la de mi despacho estaba abierta de par en par. Sobre mi escritorio había dos hojas impresas.

La primera era una nota interna de Viv en la que se informaba a los destinatarios de que, después de la debida consideración, el subcomité competente de Hacienda había cancelado la Operación Rosebud por motivos de riesgo desproporcionado.

La segunda era una nota interna de Moira en la que informaba a todos los departamentos pertinentes de que Florence había dimitido del Servicio el lunes y que se había activado el procedimiento de cesantía con arreglo a las normas del Ministerio del Interior relativas al retiro.

Pensar ahora y entrar después en crisis.

Según Moira, la dimisión de Florence se produjo apenas cuatro horas antes de que se presentara al partido de dobles con Ed y Laura en el Athleticus, lo que explicaba en buena medida su aberrante conducta. ¿Qué había provocado su dimisión? A primera vista, la cancelación de la Operación Rosebud, pero no había que precipitarse. Tras leer despacio ambos documentos por segunda vez, volví al rellano, hice bocina con las manos y grité:

—¡Todo el mundo fuera, por favor! *¡Ahora mismo!*

Cuando mi equipo salió cautelosamente de su escondite pude reconstruir la historia, o al menos en la medida en que todos la conocían o estaban dispuestos a contarla. Hacia las once de la mañana del lunes, mientras yo me encontraba convenientemente apartado en la parte más oscura de Northwood, Florence informó a Ilya de que tenía una cita con Dom Trench en su despacho. Según Ilya, por lo general una fuente de confianza, Florence parecía más preocupada que entusiasmada por la perspectiva.

Sobre la una y cuarto, cuando Ilya se encontraba en el piso de arriba cubriendo la sección de Comunicaciones y el resto del equipo estaba abajo almorzando sus sándwiches y consultando sus móviles, Florence apareció en la puerta de la cocina, de vuelta de su entrevista con Dom. La escocesa, Denise, iba detrás de Florence en orden jerárquico y se encargaba automáticamente de sus agentes cuando ella estaba ocupada o de vacaciones.

—Se quedó allí parada, Nat, durante varios minutos, con la mirada fija en nosotros como si estuviéramos locos —contó Denise, atemorizada.

—¿Dijo algo en realidad?

—Ni palabra, Nat. Sólo se nos quedó mirando.

Florence se fue de la cocina y subió a su cubículo, cerró la puerta al entrar y —de nuevo Ilya— «al cabo de cinco minutos» salió con una bolsa del supermercado Tesco que contenía «sus chancas, la foto de su difunta madre que tenía en el escritorio, su chaqueta de punto para cuando no hay calefacción, y cosas de chicas del cajón de su escritorio». Cómo se las había arreglado Ilya para clasificar toda esa colección se me escapaba, así que habrá que admitir cierta licencia poética.

Entonces Florence «me da tres besos al estilo ruso —Ilya, desatado por completo— y luego un abrazo por si fuera poco, y me dice que es para todos. O sea, el abrazo. Así que le digo: “¿A qué viene todo esto, Florence?”. Porque sabemos que no hay que llamarla Flo. Y Florence dice: “No pasa nada, Ilya, de verdad, sólo que las ratas se han apoderado del barco y yo he saltado”».

A falta de más testimonios, ésas fueron sus palabras de despedida en El Refugio. Después de tener su discusión con Dom, le presentó su dimisión, volvió de la Oficina Central a El Refugio, recogió sus pertenencias y sobre las tres y cinco estaba en la calle y sin empleo. Unos minutos después de que se marchara, dos inescrutables representantes de Seguridad Interna —no las ratas que se habían apoderado del barco, sino hurones, como se los conocía vulgarmente— llegaron en una furgoneta verde de la Oficina, se llevaron el ordenador y el armario metálico de Florence y preguntaron por turno a todos los miembros de mi equipo si les había encomendado algún artículo para que se lo guardaran o había hablado con ellos de los motivos de su marcha. Después de recibir las requeridas garantías en ambas cuestiones, sellaron su cubículo.

Una vez que di instrucciones de que todo el mundo siguiera trabajando con normalidad, volví a salir a la calle, torcí por un callejón y caminé deprisa durante diez minutos antes de sentarme en un café y pedir un expreso doble. Respira despacio. Determina las prioridades. Pruebo a llamar una vez más a Florence al móvil por si acaso. Pero la línea está muerta y enterrada. El número de Hampstead tiene un mensaje nuevo. Lo comunica un varón joven de clase alta, desdeñoso: *Si llamas a Florence, ya no responde a este número, así que piérdete.*

Llamo a Dom y contesta Viv:

—Por desgracia, Nat, Dom tiene reuniones encadenadas durante todo el día. ¿Te puedo ayudar

en algo?

Pues no creo, Viv, gracias, pero no. ¿Son sus reuniones en nuestro territorio, dirías tú, o fuera, por la ciudad?

¿Está flaqueando? Sí, titubea.

—Dom no atiende llamadas, Nat —responde, y cuelga.

—*Nat*, amigo mío —dice Dom en tono de gran sorpresa, cayendo en su nuevo hábito de utilizar mi nombre como arma—. Siempre bienvenido. ¿Tenemos cita? ¿Te vendría bien mañana? Estoy de papeles hasta arriba, para ser sincero.

Y para demostrarlo tiene un montón de documentos esparcidos por la mesa, lo que sólo me dice que lleva esperándome toda la mañana. A Dom no le gusta la confrontación, algo que ambos sabemos. Su vida es un ponerse de perfil ante cosas que no puede afrontar. Suelto el picaporte de su puerta y me siento en una silla de oficina. Dom no se mueve del escritorio, absorto en el papeleo.

—Te quedas, ¿verdad? —pregunta al cabo de un tiempo.

—Si te parece bien, Dom.

Coge otra carpeta de la bandeja de entrada, la abre, se concentra enteramente en su contenido.

—Siento lo de Rosebud —digo al cabo de un prudente silencio.

No me oye. Está demasiado absorto.

—Lamento lo de Florence, también —reflexiono—. Uno de los mejores agentes rusos que el Servicio haya tenido jamás. ¿Puedo ver el informe? A lo mejor lo tienes por ahí.

Aún con la cabeza gacha me pregunta:

—¿Informe? ¿Qué tonterías estás diciendo?

—El informe del subcomité de Hacienda. El del riesgo desproporcionado. ¿Puedo verlo, por favor?

Alza un poco la cabeza, pero no mucho. La carpeta abierta frente a él sigue teniendo más importancia.

—Nat, como funcionario destinado de forma provisional a General Londres, he de informarte de que no tienes el nivel de autorización adecuado. ¿Hay más cuestiones?

—Sí, Dom. Hay más. ¿Por qué ha dimitido Florence? ¿Por qué me mandaste a dar un paseíto a Northwood? ¿Es que pensabas tirarle los tejos?

Ante esto último, su cabeza se yergue con una sacudida.

—Pensaba que esa posibilidad era más real por tu parte que por la mía.

—Entonces ¿por qué?

Se recuesta en el asiento. Empieza a unir las puntas de los dedos para construir el arco nupcial. Lo forma. Ya puede soltar el discurso preparado de antemano.

—Nat, como puedes suponer recibí un preaviso de la decisión del subcomité en condiciones de

estricta confidencialidad.

—¿Cuándo?

—Eso no viene al caso en lo que a ti se refiere. ¿Puedo proseguir?

—Adelante, por favor.

—Como ambos sabemos, Florence no es lo que tú y yo podríamos llamar una persona madura. Ésa es la razón fundamental de por qué no se la promovió. Con aptitudes, nadie lo discute, y menos yo. Sin embargo, desde su presentación de la Operación Rosebud era evidente para mí que, por su propio bien y por el nuestro, estaba involucrada emocionalmente, *demasiado*, diría yo, en su resultado. Yo esperaba que poniéndola sobre aviso antes del anuncio oficial de la decisión del subcomité podría mitigar su decepción.

—Así que me mandaste a Northwood mientras le ponías paños calientes. Muy considerado.

Pero Dom no reconoce la ironía, sobre todo cuando es objeto de ella.

—No obstante, debemos congratularnos por la cuestión más amplia de su brusca marcha de la Oficina —prosigue—. Su reacción a la decisión del subcomité de desestimar Rosebud por motivos de interés nacional fue excesiva e histórica. El Servicio puede darse por satisfecho por haberse librado de ella. Ahora háblame de lo de Pitchfork de ayer. Una actuación del Nat de siempre, propia de un virtuoso, si me permites decirlo. ¿Cómo interpretas sus instrucciones de Moscú?

La costumbre de Dom de saltar de un tema a otro como medio de evitar el fuego enemigo también me resulta familiar. Sin embargo, en esta ocasión me ha hecho un favor. No me considero un pillo en términos generales, pero Dom tiene la virtud de subirme el listón. La única persona que puede decirme lo que ocurrió entre Florence y él es Florence, pero no está disponible. Así que marquemos un gol.

—¿Cómo interpreto *yo* sus instrucciones? Mejor preguntar cómo las interpretaría el Departamento Rusia —le replico con una altivez que iguala a la suya.

—¿Y cómo lo haría?

Altanero, pero firme también. Soy un veterano de Rusia vertiendo agua fría sobre el ardor de un inexperto camarada de armas.

—Pitchfork es un agente durmiente. Pareces olvidarlo. Está aquí a largo plazo. Lleva dormido justo un año. Hora de que el Centro de Moscú lo despierte, lo desempolve, le encargue una misión fantasma y se asegure de que aún lo tiene disponible. Una vez que demuestre que lo está, volverá a su condición de durmiente en York.

Parece que va a discrepar, lo piensa mejor.

—Entonces ¿qué táctica adoptamos exactamente —pregunta malhumorado—, en el supuesto de que tu premisa sea correcta, cosa que no es seguro que admita?

—Esperar a ver.

—¿Y entretanto avisamos al Departamento Rusia de que estamos esperando?

—Si quieres que ellos se ocupen del caso y borren las huellas de General Londres —le replico

—, ahora es buen momento.

Hace un mohín, aparta la vista de mí como para consultar a una autoridad superior.

—Muy bien, Nat —dice siguiéndome la corriente—. Esperaremos a ver qué pasa, tal como sugieres. Quiero que me tengas informado de cada uno de los acontecimientos futuros, por insignificantes que sean, en el momento en que se produzcan. Y gracias por pasarte por aquí —añade antes de volver a los papeles del escritorio.

—Sin embargo... —digo sin moverme de la silla.

—Sin embargo, ¿qué?

—Hay un subtexto en las instrucciones de Pitchfork que me hacen pensar en que *podríamos* estar ante algo más que una falsa operación para mantener alerta a un agente durmiente.

—Acabas de decir justo lo contrario.

—Porque hay un elemento en la historia de Pitchfork para el cual no tienes autorización.

—Tonterías. ¿*Qué* elemento?

—Y éste no es momento de incluir tu nombre en la lista de adoctrinamiento, o el Departamento Rusia querrá saber por qué. Lo que supongo que tú, al igual que yo, no deseas en absoluto.

—¿*Por qué* no?

—Porque si mi intuición es acertada, *podríamos* estar, sin perjuicio de confirmación, ante una oportunidad de oro para que El Refugio y General Londres monten una operación con nuestros dos nombres ligados a ella, y sin subcomité de Hacienda que lo bloquee. ¿Me estás prestando atención o vengo cuando te resulte más conveniente?

Suspira y aparta los papeles.

—Quizá conozcas a grandes rasgos el caso de Woodpecker, mi antiguo agente. ¿O eres demasiado joven? —le pregunto.

—Pues claro que *conozco* el caso de Woodpecker. Lo he leído. ¿Y quién no? Trieste. *Rezydent* en jefe, antiguo KGB, veterano, tapadera consular. Lo reclutaste jugando al bádminton, según recuerdo. Luego volvió a los orígenes y se unió de nuevo a la oposición, si es que alguna vez la había abandonado. No fue un triunfo personal tuyo que digamos, según pensé. ¿Por qué nos ponemos de pronto a hablar de Woodpecker?

Para ser de los últimos en llegar, Dom está bastante bien preparado.

—Woodpecker fue un agente valioso y digno de confianza hasta el último año que trabajó para nosotros —le informo.

—Si tú lo dices... Otros quizá tengan un punto de vista diferente. ¿Podemos ir al grano, por favor?

—Quiero discutir con él las instrucciones que el Centro de Moscú ha dado a Pitchfork.

—¿*Con quién*?

—Con Woodpecker. Que me dé su interpretación sobre ellas. El punto de vista de alguien de la casa.

—Estás loco.

—Puede.

—Absolutamente, loco de remate. Woodpecker está clasificado de forma oficial como tóxico. Eso significa que nadie de este Servicio debe tener relación con él sin el consentimiento personal por escrito del director del Departamento Rusia, que por casualidad está enclaustrado en Washington, distrito de Columbia. Woodpecker es poco de fiar, desleal y un inveterado delincuente ruso.

—¿Es eso un no?

—Es un no, antes pasarás por encima de mi cadáver. Y lo pondré por escrito ahora mismo, con copia al comité disciplinario.

—Mientras, con tu permiso, me gustaría tomarme una semana de vacaciones para jugar al golf.

—Tú no juegas al golf, joder.

—Y en el caso de que Woodpecker acceda a verme, y resulta que tiene un punto de vista interesante sobre las instrucciones que el Centro de Moscú ha dado a Pitchfork, *podrás* decidir entonces que me ordenaste hacerle una visita. Entretanto, sugiero que te pienses dos veces lo de escribir esa grosera carta al comité disciplinario.

Estoy en la puerta cuando me llama. Vuelvo la cabeza, pero no me muevo de la puerta.

—¿Nat?

—¿Qué?

—¿Qué crees que vas a sacar de él, en cualquier caso?

—Con suerte, nada que ya no sepa.

—Entonces ¿para qué vas?

—Porque nadie recurre al Directorio de Operaciones por una simple intuición, Dom. El Directorio quiere información sobre la que puedan tomarse medidas, comprobada dos veces y preferiblemente tres. Esto es, *basada en pruebas*, por si esa expresión es nueva para ti. Lo que significa que no les impresionan demasiado las divagaciones de un agente apartado del terreno y estancado en el quinto infierno, ni tampoco las de su jefe de General Londres, que no cuenta con mucha experiencia.

—Estás loco —repite Dom, de nuevo atrincherándose detrás de sus expedientes.

Estoy de vuelta en El Refugio. Cerrando la puerta a las caras largas de mi equipo, me pongo a trabajar. Redacto una carta a mi antiguo agente Woodpecker, alias de Arkady. Le escribo en mi teórica capacidad de secretario de un club de bádminton en Brighton. Lo invito a ir con un equipo mixto de jugadores a nuestra preciosa ciudad de la costa. Le propongo fechas y horas de competición y le ofrezco alojamiento gratuito. El uso de claves secretas en la comunicación abierta es más antiguo que la Biblia, y se basa en el entendimiento mutuo entre destinatario y remitente. El entendimiento entre Arkady y yo no se apoya en ningún libro de códigos, y se debe a la idea de que toda premisa siempre contiene su contraria. De manera que yo no lo estaba

invitando, sino que trataba de que me invitara él. Las fechas en las que el teórico club estaba preparado para acoger a sus invitados eran las fechas en que yo esperaba ser recibido por Arkady. Mi ofrecimiento de hospitalidad era una obsequiosa pregunta sobre si iba a recibirme y dónde podríamos encontrarnos. Las fechas de competición indicaban que a mí me venía bien cualquiera de ellas.

En un párrafo que se aproximaba a la realidad tanto como lo permitía la tapadera, le recordaba las amistosas relaciones que desde hacía mucho existían entre nuestros dos clubs a pesar de las cambiantes tensiones que había en el mundo en general, y firmé como Nicola Halliday (señora) porque, en los cinco años de nuestra colaboración, Arkady me había conocido como Nick, pese al hecho de que la lista oficial de representantes consulares en Trieste pregonaba a voz en cuello mi verdadero nombre. La señora Halliday no facilitaba la dirección de su domicilio. Arkady sabía muchos sitios adonde escribir en caso de que quisiera hacerlo.

Luego me recosté en el asiento y me resigné a una larga espera, porque Arkady nunca adoptaba decisiones importantes de forma apresurada.

Si bien estaba inquieto por el asunto en que me había metido con Arkady, mis batallas al bádminton con Ed y después nuestros *tours d'horizon* políticos en la *Stammtisch* iban cobrando cada vez más valor para mí, pese al hecho de que Ed, para mi renuente admiración, me estaba ganando sin problemas.

Pareció ocurrir de la noche a la mañana. De pronto su juego era más rápido, más ágil, más alegre, y la diferencia de edad no obraba en mi favor. Necesité un par de sesiones para disfrutar con objetividad de su mejora y felicitarle a duras penas por la parte que me correspondía en ella. En otras circunstancias me habría empeñado en encontrarle un contrincante más joven, pero cuando se lo propuse se ofendió tanto que me volví atrás.

Las cuestiones más importantes a que me enfrentaba no tenían tan fácil solución. Todas las mañanas comprobaba las direcciones encubiertas de la Oficina para ver si había respuesta de Arkady. Nada. Y si Arkady no era problema mío, Florence sí lo era. Había mantenido cierta amistad con Ilya y Denise, pero, por mucho que les insistiera, no sabían más sobre su paradero que cualquier otro miembro del equipo. Si Moira sabía dónde localizarla, yo era la última persona a quien se lo diría. Siempre que intentaba entender cómo Florence, precisamente ella, habría podido dejar plantados a sus queridos agentes, me quedaba perplejo. Cada vez que intentaba reconstruir su trascendental encuentro con Dom Trench, tampoco entendía nada.

Después de rumiar mucho el asunto, probé suerte con Ed, consciente de que era una posibilidad muy remota. Mi improvisada tapadera no permitía que Florence y yo nos conociéramos más allá de un teórico encuentro en el despacho de mi supuesto amigo y de una sesión de bádminton con Laura. Por lo demás, sólo disponía de mi creciente sospecha de que ambos se habían sentido

atraídos entre sí nada más verse, pero como ya conocía el estado de ánimo de Florence cuando se presentó en el *Athleticus*, resultaba difícil imaginarla de humor para sentir atracción por alguien.

Estamos sentados en torno a la *Stammtisch*. Hemos dado cuenta de las primeras cervezas y Ed ha traído otra ronda. Acaba de darme una paliza, cuatro a uno, para su comprensible satisfacción aunque no para la mía.

—Bueno, ¿y qué tal fue el chino? —le pregunté, escogiendo el momento.

—¿Qué chino?

Ed, como siempre, perdido en otra parte.

—El restaurante Golden Moon, que está un poco más allá en esta misma calle, por amor de Dios. Íbamos a ir a cenar todos juntos, pero tuve que salir corriendo a salvar un trato de negocios, ¿te acuerdas?

—Ah, sí, ya. De maravilla. A ella le encantó el pato. A Laura. El mejor que había probado nunca. Los camareros la consintieron demasiado.

—¿Y la chica? ¿Cómo se llamaba? ¿Florence? ¿Buena compañía?

—Ah, sí, vaya. Florence. También estuvo maravillosa.

¿No quiere mostrarse muy comunicativo conmigo o es sólo su maleducada manera de ser? Sea como sea, insisto:

—No tendrás por casualidad su número de teléfono, ¿verdad? Me ha llamado ese amigo mío, para el que Florence trabajaba en régimen temporal. Me ha dicho que era fantástica y pensaba ofrecerle un puesto fijo, pero la agencia no está por la labor.

Ed medita un momento todo eso. Frunce el ceño. Le da vueltas en la cabeza o finge hacerlo.

—No, no les conviene, ¿verdad? —reconoce—. Esos cabrones de la agencia la tendrían toda la vida en un puño si pudieran. Sí. Me temo que en eso no puedo ayudarte. No...

Y sigue una diatriba contra nuestro actual ministro de Exteriores, «Ese cabrón narcisista y elitista de Eton, que no alberga ni una sola convicción decente aparte de su propio ascenso social», etcétera.

Si en este interminable compás de espera hay algún consuelo aparte de nuestras sesiones de bádminton de los lunes por la tarde, es Serguei, alias Pitchfork. De la noche a la mañana se ha convertido en el agente máspreciado de El Refugio. Desde el día en que acabó su curso en la universidad, Markus Schweizer, periodista independiente suizo, se ha establecido en el primero de sus tres barrios del norte de Londres. Su objetivo, inmediatamente aceptado por Moscú, es ir probándolos uno a uno y transmitir la información correspondiente. Sin Florence disponible, he designado como su guardiana a Denise, una chica educada en centros estatales y obsesionada desde niña por todo lo relacionado con Rusia. Serguei está tan encantado con ella como si fuera su hermana perdida. Para descargarla de trabajo, dispongo que la apoyen otros miembros del equipo. Su tapadera no es problema. Pueden considerarse aspirantes a reporteros, actores en paro o nada

en absoluto. Si la *rezidentura* moscovita de Londres soltara a toda su caballería de contravigilancia, saldría con las manos vacías. Las incesantes exigencias de Moscú por detalles de ubicación pondrían a prueba al durmiente más diligente, pero Serguei está a la altura y Denise e Ilya le prestan ayuda. Las fotografías requeridas sólo se toman con el móvil de Serguei. Ningún detalle topográfico es insignificante para Anette, alias Anastasia. Siempre que llega una nueva serie de exigencias del Centro de Moscú, Serguei redacta las respuestas en inglés y yo les doy el visto bueno. Las traduce al ruso y, de forma encubierta, les doy mi aprobación antes de que las codifique con ayuda de una de las libretas de un solo uso de su colección. Por ese medio Serguei se hace responsable a escala nacional de sus propios errores, y la quisquillosa correspondencia posterior con el Centro adquiere un timbre de autenticidad. El departamento de Falsificaciones ha hecho un espléndido trabajo con la invitación de la Facultad de Física de la Universidad de Harvard. Barry, el amigo de Serguei, está convenientemente impresionado. Gracias a los oficios de Bryn Jordan en Washington, un profesor de Física de Harvard se ocupará de cualquier cuestión específica, ya venga de Barry o de otro sitio. Envío a Bryn una nota personal para darle las gracias por sus esfuerzos y no recibo respuesta.

Luego, a esperar otra vez.

Esperar a que el Centro de Moscú deje de titubear y se decida por una ubicación concreta al norte de Londres. Esperar a que Florence asome la cabeza por encima del parapeto y me explique por qué ha abandonado su carrera y a sus agentes. Esperar a que Arkady se defina. O deje de hacerlo.

Entonces, como suele ocurrir, todo empezó a pasar a la vez. Arkady envía una respuesta; no con mucho entusiasmo, pero responde a pesar de todo. Y no a Londres, sino a su dirección encubierta preferida, en Berna: un simple sobre dirigido a N. Halliday, con matasellos checo, letra de máquina electrónica, y en su interior una postal del balneario checo de Karlovy Vary y un folleto en ruso de un hotel a diez kilómetros de esa ciudad. Y dentro del folleto del hotel un formulario de reserva con casillas que marcar: fechas requeridas, alojamiento, día previsto de llegada, alergias. Cruces mecanografiadas en las casillas me informan de que debo registrarme a las diez de la noche del lunes próximo. Teniendo en cuenta la cordialidad de nuestra antigua relación, sería difícil imaginar una respuesta más reticente, pero al menos dice «ven».

Utilizando mi pasaporte en vigor a nombre de Nicholas George Halliday —tenía que haberlo entregado a mi vuelta a Inglaterra pero nadie me lo pidió—, reservo un vuelo a Praga para el lunes por la mañana y lo pago con mi tarjeta de crédito particular. Envío un mensaje electrónico a Ed para decirle que lamentablemente he de cancelar nuestro partido de bádminton. Me responde: «Gallina».

El viernes por la tarde recibo un mensaje de Florence en el móvil familiar. Me dice que «podemos hablar si quieres», y me ofrece un número de móvil que no es el mismo desde el que me envía el mensaje. Llamo desde un prepago, me contesta el servicio de contestador y descubro que siento alivio al no tener que hablar con ella directamente. Dejo un recado en el que anuncio que lo

intentaré de nuevo dentro de unos días, y cuelgo pensando que mi voz parece la de un desconocido.

A las seis de esa misma tarde envió una nota normal a El Refugio, con copia a Recursos Humanos, en la que informo de que «por motivos familiares» me tomo una semana de vacaciones, del 25 de junio al 2 de julio. Al preguntarme por los motivos familiares que debo atender, no necesito mirar más allá de Steff, que después de semanas de silencio ha anunciado que vendrá a comer con nosotros el domingo con un «acompañante vegetariano». Hay momentos propicios para una cauta reconciliación. Por lo que a mí respecta, éste no es uno de ellos, pero siempre soy consciente de mi deber.

Estoy en la alcoba, haciendo la maleta para Karlovy Vary, comprobando que las prendas de ropa no tienen marcas de lavandería ni nada que no pertenezca a Nick Halliday. Prue, después de mantener una larga conversación telefónica con Steff, ha subido a ayudarme a hacer el equipaje y a contármela. Su primera pregunta no induce a la armonía.

—¿*De verdad* necesitas llevarte el equipo de bádminton a Praga?

—Los espías checos juegan al bádminton todo el tiempo —respondo—. Ese acompañante vegetariano suyo, ¿es *chico* o *chica*?

—Chico.

—¿Uno que conozcamos o que aún no conocemos?

Sólo he logrado entenderme con dos de los muchos amigos de Steff. Los dos resultaron gais.

—Éste se llama *Juno*, si te suena el nombre, y se van juntos a Panamá. Juno es abreviación de Junaid, según me ha dicho, que por lo visto significa *combatiente*. No sé si con eso te resultará más atractivo, ¿eh?

—Podría ser.

—Salen de Luton. A las tres de la madrugada. Así que te alegrará saber que no pasarán la noche en casa.

Está en lo cierto. Un novio nuevo en la habitación de Steff con humo de maría saliendo por debajo de la puerta no concuerda con mi visión de la armonía familiar, y menos cuando estoy haciendo las maletas para Karlovy Vary.

—¿Quién coño se va a Panamá de todas formas? —pregunto con irritación.

—Pues Steff, creo. Y de qué manera.

Malinterpretando su tono, me vuelvo con brusquedad para mirarla.

—¿Qué quieres decir? ¿Que se va para no volver?

Sólo para descubrir que se está riendo.

—¿Sabes lo que me ha dicho?

—Todavía no.

—Que podríamos hacer una *quiche* juntas. Steff y yo. Entre las dos. Una *quiche* para almorzar.

A Juno le encantan los espárragos, y no debemos hablar del islam porque es musulmán y no bebe.

—Parece ideal.

—Debe de hacer cinco años desde que Steff y yo nos pusimos a cocinar *juntas*. Ella pensaba que erais los hombres quienes debíais estar en la cocina, ¿te acuerdas? Y no nosotras.

Adaptándome lo mejor que puedo al ambiente de la ocasión, me acerco al supermercado, compro mantequilla sin sal y masa quebrada, los dos pilares del régimen gastronómico de Steff, y en desagravio a mi rudeza, una botella de champán bien frío aunque Juno no pueda beber una gota. Y si a Juno no le está permitido, supongo que a Steff tampoco, porque ya habrá emprendido el camino para convertirse al islam.

Vuelvo de la compra para encontrarme con la pareja en el vestíbulo. Entonces pasan dos cosas a la vez. Un joven indio bien vestido viene hacia mí y, cortésmente, me coge la bolsa. Steff me echa los brazos al cuello, acurruca la cabeza en mi hombro y así se queda hasta que se retira de pronto y dice: «¡Papá! ¡Fíjate, Juno, ¿no es *estupendo*?!». El indio cortés avanza de nuevo, esta vez para ser presentado de modo formal. Para entonces ya he observado una sortija de serio aspecto en el dedo anular de Steff, pero con ella he aprendido a esperar hasta que se me informe.

Las mujeres van a la cocina para hacer la *quiche*. Descorcho el champán y les llevo una copa, luego vuelvo al salón y ofrezco otra a Juno porque no siempre sigo al pie de la letra las indicaciones de Steff sobre sus novios. La acepta sin poner objeciones y espera a que lo invite a sentarse.

Éste es territorio desconocido para mí. Me dice que teme que todo esto haya sido una sorpresa para nosotros. Le aseguro que con Steff nada nos sorprende y parece aliviado. Le pregunto: «¿Por qué Panamá?». Explica que es licenciado en Zoología, que el Smithsonian lo ha invitado a realizar un estudio de campo sobre los grandes murciélagos de la isla de Barro Colorado del canal de Panamá, y que Steff va a acompañarlo en el viaje.

—Pero sólo si estoy libre de bichos, papá —interviene Steff en delantal, asomando la cabeza por la puerta—. Me tienen que fumigar y no debo respirar ni nada, y ni siquiera puedo ponerme mis zapatos nuevos de tacón alto, ¿verdad, Juno?

—Puede ponerse los zapatos que quiera, pero tiene que llevar fundas —me explica Juno—, y no fumigan a nadie. Eso te lo has inventado, Steff.

—Y hemos de ir con cuidado con los cocodrilos cuando pongamos pie a tierra, pero Juno me va a llevar en brazos, ¿verdad, Juno?

—¿Y privar a los cocodrilos de una comida como Dios manda? Desde luego que no. Vamos allí a preservar la fauna.

Steff suelta una carcajada y nos cierra la puerta. En la comida enseña su anillo de compromiso a toda la mesa, pero es sobre todo en mi provecho porque en la cocina se lo ha soltado todo a Prue.

Juno dice que estaban esperando a que Steff se licenciara, lo que ahora va a llevar más tiempo porque se ha cambiado a Medicina. Steff no se ha molestado en mencionarnos ese hecho, pero

Prue y yo también hemos aprendido a no reaccionar en exceso a esas impactantes revelaciones.

Juno quería pedirme su mano formalmente, pero Steff insistió en que su mano no era propiedad suya ni de nadie. Me la pide de todos modos, desde el otro extremo de la mesa, y le contesto que eso es cosa de los dos, y que deben tomarse el tiempo que necesiten. Me promete que así lo harán. Quieren tener hijos —«seis», interviene Steff—, pero todo a su tiempo, y entretanto Juno quiere presentarnos a sus padres, que son profesores en Bombái y piensan venir a Inglaterra por navidades. ¿Y puede Juno preguntarme a qué me dedico? Porque Steff no ha sido muy precisa y sus padres seguro que querrán saberlo. ¿Era funcionario destinado al servicio *civil* o al servicio *social*? Steff no estaba segura.

Recostada en su silla de la mesa, apoyando la barbilla en una mano y dando la otra a Juno, Steff aguarda mi respuesta. No esperaba que mantuviese en secreto nuestra conversación del telesilla y tampoco me había parecido adecuado pedírselo, pero por lo visto sí lo ha hecho.

—Oh, *civil*, desde luego —protesto con una carcajada—. En concreto, civil de *exteriores*. Viajante de comercio de la reina con cierta categoría diplomática, eso podría resumirlo.

—¿Consejero comercial, entonces? —pregunta Juno—. ¿Puedo decirles «consejero comercial británico»?

—Eso estaría bien —le aseguro—. Consejero comercial que vuelve a casa y echa raíces.

A lo que Prue replica:

—Tonterías, cariño. Nat siempre anda menospreciándose.

Y Steff dice:

—Es un leal servidor de la Corona, Juno, y cojonudo además, ¿verdad, papá?

Cuando se han ido, Prue y yo observamos que a lo mejor todo es un cuento de hadas, pero aunque rompieran mañana Steff habrá superado una etapa para convertirse en la chica que siempre hemos sabido que era. Después de fregar los platos, nos vamos pronto a la cama porque necesitamos hacer el amor y además tenemos que coger un avión al rayar el día.

—Así que, ¿con quién te vas a esconder en Praga? —pregunta con malicia Prue en el umbral.

Le he dicho que iba a Praga, a una conferencia. No le he dicho que a Karlovy Vary, a dar un paseo por el bosque con Arkady.

Si hay alguna información de este periodo de espera en apariencia interminable que me he dejado para el final es porque en el momento en que se produjo no le atribuí mayor importancia. El viernes por la tarde, justo cuando El Refugio estaba liando el petate para el fin de semana, la sección de Investigación Interior, organismo notoriamente letárgico, comunicó sus averiguaciones sobre los tres barrios del norte de Londres que figuraban en la lista de Serguei. Después de hacer una serie de observaciones inútiles acerca de vías fluviales comunes, tendido eléctrico, lugares de interés histórico y sitios arquitectónicos, destacaron en una nota a pie de página que los tres «distritos en consideración» estaban conectados por la misma ruta ciclista, que iba de Hoxton al

centro de Londres. Por comodidad, adjuntaban un mapa a gran escala con la senda de bicicletas trazada en color rosa. Lo tengo delante de mí mientras escribo.

No se ha escrito mucho, y espero que nunca se escriba, sobre los agentes que dedican los mejores años de su vida a espiar para nosotros, reciben sus salarios, pagas extras e incentivos, y sin alboroto, sin desertar ni ser descubiertos, se retiran a vivir con tranquilidad al país al que han traicionado lealmente o a cualquier otro entorno igual de benévolo.

Uno de éstos era Woodpecker, el nombre en clave de Arkady, antiguo jefe de la *rezidentura* del Centro de Moscú en Trieste, antiguo contrincante de bádminton y agente británico. Describir su autorreclutamiento a la causa de la democracia liberal es rastrear el turbulento viaje de un hombre fundamentalmente honrado —en mi opinión, que de ningún modo es la de todo el mundo—, que desde la cuna se vio amarrado al engranaje de la historia contemporánea de Rusia.

Niño de la calle, hijo ilegítimo de una prostituta de Tiflis de ascendencia judía y un sacerdote ortodoxo de Georgia, recibe de forma clandestina una educación en la fe cristiana, y más tarde sus profesores marxistas lo consideran un pupilo destacado. Le viene la revelación y de inmediato se convierte al marxismo leninismo.

A los dieciséis años vuelven a fijarse en él, esta vez la KGB, que lo entrena como agente encubierto y le encomienda la misión de destapar la infiltración de elementos cristianos contrarrevolucionarios en el norte de Osetia. Como antiguo y quizá actual cristiano, está bien preparado para la tarea. Sus informes conducen a muchos fusilamientos.

En reconocimiento a su buen hacer lo destinan a las filas inferiores de la KGB, donde gana prestigio por su obediencia y disposición para hacer «justicia sumaria». Eso no le impide asistir a la escuela nocturna y estudiar dialéctica marxista superior ni aprender lenguas extranjeras, por lo que se hace candidato para recabar información secreta en el extranjero.

Lo destinan a misiones a otros países, echa una mano en «medidas extralegales», eufemismo para referirse al asesinato. Antes de mancharse demasiado, lo llaman a Moscú para recibir instrucción en el noble arte de la falsa diplomacia.

Como soldado de infantería del espionaje con tapadera diplomática presta servicio en las *rezidenturas* de Bruselas, Berlín y Chicago, interviene en operaciones de reconocimiento del terreno y contravigilancia, supervisa a agentes con los que nunca se ve, llena y vacía incontables buzones clandestinos y continúa participando en la «neutralización» de enemigos reales o imaginarios del Estado soviético.

Sin embargo, con el avance de la madurez no hay celo patriótico que le impida emprender una reconsideración de su trayectoria vital, desde su madre judía hasta la incompleta renuncia al cristianismo, pasando por la precipitada adopción del marxismo leninismo. Pero cuando se

desmorona el Muro de Berlín, se le aparece entre los escombros la visión de una época dorada de democracia liberal al estilo ruso, de capitalismo popular y de prosperidad para todos.

Pero ¿qué papel desempeñará Arkady en esa regeneración tan esperada de la madre patria? Será lo que siempre ha sido: su protector incondicional. La protegerá de saboteadores y políticos oportunistas, ya sean extranjeros o nacionales. Comprende las veleidades de la historia. Nada perdura si no se lucha por ello. La KGB ya no existe: bien. Un nuevo e idealista servicio de espionaje protegerá a todo el pueblo ruso, no sólo a sus dirigentes.

Toca a su compañero de armas Vladimir Putin provocar el desencanto final, primero con la supresión de las ansias de independencia en Chechenia y después con las de su querida Georgia. Putin siempre había sido un espía de quinto orden. Ahora era un espía reconvertido en autócrata que interpretaba la vida entera en términos de *konspiratsia*. Gracias a Putin y a su pandilla de estalinistas irredentos, Rusia no avanzaba hacia un brillante futuro, sino que retrocedía a su oscuro e ilusorio pasado.

—¿Eres el hombre de Londres?! —me grita al oído en inglés.

Somos dos diplomáticos —cónsules, técnicamente—, uno ruso y otro inglés, que descansan entre baile y baile en la fiesta de fin de año del club deportivo de Trieste, donde en el espacio de tres meses he jugado cinco partidos de bádminton. Corre el invierno de 2008. A raíz de los acontecimientos de agosto, Georgia vive con el cañón de Moscú apuntándole a la cabeza. La orquesta toca con brío melodías de éxito de los sesenta. Ni micrófonos ocultos ni nadie con la oreja puesta tendrían la menor posibilidad. El chófer y guardaespaldas de Arkady, que ha presenciado nuestros partidos desde la terraza e incluso nos ha acompañado a los vestuarios, está esta noche pasándose bien al otro extremo de la pista de baile con una amiga que acaba de hacer.

Debo de haber contestado «sí, soy el hombre de Londres», pero con tanto ruido no he oído mi propia voz. Desde nuestra tercera sesión de bádminton, cuando le lancé una insinuación improvisada, he aguardado este momento. Es evidente que Arkady también lo estaba esperando.

—Entonces di a Londres que él está dispuesto —me ordena.

¿Él? Se refiere al hombre en el que está a punto de convertirse.

—Sólo trabajará contigo —prosigue, aún en inglés—. Jugará contigo aquí dentro de cuatro semanas con gran dureza, misma hora, sólo individuales. Te retará oficialmente por teléfono. Di a Londres que necesitaremos raquetas con mangos huecos. Las intercambiaremos en los vestuarios en el momento adecuado. Tú lo organizarás.

—¿Qué quiere él a cambio? —pregunto.

—Libertad para su pueblo. Para todo su pueblo. No es materialista. Sino Idealista.

Si alguna vez alguien se ha reclutado a sí mismo con mayor delicadeza, que me lo cuenten. Después de dos años en Trieste nos lo arrebató el Centro de Moscú cuando era número dos en su departamento de Europa Septentrional. Durante el tiempo que estuvo en Moscú se negó a entablar contacto. Cuando lo destinaron a Belgrado con cobertura cultural mis jefes del Departamento

Rusia no querían que me vieran siguiéndolo por ahí, de modo que me dieron el consulado comercial en Budapest y desde allí lo controlé.

No fue hasta los últimos años de su carrera cuando nuestros analistas empezaron a detectar señales, primero de exageración, luego de descarada invención en sus informes. Dieron al asunto más importancia que yo. Para mí sólo era un caso más del agente que se hacía mayor, acusaba el cansancio, perdía un poco los nervios pero no quería cortar la cuerda. Sólo después de que los dos jefes de Arkady —el Centro de Moscú con esplendidez y nosotros con algo más de discreción — brindaron por él y le colmaron de medallas en reconocimiento de su desinteresada devoción por nuestras respectivas causas, nos enteramos por otras fuentes de que, mientras sus dos carreras se aproximaban a su término, él se ocupaba diligentemente de establecer los cimientos de una tercera: reservándose una tajada de la riqueza delictiva de su país a una escala que ni sus proveedores de fondos rusos ni británicos, en su actitud más munificente, habrían sido capaces de soñar jamás.

El autocar de Praga se sumerge en la oscuridad. Las negras colinas a cada lado de la carretera se yerguen cada vez más altas contra el cielo nocturno. No tengo miedo de las alturas pero no me gustan las profundidades, y me pregunto qué estoy haciendo aquí y cómo me he embarcado en un arriesgado viaje que hace diez años no habría emprendido de buena gana ni deseado a ningún colega que tuviera la mitad de mis años. En cursos de entrenamiento para agentes sobre el terreno, tomando un whisky al final de una larga jornada, solíamos hablar del factor miedo: cómo calcular las probabilidades y medir el miedo en consonancia; salvo que no decíamos «miedo», sino «valor».

El autocar se llena de luz. Entramos en la avenida principal de Karlovy Vary, la antigua Carlsbad, apreciado *spa* de la *nomenclatura* rusa desde Pedro el Grande y hoy filial de su entera propiedad. Hoteles luminosos, establecimientos de baños, casinos y joyerías de cegadores escaparates pasan como flotando a uno y otro lado. Entre medias fluye un río cruzado por un puente majestuoso. Hace veinte años, cuando vine aquí a encontrarme con un agente checheno que disfrutaba de unas bien merecidas vacaciones con su amante, la ciudad aún se estaba desprendiendo de la monótona pintura gris del comunismo soviético. El hotel de mayor categoría era el Moskva y el único lujo se encontraba en antiguas casas de reposo aisladas donde unos cuantos años antes los elegidos por el partido y sus ninfas retozaban fuera de la vista del proletariado.

Son las nueve y diez. El autocar ha aparcado en la terminal. Bajo y echo a andar. Nunca hay que dar la impresión de que no sabes adónde vas. Nunca te detengas a propósito. Soy un turista recién llegado. De ínfima condición. Un peatón. Estudio los alrededores, como haría cualquier turista. Llevo una bolsa de viaje colgada al hombro con el mango de la raqueta de bádminton sobresaliendo. Soy uno de esos ridículos caminantes ingleses de clase media, sólo que no llevo

una guía en un sobre de plástico atado al cuello. Admiro un cartel del festival cinematográfico de Karlovy Vary. ¿Quizá deba comprar una entrada? El cartel de al lado proclama las virtudes curativas de los famosos baños. Ningún cartel anuncia que la ciudad también es célebre por ser donde veranea la élite de la delincuencia organizada rusa.

La pareja que tengo delante es incapaz de avanzar a un paso razonable. La mujer que va detrás lleva un bolso voluminoso. He llegado al final de la calle principal. Es hora de cruzar el puente majestuoso y pasear con despreocupación por el otro lado. Soy un inglés en el extranjero que finge vacilar entre comprar a su mujer un reloj Cartier de oro, una bata de Dior, un collar de diamantes o la reproducción de un juego de mobiliario imperial ruso que cuesta cincuenta mil dólares.

He llegado a la entrada profusamente iluminada del Grand Hotel y Casino Pupp, antes el Moskva. Resplandecientes banderas de todas las naciones ondulan en la brisa nocturna. Admiro los adoquines de latón grabados con los nombres de huéspedes ilustres del pasado y del presente. ¡Goethe estuvo aquí! ¡Y también Sting! Pienso que ya es hora de coger un taxi, y ahí hay uno, parando a menos de cinco metros de mí.

Una familia de alemanes baja de forma desordenada. Equipaje a juego de cuadros escoceses. El conductor me hace una seña con la cabeza. Subo a su lado y echo la bolsa al asiento trasero. ¿Habla ruso? Frunce el ceño. *Niet*. ¿Inglés? ¿Alemán? Una sonrisa, sacude la cabeza. No sé checo. Por serpenteantes carreteras sin iluminar subimos por colinas arboladas, luego bajamos con brusquedad. Aparece un lago a la derecha. Un coche con las luces largas se nos viene encima en sentido contrario. Mi conductor mantiene el rumbo. El otro coche se aparta.

—¿Rusia *ricos*! —profiere el conductor con un bufido—. Gente checa, *no ricos*. ¡*Sí!*

Y al pronunciar la palabra *sí*, frena en seco y derrapa en lo que creo es un área de descanso hasta que unos focos de seguridad se entrecruzan y nos fijan en su resplandor.

El conductor baja la ventanilla, grita algo. Un chico rubio de veintipocos años con una cicatriz en forma de estrella de mar en la mejilla asoma la cabeza, observa mi bolsa de viaje con la etiqueta de la British Airways y luego se me queda mirando.

—¿Su nombre, por favor, caballero? —pregunta en inglés.

—Halliday. Nick Halliday.

—¿Su empresa, por favor?

—Halliday & Company.

—¿A qué ha venido a Karlovy Vary, por favor?

—A jugar al bádminton con un amigo mío.

Da una orden en checo al conductor. Avanzamos veinte metros, pasamos a una señora muy mayor con un pañuelo a la cabeza que empuja su andador. Paramos frente a un edificio de una planta con un porche de columnas jónicas de mármol, alfombra dorada y una barandilla de seda carmesí. Dos hombres trajeados montan guardia en el primer escalón. Pago al conductor, recojo la bolsa del asiento trasero y ante la impasible mirada de los dos guardias subo por la regia escalera

dorada hasta el vestíbulo y aspiro el olor a sudor humano, gasóleo, tabaco negro y perfume de mujer que dice a cualquier ruso que se halla en casa.

Me encuentro bajo una araña de cristal mientras una chica sin expresión con traje negro examina mi pasaporte fuera de mi ángulo de visión. Al otro lado de una mampara de cristal, en un bar lleno de humo con el aviso de RESERVADO, un hombre con gorro de kazajo está soltando una larga perorata ante un auditorio de fascinados discípulos orientales. La chica del mostrador mira por encima de mi hombro. El chico rubio de la cicatriz está detrás de mí. Debe de haberme seguido por la alfombra dorada. Le entrega mi pasaporte, lo abre, compara la fotografía con mi rostro, dice «acompañeme, por favor, señor Halliday» y me conduce a un amplio despacho con un fresco de chicas desnudas y unas puertas ventana que dan al lago. Cuento tres sillas vacías frente a tres ordenadores, dos espejos de cuerpo entero, un montón de cajas de cartón cerradas con cuerda rosa y dos hombres en buena forma con vaqueros, zapatillas de deporte y cadenas de oro al cuello.

—Es una formalidad, señor Halliday —advierde el chico mientras se me acercan los hombres—. Hemos tenido ciertas experiencias negativas. Lo sentimos mucho.

¿Quiénes, los de Arkady? ¿O los de la mafia azerbaiyaní que, según un informe de la Oficina Central que he consultado, construyó este sitio con los beneficios del tráfico de personas? Hace treinta años, según el mismo informe, los mafiosos rusos acordaron que Karlovy Vary era un lugar demasiado bonito para ir matándose unos a otros. Mejor convertirlo en refugio seguro para nuestro dinero, nuestras familias y nuestras amantes.

Los hombres quieren mi bolsa de viaje. El primero alarga las manos hacia ella, el segundo está en posición de alerta. El instinto me dice que no son checos sino rusos, probablemente antiguos miembros de las fuerzas especiales. Si sonrían, cuidado. Entrego la bolsa. En el espejo, veo que el chico de la cicatriz es más joven de lo que parecía y supongo que sólo está haciéndose pasar por valiente. Pero los dos hombres que examinan la bolsa no necesitan fingir nada. Han palpado el forro, abierto el cepillo de dientes eléctrico, olido las camisas, retorcido las suelas de las zapatillas. Han toqueteado con el mango de la raqueta de bádminton, medio despegado, la cinta que lo envuelve, le han dado unos golpecitos, la han agitado e incluso han probado a hacer un par de saques. ¿Les han dado instrucciones para que hagan todo eso, o es el instinto que les dice: «Si no aparece por ninguna parte, tiene que estar aquí, sea lo que sea»?

Ahora están remetiéndolo todo otra vez en la bolsa y el chico de la cicatriz les está echando una mano, tratando de que todo quede más apañado. Quieren cachearme. Levanto los brazos, no mucho, sólo para indicarles que estoy listo, aquí os espero. Hay algo en mi forma de hacerlo que induce al primer hombre a reconsiderarme, luego da un paso adelante con cautela mientras su compañero se queda a su espalda en posición de alerta. Brazos, axilas, cinturón, zona del pecho, me hace dar la vuelta, me palpa la espalda. Luego se agacha mientras me tantea las ingles y el interior de los muslos y habla con el chico en ruso, lo que como simple jugador de bádminton británico finjo no entender. Traduce el chico de la cicatriz en forma de estrella de mar.

—Quieren que se quite los zapatos, por favor.

Me desato los zapatos, se los entrego. Cada uno coge uno, los doblan, los manipulan, me los devuelven. Me los ato de nuevo.

—Preguntan por qué no tiene teléfono móvil.

—Lo he dejado en casa.

—¿Por qué, por favor?

—Me gusta viajar sin compañía —replico en tono de broma. El chico traduce mis palabras. Nadie sonrío.

—También piden que le retenga el reloj, el bolígrafo y la cartera, y se los devuelva cuando se marche —dice el chico.

Les entrego el bolígrafo y la cartera y me desabrocho el reloj. Los hombres lo miran con aire despectivo. Es un japonés barato, que vale cinco libras. Los hombres me miran con aire pensativo, como si tuvieran la impresión de que no han adelantado nada conmigo.

El chico, con sorprendente autoridad, les dice en ruso:

—Vale. Ya está. Hecho.

Se encogen de hombros, esbozan una sonrisita de duda y desaparecen por las puertas ventana, dejándome a solas con el chico.

—¿Va a jugar al bádminton con mi padre, señor Halliday? —pregunta el chico.

—¿Quién es tu padre?

—Arkady. Soy Dimitri.

—Pues encantado de conocerte, Dimitri.

Nos estrechamos la mano. La de Dimitri está húmeda y la mía debería estarlo. Estoy hablando con el hijo del mismo Arkady que precisamente el día en que lo recluté formalmente me había jurado que jamás traería descendencia a este asqueroso mundo de mierda. ¿Es Dimitri adoptado? ¿O es que Arkady siempre ha tenido un hijo escondido y se avergonzaba de poner en riesgo el futuro del chico espionando para nosotros? En el mostrador, la chica del traje negro me tiende un rinoceronte de latón del que cuelga la llave de una habitación, pero Dimitri le dice en ostentoso inglés:

—Mi invitado volverá más tarde.

Luego me conduce otra vez por la alfombra dorada hasta un Mercedes cuatro por cuatro y me invita a subir al asiento del pasajero.

—Mi padre le pide que pase inadvertido —me dice.

Nos sigue otro coche. Sólo le veo los faros. Prometo pasar inadvertido.

—¿Cuándo me devuelven mi pasaporte y mi cartera? —le pregunto.

—Cuando se marche, señor Halliday.

Conducimos cuesta arriba durante treinta y seis minutos según el reloj del Mercedes. La carretera, una vez más, es empinada y sinuosa. Pasa un rato antes de que Dimitri empiece a interrogarme.

—Usted conoce a mi padre desde hace muchos años, señor.

—Unos cuantos, sí.

—¿Estaba con los Órganos en aquella época?

Organy en ruso, servicios secretos. Me río.

—Yo sólo sabía que era un diplomático que disfrutaba jugando al bádminton.

—¿Y usted, en aquella época?

—También era diplomático. En el área comercial.

—¿Jugaban en Trieste?

—Y en otros sitios. Donde pudiéramos vernos y encontrar una pista de bádminton.

—Pero hace muchos años que no juegan.

—Sí. Así es.

—Y ahora hacen negocios juntos. Los dos son hombres de negocios.

—Pero ésa es una información muy confidencial, Dimitri —le advierto, mientras la tapadera de Arkady ante su hijo me empieza a resultar clara. Le pregunto a qué se dedica.

—Pronto iré a la Universidad de Stanford, en California.

—¿A estudiar qué?

—Voy a ser biólogo marino. Ya he estudiado la materia en la Estatal de Moscú, también en Besançon.

—¿Y antes de eso?

—Mi padre quería que fuese al colegio de Eton, pero no le satisfacían las condiciones de seguridad. Por tanto asistí a un *gymnasium* en Suiza, donde la seguridad era más conveniente. Es usted un hombre poco corriente, señor Halliday.

—¿Por qué?

—Mi padre lo respeta mucho. Eso no es normal. Además dice que habla un ruso perfecto, pero eso no me lo ha demostrado.

—¡Porque tú quieres practicar el inglés, Dimitri! —le digo en broma, teniendo una visión de Steff con sus gafas de esquí subiendo conmigo en el teleférico.

Paramos en un control de carretera. Dos hombres hacen señales de que nos detengamos, nos examinan, nos dicen que sigamos con un movimiento de cabeza. Sin armas visibles, los rusos de Karlovy Vary son ciudadanos respetuosos de la ley. Las armas están fuera de la vista. Conducimos hasta un par de postes de piedra Jugendstil de la época imperial de los Habsburgo. Se encienden luces de seguridad, unas cámaras nos atisban desde arriba mientras otros dos hombres salen de una caseta, enfocándonos con brillantes e innecesarias linternas, para luego hacernos señas de que pasemos.

—Estáis bien protegidos —observo a Dimitri.

—Por desgracia, es necesario —contesta—. Mi padre ama la paz, pero ese amor no siempre se

ve correspondido.

A izquierda y derecha, una alambrada se abre paso entre los árboles. Un ciervo deslumbrado nos corta el paso. Dimitri da un grito y el animal salta a la oscuridad. Frente a nosotros se yergue una mansión con torres, en parte refugio de caza, en parte estación de ferrocarril bávara. Entre las ventanas sin cortinas de la planta baja va y viene gente de aspecto señorial. Pero Dimitri no conduce hacia la mansión. Ha torcido por un sendero del bosque. Pasamos frente a casas de jornaleros y entramos en el patio adoquinado de una granja con establos a un lado y un ennegrecido cobertizo de tablas sin ventanas al otro. Para, alarga el brazo frente a mí y me abre la puerta.

—Disfrute del partido, señor Halliday.

Se va. Me quedo solo en medio del patio. Una media luna aparece sobre la copa de los árboles. A su resplandor distingo dos hombres de pie frente al cobertizo cerrado. Se abre el portón por dentro. El intenso foco de una linterna me ciega un momento mientras una voz afable con acento georgiano me habla en ruso desde la oscuridad.

—¿Vas a entrar a jugar o quieres que te dé la paliza ahí fuera?

Doy un paso al frente. Los dos hombres me sonríen cortésmente y se apartan para dejarme pasar. El portón se cierra a mi espalda. Me encuentro solo en un pasaje blanco. Enfrente, otra puerta se abre a una pista de bádminton con hierba artificial. En chándal se yergue delante de mí la elegante y compacta figura —sesenta años— de mi antiguo agente Arkady, Woodpecker por su nombre en clave. Pies pequeños cuidadosamente separados, brazos medio alzados para el combate. La leve inclinación hacia delante del marino o el boxeador. El pelo gris casi rapado, sólo que más escaso. La misma mirada incrédula y las mandíbulas apretadas, el dolor va por dentro. La misma sonrisa tirante, no menos expresiva que la de aquella noche de hace años cuando me acerqué a él en un fiesta del consulado en Trieste y lo desafié a un partido de bádminton.

Me hace una seña con la cabeza, luego me da la espalda y echa a andar a paso marcial. Lo sigo por la pista y a continuación por una escalera de madera con peldaños al aire que lleva a una terraza. Allí abre una puerta, me hace señas para que pase, vuelve a cerrar con llave. Subimos por una segunda escalera hasta el altillo y pasamos a una habitación alargada a cuyo término hay una puerta de cristal enclavada entre las dos vertientes de la cubierta. La abre y pasamos a otra terraza con un emparrado. Vuelve a cerrar la puerta con llave y en tono cortante dice en el móvil una sola palabra en ruso: «Retiraos».

Dos sillas de madera, una mesa, una botella de vodka, vasos, una bandeja de pan negro, la media luna para iluminarnos. Sobre los árboles se yergue la mansión con las torres. Por sus jardines inundados de luz deambulan hombres trajeados. Chorros de agua caen en un estanque presidido por ninfas de piedra. Con movimientos precisos, Arkady sirve dos vasos pequeños de vodka, me pasa uno sin ceremonias, hace un gesto hacia el pan. Nos sentamos.

—¿Te manda la Interpol? —pregunta con su raído ruso georgiano.

—No.

—¿Has venido a chantajearme? ¿A decirme que me entregarás a Putin si no reanudo la colaboración con Londres?

—No.

—¿Por qué no? La situación te es favorable. La mitad del personal que empleo informa a la corte de Putin sobre mis movimientos.

—Me temo que Londres ya no confía en tu información.

Sólo entonces alza el vaso hacia mí en un silencioso brindis. Hago lo mismo, pensando que a lo largo de todos nuestros altibajos nunca lo he visto de tan mal humor.

—Así que no te has retirado a tu querida Rusia, después de todo —sugiero sin darle importancia—. Creía que siempre habías soñado con una sencilla dacha entre abedules. O con volver a Georgia, ¿por qué no? ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada. Tengo casa en San Petersburgo y en Tiflis. Sin embargo, como internacionalista, me gusta más Karlovy Vary. Aquí tenemos una gran catedral ortodoxa rusa. Un montón de delincuentes rusos rinden culto en ella una vez a la semana. Cuando me muera me reuniré con ellos. Tengo una mujer florero. Muy hermosa. Todos mis amigos se la quieren follar. En general no se lo permite. ¿Qué más podría desear de la vida? —pregunta en voz baja, apresurada.

—¿Qué tal está Ludmilla?

—Ha muerto.

—Lo siento. ¿De qué murió?

—De un agente nervioso de grado superior llamado cáncer. Hace cuatro años. Le guardé luto durante dos años. Pero ¿qué sentido tiene?

Ninguno de los nuestros llegó a conocer a Ludmilla. Según Arkady era abogada, como Prue, y ejercía en Moscú.

—Y tu joven Dimitri... ¿es hijo de Ludmilla? —le pregunto.

—¿Te cae bien?

—Es un chico estupendo. Parece que tiene un gran futuro.

—Eso no lo tiene nadie.

Se lleva rápidamente el pequeño puño a los labios en un gesto que siempre ha indicado nerviosismo, luego lanza una brusca mirada a su mansión entre los árboles, con los jardines iluminados.

—¿Sabe Londres que estás aquí?

—Pensé en decírselo después. Primero quería hablar contigo.

—¿Eres autónomo?

—No.

—¿Nacionalista?

—No.

—Entonces ¿qué?

—Patriota, supongo.

—¿De qué? ¿Facebook? ¿Empresas de internet? ¿Calentamiento global? ¿Compañías tan enormes que pueden zamparse de un bocado tu insignificante y deshecho país? ¿Quién te paga?

—Mi Oficina. Espero. Cuando vuelva.

—¿Qué quieres?

—Unas cuantas respuestas. Por los viejos tiempos. Si te las puedo sacar. Confirmación, si estás dispuesto.

—Tú nunca me has mentido —dice como una acusación.

—Un par de veces. Cuando no he tenido otro remedio.

—¿Me estás mintiendo ahora?

—No. Y tú tampoco me mientas a mí, Arkady. La última vez que me mentiste casi acabas con mi preciosa carrera, joder.

—Lástima —comenta, y durante un rato compartimos la vista nocturna.

»Dime una cosa. —Toma otro trago de vodka—. ¿Qué clase de chorradas nos vendéis los británicos a los traidores en estos tiempos? ¿La democracia liberal como salvación de la humanidad? ¿Por qué me dejé embaucar por esa mierda?

—A lo mejor porque querías.

—Os largáis de Europa mirando a todo el mundo por encima del hombro. «Somos especiales. Somos británicos. No *necesitamos* a Europa. Hemos ganado todas las guerras nosotros solos. Ni americanos, ni rusos ni nadie. Somos superhombres.» En el aspecto económico, el presidente Donald Trump, gran amante de la libertad, os va a salvar el culo, según me han dicho. ¿Sabes lo que es Trump?

—Dímelo tú.

—El que le limpia la mierda a Putin. Hace por el pequeño Vladi todo lo que el pequeño Vladi no puede hacer por sí mismo: cagarse en la unidad europea, cagarse en los derechos humanos, cagarse en la OTAN. Nos asegura que Crimea y Ucrania pertenecen al Sacro Imperio ruso, que Oriente Próximo es de los judíos y de los saudíes, y a tomar por culo el orden mundial. ¿Y qué hacéis los británicos? Le chupáis la polla y lo invitáis a tomar el té con vuestra reina. Cogéis nuestro dinero negro y lo blanqueáis. Nos acogéis con los brazos abiertos si somos delincuentes de gran categoría. Nos vendéis medio Londres. Os retorcéis las manos cuando envenenamos a nuestros traidores y decís «por favor, por favor, queridos amigos rusos, comerciad con nosotros». ¿Para eso me he jugado la vida? No creo. Pienso que con vuestra hipocresía los británicos me habéis vendido un montón de gilipolleces. Así que no me digas que has venido a recordarme mi conciencia liberal, mis valores cristianos y mi amor por vuestro magnífico Imperio británico. Porque sería un error. ¿Me entiendes?

—¿Has acabado?

—No.

—No creo que hayas trabajado alguna vez para mi país, Arkady. Creo que trabajabas para tu

propio país, pero la cosa no merecía la pena.

—Me importa una mierda lo que creas. Te he preguntado qué coño quieres.

—Lo que siempre he querido. ¿Asistes a reuniones con tus viejos camaradas? ¿Fiestas, ceremonias de entrega de medallas? ¿Celebraciones de los viejos tiempos? ¿Funerales de gente importante? Para un respetado veterano como tú, eso es casi obligatorio.

—¿Y qué si asisto?

—Entonces te felicito por vivir en cuerpo y alma tu tapadera de chequista de la vieja escuela.

—No tengo ningún problema de tapadera. Soy un héroe ruso plenamente reconocido. No hay grietas en mi seguridad.

—Y por eso vives en una fortaleza checa y mantienes un séquito de guardaespaldas.

—Tengo *competidores*. Eso no es inseguridad. Sino una práctica comercial normal.

—Según nuestros informes has asistido a cuatro reuniones de veteranos en los últimos dieciocho meses.

—¿Y qué?

—¿Alguna vez discutes casos con tus colegas de antaño? ¿Incluso casos nuevos, ya que estamos?

—Si sale a relucir el tema, quizá. Yo no saco esas cuestiones a la luz, nunca las provooco, como bien sabes. Pero si piensas que vas a enviarme a Moscú a ver si pesco algo, es que estás mal de la puta cabeza. Ve al grano, por favor.

—Encantado. He venido a preguntarte si todavía estás en contacto con Valentina, el orgullo del Centro de Moscú.

—Nunca he oído hablar de esa mujer.

—Pues me sorprende, Arkady, porque una vez me dijiste que era la única mujer que habías querido.

Nada cambia en sus rasgos, recortados a la luz. No se alteran ni por un momento. Sólo la actitud alerta de su cuerpo revela que me está escuchando.

—Ibas a divorciarte de Ludmilla y a juntarte con Valentina. Pero por lo que acabas de decirme no es la mujer con la que estás casado ahora. Valentina sólo era unos años más joven que tú. No es lo que yo llamaría una mujer florero.

Tampoco se remueve nada en él.

—Pudimos haberla vuelto de nuestro lado, si te acuerdas. Tuvimos los medios. Tú mismo los procuraste. Habían enviado a Trieste a Valentina, a una importante misión para el Centro. Un diplomático austriaco de alto rango quería vender los secretos de su país pero se negaba a tratar con ningún funcionario ruso. Moscú te envió a Valentina. En aquellos días el Centro no contaba con muchas agentes, pero Valentine era excepcional: brillante, preciosa y el sueño de tu vida, me dijiste. En cuanto cumplió su cometido, os pusisteis de acuerdo para no comunicárselo al Centro y os ofrecisteis una semana de románticas vacaciones en el Adriático. Me parece recordar que te

ayudamos a encontrar un alojamiento convenientemente discreto. Podríamos haberla chantajeado, pero no vimos cómo podíamos hacerlo sin comprometerte a ti.

—Te dije que la dejarais en paz o te mataría.

—En efecto, y nos quedamos debidamente impresionados. Era paisana de Georgia, antigua familia chequista, según recuerdo. Cumplía todos los requisitos y estabas loco por ella. Una perfeccionista, me dijiste. Perfecta en el trabajo, perfecta en el amor.

¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos mirando la luna?

—Demasiado perfecta, quizá —murmura al fin, con desdén.

—¿Qué pasó? ¿Estaba casada, había otro hombre? Eso no te habría detenido, ¿verdad?

Otro silencio prolongado, claro indicio en Arkady de que está armándose de ideas sediciosas.

—Puede que estuviera muy unida al pequeño Vladi Putin —dice ferozmente—. Puede que en cuerpo no, pero sí en alma. «Putin es *Rusia*», me dice. «Putin es *Pedro el Grande*. Es *pureza*. Putin es *inteligencia*. Es *más astuto* que el decadente Occidente. Nos devuelve nuestro *orgullo* ruso. Quien robe al Estado es un vil ladrón porque roba a *Putin* en persona.»

—¿Y tú eras uno de esos viles ladrones?

—«Los *chequistas* no roban», me dice ella. «Los *georgianos* no roban.» Si se enterase de que he trabajado para vosotros me estrangularía con una cuerda de piano. Así que, después de todo, no habría sido un matrimonio compatible del todo —concluye con una amarga carcajada.

—¿Cómo terminó todo, si es que se acabó?

—Un poco era demasiado. Más, demasiado poco. Le ofrecí todo esto —una sacudida de la cabeza hacia el bosque, la mansión, los jardines inundados de luz, la cuerda floja y los solitarios centinelas de traje negro haciendo sus respectivas rondas—. Me dice: «Arkady, tú eres Satanás, no me ofrezcas tu reino robado». Y yo le digo: «Valentina, contéstame a una pregunta, por favor. ¿Hay un rico en este puto universo que no haya robado?». Le explico que el éxito no es una vergüenza, sino una absolución, la prueba del amor de Dios. Pero ella no tiene Dios. Ni yo tampoco.

—¿La sigues viendo?

Se encoge de hombros.

—¿Soy adicto a la heroína? Soy adicto a Valentina.

—¿Y ella a ti?

Así es como solíamos estar, andando de puntillas por el borde de sus divididas lealtades, él como mi imprevisible y muy valioso agente, yo como la única persona en el mundo en la que podía confiar sin reservas.

—Pero la ves de vez en cuando, ¿no?

¿Se pone tenso o sólo es mi imaginación?

—En ocasiones, en San Petersburgo, cuando está bien dispuesta —responde lacónicamente.

—¿Qué trabajo tiene últimamente?

—El que siempre ha tenido. Ni consular, ni diplomático, ni cultural ni periodístico. Hoy sigue

siendo Valentina, la gran veterana sin detectar.

—¿Y qué hace?

—Lo mismo de siempre. Controla redes a partir del Centro de Moscú. Sólo Europa Occidental. Mi antiguo departamento.

—¿Se ocuparía también de agentes durmientes?

—¿Durmientes, de esos que pasan diez años enterrados en la mierda para luego salir veinte a la luz del día? Claro que sí. Valentina controla agentes durmientes. Duerme con ella y jamás te despertarás.

—¿Pondría en riesgo a sus agentes durmientes para dar apoyo a una fuente de mayor importancia fuera de la red?

—Si es mucho lo que está en juego, desde luego que sí. Si el Centro piensa que la *rezidentura* local es un nido de gilipollas, cosa que suele ocurrir, entonces estaría autorizado el uso de agentes ilegales.

—¿Incluso sus agentes durmientes?

—Si no se han dormido encima de ella, ¿por qué no?

—E incluso hoy en día, después de todos estos años, sigue sin detectar —sugiero.

—Pues claro. Es la mejor.

—¿Hasta el punto de actuar sobre el terreno al amparo de una cobertura natural?

—Puede hacer lo que quiera. En cualquier sitio. Sin problemas. Es un genio. Pregúntale a ella.

—Así que, ¿podría ir, por ejemplo, a un país occidental con objeto de ocuparse de una fuente importante o reclutarla, dirías tú?

—Si el pez es lo bastante gordo, sin duda.

—¿Qué clase de pez?

—Grande. Ya te lo he dicho. Tiene que ser grande.

—¿Tanto como tú?

—Quizá más. ¿A quién coño le importa?

Hoy, lo que sigue parece una premonición. Pero no era nada de eso. Se trataba de ser el mismo hombre de antes, de conocer a mi agente mejor de lo que me conocía a mí mismo; de percibir las señales de que iba a cambiar el tiempo antes de que él mismo las reconociera. Era el fruto de noches furtivas sentados en un coche de alquiler en un callejón de alguna ciudad comunista de mala muerte escuchando cómo desgranaba el relato de una vida con demasiada historia para que un hombre pudiera soportarla solo. Pero la historia más triste de todas ellas es la que ahora me estoy contando a mí mismo: la recurrente tragedia de su solitaria vida amorosa, mientras ese hombre de una virilidad supuestamente incuestionable se convierte en el momento decisivo en el niño perdido que una vez fue, desvalido, rechazado y humillado, cuando el deseo se vuelve vergüenza y crece la ira en él. De sus muchas parejas mal elegidas, Valentina era el arquetipo, fingiendo despreocupadamente una pasión correspondida, pavoneándose frente a él; y una vez que lo tuvo dominado, volvió a echarlo a la calle de donde había salido.

Y está con nosotros ahora, siento su presencia: en el tono demasiado negligente que utiliza para renegar de ella, en el exagerado lenguaje corporal que no es normal en él.

—¿Pez macho o hembra?

—¿Cómo coño voy a saberlo?

—Lo sabes porque te lo ha dicho Valentina. ¿O no? —sugiero—. No todo. Sólo pequeñas pistas, musitadas en tus oídos de la forma en que solía hacerlo. Para atormentarte. Para impresionarte. Para incitarte. Ese pez grande que ha caído en su red. ¿Te dijo que era un pez *británico*, por casualidad? ¿Es eso lo que no me estás diciendo?

A la luz de la luna, le corre el sudor por el trágico y hundido rostro. Habla como siempre, con rapidez, desde su fuero interno, traicionado como solía traicionar, odiándose a sí mismo, odiando el objeto de su traición, saboreando su amor por ella, despreciándose, castigándola por sus carencias. Sí, un pez grande. Sí, británico. Sí, un hombre. Con acceso directo. Por ideología, como en la era comunista. Clase media. Valentina lo desarrollará personalmente. Le pertenecerá a ella, será su discípulo. Su amante, quizá: ya verá.

—¿Tienes suficiente? —grita de pronto, girando hacia mí el menudo cuerpo en actitud desafiante—. ¿Por eso es por lo que has venido, pedazo de cabrón imperialista inglés? ¿Para que traicione por ti a mi Valentina por segunda vez?

Se pone en pie de un salto.

—¡Te has acostado con ella, maricón de mierda!! —grita como loco—. ¿Crees que no sé que te follabas a todas las mujeres de Trieste? ¡Dime que no te acostaste con ella!

—Me temo que nunca he tenido ese placer, Arkady —le contesto.

Echa a andar deprisa, los codos fuera, estirando al máximo las cortas piernas. Lo sigo por el despejado suelo del ático, por los dos ramos de escaleras abajo. Cuando llegamos a la pista me coge del brazo.

—¿Recuerdas lo que me dijiste aquella primera vez? —pregunta.

—Pues claro que me acuerdo.

—Dímelo ahora.

—*Discúlpeme, cónsul Arkady, me han dicho que juega usted muy bien al bádminton. ¿Qué le parece un partido amistoso entre dos grandes aliados de la guerra?*

—Dame un abrazo.

Lo abrazo. Él me estrecha ávidamente, apartándose luego de un empujón.

—El precio es un millón de dólares americanos pagables en lingotes de oro a mi cuenta numerada en Suiza —anuncia—. La esterlina es una mierda, ¿me oyes? ¡Si no me pagas, se lo diré a Putin!

—Lo siento, Arkady. Me temo que estamos pelados —le digo, y no sé cómo estamos sonriendo los dos.

—No vuelvas, Nick. Ya no sueña nadie, ¿me oyes? Te quiero. La próxima vez que vengas te mataré. Te lo prometo.

Vuelve a apartarme de un empujón. La puerta se cierra a mi espalda. Me encuentro de nuevo en la granja iluminada por la luna. Hay algo de brisa. Siento sus lágrimas en mis mejillas. En el Mercedes todoterreno, Dimitri hace señales con los faros.

—¿Ha ganado a mi padre? —me pregunta nerviosamente cuando nos alejamos.

—Hemos acabado a la par —le contesto.

Me devuelve el reloj, la cartera, el pasaporte y el bolígrafo.

Los dos hombres en buena forma de las fuerzas especiales que me han registrado están sentados en el vestíbulo con las piernas estiradas. No alzan la vista cuando paso frente a ellos, pero cuando llego al final de la escalera y me vuelvo para mirar, tienen los ojos clavados en mí. En el cabecero de mi cama con dosel, una benévola Virgen María preside la cúpula de dos ángeles. ¿Arkady lamentando que me haya permitido volver a su atormentada vida y decidiendo que de todos modos estaría mejor muerto después de todo? Ha vivido más vidas de las que yo nunca tendré. Pero ha acabado sin tener ninguna. ¿Me pasará a mí lo mismo? Apagados pasos recorren el pasillo de aquí para allá. Dispongo de una habitación adjunta para el guardaespaldas, pero no hay ninguno en ella. No tengo más armas que la llave de la habitación, unas monedas inglesas y un cuerpo de mediana edad que no puede competir con los suyos.

¿Tan grande como tú? Quizá más. ¿A quién coño le importa?... Duerme con ella y nunca te despertarás... Ya nadie sueña, ¿me oyes?

Moscú ha hablado. Arkady ha hablado. Yo he hablado y me han escuchado. Dom Trench ha roto su carta al comité disciplinario. General Londres me ha reembolsado los gastos de viaje, aunque cuestionando el taxi que utilicé para ir al hotel junto al lago en Karlovy Vary. Por lo visto debería haber cogido un autobús. El Departamento Rusia, bajo la dirección provisional de Guy Brammel, ha declarado que el caso Pitchfork está activo y es urgente. Su jefe, Bryn Jordan, ha expresado su conformidad desde Washington, guardándose las opiniones que pudiera tener sobre la improvisada visita de cierto funcionario a un antiguo agente tóxico. La idea de un traidor de la altura de Arkady entre nosotros ha causado el consecuente revuelo en los palomares de Whitehall. El agente Pitchfork, instalado en un apartamento de dos habitaciones de planta baja en el límite norte de Londres, ha recibido no menos de tres subtextos cifrados de Anette, su presunta *inamorata* danesa, y su contenido produce tal estremecimiento en El Refugio que de inmediato se transmite en orden ascendente a Dom Trench, al Departamento Rusia y al Directorio de Operaciones:

—Así es la justicia divina, Peter —me susurra Serguei impresionado—. Puede que Dios quiera que yo sólo sea un modesto actor en una gran operación de la cual, por otra parte, no debo saber nada. Para mí eso es intrascendente. Sólo quiero demostrar mi buena fe.

Contrarios a deshacerse de viejos recelos, sin embargo, los observadores de Percy Price mantienen sobre él una contravigilancia distendida los martes y jueves de dos a seis de la tarde, lo máximo que Percy puede permitirse actualmente. Serguei ha preguntado asimismo a Denise, su guardiana, que si aceptaría casarse con él en caso de que le concedieran la ciudadanía británica. Denise sospecha que Barry ha encontrado a otro y que Serguei, en lugar de asumirlo, ha decidido ser heterosexual. Las perspectivas de unión son, sin embargo, escasas. Denise es lesbiana y tiene mujer.

Los subtextos invisibles del Centro de Moscú aprueban la elección de alojamiento de Serguei y piden información detallada sobre los otros dos barrios del norte de Londres seleccionados, confirmando así el gusto perfeccionista de Anette por la organización excesiva. Hacen particular referencia a parques, acceso peatonal y de vehículos, horas de apertura y cierre, presencia o no de guardias, encargados y otros «elementos de vigilancia». La ubicación de bancos, cenadores, quioscos de música y aparcamientos también es un elemento de gran interés. Hay un perfeccionismo inherente a la preocupación por tales detalles. La sección de Señales ha confirmado un insólito incremento del tráfico hacia y desde el departamento de Europa Septentrional del Centro de Moscú.

Desde mi regreso de Karlovy Vary mis relaciones con Dom Trench disfrutaban de una previsible

luna de miel, aunque el Departamento Rusia le haya privado de forma discreta de autoridad en todos los asuntos relativos a Stardust, el azaroso nombre en clave impuesto por el ordenador de la Oficina Central para cubrir «la explotación de los datos que circulen entre el Centro de Moscú y la fuente Pitchfork». Pero a Dom, más convencido que nunca de que el rechazo sólo está a la vuelta de la esquina, le sigue pareciendo espléndida la idea de que mis informes lleven los símbolos de los dos. Es consciente de que depende de mí y no le molesta, lo que le pone nervioso y a mí me resulta gratificante.

Había prometido volver a llamar a Florence, pero en la euforia del momento lo fui posponiendo. La forzosa pausa mientras esperábamos decisivas instrucciones del Centro de Moscú ofrecía un buen momento para enmendar mi descortesía. Prue ha ido al campo, a ver a una hermana enferma. Espera estar fuera el fin de semana. La llamo para comprobar. No ha cambiado de planes. No llamo a Florence desde El Refugio ni por el móvil de la Oficina. Voy a casa, como una empanada de carne y riñones, trasiego unos whiskies, después, armado con cambio, me dirijo a una de las últimas cabinas telefónicas de Battersea y marco el último número que me dio. Espero el contestador automático, pero en cambio es Florence, jadeante.

—No cuelgues —dice, tapando el teléfono con la mano y gritando algo a alguien en lo que suena como una casa vacía. No oigo las palabras pero sí su eco, como voces en el mar entre la niebla, primero la de Florence, luego la de un hombre. Entonces vuelve a mí, seria y *en clair*.

—¿Sí, Nat?

—Bueno, pues hola otra vez —le digo.

Si estoy esperando alguna nota contrita, no hay ninguna en su voz, y tampoco en el eco.

—Te llamo porque te dije que lo haría y parece que tenemos asuntos que resolver —indico, sorprendido de que tenga que justificarme cuando es a ella a quien le corresponde explicarse.

—¿Asuntos profesionales o personales? —pregunta, y siento que se me erizan los cabellos.

—En tu mensaje decías que podíamos hablar *si yo quería* —le recuerdo—. Dadas las circunstancias de tu marcha, me pareció una invitación bastante generosa.

—¿Cuáles *fueron* las circunstancias de mi marcha?

—Repentinas, como mínimo. Y bastante desconsideradas hacia ciertas personas a tu cuidado, si quieres saberlo —le suelto, y en el silencio subsiguiente lamento mi dureza.

—¿Cómo les va? —pregunta con voz apagada.

—¿A los que estaban a tu cargo?

—¿A quiénes, si no?

—Te echan mucho de menos —contesto, en tono más suave.

—¿Brenda también? —pregunta al cabo de otro largo silencio.

Brenda, nombre de Astra, la desengañada amante de Orson, fuente primaria de Operación Rosebud. Estoy a punto de decirle con cierta aspereza que *Brenda*, al enterarse de su marcha, se

ha negado a prestar más servicio, pero el ahogo en la voz de Florence es demasiado perceptible, de manera que atempero mi respuesta.

—Se las arregla bastante bien, dadas las circunstancias. Pregunta por ti, pero comprende que la vida sigue. ¿Estás ahí?

—¿Nat?

—¿Qué?

—Creo que será mejor que me invites a cenar.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—¿Mañana?

—De acuerdo.

—Pescado, supongo —digo, recordando las empanadillas de pescado que comimos en el pub después de su presentación de Rosebud.

—Me importa una mierda lo que comamos —replica, y cuelga.

Los únicos restaurantes de pescado que conozco se encuentran en la lista de *asequibles* de la sección Finanzas, lo que significa que nos toparemos con colegas del Servicio cenando con sus contactos, lo último que necesitamos cualquiera de los dos. Opto por un lujoso restaurante del West End y retiro un fajo de efectivo de una máquina porque no quiero que la factura figure en nuestra tarjeta conjunta del Barclay's. En la vida a veces te pillan por faltas que no has cometido. Pido mesa en un rincón pero no tendría que haberme molestado. Londres se achicharra en la interminable ola de calor. Llego, como es mi costumbre, antes de la hora y pido un whisky. El restaurante está casi desierto y los camareros parecen avispa adormecidas. Al cabo de diez minutos aparece Florence con una versión veraniega del atuendo de faena que lleva a la oficina: severa blusa militar de manga larga y cuello alto, sin maquillar. En El Refugio empezamos a saludarnos con movimientos de cabeza y pasamos a enviarnos besos a distancia. Ahora hemos vuelto al «hola» y me trata como si fuera su antiguo amante, cosa que no soy.

Tapado por un enorme menú le ofrezco una copa de champán de la casa. Me recuerda con voz seca que sólo bebe borgoña. Un lenguado estaría bien, admite, pero pequeño. Y cangrejo con aguacate, si yo también lo pido. Lo voy a pedir. Me interesan sus manos. El pesado sello de oro masculino que llevaba en el anular ha dado paso a una estrafalaria sortija de plata salpicada de pequeñas piedras encarnadas. Le queda grande, y difícilmente encaja en la pálida huella de su predecesora.

Terminamos de pedir la cena y devolvemos los enormes menús al camarero. Hasta ahora ha evitado con eficacia el contacto visual. Ahora me mira directamente y en sus ojos no hay el menor indicio de contrición.

—¿Qué te ha dicho Trench? —pregunta.

—¿De ti?

—Sí. De mí.

Había supuesto que yo haría las preguntas difíciles, pero ella piensa de otro modo.

—Que eras demasiado emocional y un fracaso, en esencia —le contesto—. Le señalé que no era así como yo te consideraba. Para entonces te habías ido disparada de la Oficina, así que la conversación no tenía ninguna trascendencia. Me lo podrías haber dicho durante los dobles del bádminton. O haberme llamado. No lo hiciste.

—¿Y tú pensabas que era demasiado emocional y un fracaso?

—Acabo de decírtelo. Como le indiqué a Trench, no era así como yo te consideraba.

—Te he preguntado lo que tú *pensabas*. No lo que *dijiste*.

—¿Qué es lo que tenía que *pensar*? Rosebud fue una decepción para todos nosotros. Pero no es nada raro que una operación especial se cancele en el último momento. Así que, por supuesto, pensé que habías sido bastante impulsiva. Y también que debías de tener problemas personales con Dom. —Y añadí, con intención—: Que quizá no sean de mi incumbencia.

—¿Qué más te contó Dom de nuestra conversación?

—Nada sustancial.

—¿No mencionaría, quizá, a su distinguida y encantadora esposa, *la baronesa Rachel*, *parea tory* dedicada a la gestión de capitales?

—No. ¿Por qué iba a mencionarla?

—No serás amigo de ella por casualidad, ¿verdad?

—No la conozco.

Toma un trago de borgoña, bebe agua a continuación, Me considera largamente, como preguntándose si soy el interlocutor adecuado, y respira hondo.

—La baronesa Rachel es consejera delegada y cofundadora junto a su hermano de una compañía de altos vuelos dedicada a la gestión de capitales con prestigiosas oficinas en la City. Sólo clientes particulares que soliciten sus servicios. Si no se habla por encima de los cincuenta millones de dólares, no hay que molestarse. Supongo que lo sabías.

—No.

—El área de trabajo de la compañía incluye ciertos paraísos fiscales: Jersey, Gibraltar y la isla Nieves. ¿Sabes algo de Nieves?

—Todavía no.

—En Nieves es donde se alcanza el nivel más alto de anonimato. Nieves deja al mundo a oscuras. En Nieves nadie sabe quiénes son los dueños de sus innumerables sociedades. *Joder*.

Su irritación se dirige al cuchillo y al tenedor, que tiemblan ajenos a su control. Los deja con estrépito, toma otro trago de borgoña.

—¿Quieres que siga?

—Sí, por favor.

—La baronesa Rachel y su hermano ejercen la supervisión, sin rendir cuentas a nadie ni hacerse responsables de nada, de cuatrocientas cincuenta y tres sociedades transnacionales sin

relación entre sí, anónimas, registradas sobre todo en Nieves. Me escuchas, ¿no? Es que pones una cara...

—Procuraré acomodarla.

—Además de exigir discreción absoluta, sus clientes esperan grandes beneficios de sus inversiones. Quince, veinte por ciento; si no, ¿qué sentido tiene? La esfera de competencia de la baronesa y su hermano es el Estado soberano de Ucrania. Algunos de sus clientes más importantes son oligarcas ucranios. Ciento setenta y seis de dichas empresas anónimas poseen propiedades de primera calidad en Londres, la mayoría en Knightsbridge y Kensington. Sin embargo, una de esas propiedades de alta calidad es un dúplex en Park Lane de la que es dueña una empresa que a su vez pertenece a una compañía que es propiedad de un fondo fiduciario cuyo dueño es Orson. Hechos. Indiscutibles. Cifras, también disponibles.

No suelo dar respuestas dramáticas, y la Oficina no las recomienda. De manera que sin duda se ha molestado cuando en vez de emitir un grito de sorprendida indignación he observado que hacía falta llenar las copas y he interrumpido una prolongada disputa entre tres camareros para conseguirlo.

—¿Quieres saber el resto o no? —me pregunta.

—Por supuesto.

—Cuando la baronesa Rachel no está atendiendo a sus pobres y necesitados oligarcas, se sienta en un par de subcomités de Hacienda como miembro electo de la Cámara Alta. Estaba en la sala cuando le tocó el turno a Rosebud. No se conservan actas de la reunión.

Ahora me toca a mí dar un largo trago de vino.

—¿Tengo razón al pensar que llevas algún tiempo investigando esos presuntos contactos?

—Podría ser.

—Dejando a un lado de momento la cuestión de cómo te has enterado y de si es cierto: ¿cuánto le contaste a Dom en tu reunión cara a cara con él?

—Lo suficiente.

—¿Qué es *suficiente*?

—El hecho de que su distinguida y encantadora esposa gestiona las empresas de Orson y aparenta que no lo hace, eso para empezar.

—*Si* es que las gestiona.

—Tengo amigos que están muy metidos en esto.

—Es lo que empiezo a sospechar. ¿Cuánto tiempo hace que conoces a esos amigos?

—¿Qué coño tiene que ver esto?

—¿Y lo de que Rachel es miembro del subcomité de Hacienda? ¿Eso te lo han dicho tus amigos?

—Podría ser.

—¿Y también se lo comentaste a Dom?

—¿Por qué se lo iba a comentar? Él lo sabía.

—¿Cómo sabes que lo sabía?

—¡Están casados, joder!

¿Acaso me lanza una pulla? Probablemente, aunque la fantasía de nuestra inexistente aventura está más arraigada en su imaginación que en la mía.

—Rachel es una gran dama —prosigue con sarcasmo—. Las revistas del corazón la adoran. Le cuelgan medallas por sus buenas obras. Cenas en el Savoy para recaudar fondos. Hasta se digna a aparecer en el Claridge's. Lo que sea.

—Pero las revistas del corazón no mencionan que se sienta en subcomités de Hacienda de alto secreto, me imagino. Aunque la web oscura puede que sí.

—¿Y cómo voy a saberlo yo? —exclama demasiado alterada.

—Eso es lo que te pregunto. ¿Cómo lo *sabes*?

—No me interrogues, Nat. ¡Ya no soy de tu propiedad!

—Me sorprende que alguna vez hayas pensado que lo eras.

Nuestra primera pelea de amantes y ni siquiera nos hemos acostado.

—¿Y qué te contestó Dom a lo que le dijiste sobre su mujer, fuera lo que fuese? —le pregunto después de hacer una pausa para que se enfríen las pasiones, sobre todo las suyas, y por primera vez veo que se tambalea su determinación de tratarme como a un enemigo. Se inclina hacia delante desde el otro lado de la mesa y baja la voz.

—Uno. Las más altas autoridades del país están familiarizadas con todas esas conexiones. Las han examinado y aprobado.

—¿Te dijo cuáles eran esas autoridades?

—Dos. No hay conflicto de intereses. Plena y veraz revelación de datos por ambas partes. Tres. La decisión de no seguir con Rosebud se tomó en aras del interés nacional tras la debida consideración de todos los aspectos del caso. Y cuatro, resulta que estoy en posesión de información clasificada a la que no tengo derecho, así que a cerrar la puta boca. Que es lo que tú también estás a punto de decirme.

Tiene razón, aunque por diferentes motivos.

—Bueno, ¿y a quién más se lo has dicho? —le pregunto—. Aparte de a Dom y a mí.

—A nadie. ¿Por qué habría de decírselo a alguien? —replica, volviendo a su anterior hostilidad.

—Pues sigue así. No quiero responder de tu buen carácter en el Old Bailey. ¿Puedo preguntarte cuánto llevas confraternizando con esos amigos tuyos?

No responde.

—¿Desde antes de incorporarte a la Oficina?

—Podría ser.

—¿Quién es Hampstead?

—Un cabrón.

—¿De qué clase?

—Gestor de fondos de riesgo, cuarenta años, retirado.

—Casado, supongo.

—Como tú.

—¿Es la misma persona que te dijo que la baronesa se ocupa de las cuentas bancarias de Orson en paraísos fiscales?

—Me dijo que la gran dama era la inversora en la City de los ricachones ucranios. Aseguró que manipulaba a las autoridades financieras como le daba la gana. Dijo que había utilizado sus servicios en un par de ocasiones y que había cumplido.

—¿Qué servicios?

—Arreglar cosas. Sortear reglamentos que no regulan nada. ¿Tú qué crees?

—Y tú pasaste esos rumores, esas habladurías, a tus amigos, que empezaron a investigar a partir de ahí.

—Tal vez.

—¿Qué tengo que hacer yo con esa historia que acabas de contarme? Suponiendo que sea cierta.

—Pues mandarla a la mierda. Lo que hace todo el mundo, ¿no?

Se está poniendo en pie. Me levanto a mi vez. Un camarero trae la exorbitante cuenta. Todos miran cómo voy contando billetes de veinte libras y depositándolos en la bandeja. Florence me sigue a la calle y me rodea con los brazos. Nos damos el abrazo que nunca nos dimos, pero ningún beso.

—Y recuerda esos draconianos documentos que Recursos Humanos te hizo firmar al marcharte —le advierto como despedida—. Siento que todo acabara mal.

—Bueno, a lo mejor *no* ha acabado —replica. Luego se apresura a corregirse, como si se hubiera expresado mal—: Quiero decir que nunca me olvidaré, eso es todo. Todos vosotros, superbuenos. Mis agentes. El Refugio. Qué grandes sois todos...

Así prosigue con exagerada alegría y, bajando a la calzada, hace señas a un taxi que pasa y cierra de un portazo antes de que alcance a oír la dirección.

Me quedo solo en la achicharrante acera. Son las diez de la noche pero el calor del día me sube a la cara. Nuestra cita ha acabado tan deprisa que, entre el vino y el calor, casi me pregunto si ha ocurrido de verdad. ¿Cuál será mi próximo paso? ¿Hablar claramente con Dom? Eso ya lo ha hecho ella. ¿Llamar a la guardia pretoriana de la Oficina y hacer que la ira de Dios caiga sobre sus *amigos*, a quienes imagino como un puñado de chicos airados, idealistas de la edad de Steff que se pasan las horas intentando reventar el Sistema? ¿O tomármelo con calma, ir andando a casa, acostarme y ver lo que pienso por la mañana? Me dispongo a hacer esto último cuando me suena el móvil de la Oficina anunciando un mensaje urgente. Apartándome de la luz de la farola, marco los dígitos requeridos.

Fuente Pitchfork ha recibido comunicación decisiva. Todos los relacionados con Stardust se reunirán mañana en mi despacho a las 07.00.

Firmado con el símbolo de Guy Brammel, director en funciones del Departamento Rusia.

Todos mis intentos de establecer en orden preciso los acontecimientos operativos, domésticos e históricos que se sucedieron a lo largo de los once días siguientes están condenados al fracaso. Episodios insignificantes se mezclan con otros de gran importancia. Las calles de Londres pueden languidecer en la ola de calor sin precedentes, pero están repletas de airados manifestantes con pancartas, Prue y sus colegas izquierdistas entre ellos. Brotan protestas entre grupos improvisados. Monigotes hinchados con gas oscilan sobre las multitudes. Aúllan sirenas de ambulancias y coches patrulla. La ciudad de Westminster es inaccesible, no se puede cruzar por Trafalgar Square. ¿Y la razón de ese caos? Gran Bretaña está desenrollando la alfombra roja para un presidente norteamericano que ha venido a despreciar nuestros bien ganados vínculos con Europa y a humillar a la primera ministra que lo ha invitado.

La de las siete de la mañana en el despacho de Brammel es la primera de una continua serie de reuniones urgentes sobre Stardust. Presentes están el muy importante Percy Price, director de vigilancia, la élite del Departamento Rusia y el Directorio de Operaciones. Pero no Dom, y de manera significativa nadie pregunta dónde está, así que yo tampoco. La temible Marion, de nuestro Servicio gemelo, viene acompañada de dos honorables abogados con traje oscuro pese al insoportable calor. El propio Brammel lee en voz alta las últimas instrucciones que Serguei ha recibido del Centro. Van encaminadas a que preste apoyo sobre el terreno a un encuentro encubierto entre un importante personaje (sexo sin especificar) de Moscú y un *colaborador británico* al que se considera de gran valor. No se dan más detalles. Mi función en Stardust queda formalmente convenida y restringida. ¿Detecto la mano de Bryn Jordan, o estoy más paranoico que de costumbre? Como jefe de la subestación El Refugio, seré responsable del bienestar y la gestión de Pitchfork así como de sus supervisores durante las veinticuatro horas del día, y todas las comunicaciones encubiertas procedentes del Centro de Moscú y a él destinadas pasarán por mí. Pero Guy Brammel, como director en funciones del Departamento Rusia, deberá supervisar todas las comunicaciones de El Refugio antes de darles salida.

Y con eso acaban de forma oficial mis funciones, de golpe: aunque en realidad no concluyen ahí, porque yo no soy así, como el lejano Bryn debe de saber mejor que nadie. Sí, tendré que chuparme tediosas sesiones con Serguei y su guardiana Denise en el decrepito piso franco de El Refugio junto a la parada de metro de Camden Town. Sí, tendré que redactar los subtextos y jugar con él al ajedrez hasta altas horas de la noche mientras esperamos a que la siguiente emisora de

radio poco conocida de Europa del Este confirme, mediante un código convenido de antemano, que nuestra última carta amorosa a Copenhague está siendo procesada.

Pero soy agente sobre el terreno, no burócrata, ni trabajador social. Por marginado que pueda estar, pero también soy el verdadero autor de la Operación Stardust. ¿Quién interrogó a Serguei de forma decisiva y se olió el tinglado? ¿Quién lo trajo a Londres, quien hizo la prohibida peregrinación hasta Arkady, entregando así la primera prueba concluyente de que aquello no era un juego de las sillas normal y corriente, sino una importante operación de los servicios secretos rusos construida en torno a una fuente británica, potencial o activa, de gran valor y dirigida personalmente por la reina de los ilegales del Centro de Moscú?

En nuestra época, Percy Price y yo estuvimos juntos en más de un fregado, como suele decirse, y no sólo el del prototipo de misil tierra aire ruso en Poznan. De modo que en las altas esferas nadie se sorprendió de que, al cabo de unos días de la primera reunión urgente sobre Stardust, Percy y yo estuviéramos agazapados en la parte trasera de la furgoneta de una lavandería equipada con los últimos prodigios de la vigilancia moderna, recorriendo primero uno, luego otro y ahora el último de los tres barrios del norte de Londres que Serguei debe reconocer según las instrucciones que ha recibido. Percy lo ha bautizado con el nombre de Territorio Beta y yo no cuestiono su decisión.

En nuestros reconocimientos conjuntos rememoramos viejos casos que hemos compartido, antiguos agentes y colegas, y hablamos como ancianos. Gracias a Percy he llegado a conocer de forma discreta a su *Grande Armée* de agentes de vigilancia, privilegio que la Oficina Central es reacia a prodigar. Al fin y al cabo, algún día puede que te vigilen a ti. El sitio de la reunión es un templo secularizado de ladrillo rojo a la espera de demolición a las afueras de Territorio Beta. Nuestra tapadera es una congregación de feligreses conmemorativa. Percy ha concentrado unos cien.

—Cualquier empujón que puedas dar a mi gente será bienvenido y apreciado, Nat —me dice en su *cockney* familiar—. Están *entregados* a su trabajo, pero su labor *puede* ser algo fastidiosa con este calor que tenemos. Pareces un poco preocupado, si me permites decirlo. Por favor, recuerda que a mi gente le gusta ver buenas caras. Lógico, como comprenderás, porque son observadores.

En atención a Percy, estrecho manos y doy palmaditas en el hombro, y cuando me invita a pronunciar unas cuantas palabras de apoyo a sus fieles, no lo decepciono.

—Bueno, lo que todos esperamos *observar* el viernes por la noche —oigo mi voz que se eleva de forma agradable entre las vigas de pino—, el veinte de julio, para ser exactos, es un encuentro encubierto muy organizado entre dos personas que no se conocen de nada. Uno, Gamma por su nombre en clave, será un agente de probada capacidad con todos los trucos del oficio bajo la manga. El otro, Delta, será una persona de sexo, edad y profesión desconocidos —les advierto, protegiendo mi fuente en todo momento—. Para nosotros, sus motivos son un misterio de la misma magnitud que para ustedes, seguramente. Pero sí puedo decirles una cosa: si la considerable cantidad de información secreta que estamos recibiendo significa algo, la gran mayoría del

público británico está a punto de contraer una importante deuda de agradecimiento con ustedes, aunque nunca llegue a saberlo.

El atronador aplauso, completamente inesperado, me emociona.

Si Percy estaba preocupado por el efecto de mi expresión facial, sobre su rebaño, Prue no comparte su inquietud. Estamos desayunando temprano.

—Es estupendo verte tan dispuesto a empezar la jornada —me dice, dejando su ejemplar de *The Guardian*. Me alegro tanto por ti, después de las funestas ideas que tenías sobre volver a Inglaterra y lo que hacer cuando estuvieras aquí. Sólo espero que lo que estás haciendo no sea demasiado grave ni ilegal, ¿eh?

Esa cuestión, si la interpreto de manera correcta, señala un avance sustancial en la cuidadosa travesía de regreso a nuestra vida en común. Desde la época en Moscú siempre ha habido entre nosotros el entendimiento de que, aun en el caso de que quebrantara las normas de la Oficina y se lo contara todo, sus objeciones de principio al aparato del Estado no le permitirían disfrutar de mis confidencias. A cambio, yo insistí en señalar —demasiado, quizá— que no invadiría sus secretos legales, incluso en lo referente a batallas tan titánicas como la que su bufete está librando ahora contra la gran industria farmacéutica.

—Bueno, Prue, pues aunque resulte extraño, sólo por una vez *no es* penoso en absoluto. En realidad, *creo* que hasta tú lo aprobarías —le contesto y, no sólo quebrantando sino también pisoteando las normas de la Oficina, concluyo—: Todo indica que estamos a punto de descubrir a un espía ruso de alto nivel.

—Y cuando lo descubráis, lo llevaréis a los tribunales, quienquiera que sea. Seguro que lo haréis. A una vista *pública*, espero.

—Eso dependerá de los que mandan —respondo con cautela, ya que lo último que quiere la Oficina cuando descubre a un agente enemigo es entregarlo a la administración de justicia.

—¿Y has desempeñado un papel verdaderamente clave en ponerlo al descubierto?

—Pues ya que lo preguntas, Prue, para ser sincero, sí —admito.

—¿Como ir a Praga y hablar con el enlace checo?

—Hay un factor checo, si me permites decirlo así.

—Bueno, me parece estupendo por tu parte, Nat, y me siento muy orgullosa de ti —afirma, pasando por alto años de afligida paciencia.

Ah, y su bufete cree que tiene a las grandes farmacéuticas entre la espada y la pared. Y anoche Steff estuvo muy cariñosa por teléfono.

Así que estamos en una luminosa y soleada mañana y todo empieza a ir tan bien como nunca me he atrevido a esperar, mientras la Operación Stardust va adquiriendo un impulso imparable. Las

últimas instrucciones que Serguei ha recibido del Cento de Moscú le ordenan que se presente en un bar restaurante de Leicester Square a las once de la mañana. Elegirá un sitio en la «zona noroeste» y pedirá chocolate con leche y una hamburguesa con guarnición de ensalada de tomate. Entre las once y cuarto y las once y media, después de que haga visibles esas señales de reconocimiento, se le acercará una persona que afirmará ser un antiguo conocido, le dará un abrazo y se marchará diciendo que llega tarde a una cita. Durante el abrazo, Serguei recibirá algo que antes no tenía: un teléfono móvil «sin contaminar» —según descripción de Moscú— que contendrá, aparte de una nueva tarjeta *sim*, un microfilm con instrucciones adicionales.

Afrontando el mismo hervidero de gente y el calor que dificulta la operación de vigilancia dirigida por Percy Price, Serguei se sitúa en el bar restaurante tal como le han ordenado, pide la comida y le encanta ver que se acerca a él con los brazos abiertos nada menos que *Felix Ivanov* —su seudónimo en la escuela de durmientes—, lleno de vida y cada vez más joven, compañero de estudios del mismo curso y la misma clase.

La entrega encubierta del teléfono móvil se realiza de forma impecable, pero cobra inesperadas dimensiones sociales. Ivanov se muestra igual de sorprendido y encantado de ver a su viejo amigo Serguei en tan buena forma. Lejos de alegar una cita urgente, se sienta a su lado y los dos durmientes disfrutan de una charla cara a cara que seguramente sería la desesperación de sus preparadores. Pese al ruido, el equipo de Percy no tiene dificultad alguna para oírlos ni para grabar imágenes de su encuentro. En cuanto Ivanov —al que entretanto el ordenador del Departamento Rusia ha puesto al azar el nombre de Tadzio— se despide, Percy envía un equipo para ubicarlo y lo localiza en un hostel estudiantil de Golders Green. A diferencia de su homónimo literario, Tadzio es corpulento, fornido y alegre, parecido al oso ruso, muy querido entre sus compañeros, sobre todo por el elemento femenino.

También resulta, cuando los verificadores procesan el diluvio de datos recibidos, que ya no es Ivanov, ni tampoco ruso. Al acabar la escuela de durmientes, lo reinventaron como un polaco llamado Strelsky, licenciado en Tecnología y admitido en la London School of Economics con visado de estudiante. De acuerdo con su solicitud, habla ruso, excelente inglés y perfecto alemán, ha estudiado en las universidades de Bonn y Zúrich y su nombre de pila no es Felix sino Mijail, defensor de la humanidad. Por consiguiente, para el Departamento Rusia es un elemento de gran interés porque pertenece a una nueva ola de espías que, muy alejados de los toscos métodos de la vieja KGB, hablan lenguas occidentales como si fueran las suyas propias e imitan a la perfección nuestro modo de ser.

En el destartado piso franco de Camden Town, Serguei y Denise se sientan juntos en un sofá lleno de bultos. Instalado en una butaca, abro el teléfono móvil de Tadzio —que entretanto el departamento técnico ha vuelto temporalmente inactivo—, saco la tira de microfilm y la coloco bajo la ampliadora. Guiándonos con la libreta de un solo uso de Serguei, desciframos las últimas instrucciones de Moscú. Están en ruso. Como de costumbre, convido a Serguei de que me las

traduzca al inglés. A estas alturas no puedo arriesgarme a que descubra que le he estado engañando desde el día en que nos conocimos.

Como es habitual, las instrucciones son perfectas o, como diría Arkady, demasiado perfectas. Serguei deberá poner una pegatina de NUCLEARES NO en la esquina superior izquierda de la ventana de guillotina de su apartamento del sótano. Confirmará, a vuelta de correo, que resulta visible para quienes transiten en ambas direcciones y a qué distancia. Como no hay pegatinas así en ningún punto conocido de adquisición de material de protesta —últimamente la preferencia es FRACKING NO—, la sección de Falsificaciones nos fabrica una. Serguei deberá adquirir asimismo un perro Staffordshire de porcelana de la época victoriana de entre treinta y cuarenta y cinco centímetros de altura. Abundan en eBay.

¿Y no hemos hecho Prue y yo un par de escapaditas a Panamá en estos días felices, ajetreados y llenos de sol? Pues claro que sí, en una sucesión de divertidas comunicaciones por Skype de madrugada, en ocasiones con Steff a solas cuando Juno ha salido de safari a ver murciélagos, y a veces con los dos juntos, porque incluso cuando estás rodeado de Stardust, el mundo *real*, como Prue insiste en llamarlo, ha de seguir su curso.

Los monos aulladores empiezan a aporrear el pecho a las dos de la madrugada y despiertan a todo el campamento, nos cuenta Steff. Y los murciélagos gigantes apagan el radar cuando conocen sus canales de vuelo, razón por la cual atraparlos con redes extendidas entre las palmeras es pan comido. «Pero cuando los sacas de la red y les pones la etiqueta, debes tener mucho, pero que mucho cuidado, mamá, porque te muerden y tienen la rabia y has de llevar unos putos guantes tan grandes como los de los poceros, y las crías son igual de malas.» Steff vuelve a ser una niña, nos decimos agradecidos. Y Juno, por lo que nos atrevemos a creer, es una persona decente y honrada que demuestra querer a nuestra hija, así que a cruzar los dedos.

Pero todo tiene consecuencias en la vida. Una tarde —si mal no recuerdo faltan ocho días para la noche de Stardust— suena el teléfono fijo. Lo coge Prue. Los padres de Juno, en un impulso, han venido a Londres. Se alojan en un hotel de Bloomsbury propiedad de un amigo de la madre, y tienen entradas para Wimbledon y también para el campeonato internacional Inglaterra-India en Lord's, que dura un día entero. Y estarían muy complacidos en conocer a los padres de su futura nuera «cuando les venga a bien al consejero comercial y a usted misma». Prue se parte de risa mientras intenta comunicarme la noticia. Y bien puede hacerlo porque estoy sentado en la parte trasera de la furgoneta de vigilancia de Percy Price en Territorio Beta y Percy me está explicando dónde piensa situar los puestos estáticos.

No obstante, dos días después —faltan seis para la noche de Stardust— me las arreglo milagrosamente para presentarme con un traje elegante frente a la chimenea de gas en el salón de casa con Prue a mi lado, y en mi personaje de consejero comercial británico discuto con los futuros suegros de nuestra hija temas tales como las relaciones comerciales de Gran Bretaña con

el subcontinente después del Brexit y el tortuoso juego del lanzador indio Kuldeep Yadav, mientras Prue, que como cualquier abogado pone cara de póquer cuando es preciso, está más a punto de estallar de risa de lo que ha estado en la vida mientras se hace pantalla en la boca con la mano.

En cuanto a mis imprescindibles partidos de bádminton con Ed de los lunes por la tarde durante aquellos días llenos de tensión, sólo puedo decir que nunca habían sido tan necesarios ni ninguno de los dos había estado tan en forma. Con vistas a las tres últimas sesiones había estado incrementando mi nivel de ejercicio tanto en el gimnasio como en el Parque en un desesperado esfuerzo por contrarrestar la maestría recién adquirida por Ed, hasta que llega un día en que, por primera vez, la contienda deja de tener importancia.

La fecha, que nunca olvidaremos ninguno de los dos, es el 16 de julio. Hemos jugado nuestro agotador partido habitual. He vuelto a perder, pero no importa, ya me he acostumbrado. Con toda tranquilidad, la toalla en torno al cuello, nos dirigimos a nuestra *Stammtisch* esperando el acostumbrado rumor de voces y copas que de forma esporádica se oye los lunes en el salón casi vacío. En cambio, nos encontramos con un silencio inquieto, poco normal. En el bar, media docena de socios chinos tienen la mirada clavada en la pantalla del televisor, que por lo general emite acontecimientos deportivos de toda índole y de cualquier país. Pero esta tarde no estamos viendo por una vez fútbol americano ni hockey sobre hielo islandés sino a Donald Trump y a Vladimir Putin.

Ambos dirigentes se encuentran en Helsinki dando una conferencia de prensa conjunta. Están hombro con hombro, frente a las banderas de sus respectivos países. Trump, hablando como por encargo, rechaza categóricamente las conclusiones de su propio Servicio de Información, que acaba de revelar la incómoda verdad de que Rusia ha interferido en las elecciones presidenciales estadounidenses de 2016. Putin esboza con desenvoltura su orgullosa sonrisa de carcelero.

Ed y yo logramos llegar a nuestra *Stammtisch* y nos sentamos. La comentarista nos recuerda, por si lo hemos olvidado, que ayer mismo Trump declaró que Europa era su enemiga, y por si fuera poco puso a la OTAN por los suelos.

¿Y dónde estoy yo mentalmente, como diría Prue? Estoy con Arkady, mi antiguo agente. Repasando su descripción de Trump como el que le limpia la mierda a Putin. Estoy recordando que Trump «hace por el pequeño Vladi todo lo que el pequeño Vladi no puede hacer por sí mismo». Y en parte estoy en Washington con Bryn Jordan, sentado codo con codo con nuestros colegas norteamericanos mientras ellos observan incrédulos el mismo acto de traición presidencial.

¿Y dónde está mentalmente Ed? No se mueve para nada. Se ha retirado al interior de sí mismo: a mayor profundidad, aún más dentro de lo que le he visto hasta ahora. Al principio se queda con la boca abierta, sin dar crédito. Junta despacio los labios y se los humedece con la lengua, luego

se los seca distraídamente con el dorso de la mano. Pero cuando el bueno de Fred, el camarero, que posee su propio sentido del decoro, cambia a un pelotón de mujeres ciclistas que dan aceleradas vueltas a un estadio, Ed no aparta los ojos de la pantalla.

—Es una repetición —declara al fin con una voz trémula de reconocimiento—. Otra vez 1939. Molotov y Ribbentrop repartiéndose el mundo.

Pero eso es demasiado para mí y se lo digo. Trump puede ser el peor presidente que ha tenido Estados Unidos, le digo, pero no es Hitler, por mucho que quiera serlo. Y hay muchos buenos norteamericanos que no van a quedarse de brazos cruzados.

Al principio parece que no me oye.

—Sí, vale —conviene con la voz perdida de quien se despierta de la anestesia—. También había cantidad de buenos alemanes. Y fíjate en lo mucho que *hicieron*, joder.

La noche de Stardust se nos ha echado encima. En la sala de Operaciones, en la planta alta de la Oficina Central, todo está en calma. Son las siete y veinte en el reloj LED que campea sobre las dobles puertas de falso roble. Si tienes autorización para Stardust, el espectáculo empieza dentro de cincuenta y cinco minutos. Si no la tienes, hay en el umbral un par de bedeles con ojos de lince que estarán encantados de mostrarte tu error.

No hay tensión en el ambiente, que, a medida que se acerca la hora, se hace aún más relajado. A nadie le entra el pánico, a todo el mundo le sobra tiempo. Entran y salen ayudantes, llevando ordenadores portátiles abiertos, termos, botellas de agua y sándwiches para la mesa del bufé. Una ocurrente pregunta si hay palomitas de maíz. Un funcionario grueso con la identificación colgando de un cordón fluorescente al cuello juguetea con dos monitores planos colgados en la pared. Ambos muestran la misma fastuosa imagen del lago Windermere en otoño. La charla que oímos por los auriculares es del equipo de vigilancia de Percy Price. En estos momentos sus cien almas han pasado a ser gente que va de compras, que vuelve de trabajar o tiene un puesto en la calle, camareras, ciclistas, conductores de Uber y transeúntes inocentes sin nada mejor que hacer que comerse con los ojos a las chicas que pasan y murmurar en sus teléfonos. Sólo ellos saben que los móviles en los que murmuran están codificados; que no hablan con sus amigos, familias, amantes y camellos sino con el centro de control de Percy Price, que esta noche es un nido de águilas doblemente acristalado que se yergue a media altura de la pared a mi izquierda. Y ahí se sienta Percy ahora, con una camisa blanca de críquet, de marca; remangado y con los auriculares puestos, articula órdenes inaudibles a su disperso equipo.

Somos dieciséis, animosos y capaces. El mismo equipo impresionante que se reunió para oír el fallido discurso de Florence en favor de la Operación Rosebud, con algunas gratas incorporaciones. Marion, de nuestro Servicio gemelo, asistida por sus dos figurantes de traje negro, que también hacen de abogados. Marion va muy en serio, nos han dicho. Aún le duele la negativa de las altas esferas de entregarle en bandeja Stardust, una Operación del Servicio, aduciendo que la presunta presencia de un traidor en nuestra aldea de Whitehall sitúa el caso directamente en su departamento. «De eso nada, Marion —dicen nuestros mandarines de la planta alta—. Las fuentes son nuestras, luego la información secreta es nuestra, y por tanto el caso es nuestro, así que adiós, muy buenas.» En Moscú, en las entrañas de la plaza Lubianka, antes plaza Dzerzhinsky, me imagino rencillas nerviosas del mismo tipo mientras los miembros de la sección de Ilegales del departamento del Norte se aprestan a pasar la misma larga noche.

Me han ascendido. En vez de tener a Florence al extremo de la mesa, el de los aspirantes, tengo

a Dom Trench sentado en el centro frente a mí. No hemos vuelto a nuestra discusión sobre Rosebud. Y por tanto me quedo extrañado cuando se inclina sobre la mesa y me dice en voz baja:

—Confío en que no haya ningún conflicto entre nosotros sobre tu excursión con chófer a Northwood no hace mucho, ¿eh, Nat?

—¿Por qué habría de haberlo?

—Espero que hables en mi favor si piden responsabilidades.

—¿Con respecto a qué? No me digas que el parque móvil ha puesto pegas.

—Con respecto a ciertas cuestiones relacionadas —contesta con voz oscura, retirándose al interior de su concha.

Hace sólo diez minutos que le he preguntado con la mayor naturalidad qué despachos del Estado, informales, adorna últimamente su mujer, la baronesa.

—*Mariposea* de uno a otro, Nat —me ha contestado, encogiéndose como en presencia de la realeza—. Mi querida Rachel es una *mariposona* inveterada. Si no está en alguna comisión de Westminster de la que tú y yo no tenemos la menor noticia, se ha ido a Cambridge a deliberar con la flor y nata sobre cómo salvar la Seguridad Social. A lo mejor tu Prue no es muy diferente,

Bueno, Dom, Prue *es* diferente, gracias a Dios, y por eso tenemos en el vestíbulo un puñetero cartel con el lema poco original de TRUMP MIENTE, con el que tropiezo cada vez que entro en casa.

El lago Windermere se funde en blanco, parpadea y vuelve a aparecer. En la sala de Operaciones se atenúan las luces. Entran a toda prisa imprecisas siluetas de algunos que llegan tarde y toman asiento en la larga mesa. El lago Windermere brinda una morosa despedida. En su lugar, las cámaras de Percy Price nos ofrecen tomas de seguimiento de satisfechos ciudadanos que disfrutan del sol en un parque público del norte de Londres a las siete y media de una calurosa tarde de verano.

Uno no se espera, minutos antes de la consumación de una operación secreta llena de tensión, que lo asalte una oleada de admiración hacia sus conciudadanos. Pero en nuestras pantallas aparece Londres tal como nos gusta verlo: niños multiétnicos que juegan un partido improvisado de baloncesto, chicas con vestidos veraniegos tomando el inacabable sol, ancianos que pasean cogidos del brazo, madres que empujan cochecitos de niño, grupos que meriendan bajo árboles frondosos, ajedrez al aire libre, *boules*. Un amistoso policía pasea tranquilamente entre ellos. ¿Cuánto tiempo hace que hemos visto a un policía en solitario? Alguien toca la guitarra. Tardo un momento en recordarme a mí mismo que muchos de los componentes de esa alegre multitud eran hace sólo treinta y seis horas parte de mi congregación en la misma capilla secularizada cuyo voluminoso tabernáculo domina el panorama en este mismo instante.

El equipo Stardust conoce palmo a palmo Territorio Beta, y gracias a Percy, yo también. El parque dispone de seis ruinosas pistas de tenis asfaltadas sin red, un área de juegos infantiles con balancines, columpios y un túnel. Hay un fétido estanque para barcas. Una ruta de autobús, un sendero para bicicletas y una calle ajetreada sin aparcamientos configuran los límites de la parte occidental; la oriental está dominada por un edificio de viviendas municipales de muchas plantas;

la septentrional, por una hilera de casas adosadas georgianas reconvertidas en viviendas de clase media. En una de ellas, tras la aprobación de Moscú, tiene Serguei un apartamento de dos habitaciones en el semisótano. Allí duerme Denise, en un cuarto con la puerta cerrada. En el otro, Serguei. Se entra bajando por una escalera de hierro. Por la parte alta de la ventana de guillotina se ve el área de juegos infantiles y un estrecho sendero de cemento con seis bancos fijos en el suelo y dispuestos a unos siete metros de distancia, tres a cada lado. Cada banco mide dos metros de largo. Serguei ha enviado fotos de ellos a Moscú, numerados del uno al seis.

El parque también tiene una concurrida cafetería autoservicio a la que se puede acceder desde la calle por una verja metálica o por el interior del parque. La cafetería ha cambiado temporalmente de dirección, el personal habitual ha recibido la paga de un día, y ahí es, según confiesa Percy en tono arrepentido, donde suben los costes. Hay dieciséis mesas en el interior y veinticuatro al aire libre. Las del exterior tienen parasoles en permanencia, para que los clientes se protejan de la lluvia o el sol. En el mostrador de autoservicio, en el interior, hay comida y bebida. En días de calor, sacan a la terraza un puesto de helados que se anuncia con la enseña de una vaca feliz lamiendo un doble cucurucho de vainilla. En la parte de atrás hay servicios públicos con instalaciones para discapacitados y para cambiar a los niños pequeños. Hay bolsas de plástico y cubos de basura verdes a disposición de los que saquen al perro a pasear. De todo eso ha informado debidamente Serguei en un derroche de subtextos a su insaciable enamorada danesa, la perfeccionista Anette.

A instancias de Moscú también hemos facilitado fotografías de la cafetería, de dentro y de fuera, así como de sus accesos. Después de cenar allí dos veces a petición de sus controladores, una vez dentro y otra fuera entre las siete y las ocho de la tarde en ambas ocasiones, y de informar a Moscú sobre la cantidad de comensales, Serguei tiene instrucciones de no aparecer por allí hasta nueva orden. Deberá permanecer en el semisótano y esperar un acontecimiento del que tendrá noticia más adelante.

—Voy a hacer de todo, Peter. Seré mitad guardián de piso franco y mitad agente de contravigilancia.

Dice *mitad* porque resulta que Tadzio, su viejo amigo de la escuela, y él compartirán tareas operativas. Si se encuentran por casualidad deben hacer como si no se conocieran.

Busco entre la multitud por si veo alguna cara conocida. Durante su estancia en Trieste y luego en la costa del Adriático, se filmó y fotografió de forma exhaustiva a la Valentina de Arkady como emisaria del Centro de Moscú y posible agente doble. Pero una mujer de rasgos normales puede cambiar enteramente de aspecto a lo largo de veinte años. La sección de Imaginería ha producido una serie de probables semejanzas. Cualquiera de ellas podría ser la nueva Valentina, alias Anette o lo que sea. Mantengo las posibilidades abiertas mientras un puñado de mujeres de distintas edades se apea del autobús en la parada. Ninguna avanza hacia la verja de acceso a la cafetería ni a los espacios abiertos del parque. Las cámaras de Percy se detienen en un sacerdote de edad, con barba, sobrepelliz morada y alzacuello.

—¿Algo que ver contigo, Nat? —me pregunta Percy por los auriculares.

—No, Percy, nada que ver conmigo, gracias.

Pequeña oleada de risas. Nos concentramos de nuevo. Otra cámara, temblorosa, recorre los bancos a lo largo del sendero de asfalto. Supongo que la llevará prendida el amigable policía solitario mientras responde a las sonrisas del público a uno y otro lado. Nos detenemos en una mujer de mediana edad con una falda de tweed y prácticos zapatos marrones que lee un ejemplar gratis del *Evening Standard*. Lleva un sombrero de paja y tiene una bolsa de la compra a su lado en el banco. Quizá sea socia de un club de bolos femenino. Puede que sea Valentina esperando a que la reconozcan. A lo mejor no es más que una madura solterona inglesa a quien no le importa el calor.

—¿Podría ser, Nat? —pregunta Percy.

—Podría ser, Percy.

Estamos en la parte exterior de la cafetería. La cámara enfoca desde arriba dos amplios torsos y una oscilante bandeja con una tetera pequeña, una taza, un platillo, una cucharilla de plástico y una bolsita de leche. Y un trozo de bizcocho de frutas Génova envuelto en celofán en un plato de papel. Piernas, pies, parasoles, manos y rasgos faciales de rostros se superponen mientras avanzamos con nuestra carga. Nos detenemos. Una voz de mujer, simpática, amistosa, entrenada por Percy dice de pronto al micrófono de su cuello:

—*Disculpe*, encanto. ¿Hay alguien sentado en esa silla?

El rostro pecoso y mofletudo de Tadzio nos mira directamente. Habla a la cámara. De su perfecto inglés no hay duda. Si tiene algún acento, es alemán o —pensando en la Universidad de Zúrich— suizo:

—Me temo que está ocupado. La señora ha ido por una taza de té. Le he prometido guardárselo.

La cámara pasa al asiento vacío junto a él. Del respaldo cuelga una chaqueta vaquera, la misma que Tadzio llevaba en su encuentro con Serguei en el bar restaurante de Leicester Square.

Una cámara más compleja toma el relevo: tipo francotirador, enfocada, supongo, desde la ventanilla superior de un autobús averiado de dos pisos con triángulos de advertencia que Percy ha situado allí esta misma mañana como uno de sus puestos estáticos. La cámara no tiembla. Acercamos deprisa la imagen con el teleobjetivo. Captamos a Tadzio solo en la mesa sorbiendo una Coca-Cola con una paja mientras desplaza horizontalmente el contenido de su teléfono inteligente.

La espalda de una mujer entra en cuadro. No hay apariencia de tweed en esa espalda, que no es ancha. Es una elegante espalda femenina que se va estrechando hacia la cintura. Tiene un aire de gimnasio. Lleva una blusa blanca de manga larga y un chaleco ligero de estilo bávaro. Su fino cuello está coronado por un sombrero masculino de ala estrecha. Su voz —que nos llega de dos fuentes sin sincronizar, una de las vinagreras de la mesa, supongo, y la otra más alejada, direccional— es enérgica, extranjera y simpática:

—Disculpe, señor. ¿Está *ocupada* de verdad esta silla, o es *sólo* para su chaqueta?

A lo que Tadzio, como obedeciendo una orden, se pone en pie de un salto y exclama alegre:

—¡Toda suya, señora, completamente libre para usted!

Haciendo alarde de galantería, retira la chaqueta de la silla, la cuelga en el respaldo de su asiento y se sienta de nuevo.

Ángulo diferente, otra cámara. Con un estrépito ensordecedor, una persona de estrecha espalda pone su bandeja sobre la mesa, adonde traslada una taza grande de plástico, té o café seguramente, dos envoltorios de azúcar, un tenedor de plástico y un trozo de bizcocho de frutas y, sin volverse hacia la cámara, la deposita en un carrito que hay al lado antes de sentarse junto a Tadzio. Sin decir una palabra más, coge con el tenedor un trozo de bizcocho y da un sorbo de té. El ala del sombrero de paja arroja una densa sombra sobre su rostro, que mantiene inclinado. Su cabeza se alza en respuesta a una pregunta que aún no hemos oído. En el mismo instante, Tadzio consulta su reloj, murmura una exclamación inaudible, se pone bruscamente en pie, coge su chaqueta vaquera y, como recordando una cita urgente, se marcha apresuradamente. Entonces se nos ofrece un plano completo de la mujer a la que acaba de dejar. De entre cincuenta y cinco y sesenta años, bien conservada, es esbelta, guapa, morena y de rasgos marcados. Lleva falda larga de algodón, verde oscuro. Tiene más distinción de la que se considera conveniente en un agente secreto itinerante que opera bajo cobertura natural. Siempre la ha tenido: ¿por qué, si no, iba a haberse enamorado Arkady de ella? Era su Valentina entonces, es nuestra Valentina ahora. En algún sitio de las entrañas del edificio en que nos encontramos, el equipo de reconocimiento facial debe de haber llegado a la misma conclusión, porque el nombre en clave de Gamma, asignado de antemano, parpadea con rojiza fosforescencia en las pantallas gemelas.

—¿Qué desea, señor? —pregunta a la cámara en marcado tono de broma.

—Sí, bueno. Me preguntaba si no le molesta que me sienta aquí —explica Ed, plantificando la bandeja sobre la mesa con un estruendo monumental y sentándose en la que, segundos antes, era la silla de Tadzio.

Aunque hoy escriba con atrevimiento que identifiqué a *Ed* de forma positiva y al instante, eso no refleja fielmente mi inmediata reacción. Aquél *no* era Ed. No podía ser. Es Delta. Alguien con el físico de Ed, sí, lo garantizo. Casi Ed, semejante a la versión que apareció cubierta de nieve en el umbral de las Trois Sommets mientras Prue y yo atacábamos las *croutes au fromage* y la botella de blanco. Alto, desgarrado y el mismo escoramiento del hombro hacia la izquierda, el mismo rechazo a mantenerse erguido: concedido. ¿La voz? Sí, bueno, una voz semejante a la de Ed, sin duda, que arrastraba las palabras, del norte, sosa hasta que se llega a conocerla, pero también la voz antielitista de los jóvenes británicos cuando te dicen que no se van a tragar tus gilipolleces. Así que su voz era como la de Ed, sí. Y también se parecía a Ed. Pero no era el verdadero Ed, imposible. No en dos pantallas a la vez.

Y cuando aún me encontraba en ese breve estado de firme negación, dejé de oír —o me negué a escuchar—, durante diez o doce segundos según un cálculo aproximado, las cortesías que se intercambiaron Ed y Gamma mientras él se sentaba de golpe a su lado. Me aseguran —porque no he vuelto a ver la filmación— que no me perdí nada importante y el intercambio de palabras fue tan trivial como pretendía ser. Mis recuerdos se complican aún más por el hecho de que, cuando volví a la realidad, el reloj digital al pie de las pantallas había *retrocedido* unos veintinueve segundos, porque Percy Price había decidido que aquél era el momento adecuado para ofrecernos unas imágenes retrospectivas de nuestra nueva presa. Ed está en la cola del interior de la cafetería, la cartera marrón en una mano, la bandeja metálica en la otra. Pasa arrastrando los pies por el mostrador de los sándwiches, tartas y pastas. Elige una *baguette* de queso con pepinillos. Ahora se encuentra frente al mostrador de las bebidas, pidiendo un té *English breakfast*. Los micrófonos emiten su voz con un grito metálico:

—Sí, grande sería estupendo. Gracias.

Está en la caja, hecho un lío, haciendo torpes malabarismos con la *baguette* y el té, tanteándose los bolsillos en busca de la billetera, con la cartera en cuña entre sus grandes pies. Es Ed, Delta por su nombre en clave, y avanza a paso largo por el vestíbulo hacia el exterior, la bandeja en una mano, la cartera en la otra, parpadeando mientras mira a su alrededor como si no llevara las gafas adecuadas. Recuerdo algo que leí hace un siglo en un manual chequista: una reunión clandestina resulta más auténtica con comida de por medio.

Recuerdo que más o menos en ese punto observé a mis *chers collègues* y no vi en ellos una reacción común aparte de un compartido interés por las dos pantallas planas. Me acuerdo de que al descubrir que mi cabeza era la única que miraba en otra dirección me apresuré a modificar la postura. No recuerdo para nada a Dom. Me acuerdo de que un par de asistentes se removían inquietos por la sala como con síntomas de incomodidad en una obra aburrida, mientras otros cruzaban las piernas y carraspeaban aquí y allá, sobre todo entre los mandarines de la planta alta, Guy Brammel para empezar. Y Marion, siempre indignada, de nuestro Servicio gemelo: vi cómo se marchaba de puntillas a toda prisa, lo cual es una especie de anomalía, porque ¿cómo se apresura uno con la punta de los pies? Pero lo consiguió, con su falda larga y todo, con sus dos abogados-figurantes de traje negro tras ella. A continuación, un breve resplandor cuando las tres siluetas salían por la puerta antes de que los bedeles la cerraran a su paso. Y recuerdo que intenté tragar y no pude, y que sentí náuseas como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago sin haber contraído previamente los músculos. Y luego me lancé a mí mismo una andanada de preguntas sin respuesta que, en retrospectiva, forman parte del proceso seguido por cualquier agente secreto profesional cuando comprende que su informador se la ha dado con queso y se pone a buscar excusas sin encontrar ninguna.

La vigilancia no se abandona porque tú hayas desconectado. El espectáculo continúa. Mis *chers collègues* siguieron. Y yo también. Vi el resto de la película en tiempo real, viviendo en la pantalla sin pronunciar palabra ni hacer el menor gesto que pudiera inhibir la atención de los demás miembros del público; aunque treinta horas después, cuando estaba duchándome, Prue observó que tenía una marca sanguinolenta en la muñeca izquierda, causada por la presión de mis uñas. Rechazó aceptar mi historia de una herida que me había hecho jugando al bádminton y, en un raro momento de acusación, llegó a sugerir que las uñas no eran mías.

Pero yo no sólo *veía* a Ed mientras el resto del espectáculo continuaba. Reconocía cada movimiento suyo con una seguridad desconocida para los presentes en la sala. Sólo yo entendía su lenguaje corporal tanto en la pista de bádminton como en la *Stammtisch*. Sabía cómo podía distorsionarse por cierta cólera interna de la que necesitaba liberarse, cómo se le atragantaban las palabras en la boca cuando pugnaba por pronunciarlas todas a la vez. Y puede que por eso supiera sin ningún género de duda, cuando Percy volvió a pasar el metraje archivado en el que salía dando traspiés del interior de la cafetería, que con su leve movimiento de cabeza no saludaba a Valentina, sino a Tazio.

Sólo *después* de haber reconocido a Tazio se acercó a Valentina. Y el hecho de que para

entonces Tadzio ya estuviera haciendo mutis de la escena sólo demuestra que, como siempre en situaciones críticas, mis deducciones operativas siguen siendo congruentes. Ed y Tadzio tenían una historia previa. Al presentar a Ed y a Valentina Tadzio había concluido su misión, de ahí su brusca desaparición de la escena, dejándolos tranquilamente sentados uno frente a otro, hablándose como dos extraños que se encuentran juntos, tomando, respectivamente, té y *baguettes* de cheddar y bizcocho de frutas. Así que, resumiendo: un clásico encuentro encubierto, organizado a la perfección —o, como Arkady habría dicho, demasiado perfecto—, y una excelente utilización de una chaqueta vaquera.

Con la banda de sonido no era distinto. En eso también tuve ventaja sobre los demás espectadores. Ed y Valentina hablan todo el tiempo en inglés. Valentina lo habla bien pero sigue sin desprenderse de la meliflua cadencia georgiana que tanto encandiló a Arkady hace una década. Había otra cosa en el timbre de su voz, en su acento, que no dejaba de darme la lata como una melodía largo tiempo olvidada, pero cuanto más me esforzaba por localizarla, más esquivaba se volvía.

¿Y la voz de Ed? Ningún misterio. La misma voz desconsiderada que se dirigió a mí en nuestra primera sesión de bádminton: ofendida, malhumorada, turbada y en algún que otro momento francamente grosera. No me olvidaré de ella en lo que me queda de vida.

Gamma y Ed, inclinados hacia delante, hablan cara a cara. A veces apenas se oye a Gamma, la profesional, ni siquiera a través de los micrófonos de la mesa. En cambio, Ed parece incapaz de mantener la voz por debajo de cierto nivel.

GAMMA: ¿Estás tranquilo, Ed? ¿No has tenido preocupaciones ni problemas por el camino?

ED: Estoy perfectamente. Aparte de encontrar un sitio para amarrar la puta bici. Aquí es inútil comprarse una nueva. Te quitan las ruedas antes de que pongas la cadena.

GAMMA: ¿Has visto a alguien que hayas reconocido? ¿Que te haya dado motivos de preocupación?

ED: No, creo que no. En realidad no he mirado. Ya es un poco tarde, de todos modos. ¿Y tú qué tal?

GAMMA: ¿No te llevaste una sorpresa cuando Willi te saludó por la calle? (Willi, con uve, a la alemana). Dice que casi te caes de la bicicleta.

ED: Y que lo digas, coño. Él ahí, parado en la acera, agitando la mano hacia mí. Creí que estaba llamando a un taxi. No se me ocurrió que era de los tuyos. Después de que Maria me mandara a hacer gárgaras, no.

GAMMA: Yo diría que Maria actuó con gran discreción dadas las circunstancias. Tenemos motivos para estar orgullosos de ella, ¿no crees?

ED: Sí, sí, estupendo. Muy hábil todo el mundo. Unas veces no me queréis ver ni en pintura. Otras, Willi me para haciendo señas y me dice en alemán que es amigo de Maria y que tú estás preparada, que estamos de nuevo en marcha y adelante. Un poco desconcertante, la verdad.

GAMMA: Desconcertante, quizá, pero imprescindible. Necesitaba llamar tu atención. Si se hubiera dirigido a ti en inglés puede que lo hubieras tomado por algún borracho de por allí y habrías seguido pedaleando. Sin embargo, espero que aún estés dispuesto a prestarnos ayuda. ¿Eh?

ED: Bueno, alguien tiene que hacerlo, ¿no? No puedes quedarte de brazos cruzados diciendo que algo no va bien pero no es cosa tuya porque es secreto, ¿verdad? Una persona medio decente no puede hacer eso, ¿verdad?

GAMMA: Y tú eres una persona *muy* decente, Ed. Admiramos tu valor, pero también tu discreción.

(Largo silencio. Gamma espera que Ed diga algo. Ed se toma su tiempo.)

ED: Sí, bueno. A decir verdad me sentí muy aliviado cuando Maria me mandó a hacer puñetas. Me quitó un considerable peso de encima, eso es. Aunque no duró mucho. Porque sabes que tienes que actuar si no quieres ser como los demás.

GAMMA: (Nueva voz, vibrante.) Tengo una sugerencia, Ed. (Consultando el móvil.) Interesante, espero. Hasta ahora hemos sido dos extraños que intercambian las cortesías de rigor mientras toman tranquilamente el té. Dentro de un momento me voy a levantar, te voy a dar las buenas tardes y agradecerte nuestra pequeña conversación. Al cabo de dos minutos harás el favor de terminarte la *baguette*, te pondrás despacio en pie y, sin olvidarte de la cartera, irás por la bici. Willi te encontrará y te acompañará a un sitio cómodo donde podremos hablar con calma y en privado. ¿Eh? ¿No te parece mal mi sugerencia?

ED: No, la verdad. Con tal de que no le haya pasado nada a la bici.

GAMMA: Willi te la ha estado vigilando. No la ha atacado ningún vándalo. Adiós, entonces, señor. (Apretón de manos, casi al estilo de Ed.) Siempre es agradable hablar con desconocidos en su país. Sobre todo si son jóvenes y guapos como usted. No se levante, por favor. Adiós.

Se despidе con un gesto y se aleja por el sendero hacia la calle principal. Ed le dice adiós con la mano, da un mordisco a la *baguette*, deja el resto. Da un sorbo de té, consulta el reloj con el ceño fruncido. Lo observamos durante un minuto y cincuenta segundos, con la cabeza gacha, jugueteando con la taza igual que con el vaso de cerveza helada en el *Athleticus*. Si es que lo conozco un poco, intenta decidir si hace lo que le han sugerido o se larga a casa. Al minuto y cincuenta y un segundos agarra la cartera, se pone en pie, se queda pensando, acaba cogiendo la bandeja y a grandes pasos se dirige al cubo de la basura. Deposita los restos de su merienda como buen ciudadano, coloca la bandeja en el montón y, frunciendo el ceño en una nueva reflexión, decide seguir a Valentina por el sendero asfaltado.

El segundo rollo, tal como lo denomino por comodidad, está filmado en el semisótano de Serguei, aunque el durmiente no desempeña papel alguno. Sus órdenes, recibidas por el móvil «sin contaminar» y simultáneamente remitidas de forma encubierta a El Refugio y la Oficina Central, consisten en comprobar una vez más que no haya «indicios de vigilancia hostil» en el parque y desaparecer del mapa. Por tanto, puedo decir sin temor a equivocarme que el equipo de vigilancia ha catalogado a Serguei de prescindible y no se le permitirá el contacto directo con Ed. Por otra parte, dado que ambos se conocen, Tadzio se ocupará de sus necesidades operativas. Pero Tadzio,

como Serguei, tampoco estará presente en la conversación íntima que se producirá entre la suma sacerdotisa de Moscú para todos los traidores occidentales que deseen revelar secretos y mi compañero de bádminton e interlocutor de los lunes, Edward Shannon, en el apartamento del semisótano de Serguei.

GAMMA: Bueno, Ed. Hola otra vez. Estamos solos, en un ámbito seguro y privado, y podemos hablar. En primer lugar he de agradecerte en nombre de todos tu ofrecimiento de ayuda cuando más la necesitamos.

ED: Está bien. Con tal de que verdaderamente sirva de ayuda.

GAMMA: He de hacerte ciertas preguntas obligadas. ¿Me permites? ¿Tienes en tu departamento colegas de ideas afines que te presten asistencia? ¿Almas gemelas a quien también debamos estar agradecidos?

ED: Sólo soy yo. Y no me propongo molestar a nadie por cuestión de material. No quiero tener cómplices, ¿de acuerdo?

GAMMA: Entonces ¿podríamos hablar un poco más, por favor, sobre tu modus operandi? Has dicho muchas cosas a Maria y por supuesto hemos tomado buena nota. ¿Podrías contarme algo más sobre tu particular manejo de la fotocopidora? Has dicho a Maria que a veces te quedas solo en ella.

ED: Sí, bueno, de eso se trata, ¿no? Si el material es lo bastante sensible, tengo que manejarla yo solo. Cuando entro yo, los miembros normales del personal tienen que salir y quedarse fuera. No han pasado del veterinario.

GAMMA: ¿El veterinario?

ED: No han recibido autorización, aún tienen el veto ordinario. Aparte de mí, sólo hay una funcionaria con la debida autorización, de modo que nos turnamos. Ella y yo. Ya nadie confía en los medios electrónicos, ¿verdad? Al menos para el material delicado. Todo son papeles y cosas que se puedan llevar en la mano, como si retrocediéramos en el tiempo. Si tienen que hacerse copias, hay que volver a la vieja fotocopidora de vapor.

GAMMA: ¿De vapor?

ED: Anticuada. Básica. Es una broma.

GAMMA: Y mientras manejabas la fotocopidora de vapor fue cuando echaste el primer vistazo a los documentos llamados *Jericó*, ¿no es así?

ED: Más que un vistazo. Como un minuto o así. La máquina se atascó. Me quedé allí parado, mirándolo.

GAMMA: ¿Así que ése fue tu momento de epifanía, por decirlo así?

ED: ¿De qué?

GAMMA: De revelación. De iluminación. El momento en que decidiste dar el paso heroico y ponerte en contacto con Maria.

ED: Pues, bueno, yo no sabía que iba a ser *Maria*, ¿verdad? Ella fue con quien me pusieron en contacto.

GAMMA: ¿Decidiste venir a nosotros enseguida, dirías tú, o lo estuviste pensando durante horas o días?

ED: Vi el material y pensé: esto es, joder.

GAMMA: Y el pasaje crucial que viste llevaba el título de Alto Secreto Jericó, ¿no?

ED: Ya dije todo eso a Maria.

GAMMA: Pero yo no soy ella. El pasaje que viste no llevaba destinatario, dijiste.

ED: No podía llevarlo, ¿verdad? Sólo vi un poco. Ni dirección ni firma. Sólo el encabezamiento. Alto Secreto Jericó y la referencia.

GAMMA: Sin embargo, dijiste a Maria que el documento iba dirigido a Hacienda.

ED: Como tenía a un memo del Ministerio a un paso de mí esperando las fotocopias, me pareció evidente que iba destinado a Hacienda. ¿Me estás poniendo a prueba?

GAMMA: Estoy confirmando que, tal como informó Maria, tienes una memoria excelente y no adornas la información para causar mayor efecto. Y la referencia era...

ED: KIM barra uno.

GAMMA: ¿De qué entidad es el símbolo?

ED: Misión de inteligencia conjunta británica, Washington.

GAMMA: ¿Y el dígito uno?

ED: El jefe o la jefa del equipo británico. ¿Quién, si no?

GAMMA: ¿Sabes cómo se llama esa persona?

ED: No.

GAMMA: Eres absolutamente genial, Ed. Maria no ha exagerado. Te agradezco tu paciencia. Somos gente precavida. ¿Tienes teléfono móvil, por casualidad?

ED: Le di mi número a Maria, ¿no?

GAMMA: Dámelo otra vez a mí, por seguridad.

(Ed entona con voz cansina un número. Gamma lo apunta despacio en su agenda.)

GAMMA: ¿Te permiten tener el móvil en la zona de trabajo?

ED: Imposible. Hay que dejarlo a la entrada. Todos los objetos metálicos. Llaves, plumas, monedas. Hace un par de días me hicieron quitarme los puñeteros zapatos.

GAMMA: ¿Porque sospechaban de ti?

ED: Porque era la semana de los auxiliares. La anterior fue la de los superiores jerárquicos.

GAMMA: A lo mejor podemos proporcionarte un dispositivo indetectable que toma fotografías pero no es metálico y no se parece a un teléfono inteligente. ¿Te gustaría eso?

ED: No.

GAMMA: ¿No?

ED: Eso son cosas de espías. Yo no estoy en eso. Ayudo a la causa cuando me apetece. Eso es lo único que hago.

GAMMA: También diste a Maria otros documentos procedentes de vuestras embajadas en Europa que no estaban protegidos por códigos.

ED: Sí, bueno, sólo era para que supiese que no era una especie de timador.

GAMMA: Pero clasificados «secretos», de todos modos.

ED: Sí, claro, tenían que estarlo, ¿no? Si no, yo podría haber sido cualquiera.

GAMMA: ¿Y nos has traído hoy material de la misma clase? ¿Es eso lo que llevas en tu imponente cartera?

ED: Willi me dijo «trae lo que puedas», así que eso he hecho.

(Largo silencio antes de que Ed, con evidente reticencia, desabroche las hebillas de la cartera, saque una carpeta marrón normal, se la ponga sobre las piernas, la abra y se la pase a ella.)

ED: (Mientras Gamma lee.) No es útil, no lo voy a buscar. Eso también se lo puedes decir.

GAMMA: Está claro que la prioridad para todos nosotros es el material codificado como Jericó. Para esas otras posibilidades, tendré que consultar con mis colegas.

ED: Bueno, sólo que no les digas de dónde lo has sacado, eso es todo.

GAMMA: Y documentos de *esa* clasificación, simplemente secretos, sin codificar..., ¿podrás traernos copias sin problema?

ED: Sí. Bueno. Mejor a la hora de comer.

(Ella saca del bolso un teléfono móvil, fotografía doce páginas.)

GAMMA: ¿Te ha dicho Willi quién soy?

ED: Me ha dicho que ocupas un lugar destacado en la jerarquía. Una especie de pez gordo.

GAMMA: Willi tiene razón. Soy un pez gordo. Sin embargo, para ti soy Anette, danesa, profesora de lengua inglesa de enseñanza secundaria, residente en Copenhague. Nos conocimos cuando estudiabas en Tubinga. Estábamos en el mismo curso de verano de cultura alemana con una beca. Soy tu mujer mayor, estoy casada y eres mi amante secreto. De cuando en cuando vengo a Inglaterra y aquí es donde hacemos el amor. Es un piso que me presta *Markus*, mi amigo periodista. ¿Me escuchas?

ED: Pues claro que te escucho. Joder.

GAMMA: No tienes por qué conocer en persona a Markus. Es el inquilino de este piso. Eso es todo. Sin embargo, cuando no podamos vernos, aquí será donde depositarás los documentos o cartas siempre que pases

con la bicicleta, y Markus, como buen amigo, se ocupará de que nuestra correspondencia sea absolutamente privada. Es lo que llamamos una *leyenda*. ¿Te satisface esta leyenda, o quieres que discutamos alguna otra?

ED: Me parece bien. Sí. Adelante.

GAMMA: Nos gustaría recompensarte, Ed. Quisiéramos expresarte nuestro agradecimiento. Económicamente o del modo que prefieras. Podemos ponerte unos ahorrillos en otro país para que puedas reclamarlos algún día. ¿Eh?

ED: No me hace falta, gracias. Me pagan bastante bien. Además, tengo algunas reservas. (Una torpe sonrisa.) Las cortinas cuestan bastante. Un baño nuevo. Te lo agradezco igualmente, pero no, gracias. ¿Vale? Así que eso está arreglado. En realidad, no vuelvas a mencionarlo.

GAMMA: ¿Tienes una novia guapa?

ED: ¿Qué tiene que ver eso?

GAMMA: ¿Comparte tus simpatías?

ED: En su mayor parte. A veces.

GAMMA: ¿Sabe que estás en contacto con nosotros?

ED: Creo que no.

GAMMA: A lo mejor podría ayudarte. Actuar de intermediaria. ¿Dónde piensa que estás ahora?

ED: Camino de casa, supongo. Vive su propia vida, igual que yo.

GAMMA: ¿Tiene un trabajo parecido al tuyo?

ED: No. En absoluto. Ni siquiera se le pasaría por la cabeza, nunca.

GAMMA: ¿A qué se dedica?

ED: Bueno, cállate y déjala en paz, ¿te importa?

GAMMA: Claro que no. ¿Y no has llamado la atención?

ED: ¿Cómo iba a hacer algo así?

GAMMA: ¿No has robado dinero a tus jefes, no mantienes una relación amorosa prohibida, como la nuestra? (Espera a que Ed capte la broma. Por fin la entiende y logra esbozar una sonrisa forzada.) ¿No has discutido con tus jefes, no te consideran subversivo ni indisciplinado, no eres objeto de alguna investigación interna como resultado de cosas que hayas hecho o dejado de hacer? ¿No son conscientes de que te opones a sus políticas? ¿No? ¿Sí?

(Ed ha vuelto a recluirse en sí mismo. Tiene el ceño fruncido en un gesto sombrío. Si Gamma lo conociera mejor, esperaría pacientemente a que saliera de nuevo a la superficie.)

GAMMA: (En tono de broma.) ¿Me estás ocultando algo embarazoso? Somos personas tolerantes. Tenemos una larga tradición de humanismo.

ED: (Al cabo de una nueva reflexión.) Sólo soy un tipo *corriente*, ¿vale? No hay muchos como yo por ahí, si

quieres mi opinión personal. Todos los demás ni se mojan la punta de los pies esperando que alguien haga algo. Yo lo estoy haciendo. Ni más ni menos.

El perro Staffordshire de porcelana es la señal de seguridad, le dice ella; o creo que le dice, porque se me están taponando los oídos. Si no hay perrito en la ventana, hay que abandonar. O a lo mejor le dice que significa que puede entrar. El cartel de NUCLEARES NO quiere decir «tenemos un mensaje muy importante para ti». O puede que diga que lo tendrán la próxima vez que pase o, si no: «no vuelvas a pasar por aquí». Las buenas prácticas del oficio requieren que el agente se marche primero. Ed y Valentina están uno junto a otro. Ed parece estar en las nubes, muy cansado y abatido, con el aspecto que solía tener cuando yo aún era capaz de ganarle en un encuentro de vida o muerte de siete juegos antes de sentarnos con las cervezas. Valentina le coge la mano entre las suyas, lo atrae hacia ella y le da un decidido beso en cada mejilla, pero se abstiene del tercero que suelen dar los rusos. Ed accede de mala gana. Una cámara exterior lo recoge mientras sube la escalera de hierro, cartera en mano. Una cámara aérea observa cómo quita la cadena de la bicicleta, coloca la cartera en la cesta delantera y pedalea en dirección a Hoxton.

Se abren las puertas de la sala de Operaciones. Vuelve Marion con sus figurantes. Se cierran las puertas; «luces, por favor». Detrás de las insonorizadas paredes de cristal de su nido de águilas, Percy Price está distribuyendo sus tropas de una forma nada difícil de adivinar: un equipo se queda con Gamma, otro con ED, para «ubicarlo»; sólo vigilancia a distancia. Desde el espacio una voz femenina nos avisa que se ha «marcado satisfactoriamente» al sujeto Gamma, no sabemos con qué. Y por lo visto también a Ed y su bicicleta. Percy está bastante satisfecho.

Las pantallas parpadean y se funden en blanco. Se acabó el lago Windermere en otoño. Marion está en pie, erguida como un miembro de la Guardia Real, al extremo de la larga mesa. Lleva gafas. A cada lado tiene a sus figurantes de traje negro. Respira hondo, alza un documento por la parte derecha y lee en voz alta, pausadamente y con cuidado.

—Lamentamos informaros de que el hombre identificado como *Ed* en el metraje de vigilancia que acabáis de ver es un miembro de mi Servicio con dedicación exclusiva. Se llama Edward Stanley Shannon y es un funcionario de nivel A con autorización de acceso a documentos de alto y máximo secreto. Tiene una licenciatura en Ciencias Informáticas con calificación de notable. Como especialista informático, cobra en la actualidad un salario básico anual de treinta y dos mil libras, con bonificaciones adicionales por horas extraordinarias, fines de semana y conocimientos lingüísticos. Es lingüista de alemán de grado tres asignado a la sección europea de un departamento interservicios altamente clasificado bajo los auspicios de Whitehall. De 2015 a 2017 sirvió en la oficina de enlace en Berlín de su departamento. Ni ahora ni nunca se le ha considerado adecuado para tareas operativas. En la actualidad, sus funciones incluyen la depuración o desinfección de materiales de alto secreto destinados a nuestros socios europeos. De

hecho, ello supone la supresión de documentos secretos en estudio, destinados en exclusiva a Estados Unidos. Algunos de tales documentos podrían considerarse contrarios a los intereses europeos. Tal como Shannon acaba de afirmar de forma correcta en la filmación que acabamos de ver, es uno de los dos especialistas de nivel uno a quienes se les ha confiado la tarea de copiar documentos especialmente sensibles. Shannon ha pasado el nivel de veto ordinario y, con posterioridad, uno de máximo nivel.

Se le han pegado los labios. Los frunce, se los humedece de forma discreta y prosigue:

—En Berlín, Shannon fue protagonista de un episodio atribuido al alcohol y a la ruptura, no deseada por su parte, de una relación amorosa con una alemana. Recibió terapia y se consideró que había recuperado por completo tanto la salud física como la mental. No hay más ejemplos de indisciplina, disidencia ni conducta sospechosa de los que se tenga noticia. En el lugar de trabajo se le considera un solitario. Su inmediato superior lo describe como una persona sin amigos. Está soltero, clasificado como heterosexual, sin pareja conocida en la actualidad. Carece de afiliaciones políticas.

Otra vez se pasa la lengua por los labios.

—Se está realizando una urgente evaluación de daños, en consonancia con una investigación sobre los contactos pasados y presentes de Shannon. En espera del resultado de tales indagaciones, Shannon no deberá saber, en modo alguno, que es objeto de observación. Dados los antecedentes y el carácter cambiante del caso estoy autorizada a declarar que mi Servicio podrá crear un grupo especial de trabajo. Gracias.

—¿Puedo añadir algo a todo eso?

Para mi sorpresa estoy de pie, y Dom alza la cabeza y me mira como si me hubiera vuelto loco. Empiezo a hablar en lo que firmemente creo que es un tono resuelto y relajado.

—Resulta que conozco en persona a ese hombre. Ed. Jugamos al bádminton casi todos los lunes por la tarde. En Battersea, en realidad. Cerca de mi casa. En nuestro club. El Athleticus. Y después del partido solemos tomar unas cervezas. Por supuesto, estaré encantado de ayudar en todo lo que pueda.

Entonces debo de haberme sentado con demasiada brusquedad al tiempo que pierdo la noción de por dónde me ando, porque lo siguiente que recuerdo es que Guy Brammel sugiere que hagamos una breve pausa.

Nunca sabré cuánto tiempo me tuvieron esperando en aquella pequeña sala, aunque no pudo ser menos de una hora, sin nada que leer y sólo la pared pintada de amarillo pastel a la que mirar porque me habían quitado el teléfono de la Oficina. Y a día de hoy aún no sé si estuve sentado o de pie en la sala de Operaciones o sólo dando vueltas sin parar hasta que un bedel me tocó el brazo y me dijo «Si hace el favor de seguirme, señor», sin acabar la frase.

Pero sí recuerdo que había otro bedel esperando a la puerta, y que entre los dos me condujeron al ascensor mientras charlábamos sobre el espantoso calor que soportábamos, y ¿siempre iba a ser así a partir de ahora? Y la expresión *sin amigos* me pasa por la cabeza como una acusación: no porque me sintiera culpable de ser amigo de Ed, sino porque parecía que yo era el único que él tenía, lo que me cargaba de una mayor responsabilidad, pero ¿para qué? Y por supuesto en aquellos ascensores camuflados nunca sabes si subes o bajas, sobre todo si ya tienes el estómago revuelto por propia iniciativa, ahora que me han liberado del cautiverio de la sala de Operaciones sólo para confinarme en otro sitio.

Pero digamos que pasa una hora antes de que el bedel apostado durante todo ese tiempo detrás de la puerta de cristal —Andy, se llama, aficionado al críquet— asome la cabeza y diga «Te toca, Nat» y me conduzca con el mismo espíritu desenfadado a otra sala mucho más amplia, también sin ventanas, ni siquiera falsas, y un círculo de elegantes sillas tapizadas, todas idénticas porque somos un Servicio de iguales, y me dice que me siente en la que quiera porque *los demás* llegarán en un santiamén.

Así que elegí una silla, me senté, apoyé la palma de las manos en el extremo de los brazos del asiento y me puse a pensar en quiénes serían *los demás*. Y creo recordar que en algún momento de mi forzoso traslado de la sala de Operaciones vi a un grupo de gerifaltes murmurando en un rincón con Dom Trench intentando meter baza, como siempre, y recibiendo un «No, tú no, Dom» bastante rotundo de Guy Brammel.

Y en efecto, cuando mis *chers collègues* entraron en fila, Dom no se encontraba entre ellos, lo que me hizo pensar por un instante en su preocupación de que hablara en su favor sobre lo del coche con chófer que había puesto a mi disposición. El primero en entrar fue Ghita Marsden, que me brindó una amable sonrisa y un «hola de nuevo, Nat» presuntamente para tranquilizarme, pero ¿qué quería decir con ese *de nuevo*, como si nos hubiéramos reencarnado? Acto seguido, la ceñuda Marion de nuestro Servicio gemelo y sólo uno de sus figurantes, el más alto y melancólico, que me dijo que nos conocíamos y que se llamaba Anthony antes de estrecharme la mano y casi rompérmela.

—A mí también me gusta jugar al bádmin-ton —me informó, como si eso volviera a poner las cosas en su sitio.

—Estupendo, Anthony. ¿Dónde juegas? —repuse, pero no pareció haberme oído.

Luego Percy Price, clérigo entusiasta, los rasgos bloqueados en un gesto de dureza. Y aquello me estremeció, no tanto porque me había dejado con el saludo en la boca como porque debía de haber delegado el mando de Stardust a alguno de sus muchos lugartenientes para asistir a la reunión. Después, pisando los talones a Percy, Guy Brammel, con una taza de plástico parecida a la de té que Ed llevaba en la bandeja de la cafetería autoservicio y visiblemente a gusto en compañía del diminuto Joe Lavender, personaje gris de la impenetrable sección de Seguridad Interna de la Oficina. Joe llevaba un archivador y recuerdo que le pregunté en tono de broma, sólo por establecer un poco de contacto humano, si los bedeles habían comprobado su contenido, y la respuesta fue una mirada asesina.

Mientras pasaban de uno en uno, intenté averiguar qué tenían todos en común, aparte de la expresión sombría, porque grupos como aquél no se forman por accidente. Ed, como todos sabíamos ya, era miembro de nuestro Servicio gemelo, con lo que si se producían negociaciones enconadas entre servicios el error sería suyo y el descubrimiento nuestro, y al final ellos tendrían que aceptarlo. Por tanto supuse que habría mucho regateo entre servicios para ver quién se quedaba con qué parte del pastel. Y cuando todo eso estuviera resuelto del todo, habría habido uno de esos apuros de última hora para comprobar que el sistema audiovisual de la sala en que nos encontrábamos estaba conectado y en buen funcionamiento, «porque no queremos otra cagada como la de la última vez», cualquiera que haya sido esa última vez,

Entonces, justo cuando por fin todo el mundo está cómodamente sentado, entran mis dos bedeles con la cafetera, las jarras de agua y los sándwiches que nadie ha comido durante la proyección del vídeo, y Andy, el del críquet, me guiña un ojo. Y cuando se marchan, aparece despreocupadamente la espectral figura de Gloria Foxton, la *Über*-psiquiatra de la Oficina, con aspecto de que acaban de sacarla de la cama —donde quizá estuviera en realidad—, y tres pasos detrás de ella, mi conocida Moira de Recursos Humanos con una gruesa carpeta verde que, sospecho, contiene mi expediente, porque lo lleva a propósito con el lado en blanco hacia fuera.

—No tendrás noticias de *Florence* por casualidad, ¿verdad, Nat? —me pregunta en tono de preocupación, parándose a mi lado.

—Ni vista ni oída, me temo, Moira —respondo audaz.

¿Por qué mentí? A día de hoy sigo sin saberlo. No estaba practicando. No me lo había propuesto. No hay nada sobre lo que deba mentir. Entonces, la miro de nuevo y comprendo que sabía la respuesta antes de hacer la pregunta y que estaba comprobando mi sinceridad, cosa por la que me siento aún más estúpido.

—*Nat* —dice Gloria Foxton, con simpatía de psicoterapeuta—, ¿cómo *estamos*?

—Jodidamente mal, Gloria, gracias. ¿Cómo estás *tú*? —contesto alegremente, y recibo una gélida sonrisa para recordarme que la gente en mi situación, cualquiera que sea, no pregunta a los

loqueros cómo están.

—¿Y la querida *Prue*? —pregunta, abundando en los afectos.

—De maravilla. Empleando toda la artillería. Tiene a las grandes farmacéuticas en el punto de mira.

Pero lo que de verdad siento es una oleada de ira injustificada por ciertas sabihondas interpretaciones que hizo hace cinco años cuando, imprudentemente, le pedí consejo en cuestiones relativas a Steff, como: «¿Y no es *posible*, Nat, que al lanzarse en brazos del primer chico que ve en su clase esté llamando la atención de su padre ausente?». Y su ofensa más grave es que quizá tenía razón.

Por fin estamos todos preparados, ya era hora. Entretanto, a Gloria se le han unido dos *Unter*-psiquiatras, Leo y Franzeska, que parecen tener dieciséis años. Por tanto, en total tengo una buena docena de *chers collègues* sentados en semicírculo, cada uno de ellos con una visión clara de mi persona, porque no sé cómo la formación de las sillas se ha modificado y ahora me encuentro solo como el niño del cuadro al que preguntan cuándo ha visto a su padre por última vez, sólo que no me van a preguntar por mi pobre padre, sino por Ed.

Guy Brammel ha decidido lanzar la primera bola, como diría él, lo que tiene cierto sentido porque es abogado de formación y en su mansión de Saint Alban dirige su propio equipo de críquet. A lo largo de los años me ha arrastrado a jugar más de una vez.

—Bueno, Nat —empieza a decir con su risueña voz de oportu y faisán—, me parece que lo que nos cuentas es un caso de puñetera mala suerte. Juegas un partido de bádminton con un tío y resulta que además de ser miembro de nuestro Servicio gemelo es un jodido espía ruso. ¿Por qué no empezamos por el principio y vemos lo que ha pasado? Cómo os conocisteis, qué hicisteis y cuándo, sin omitir ningún detalle por pequeño que sea.

Empezamos por el principio. O empiezo. Sábado por la tarde en el *Athleticus*. Después del partido me estoy tomando una cerveza tranquilamente con mi contrincante indio del otro lado del río en Chelsea. Viene Alice con Ed. Me reta a un partido. Nuestro primer encuentro. Sus referencias nada amistosas a sus jefes; Marion y su figurante observan con atención. Nuestra primera cerveza después del partido en la *Stammtisch*. Ed manifiesta su desprecio por el Brexit y Donald Trump como elementos de un solo mal.

—¿Y tú estabas de acuerdo con todo eso, Nat? —pregunta Brammel en tono bastante amistoso.

—En cierta medida, sí, estaba de acuerdo. Él no era partidario del Brexit. Yo tampoco. Sigo sin serlo. Como la mayoría de los presentes en la sala, supongo —replico en tono categórico.

—¿Y Trump? —prosigue Brammel—. ¿También te mostraste de acuerdo con él sobre Trump?

—Mira, Guy, joder. Trump tampoco es precisamente el hombre del momento en este sitio, ¿no? Ese tío es una puñetera bola de demolición.

Miro a mi alrededor en busca de apoyo. No hay que esperarlo, pero me niego a arrugarme. No

importa mi reciente paso en falso con Moira. Soy un veterano. Estoy entrenado en estas cosas. Se las he enseñado a mis agentes.

—En lo que se refiere al vínculo entre Trump y Putin, para Shannon es un pacto del diablo — prosigo, mostrándome intrépido—. Todo el mundo se ha confabulado contra Europa y a él no le gusta eso. Siente el gusanillo de lo alemán.

—Así que te reta a un partido —insiste Guy Brammel desechando mi parloteo con un gesto—. Se ha tomado muchas molestias para llegar hasta ti, y ahí lo tienes.

—Resulta que soy el campeón de individuales del club. Había oído hablar de mí y le interesaba tantear sus posibilidades —le digo, defendiendo mi dignidad.

—¿Te siguió la pista, recorrió Londres de punta a punta en su bici, estudió tu juego?

—Puede haberlo hecho.

—Y te desafió *a ti*. A nadie más. No a tu contrincante de Chelsea con el que acababas de jugar, que le podía haber servido. Tenías que ser tú.

—Si el individuo de Chelsea, como tú lo llamas, me hubiera ganado, seguro que Shannon le habría desafiado a él en vez de a mí —declaro sin mucha veracidad, pero hay algo en el tono de Guy que empieza a molestarme.

Marion le pasa un trozo de papel. Se pone las gafas de lectura y lo examina con parsimonia.

—Según la recepcionista del *Athleticus*, desde el día en que Shannon te desafió no has jugado con nadie más. Os habéis convertido en pareja. ¿Es correcta la descripción?

—En pareja de *contrincantes*, si no te importa.

—De acuerdo. De contrincantes.

—Estábamos bastante igualados, jugaba bastante bien, y ganaba o perdía con elegancia. No abundan los jugadores con estilo.

—No lo dudo. Pero te hiciste amiguete del tío. Bebíais juntos.

—Exageras, Guy. Jugábamos nuestro partido habitual y después nos tomábamos una cerveza.

—Todas las semanas, en ocasiones hasta dos veces por semana, lo que es tener ganas incluso para un chalado del ejercicio como tú. Y *charlabais*, dices.

—Eso digo.

—¿Cuánto tiempo pasabais *charlando*? ¿Mientras tomabais la cerveza? Todos los lunes a última hora, aunque fuese tarde.

—Media hora. Una hora, quizá. Dependiendo de nuestro estado de ánimo.

—¿Dieciséis, dieciocho horas en total? ¿Veinte? ¿O veinte son demasiadas?

—Podrían haber sido veinte. ¿Qué más da?

—Un tipo autodidacta, ¿no?

—En absoluto. Fue al instituto.

—¿Le dijiste a qué te dedicabas?

—No digas estupideces, coño.

—¿Qué le *dijiste*?

—Le solté que era un hombre de negocios que había vuelto del extranjero y andaba en busca de alguna oportunidad.

—¿Y crees que se lo tragó?

—No mostró curiosidad, y fue igualmente vago en lo que se refería a su trabajo. Medios de comunicación, no dio explicaciones. Ni yo tampoco.

—¿Y sueles pasar veinte horas hablando de política con parejas de bádminton que tienen la mitad de años que tú?

—Si juegan bien y son interesantes, ¿por qué no?

—Te he preguntado si hablas de eso. No por qué.

—Si juegan bien y tienen algo que decir, ¿por qué no?

—Lo que estoy tratando de establecer, y no se trata de una cuestión complicada, es si has hablado de política largo y tendido con contrincantes de bádminton de edad parecida.

—He jugado con ellos. Y luego me he tomado una cerveza con ellos.

—¿Pero no con la regularidad con la que has jugado, bebido y charlado con Edward Shannon?

—Probablemente, no.

—Y tú no tienes hijos. O no tienes ninguno que nosotros sepamos, habida cuenta de tus prolongadas estancias en el exilio exterior.

—No.

—¿Y ninguno de forma extraoficial?

—No.

—Joe —dice Brammel, volviéndose hacia Joe Lavender, estrella de la seguridad interna—, tenías un par de preguntas.

Joe Lavender tiene que esperar turno. Un mensajero shakespeariano ha aparecido de pronto en la persona del segundo figurante de Marion. Con permiso de Guy, quisiera hacerme una pregunta urgente que acaba de recibir del equipo de investigación de su Servicio. Está escrita en una estrecha tira de papel que sujeta entre los dedos de sus dos enormes manos.

—¿Eras consciente *personalmente*, Nat —señala con agresiva nitidez—, o en algún momento de tus múltiples *conversaciones* con Edward Stanley Shannon llegó a tu conocimiento el hecho de que su madre, Eliza, tiene antecedentes como *manifestante* habitual y *activista pro derechos civiles* en un amplio ámbito de *cuestiones pacifistas* y similares?

—No, *no llegó a mi conocimiento* nada de eso —replico, sintiendo que monto en cólera a pesar de mis mejores propósitos.

—Y tu señora esposa, según nos han comunicado, también es una sólida defensora de los derechos humanos fundamentales, dicho sea sin ánimo de ofender. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí. Muy sólida.

—Algo digno de aplauso, seguro que en eso coincidimos todos. ¿Podría entonces *preguntar* si,

que tú sepas, ha habido conversaciones o *comunicación* de algún tipo entre Eliza Mary Shannon y tu señora esposa?

—Que yo sepa, no han existido conversaciones ni comunicación de ningún tipo entre ellas.

—Gracias.

—Un placer.

Sale el mensajero restante.

Sigue un periodo de preguntas y respuestas aleatorias, una especie de batalla campal que permanece confusa en mi memoria, mientras mis *chers collègues* tratan por turno de «ajustar los elementos fundamentales» de la historia de Nat, tal como lo indica amablemente Brammel. Se produce un silencio y Joe Lavender toma finalmente la palabra. Su voz no deja huellas, carece de orígenes sociales o regionales. Es un acento sin hogar, quejumbroso, nasal.

—Quisiera insistir en ese primer momento en que Shannon te capta en el *Athleticus* —insinúa.

—¿Podríamos decir que me *desafía*, si no te importa?

—Y tú, para no hacerle quedar mal, según has dicho, aceptaste el reto inmediatamente. Como miembro cualificado de este Servicio, ¿te fijaste *entonces* o recuerdas ahora a algún extraño que estuviera de pasada en el bar, socios nuevos, *invitados* de socios del club, que manifestaran más interés de lo normal en vuestro encuentro?

—No.

—Me han dicho que el club está abierto al público. Los socios pueden llevar invitados. Y los invitados pueden tomarse una copa en el bar siempre y cuando vayan acompañados por un socio. ¿Me estás diciendo con toda seguridad que el acercamiento de Shannon a ti...?

—Desafío.

—¿... que el desafío de Shannon no estaba cubierto de algún modo por partes interesadas? Como es natural, iremos al club con algún pretexto para extraer el videometraje que tengan.

—Ni observé entonces ni recuerdo ahora a nadie que manifestara más interés de lo normal.

—Si eran profesionales, no debieron de demostrarlo, ¿verdad? Aunque no lo habrías notado.

—Había un grupo divirtiéndose en el bar, pero eran rostros conocidos. Y no te molestes en buscar metraje. No hemos instalado cámaras.

Joe abre desmesuradamente los ojos en fingida sorpresa.

—¡Ah! ¿No hay *video*? Santo cielo, eso es un poco raro en estos días, ¿no? Un sitio grande, un montón de idas y venidas, dinero que cambia de manos, pero no hay cámaras.

—Por decisión del comité.

—Tú eres miembro del comité, según nos han dicho.

—¿Apoyaste la decisión de no instalar vídeo?

—Sí, la apoyé.

—¿No sería porque, junto con tu mujer, no apruebas el estado policial?

—¿Te importa dejar a mi mujer al margen de esto?

¿Me ha oído? Por lo visto, no. Está ocupado.

—Entonces ¿por qué no lo registraste? —pregunta, sin molestarse en alzar la vista del archivo abierto que tiene sobre las piernas.

—¿A quién?

—A Edward Shannon. A tu cita de bádminton semanal y, en ocasiones, dos veces por semana. Las normas del Servicio requieren que informes a Recursos Humanos de todos los contactos habituales con personas de *cualquier sexo* con independencia del carácter de la *actividad*. Los registros de tu Athleticus Club nos dicen que te has reunido con Shannon al menos en catorce ocasiones distintas a lo largo de un periodo de tiempo bastante seguido. Me pregunto por qué no lo has registrado.

Logro esbozar una tranquila sonrisa. A duras penas.

—Mira, Joe, calculo que a lo largo de los años he jugado con unos doscientos oponentes, y con algunos, vaya, ¿veinte, treinta veces? Ni me imagino que pretendas que estén todos registrados en mi expediente personal.

—¿Es que *decidiste* no registrar a Shannon?

—No fue cuestión de decidir. Es que la idea ni siquiera se me pasó por la cabeza.

—Lo plantearé de una forma *ligeramente* distinta, si me permites. Entonces quizá me des una respuesta sensata. ¿Fue, sí o no, una decisión consciente por tu parte el hecho de *no* registrar a Edward Shannon como conocido y compañero de juegos?

—Contrincante, si no te importa. No, el hecho de no registrarlo no fue una decisión consciente.

—Porque, ya ves, resulta que llevas meses confraternizando con un *espía* ruso identificado a quien no llegaste a registrar. El «ni siquiera se me pasó por la cabeza» no es explicación suficiente.

—Yo no *sabía* que era un puñetero espía ruso, Joe. ¿Vale? Y tampoco tú, por lo visto. Como tampoco lo sabía el Servicio para el que trabaja. ¿O me equivoco en eso, Marion? Quizá *tu* Servicio sabía desde el principio que era un espía ruso y no pensasteis en decírnoslo —sugiero.

Mi ocurrencia no recibe atención. Sentados en semicírculo a mi alrededor, mis *chers collègues* están muy ocupados mirando sus portátiles, o a ningún sitio en particular.

—¿Lo has invitado a tu casa alguna vez, Nat? —pregunta Joe, como quien no quiere la cosa.

—¿Por qué demonios habría de invitarlo?

—¿Por qué no? ¿No te apetecía presentárselo a tu mujer? A una señora tan radical como ella es el tipo de persona que podría interesarle, creo yo.

—Mi mujer es una persona ocupada, abogada de cierta categoría —replico acalorado—, y no tiene tiempo ni interés en que le presenten a todo aquel que juega conmigo al bádminton. No es radical, según la caracterizas tú, ni desempeña papel alguno en esta historia, así que te lo repito: déjala en paz, por favor.

—¿Te ha invitado Shannon alguna vez a su casa?

Ya había tenido suficiente.

—Entre tú y yo, Joe, nos contentábamos con mamadas en el parque. ¿Es eso lo que quieres que te diga? —Me vuelvo hacia Brammel—: ¡Por amor de Dios, Guy!

—¿Sí, muchacho?

—Si Shannon es un espía ruso, cosa que según todos los indicios parece ser, dime qué hacemos en esta sala con el culo pegado al asiento y hablando de *mí*. Demos por supuesto que me ha engañado. Porque me la ha jugado, ¿no? De principio a fin. Igual que nosotros hemos engañado a su Servicio y a todos los demás. ¿Por qué no nos planteamos cuestiones como quién lo descubrió, quién lo reclutó, si fue aquí, en Alemania o en otro sitio? ¿Y quién es esa *Maria* que no hace más que salir? ¿La *Maria* que fingió echarlo a patadas?

Sin otra cosa que un leve movimiento de cabeza, Guy Brammel prosigue su línea de interrogatorio.

—Mal genio tiene, ¿eh?, ese cabrón tuyo —observa.

—¿Mi cabrón?

—Shannon.

—Tiene arranques de vez en cuando, como todos. Pero se le pasan enseguida.

—Pero ¿por qué lo manifiesta tanto con Gamma, precisamente? —se queja—. Se ha tomado muchas molestias para establecer contacto con los rusos. En mi opinión, lo primero que pensó el Centro de Moscú es que era un colgado. Nadie se lo podría reprochar. Luego reflexionaron un poco sobre él y decidieron que era una mina de oro. Tazio lo para en la calle, le da la buena noticia y enseguida aparece Gamma disculpándose del comportamiento de *Maria* y más que dispuesta a tratar con él. Así que, ¿por qué esa cara tan larga? Debería estar loco de contento. Haciendo como si no supiera lo que significa *epifanía*. ¿A qué viene eso? Todo el mundo tiene su epifanía en estos tiempos. No puedes cruzar la puñetera calle sin que te cuenten la epifanía de alguien.

—A lo mejor no le gusta lo que está haciendo —sugiero—. Por todo lo que me dijo, quizá siga teniendo expectativas éticas por parte de Occidente.

—¿Qué coño tiene que ver eso?

—Simplemente se me ha pasado por la cabeza que su lado puritano pueda creer que Occidente necesita un castigo. Nada más.

—A ver si lo entiendo. ¿Me estás diciendo que está cabreado con Occidente sólo porque no está a la altura de sus expectativas éticas?

—He dicho *quizá*.

—Así que se pone a trabajar con Putin, que no sabría lo que es la ética ni aunque se la metieran por el culo. ¿O no te he entendido bien? Curiosa forma de puritanismo, la verdad. Tampoco es que yo sea un experto.

—Era una idea de pasada. No creo que sea eso lo que esté haciendo.

—Entonces ¿qué coño crees *tú*?

—Lo único que puedo asegurarte es que ése no es el individuo que conozco. Que conocía.

—¡Nunca *es* el individuo que conocemos, por amor de Dios! —estalla Brammel, indignado—. Si un traidor no nos deja petrificados de sorpresa, es que no se le da bien su puto trabajo. ¿O no? Tú deberías saberlo mejor que nadie. Has controlado a unos cuantos traidores en tu época. No iban por ahí anunciando sus opiniones subversivas a todo hijo de vecino. O si lo hacían, no duraban mucho. ¿No es así?

Fue en ese momento —llámese frustración, desconcierto o el involuntario despertar del instinto de protección— cuando me sentí obligado a hacer una declaración en favor de Ed que, de haber tenido la cabeza más despejada, me la habría pensado dos veces.

Elegí a Marion:

—Me estoy preguntando, Marion —le digo, adoptando el tono especulativo, más académico, de uno de los colegas de Prue en el bufete—, si Shannon ha cometido algún delito en sentido *jurídico*. Toda esa charla de documentos de alto secreto que asegura haber visto *de pasada*. ¿Es realidad lo que destilan sus palabras o pura fantasía? Parece que el otro material que ofrece es sólo para establecer sus credenciales. A lo mejor ni siquiera está clasificado, o no lo está de una forma importante. Así que lo que digo es, ¿no sería mejor que lo cogierais, le leyerais la cartilla y lo mandarais al psiquiatra, y así os ahorraríais un montón de molestias?

Marion se vuelve hacia el figurante que casi me rompe la mano al estrechármela. Primero se me queda mirando, como maravillado.

—¿Estás hablando en serio? —me pregunta.

Le respondo firmemente que nunca en la vida he hablado más en serio.

—Entonces, permíteme citar, por favor, el apartado tres de la Ley de Secretos Oficiales de 1989, que dispone lo siguiente: «Toda persona que sea o haya sido funcionario o contratista de la Corona será culpable de delito cuando, *sin autoridad legítima*, revelara alguna información, documento u otro material que resulte *perjudicial en lo que se refiere a las relaciones internacionales*». También tenemos, *por escrito*, el solemne juramento de Shannon de que no divulgará secretos de Estado, además de su conocimiento de lo que le ocurrirá si lo hace. En conjunto yo diría que nos enfrentamos a un juicio muy breve en tribunal secreto que concluirá con una sentencia de prisión de diez a doce años, seis con remisión de pena, además de asistencia psiquiátrica gratuita si lo requiere, lo que francamente consideraría tarea de tontos.

En la desierta sala de espera me he jurado a mí mismo en la hora larga que llevo sentado a solas que permanecería tranquilo y no perdería la paciencia. Acepta los hechos, no dejes de repetirme. Asímalos. No van a desaparecer cuando te despiertes. Ed Shannon, el cándido socio nuevo del Athleticus, tan tímido que necesita que Alice le haga las presentaciones, es un reconocido miembro de nuestro Servicio gemelo y espía ruso por iniciativa propia. Y por motivos aún por explicar, en un momento dado te va a buscar. Estupendo. Clásico. Matrícula de honor. Un trabajo

de primera. Cultiva mi amistad, me halaga, me maneja a su antojo. Y está claro que lo *sabía*. Sabía que era un agente veterano posiblemente resentido y por tanto a punto de caramelo.

¡Así que halágame, por amor de Dios, cultívame como futura fuente! ¡Y cuando me hayas trabajado bien lánzate y hazme proposiciones o entrégame a tus controladores rusos para que se ocupen de mi desarrollo! Entonces ¿por qué no lo has hecho? ¿Dónde están las señales de cortejo que acompañan al reclutamiento de un agente? ¿Acaso han existido alguna vez? ¿Cómo va tu sólido matrimonio, Nat? Nunca me lo has preguntado. ¿Tienes deudas, Nat? ¿Te sientes menospreciado, Nat? ¿Han ascendido a otros pasando por encima de ti? ¿Te han birlado gratificaciones, la pensión? Ya sabes lo que proclaman los preparadores. *Todo el mundo tiene algo. ¡El trabajo del reclutador es encontrarlo!* ¡Pero tú ni siquiera lo has intentado, coño! Nunca me has sondeado, no has ido más allá de la periferia de las cosas. Nunca has llegado a arriesgarte.

¿Y cómo *podrías* correr riesgos cuando lo único que has hecho desde que nos encontramos ha sido pontificar con tus obsesiones políticas, sin que yo pudiera meter baza aunque quisiera?

Mi petición de clemencia para Ed no ha sentado muy bien a mis *chers collègues*. No importa. Me he recuperado. Estoy tranquilo. Guy Brammel hace un leve movimiento de cabeza hacia Marion, que ha manifestado su deseo de hacer preguntas al acusado.

—Nat.

—Marion.

—Antes has dado a entender que ni Shannon ni tú teníais la menor idea de en qué trabajaba el otro. ¿Cierto?

—Me temo que eso no es cierto en absoluto, Marion —replico con desenfado—. Teníamos ideas muy *claras*. Ed trabajaba en un imperio de medios de comunicación que odiaba, y yo exploraba oportunidades de negocio al tiempo que echaba una mano a un antiguo socio comercial.

—¿Te *dijo* Shannon específicamente que trabajaba en un imperio de medios de comunicación?

—No con esas palabras. Me *dio a entender* que seleccionaba contenidos de artículos de prensa para pasarlos a los clientes. Y sus jefes eran..., bueno..., del todo insensibles a sus propias aspiraciones —añado con una sonrisa, más consciente que nunca de la importancia de que haya buenas relaciones entre nuestros dos Servicios.

—Así que, teniendo en cuenta tu historia hasta el momento —prosigue—, ¿sería justo decir que el vínculo entre vosotros dos dependía de supuestos falsos sobre vuestras respectivas identidades?

—Si quieres decirlo así, Marion... En realidad, no era ningún problema.

—¿Porque ambos aceptabais a ciegas la cobertura del otro, quieres decir?

—A ciegas es exagerar un poco. Los dos teníamos buenas razones para no mostrarnos inquisitivos.

—Nuestros investigadores nos han comunicado que Edward Shannon y tú tenáis taquillas alquiladas en el vestuario de caballeros del Athleticus. ¿Es correcto? —pregunta, sin pausa ni disculpa.

—Bueno, no esperarás que *compartiéramos* una, ¿verdad? —No hay respuesta, pero tampoco la carcajada que esperaba. Y continúo, imaginándome a la pobre Alice, a la que habrán levantado de la cama para consultar sus registros a esta hora infame—: Ed tiene una taquilla y yo tengo otra. Correcto.

—¿Con llave? —pregunta Marion—. Te pregunto si las taquillas tienen *llave* en lugar de combinación.

—Llave, Marion. Todas con llave —confirmo, recobrándome de una breve falta de concentración—. Pequeña, plana; del tamaño de un sello de correos.

—¿Llave que os guardabais en el bolsillo mientras jugabais?

—Tienen una cinta —contesto mientras me vuelve de pronto la imagen de Ed en los vestuarios, preparándose para nuestro primer encuentro—. O bien quitas la cinta y te guardas la llave en el bolsillo, o la dejas y te la pones al cuello. Cuestión de moda. Ed y yo quitábamos la cinta.

—¿Y os guardabais la llave en el bolsillo del pantalón?

—En mi caso, en el bolsillo *lateral*. El de atrás lo reservo para la tarjeta de crédito cuando voy al bar, junto con un billete de veinte libras por si me da por pagar al contado y tener monedas para el aparcamiento. ¿Contesta eso a tu pregunta?

—Por supuesto que no. Según tu historial operativo, en el pasado te has servido de tu destreza al bádminton como medio para reclutar al menos a un agente ruso y comunicarte con él de forma encubierta intercambiando raquetas idénticas. Y por eso has recibido distinciones. ¿Digo bien?

—Dices bien, Marion.

—De modo que no sería una *hipótesis descabellada* —prosigue— suponer que, si así te sintieras inclinado, te encontrarías en una posición ideal para facilitar a Shannon información secreta de tu propio Servicio por los mismos medios encubiertos.

Paseo despacio la mirada por el semicírculo. Los rasgos normalmente amables de Percy Price siguen contraídos. Igual que los de Brammel, Lavender y los dos figurantes de Marion. Gloria ha ladeado la cabeza, como si hubiera renunciado a escuchar. Sus dos *Unter*-psiquiatras están inclinados hacia delante, en tensión, con las manos cruzadas sobre las piernas en una especie de interacción biológica. Ghita, con la espalda muy derecha, como una niña bien educada sentada a la mesa. Moira mira por la ventana, sólo que no hay ninguna.

—¿Alguno de los presentes apoya esa feliz conjetura? —pregunto, mientras el sudor de la ira me corre por las costillas—. Según Marion soy el subagente de Ed. Le paso secretos para su consiguiente transmisión a Moscú. ¿Es que todos nos hemos vuelto locos, joder, o soy sólo yo?

Nadie responde. No lo esperaba. Nos pagan por pensar de forma creativa, y eso es lo que estamos haciendo. A lo mejor la hipótesis de Marion no es tan descabellada después de todo,

«sabe Dios que el Servicio ha tenido una buena cuota de manzanas podridas en el pasado. A lo mejor Nat es otra».

Pero Nat no lo es. Y Nat necesita decírselo en términos sencillos.

—Vale. Contestadme a esto. ¿Por qué un funcionario europeísta iba a ofrecer secretos británicos de forma gratuita precisamente a Rusia, entre todos los países del globo, un país que, a su juicio, está gobernado por un déspota antieuropeo en pleno auge llamado Vladimir Putin? Y mientras no podáis contestar a esta pregunta vosotros mismos, ¿por qué coño me tomáis a mí como chivo expiatorio, sólo porque Shannon y yo jugamos unos cuantos partidos de bádminton y luego charlamos de chorradas políticas mientras trasegamos unas cervezas?

Y como si se me acabara de ocurrir, aunque sin sopesarlo:

—Ah, y a propósito, ¿puede decirme alguien de qué va *Jericó*? Sé que está protegido por un código, que no hay que hablar de él y que no tengo autorización. Pero tampoco la tenía Maria, ni Gamma ni posiblemente el Centro de Moscú. Ni Ed, por supuesto. Así que tal vez podríamos hacer una excepción en este caso en concreto, porque a juzgar por lo que sabemos *Jericó* fue lo que le fundió los plomos a Ed y lo que le hizo acabar en brazos de Maria y luego de Gamma. ¡Y sin embargo aquí estamos sentaditos, *todavía*, haciendo esfuerzos para que nadie pronuncie esa jodida palabra!

Lo saben, pienso. En esta habitación todo el mundo sabe lo que es *Jericó* menos yo. Olvidalo. Son tan ignorantes como yo y están conmocionados porque he mencionado lo inmencionable.

Brammel es el primero en recuperar la facultad del habla.

—Necesitamos que nos lo expliques otra vez, Nat —proclama.

—¿Explicar *qué*?

—La concepción del mundo de Shannon. Un resumen de su motivación. Toda la mierda que te ha soltado sobre Trump, Europa y el universo, que parece haberte tragado sin respirar.

Me oigo desde lejos, como parece que lo oigo todo. Tengo cuidado en decir Shannon, no *Ed*, aunque de vez en cuando me equivoco. Explico lo de Ed con el Brexit. Explico lo de Ed con Trump, y ya no estoy seguro de cómo pasar de uno a otro. Por prudencia, todo lo cargo sobre los hombros de Ed. Al fin y al cabo, es su concepción del mundo la que quieren, no la mía.

—En lo que respecta a *Shannon*, Trump actúa como abogado del diablo del todo demagogo y cleptócrata de pacotilla a lo largo y ancho del globo —declaro con mi tono más superficial—. Como persona, Trump es una nulidad absoluta, en opinión de Shannon. Un demagogo. Pero como síntoma de lo que habita entre la maleza del mundo, esperando que lo despierten, es el diablo en persona. Una visión simplista, cabría decir, no la de todo el mundo, ni mucho menos. Pero muy sentida a pesar de todo. En particular si se es un europeísta obsesivo. —Y añadido con firmeza, como si no hubiera establecido una diferencia lo bastante clara entre los dos—: Y *Shannon* lo es.

Como si acabara de acordarme de algo, suelto una carcajada que resuena de forma extraña

entre el silencio de la sala. Escojo a Ghita. Es la más segura.

—No te lo vas a creer, Ghita, pero Shannon llegó en efecto a decirme una noche que era una lástima que en Estados Unidos todos los magnicidas procedieran de la derecha. ¡Ya era hora de que la izquierda se hiciera con algún sicario!

¿Puede ser más hondo el silencio? Éste sí.

—¿Y se lo dejaste pasar? —pregunta Ghita en nombre de toda la sala.

—Con sentido del humor, de manera informal, tomando una cerveza, sin llevarle la contraria, por deducción, como suele hacerse, convine en que el mundo estaría mejor sin Trump. Ni siquiera estoy seguro de que dijera *asesinato*. Quizá que lo *liquidaran* o *eliminaran*.

No había observado la botella de agua a mi lado. Ahora la veo. La Oficina sirve sólo agua del grifo, por cuestión de principios. Si está embotellada viene de las alturas. Me sirvo un vaso, bebo un buen trago y apelo a Guy Brammel como la última persona razonable.

—¡Joder, Guy!

No me oye. Está enfrascado en su iPad. Al fin alza la cabeza:

—Escuchad todo el mundo. Órdenes de arriba. Nat, tienes que irte *ahora* a casa y quedarte en Battersea. Espera una llamada esta tarde, a las seis. Hasta entonces, no podrás salir. Ghita, tú te harás cargo de El Refugio con efecto inmediato: agentes, operaciones, el equipo, todo el asunto. A partir de ahora El Refugio ya no dependerá de General Londres sino que se asignará de forma temporal al Departamento Rusia. Firmado, Bryn Jordan, jefe destinado en Washington, pobrecillo. ¿Alguien quiere preguntar algo..., nadie? Entonces volvamos al trabajo.

Salen en tropel. El último en marcharse es Percy Price, que no ha dicho una palabra en cuatro horas.

—Qué amistades tan raras tienes —observa sin mirarme a la cara.

Hay un grasiento cafetucho un poco más allá de la puerta de mi casa. Sirve desayunos a partir de las cinco de la mañana, y a día de hoy no puedo decir, como tampoco habría podido decir entonces, qué ideas se me pasaron por la cabeza mientras estaba allí sentado bebiendo un café detrás de otro y escuchando la cháchara de los obreros que, como era en húngaro, me resultaba tan incomprensible como mis propios sentimientos. Ya pasadas las seis pagué la cuenta y entré furtivamente en casa por la puerta trasera, subí la escalera y me metí en la cama junto a Prue, que siguió durmiendo.

De cuando en cuando me pregunto cómo se habría desarrollado aquel sábado si Prue y yo no hubiéramos quedado hacía mucho con Larry y Amy en Great Missenden. Prue y Amy fueron juntas al colegio y son amigas desde entonces. Larry era un valioso abogado especialista en derecho de familia; un poco mayor que yo, le encantaban el golf y su perro. El matrimonio, muy a su pesar, no tenía hijos, y celebraba su vigésimo quinto aniversario. Íbamos a comer los cuatro juntos, y después a dar un paseo por las Chiltern. Prue les había comprado una colcha victoriana guateada y la tenía toda preparada y envuelta, así como un cómico objeto para que lo mascara su bóxer. Entre la ola de calor, en apariencia eterna, y el tráfico del sábado, calculamos dos horas de camino, por lo que tendríamos que salir a las once como muy tarde.

A las diez yo seguía durmiendo, así que Prue me llevó amablemente una taza de café. No sabía cuánto tiempo llevaba dando vueltas por la casa, vestida y sin despertarme. Pero, conociéndola, debía de haber pasado un par de horas frente al escritorio lidiando con las grandes farmacéuticas. Por tanto me pareció aún más gratificante el hecho de que hubiera interrumpido sus trabajos. Me estoy poniendo pretencioso por una razón. La conversación que entablamos a continuación empieza de manera bastante previsible con «¿a qué hora llegaste anoche, Nat?», a lo que yo contesto: «Sabe Dios, Prue, muy tarde, joder», o algo así.

Pero algo le llama la atención en mi voz o en mi expresión. Además, como ahora sé, desde mi regreso a Inglaterra la divergencia de nuestras respectivas vidas, presuntamente paralelas, ha empezado a pasarle factura. Tiene miedo, que sólo me confió más adelante, de que su guerra contra las grandes farmacéuticas y la mía contra cualquier objetivo que la Oficina, en su infinita sabiduría, tenga a bien asignarme, lejos de complementarnos nos estén situando en campos opuestos. Y esa ansiedad, junto con mi aspecto físico, desencadena nuestra conversación, en apariencia simple pero de capital importancia.

—Vamos *a ir*, ¿verdad, Nat? —me pregunta, con lo que yo sigo considerando una desconcertante intuición.

—¿Ir adónde? —respondo con evasivas, aunque lo sé muy bien.

—A ver a Larry y a Amy. Su vigésimo quinto aniversario. ¿Adónde si no?

—Pues me temo, Prue, que no iremos *los dos*. Yo no puedo. Tendrás que ir sola. ¿O por qué no le preguntas a Phoebe? Iría contigo sin pensárselo dos veces.

Phoebe, nuestra vecina de al lado, no es necesariamente la compañía más animada, pero quizá sea preferible a una silla vacía.

—¿Estás enfermo, Nat? —pregunta Prue.

—No, que yo sepa —respondo con la mayor firmeza—. Estoy de guardia.

—¿Para qué?

—Cosas de la Oficina.

—¿No puedes estar de guardia y venir de todos modos?

—No. Tengo que estar aquí. Físicamente. En casa.

—¿Por qué? ¿Qué va a ocurrir en casa?

—Nada.

—No puedes estar esperando *nada*. ¿Corres algún peligro?

—No es eso. Larry y Amy saben que soy agente secreto. Mira, voy a llamarlo. *Larry* no hará preguntas —sugiero gentilmente, con la tácita insinuación: «*a diferencia de ti*».

—¿Y si fuéramos al teatro esta noche? Tenemos dos entradas para Simon Russell Beale, si te acuerdas. En el patio de butacas.

—Tampoco puedo ir.

—Porque estarás de guardia.

—Me van a llamar a las seis. Vete tú a saber qué pasará después.

—Así que nos vamos a pasar todo el día esperando una llamada a las seis.

—Supongo que sí. Yo por lo menos —insisto.

—¿Y antes de eso?

—No puedo salir de casa. Órdenes de Bryn. Lo tengo prohibido.

—¿De Bryn?

—El mismo. Directamene desde Washington.

—Entonces será mejor que llame a Amy —dice, después de pensarlo un momento—. Quizá quieran las entradas. La llamo desde la cocina.

Y entonces, justo cuando creo que ha perdido la paciencia conmigo, Prue hace lo que siempre suele hacer: se distancia un poco de la situación, la examina de nuevo y toma medidas para arreglarla. Cuando regresa, se ha puesto unos vaqueros viejos y la absurda chaqueta Edelweiss que compramos en nuestras vacaciones de esquí; y viene sonriendo.

—¿Has dormido? —pregunta, obligándome a moverme en la cama para sentarse ella.

—No mucho.

Me pone la mano en la frente para ver si tengo fiebre.

—No estoy enfermo, *de verdad*, Prue —repito.

—No. Pero me pregunto si por casualidad no te habrán mandado a paseo —dice, logrando que la pregunta más parezca la expresión de sus propias preocupaciones que de las mías.

—Pues bueno, sí, más o menos —reconozco—. Puede que sí.

—¿Injustamente?

—No. En realidad, no.

—¿La has cagado *tú* o han sido ellos?

—Los dos un poco. Es que me he juntado con gente que no debería.

—¿Alguien que conozcamos?

—No.

—¿Y van a ir por ti de algún modo?

—No. No es eso —aseguro al tiempo que comprendo que no dependo tanto de mí mismo como pensaba.

—¿Qué ha pasado con tu móvil de la Oficina? Siempre lo tienes junto a la cama.

—Debo de tenerlo en el traje —digo, aún en actitud engañosa.

—No está. He mirado. ¿Te lo ha confiscado la Oficina?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Anoche. Esta mañana. La sesión ha durado toda la noche.

—¿Estás enfadado con ellos?

—No sé. Estoy intentando averiguarlo.

—Entonces quédate en la cama y descúbrelo. Puede que la llamada que esperas venga por el teléfono fijo.

—Así será, sí.

—Pondré un mensaje a Steff para que no se le ocurra llamar por Skype. Vas a necesitar toda tu capacidad de concentración. —Luego cambia de opinión al llegar a la puerta, vuelve a la cama y se tumba de nuevo en su sitio—. ¿Puedo decir algo, Nat? ¿No invasivo? ¿Sólo una pequeña declaración de intenciones?

—Claro que sí.

Me coge la mano, no para tomarme el pulso esta vez.

—Si la Oficina te está dando por culo —declara en tono firme— y has decidido seguir adelante de todos modos, tendrás mi apoyo sin fisuras hasta que la muerte nos separe, y a la mierda las cofradías. ¿Me he explicado bien?

—Sí. Gracias.

—Igualmente, si la Oficina te está jodiendo y en un arrebato decides decirle que le den grueso por el culo y al carajo tu pensión, somos solventes y podemos arreglárnoslas.

—Lo tendré presente.

—Y también se lo puedes decir a Bryn, si sirve de algo. —Y con la misma firmeza añade—: O se lo diré yo.

—Mejor no —pido, antes de que ambos soltemos una espontánea carcajada de alivio.

Las manifestaciones de amor mutuo rara vez impresionan a quienes no participan en ellas, pero las cosas que nos dijimos aquel día —sobre todo Prue a mí— resuenan en mi memoria como un grito de guerra. Era como si, de un empujón, Prue hubiera abierto una puerta invisible entre nosotros. Y me gusta pensar que a través de esa misma puerta empecé a entender vagamente las descabelladas teorías y las crudas intuiciones sobre la incomprensible conducta de Ed, que no dejaban de brotar frente a mis ojos como fuegos artificiales para luego quedarse en nada.

«La parte alemana de mi alma», solía decirme Ed con una sonrisa de disculpa después de hablar con demasiada pasión o en tono demasiado didáctico.

Siempre *la parte alemana de su alma*.

Con objeto de que parase la bicicleta, Tazio le había hablado en alemán.

¿*Por qué?* De no haber sido así, ¿de verdad lo habría confundido Ed con un borracho callejero?

¿Y por qué estoy pensando *alemán, alemán*, cuando debería estar pensando siempre *ruso, ruso*?

¿Y quién me dirá, por favor, ya que no tengo oído musical, por qué cada vez que repaso en mi memoria el diálogo entre Ed y Gamma tengo la sensación de escuchar una música inadecuada?

Si no tengo una respuesta clara a esas vacilantes preguntas, que sólo tienen el efecto de incrementar mi confusión, a las seis de esta tarde, gracias a las atenciones de Prue, me siento mucho más beligerante, más capaz y mucho más preparado de lo que estaba a las cinco de la mañana para asimilar todo lo que la Oficina aún quiera echarme encima.

Las seis en punto en el reloj de la iglesia, las seis en punto en mi reloj de pulsera, las seis en punto en el reloj de pared de Prue en el vestíbulo. Otra tarde de bochorno en la gran sequía londinense. Estoy sentado en mi cubil del piso de arriba, con pantalones cortos y sandalias. Prue está en el jardín, regando las pobres, agostadas rosas. Suena un timbre, pero no es el teléfono. Sino la puerta. Me levanto de un salto, pero Prue llega primero. Nos encontramos a mitad de la escalera.

—Creo que deberías ponerte algo más presentable —me dice—. Ahí fuera hay un individuo corpulento que dice que ha venido a buscarte en coche.

Voy al rellano y atisbo por la ventana. Un Ford Mondeo negro, con dos antenas. Y Arthur, el veterano chófer de Bryn Jordan, está apoyado contra él, fumando un pitillo con tranquilidad.

La iglesia se yergue en lo alto de la colina de Hampstead y allí es donde me deja Arthur. Bryn Jordan nunca celebraba reuniones fuera de casa.

—Ya sabes el camino, entonces —dice Arthur, más como afirmación que como pregunta. Es la primera vez que ha abierto la boca desde el «Hola, Nat». Sí, Arthur, gracias, lo conozco bien.

Desde que yo era el chico nuevo del Puesto de Moscú y Prue mi esposa entrenada en el Servicio, Bryn, su preciosa mujer china, Ah Chan, sus tres hijas musicales y un hijo difícil han vivido en aquella enorme mansión del siglo XVIII en la cumbre de la colina con vistas a Hampstead Head. Si nos convocaban de Moscú a una reunión para aportar ideas o veníamos de

vacaciones, aquel descolorido montón de ladrillo al amparo de altas verjas con un timbre era donde nos reuníamos para disfrutar de una agradable cena en familia con las hijas tocando *lieder* de Schubert y el más valiente de nosotros cantando con ellas; o si se acercaba la Navidad, villancicos, porque los Bryn, como los llamábamos nosotros, eran católicos viejos y había un Cristo acechando entre las sombras del vestíbulo para proclamarlo. Cómo un galés, precisamente, se convierte en un devoto católico romano es algo que no alcanzo a comprender, pero ese hombre es inexplicable por naturaleza.

Bryn y Ah Chan eran diez años mayores que nosotros. Sus inteligentes hijas habían emprendido hacía mucho unas carreras estelares. Ah Chan, como me explicó Bryn mientras me recibía en el umbral con su habitual afecto, estaba visitando a su anciana madre en San Francisco.

—La pobre mujer cumplió cien años la semana pasada y sigue esperando el puñetero telegrama de la reina, o lo que escriba en estos días —se queja de forma ruidosa, mientras me conduce a paso vivo por un corredor largo como un vagón de ferrocarril—. Lo hemos solicitado como buenos ciudadanos, pero en vista de que es natural de China y vive en San Francisco, Su Majestad no está del todo segura de que cumpla las condiciones. Aparte de eso, el querido Ministerio del Interior ha perdido su expediente. La punta del iceberg, si me preguntan. El país patas arriba. Lo primero que se nota cada vez que se vuelve a casa: nada funciona, todo es un desastre. La misma sensación que teníamos en Moscú, si te acuerdas, en aquella época.

En *aquella época* de la guerra fría, la que sus detractores dicen estar librando todavía. Nos acercamos al enorme salón.

—Y hacemos el ridículo ante nuestros queridos aliados y vecinos, por si no te has dado cuenta —prosigue alegremente—. Una pandilla de nostálgicos posimperialistas incapaces de regentar una verdulería. ¿No te lo parece a ti también?

Más o menos, le digo.

—Y tu amigo Shannon es de la misma opinión, evidentemente. Quizá sea ése su motivo: *vergüenza*. ¿Has pensado en eso? La incesante humillación nacional, que se la ha tomado a pecho. Eso sí me lo puedo creer.

Le digo que es una idea, aunque nunca he visto que Ed diera muestras de ser nacionalista.

Techos altos, con vigas a la vista, sillones de cuero cuarteado, objetos antiguos de la vieja época comercial con China, descuidados montones de libros antiguos con trozos de papel entre las hojas, un esquí de madera roto sobre la chimenea y una enorme bandeja de plata para el whisky, la soda y los anacardos que vamos a tomar.

—La puñetera máquina del hielo tampoco funciona —me asegura con orgullo Bryn—. Como debe ser. En América no hacen más que ofrecerte hielo en todas partes. Y los británicos ni siquiera podemos fabricarlo. Lo normal. Pero tú no te echas hielo, ¿verdad?

Lo recuerda perfectamente. Nunca se le olvida. Sirve dos enormes whiskies sin preguntarme hasta dónde, me pone un vaso en la mano y con una chispeante sonrisa me hace una seña para que me siente. Se sienta a su vez, me mira sin dejar de sonreír con benevolencia y picardía. Ahora

rejuvenece y sus deslavazados ojos azules centellean con una luz etérea, aunque brillante y direccional. En Moscú mantenía su tapadera de agregado cultural con gran aliento, ilustrando a sus auditorios rusos en tal cantidad de temas eruditos que casi llegaban a creerse que era un verdadero diplomático. *Tapadera, querido muchacho. Lo más parecido a la santidad.* Bryn suelta homilias como otras cosas triviales.

Le pregunto por la familia. A las chicas les está yendo de maravilla, me confirma, Annie en la Courtauld, Eliza en la London Philharmonic —sí, violonchelo, en efecto, qué bien que me acuerde—, pelotones de nietos nacidos o por nacer. Todos absolutamente encantadores, resume cerrando con fuerza los ojos.

—¿Y Toby? —pregunto con cautela.

—Oh, un *completo* fracaso —responde con el displicente entusiasmo que emplea con las malas noticias—. Un caso perdido. Le compramos un barco de siete metros totalmente equipado, lo dejamos pescando cangrejos en Falmouth, y lo último que hemos sabido de él es que está en Nueva Zelanda metido en un tremendo *montón* de líos.

Breve silencio de conmiseración.

—¿Y Washington? —le pregunto.

—*Joder*, Nat, *horroroso* de verdad —con una sonrisa aún más amplia—. Guerras civiles estallando como el sarampión por todo el establecimiento, y nunca se sabe de qué lado está nadie ni a quién van a darle mañana el hachazo. Y sin la mediación del anillo cardenalicio de Thomas Wolsey. Hace un par de años éramos el brazo de Estados Unidos en Europa. De acuerdo, de forma irregular, algo no siempre fácil. Pero estábamos *ahí*, como parte del conjunto, fuera del euro, gracias a Dios, y sin fantasías sobre política exterior unificada, política de defensa o lo que quieras. —Cierra firmemente los ojos, ríe con satisfacción—. Y en eso consistió nuestra especial relación con Estados Unidos. Lamiendo satisfechos las sobras del poder americano. La mar de ufanos. ¿Y dónde estamos ahora? Hemos vuelto al final de la cola, detrás de los cabezas cuadradas y los gabachos. Bastante venidos a menos. Desastre absoluto.

Benévola risita, y apenas una pausa mientras aborda su siguiente y entretenido tema:

—Por cierto, me *impresionó* bastante lo que tu amigo Shannon pensaba de Donald: la idea de que disponiendo de todas las ventajas democráticas lo ha echado todo a perder. No estoy muy seguro de que sea acertado. Lo que pasa con Trump es que es un capo mafioso, de nacimiento y formación. Criado para *joder* la sociedad civil de arriba abajo, no para formar parte de ella. Tu amigo Shannon no lo ha entendido bien. ¿O soy injusto?

¿Injusto con Trump o con Ed?

—Y el pobrecillo Vladi Putin de pequeño nunca tuvo formación democrática alguna —prosigue en tono indulgente—. En eso estoy de acuerdo con él. Nació espía, sigue siendo espía, con la paranoia de Stalin, por si fuera poco. Se despierta por la mañana asombrado de que Occidente no lo haya hecho desaparecer del mapa con un ataque preventivo. —Mastica anacardos. Los riega con un pensativo trago de whisky—. Es un soñador, verdad?

—¿Quién?

—Shannon.

—Supongo que sí.

—¿De qué clase?

—No sé.

—¿De verdad no lo sabes?

—De verdad que no.

—Guy Brammel ha llegado a una teoría centrada en la idea de un *desquite de cojones* —dice entonces, disfrutando del término como un niño pícaro—. ¿Has oído antes esa expresión? ¿Un *desquite de cojones*?

—Me temo que no. *Problema*, pero no *desquite*. Habré estado demasiado tiempo fuera.

—Yo tampoco. Pensaba que lo había oído todo. Pero no. Aunque Guy le ha hincado el diente de verdad. Alguien que busca un *desquite de cojones* quiere vengarse de algo. Dice a su compañera de cama del momento, en este caso la Madre Rusia: «La única razón por la que follo contigo es porque odio a mi mujer aún más que a ti». Así que eso es un *desquite de cojones*. ¿Podría aplicarse eso a tu chico? ¿Cuál es tu interpretación personal?

—Bryn, mi opinión personal es la siguiente: anoche recibí una buena tunda, primero a manos de Shannon y luego de mis queridos amigos y colegas, así que más bien me pregunto qué estoy haciendo aquí.

—Sí, bueno, se pasaron un poco, es cierto —conviene, abierto como siempre a todos los puntos de vista—. Pero es que ahora mismo nadie sabe quién es, ¿verdad? Todo el puto país sumido en la confusión. Quizá la clave resida en eso. Gran Bretaña por los suelos, hecha pedazos, un monje secreto en busca de un absoluto, aunque ello implique una traición absoluta. Pero en vez de volar el Parlamento, se pasa a los rusos. ¿Posible?

Le digo que es posible.

—Entonces dime, Nat. Nadie más que yo va a saberlo. ¿Cómo reaccionaste tú, como mentor, confesor, figura paternal, *protégé*, lo que sea, de Shannon, cuando viste de buenas a primeras a tu joven amigo confraternizando con la altanera Gamma? —Me rellena el vaso—. ¿Qué se te pasó por tus dos cabezas, la privada y la profesional, mientras estabas allí observando y escuchando francamente pasmado? No lo *pienses* mucho. *Suéltalo*.

En otro tiempo, cautivo y solo con Bryn, podría haberle revelado mis más íntimos sentimientos. Incluso podría haberle dicho que, mientras oía paralizado la voz de Valentina, imaginé que entre su cadencia georgiana y rusa detectaba una lengua intrusa: una copia, sí, pero no la original. Y que en algún momento de aquella jornada de espera se me había ocurrido una especie de respuesta. No como una súbita revelación, sino de puntillas, como quien llega tarde al teatro pasando de costado por su fila medio a oscuras. En alguna parte de las más recónditas estancias de mi memoria, oía a mi madre que alzaba airadamente la voz contra mí mientras me reprochaba alguna negligencia en una lengua desconocida para su amante del momento antes de abandonarla con rapidez. Pero

Valentina-Gamma no había *abandonado* el alemán que había en su voz. A mis oídos, no. Estaba *fingiéndolo*. Imponiendo cadencias alemanas a su inglés con objeto de *limpiarle* la mancha ruso-georgiana.

Pero incluso cuando se me ocurre esa descabellada idea, más fantasía que realidad, algo en mi interior me dice que de ninguna manera puedo comunicársela a Bryn. ¿Es éste entonces el momento en que germina un plan que irá cobrando forma pero que aún no tengo claro? Lo he pensado a menudo.

—Pues lo que *supongo* que sentí, Bryn —le contesto, tomando en consideración su pregunta sobre mis dos cabezas—, fue que Shannon debía de padecer alguna especie de crisis mental. Esquizofrenia, bipolaridad, lo que quieran decir los psiquiatras. En cuyo caso, los aficionados perdemos el tiempo intentando asignarle motivos racionales. Y además, desde luego, estaba el *desencadenante*, la gota que colmó el vaso —¿por qué me estoy extralimitando?—, su «epifanía», por amor de Dios. El que negaba tener. *¿Por qué corre Sammy* exactamente, como solíamos decir.

Bryn sigue esbozando una rígida sonrisa, desafiándome a proseguir.

—¿Podemos ir al grano? —pregunta con indiferencia, como si yo no hubiera abierto la boca—. A primera hora de la mañana, el Centro de Moscú ha solicitado una *segunda* reunión con Shannon para dentro de una semana, y Shannon ha aceptado. La prisa del Centro quizá parezca indecorosa, pero en mi opinión es fruto de un sólido juicio profesional. Temen por su fuente a largo plazo, ¿y quién no?, lo que por supuesto significa que nosotros también debemos actuar con rapidez.

Una oleada de resentimiento espontáneo viene en mi ayuda.

—No haces más que decir *nosotros*, como si fuera cosa hecha, Bryn —me quejo con nuestra resuelta jovialidad habitual—. Lo que me resulta difícil de tragar es que todo esto me esté pasando por encima. *Yo soy* el autor de Stardust, en caso de que lo hayas olvidado, así que ¿por qué no se me mantiene informado de los avances de mi propia operación?

—Se te está informando, querido muchacho. Por mediación mía. Para el resto del Servicio eres historia, y con razón. Si hubiera prevalecido mi opinión, nunca se te habría asignado El Refugio. Los tiempos cambian. Estás en una edad peligrosa. Siempre lo has estado, pero ahora se nota. ¿Prue está bien?

«Te manda saludos, gracias, Bryn.»

—¿Está al corriente? ¿Del asunto de Shannon?

—No, Bryn.

—No se lo cuentes.

«No, Bryn.»

¿Que no lo se cuente? ¿Quiere decir que no diga nada a Prue sobre *Ed*? ¿A Prue, que esta misma mañana me ha manifestado su lealtad incondicional, aunque me diera por mandar a tomar por culo a la Oficina? ¿A Prue, una esposa tan militante como la Oficina pudiera desear, que nunca ha proferido ni una palabra, ni un murmullo de traición contra la confianza que la Oficina ha

depositado en ella? ¿Y ahora Bryn, precisamente Bryn, me dice que no debo fiarme de ella? Que le den.

—Nuestro Servicio gemelo está pidiendo a gritos la cabeza de Shannon, lo que no te sorprenderá —está diciendo Bryn—. Detenerlo, zarandearlo, hacer que sirva de ejemplo; todo el mundo recibe una medalla. Resultado: un escándalo nacional que logra darnos por culo a todos y hacer que quedemos en ridículo en pleno Brexit. Así que quitamos esa opción directamente de la mesa, por lo que a mí concierne.

Otra vez el *nosotros*. Me ofrece un plato de anacardos. Cojo un puñado para complacerlo.

—¿Aceitunas?

«No, gracias, Bryn.»

—Antes te encantaban. *Kalamata*.

«No, de verdad, gracias, Bryn.»

—Otra posibilidad. Lo traemos a la Oficina Central y le hacemos la clásica proposición. «Vale, Shannon, eres un agente del Centro de Moscú plenamente identificado y en adelante o te sometes a nuestro control o te caes con todo el equipo.» ¿Crees que daría resultado? Tú lo conoces. Nosotros no. Y tampoco su departamento. Creen que tiene novia, pero ni de eso están seguros. Puede ser un tío. Quizá su decorador de interiores. Se está arreglando el apartamento y ha comprado el de arriba mediante una hipoteca sobre su salario. ¿Te ha hablado de eso?

«No, Bryn. No me ha dicho nada.»

—¿Te ha dicho si tiene novia?

«No, Bryn.»

—Pues a lo mejor no la tiene. Algunos tíos pueden pasarse sin eso, no me preguntes cómo. Quizá sea uno de esos pocos.

«A lo mejor lo es, Bryn.»

—¿Qué crees tú que haría si le formulamos la proposición clásica?

Doy a la pregunta la consideración que merece.

—Calculo, Bryn, que Shannon os mandarían a tomar por culo.

—¿Por qué?

—Prueba a jugar al bádminton con él. Preferiría morir matando.

—Pero nosotros no jugamos al bádminton.

—Ed no *cede*, Bryn. Si cree que su causa es superior a él mismo, no cederá ni al halago, ni al compromiso ni a la promesa de salvar el pescuezo.

—Entonces va derecho al martirio —observa Bryn con satisfacción, como reconociendo un camino bien trillado—. Mientras, estamos manteniendo el habitual tira y afloja sobre a quién pertenece el cadáver. Lo hemos descubierto nosotros y, por consiguiente, mientras esté en nuestras manos será nuestro. Una vez que ya no nos sirva de nada, se acabará el juego, y nuestro Servicio gemelo tiene sus siniestros modos. Y ahora permite que te haga una pregunta. ¿Lo sigues *queriendo*? No me refiero al sentido carnal. ¿Le tienes cariño de verdad?

Y ése es Bryn Jordan, el río que sólo se cruza una vez. Te embelesa, escucha tus quejas y sugerencias, jamás alza la voz, nunca emite juicios, siempre por encima de las polémicas, te lleva a dar un paseo por el jardín hasta que se apropia del aire que respiras y luego te da la puñalada.

—Le tengo aprecio, Bryn. O se lo tenía hasta que se descubrió el pastel —le contesto después de un largo trago de whisky.

—Y él a ti, querido muchacho. ¿Te lo imaginas hablando con otro de la forma en que habla contigo? Eso puede sernos de utilidad.

—Pero ¿cómo, Bryn? —insisto con una seria sonrisa, haciendo de buen discípulo pese al coro de conflictivas voces que resuenan en lo que Bryn denominaría «mi cabeza privada»—. No hago más que preguntártelo, pero no llegas a contestarme del todo. ¿Quiénes son esos *nosotros* en este asunto?

Las cejas de Papá Noel se enarcan hasta el extremo, mientras me concede una sonrisa de lo más amplia.

—Ah, mi querido muchacho. Tú y yo, ¿quiénes si no?

—¿Haciendo *qué*, si puedo preguntar?

—Lo que siempre se te ha dado *mejor*. Hazte lo más amigo que puedas de él. Ya estás a medio camino. Calcula el momento y recorre la otra mitad. Dile quién eres, muéstrale el error de su comportamiento, con tranquilidad, sin dramas, y haz que *vuelva* con nosotros. En cuanto diga «sí, Nat, lo haré», le pones un ronzal al cuello y lo traes con cuidado al redil.

—¿Y cuando logre traerlo con cuidado...?

—Haremos que trabaje para nosotros. Lo mantendremos bien ocupado en su lugar de trabajo, le daremos cierta desinformación bien preparada para que se la pase a Moscú. Lo controlamos mientras dure, y una vez que acabemos con él, dejaremos que nuestro Servicio gemelo empaquete a toda la red Gamma a toque de trompeta. Tú recibirás una distinción de manos del jefe, nosotros te vitorearemos y habrás hecho lo mejor que podías hacer por tu amigo. Bravo. Algo menos sería deslealtad, y con algo más te considerarían culpable. Y ahora escucha esto —prosigue enérgicamente antes de que pueda presentarle objeciones.

Bryn no necesita notas. Nunca las ha tomado. No me recita cifras de un tirón leyendo del móvil de la Oficina. No hace pausas, ni frunce el ceño rebuscando en su memoria el tedioso detalle que ha olvidado. Ése es el hombre que en un año aprendió ruso en un colegio de Estudios Soviéticos en Roma y en su tiempo libre añadía el mandarín a su currículo.

—Durante los últimos nueve meses, tu amigo Shannon ha declarado formalmente a sus jefes cinco visitas *in toto* a representaciones diplomáticas europeas con oficinas en Londres. *Dos* a la embajada francesa, de manera exclusiva para actos culturales. *Tres* a la embajada alemana, una en

el día de la Unidad Alemana, otra para una ceremonia de entrega de premios a profesores británicos de lengua alemana. Y otra por motivos sociales indefinidos. —Y concluye con brusquedad—: ¿Has dicho algo?

—Sólo escuchaba, Bryn. Sólo escuchaba.

Si había dicho algo, sólo había sido en mi cabeza.

—Todas esas visitas fueron aprobadas por el departamento que lo emplea, no sabemos si con antelación o una vez efectuadas, pero las fechas están registradas y ahí las tienes. —Coge una carpeta con cremallera que tiene al lado—. Y una llamada sin justificar a la embajada alemana desde una cabina telefónica de Hoxton. Pregunta por una tal Frau Brandt, del departamento de Viajes y le dicen que se ha equivocado, allí no hay ninguna Frau Brandt, cosa que es correcta.

Hace una pausa, pero sólo para asegurarse de que estoy atendiendo. No necesita molestarse. Estoy petrificado.

—*También* nos hemos enterado, cuando las cámaras de la calle nos han revelado sus secretos, de que durante el trayecto en bicicleta a Territorio Beta de ayer por la tarde, Shannon aparcó la bici y se metió en una *iglesia* —con una sonrisa indulgente—, donde pasó veinte minutos.

—¿Qué clase de iglesia?

—Pobre. De las únicas que dejan las puertas abiertas hoy en día. Ni plata, ni pintura sacra ni vestiduras que valgan un pimiento.

—¿Con quién habló?

—Con nadie. Había un par de tíos malencarados durmiendo, auténticos los dos, y un maricón viejo vestido de negro al otro lado del pasillo. Y el sacristán. Según él, Shannon no se arrodilló. Se sentó. Luego salió y siguió pedaleando. Así que —con reavivado deleite—, ¿qué estaba tramando? ¿Encomendando su alma al Creador? Un momento jodidamente raro para hacer algo así, en mi opinión, pero cada loco con su tema. ¿O acaso se aseguraba de que no lo seguían? Yo me inclino por lo segundo. ¿Qué crees que fue a buscar en sus visitas a las embajadas?

Rellena los vasos una vez más, se retrepa en el asiento y espera mi respuesta; por mucho que me empeñe, no se me ocurre nada.

—Bueno, Bryn. Qué te parece si contestas tú primero, para variar —sugiero, devolviéndole la jugada, cosa que le encanta.

—Shannon fue a las embajadas a pescar con red de arrastre —responde con satisfacción—. Olfateando bocados adicionales de información secreta para alimentar su adicción rusa. Puede que con Gamma representara el papel de *ingénu*, pero tiene puestas las miras en el largo plazo, si es que antes no se pone en evidencia. Te toca. Haz todas las preguntas que quieras.

Sólo quiero hacer una, pero el instinto me dice que empiece con algo inocuo. Elijo a Dom Trench.

—*¡Dom!* —exclama—. Ah, ¡santo cielo! *¡Dom!* En la oscuridad exterior. Permiso indefinido para cuidar del jardín, sin opciones.

—¿Por qué? ¿Qué pecado ha cometido?

—Dejar que lo reclutáramos, en primer lugar. Ése es *nuestro* pecado. A veces a nuestra querida Oficina le ciega el latrocinio. El haberse casado con alguien socialmente superior es el pecado *de él*. Y que una pandilla de gacetilleros de la prensa amarilla lo haya pillado con los pantalones bajados en la web oscura. Se equivocan en un par de detalles, pero aciertan en la mayoría. —Y con la más tímida sonrisa—: Por cierto, ¿te estás *cepillando* a aquella chica que nos dejó plantados? ¿Florence?

—No, Bryn. No me estoy cepillando a Florence.

—¿Nunca te la has follado?

—Nunca.

—Entonces ¿por qué la has llamado desde un teléfono público y la has invitado a cenar?

—Se largó y dejó a sus agentes en la estacada. Está pasando una especie de luto. Es una chica con problemas y pensé que debía estar en contacto con ella.

Demasiadas excusas, pero no importa.

—Bueno, pues en lo sucesivo ten mucho cuidado, joder. Está en zona de exclusión y tú también. ¿Más preguntas? Tómate tu tiempo.

Me tomo tiempo. Y más tiempo.

—Bryn.

—Dime, querido muchacho.

—¿Qué coño es la *Operación Jericó*? —le pregunto.

Es difícil explicar a los no adeptos la santidad de los documentos codificados. Los códigos mismos, cambiados con frecuencia sobre la marcha para confundir al enemigo, se tratan con el mismo secretismo que el contenido. En el léxico de Bryn, que un miembro de los adoctrinados hable de un código en presencia de los no iniciados sería pecado mortal. Y he ahí que, precisamente yo, *pregunto* al icónico jefe del Departamento Rusia: «¿*Qué coño es Jericó*?».

—Joder, Bryn —insisto, sin dejarme intimidar por su rígida sonrisa—, resulta que Shannon echa una mirada al documento mientras hace una fotocopia y ya está. Lo que vio, o *creyó* ver, fue suficiente. ¿Qué hago si me saca a relucir la cuestión? ¿Decirle que no tengo ni idea de lo que me habla? Eso no es demostrarle que se ha equivocado de actitud. No es ponerle un roncal al cuello para traerlo con mucho cuidado. Shannon sabe de qué va Jericó...

—Cree que lo sabe.

—... y Moscú también. Por lo visto Gamma está tan entusiasmada con Jericó que se ha encargado personalmente de la misión, con Moscú facilitándole todo un equipo de apoyo.

La sonrisa se amplía pero los labios continúan apretados, diciéndome que no pasará ni una palabra a través de ellos.

—Un diálogo —dice al fin—. Un diálogo entre adultos.

—¿Qué adultos?

No hace caso de la pregunta.

—Como habrás observado, Nat, somos una nación dividida. Las divisiones que hay entre nosotros a lo largo y ancho del país se reflejan en las divisiones existentes entre nuestros dirigentes. No hay dos ministros que piensen de la misma forma en el mismo día. Por tanto, no sería de extrañar que las exigencias de información secreta que nos formulan varíen de un momento a otro, hasta el punto de contradecirse mutuamente. Al fin y al cabo, parte de nuestro cometido es pensar lo impensable. ¿Cuántas veces hemos hecho eso, los veteranos en asuntos rusos, sentados en esta misma habitación, pensando lo impensable?

Está buscando un aforismo. Como de costumbre, lo encuentra:

—Los indicadores no caminan en la dirección que señalan, Nat. Somos nosotros, simples mortales, quienes debemos decidir qué camino tomar. La señal indicadora no es responsable de nuestra decisión. Bueno, ¿no crees?

No, Bryn, no creo. O sí. En cualquier caso me estás dando gato por liebre. Sigue sonriendo; de satisfacción, al parecer.

—Pero ¿se me permite suponer que tú eres KIM/1? Lo eres —sugiero—. ¿Como jefe de nuestra misión en Washington, en comisión de servicio del Departamento Rusia? ¿O es mucho suponer?

—Mi querido muchacho. Supón lo que te dé la gana.

—¿Y eso es todo lo que te propones decirme? —le pregunto.

—¿Qué más necesitas saber? Voy a darte un detalle de interés, y eso es todo lo que me vas a sacar. El diálogo de alto secreto en cuestión se lleva a cabo entre nuestros primos americanos y nosotros mismos. Tiene una finalidad exploratoria, de tanteo. Se realiza al más alto nivel. El Servicio es un simple intermediario, todo lo que se discute es hipotético, nada queda grabado en piedra. Por la declaración que hizo a Gamma, Shannon sólo vio una parte ínfima de un documento de cincuenta y cuatro páginas, la memorizó, puede que de manera incorrecta, y sacó conclusiones equivocadas, que luego transmitió a Moscú. No sabemos de qué ínfima parte se trata. Lo han pillado con las manos en la masa, por mediación tuya, cabría añadir, aunque no haya sido ésa tu intención. No tienes necesidad de darle razones de ninguna clase. Enséñale el látigo. Y le dices que lo utilizarás si no te queda otro remedio.

—¿Y eso es todo lo que puedo saber?

—Y es más de lo que necesitas saber. Por un momento he dejado que el sentimentalismo se apoderase de mí. Toma esto. Es sólo para los dos. Estoy yendo y viniendo a Washington continuamente, así que no me localizarás cuando esté volando.

El brusco «toma esto» va acompañado del estrépito de un objeto metálico lanzado sobre la mesa de las bebidas que hay entre los dos. Es un teléfono móvil gris perla, el mismo modelo que solía entregar a mis agentes. Con muestras de reticencia lo cojo y, sin que Bryn me quite la vista de encima, me lo guardo en el bolsillo de la chaqueta. Se le ablandan los rasgos y a su voz vuelve la jovialidad.

—Serás el salvador de Shannon, Nat —me dice para consolarme—. Nadie va a ser más suave con él que tú. Si empiezas a dudar, piensa en la alternativa. ¿Quieres que se lo entregue a Guy Brammel?

Pienso en la alternativa, aunque no es en la que él cree. Se pone en pie, sigo su ejemplo. Me coge del brazo. Lo hace a menudo. Se enorgullece de ser un sobón. Emprendemos la larga marcha por el vagón de ferrocarril, frente a retratos de ancestrales Jordan con encajes.

—¿La familia bien, por lo demás?

Le digo que Steff se ha prometido.

—¡Dios santo, Nat, si sólo tiene *nueve años*!

Sonrisitas mutuas.

—Y Ah Chan está entregada por completo a la pintura —me informa—. Dentro de poco tiene una exposición en la calle Cork, nada menos. Se acabaron los puñeteros tonos pastel. Y las jodidas acuarelas. También el coñazo del gouache. Óleos o nada. Prue elogiaba mucho su obra, si no recuerdo mal.

—Y sigue elogiándola —respondo con lealtad, aunque sea una noticia para mí.

Estamos cara a cara en el umbral. Quizá compartamos la premonición de que no volveremos a vernos. Me exprimo el cerebro buscando un tema irrelevante. Bryn, como siempre, se me adelanta:

—Y no te preocupes por Dom —me insta con una sonrisa entre dientes—. Ese tío ha jodido todo lo que ha tocado en la vida, así que estará muy solicitado. Es probable que tenga un buen escaño parlamentario esperándolo ahora mismo.

Reímos sabiamente ante los retorcidos caminos del mundo. Mientras nos estrechamos la mano me da una palmada en el hombro al estilo americano, y me sigue, como es de rigor, hasta la mitad de los escalones de la entrada. El Mondeo se detiene frente a mí. Arthur me lleva a casa.

Prue está sentada frente al portátil. A la vista de mi expresión, se pone en pie y sin una palabra abre la puerta del invernadero que da al jardín.

—Bryn quiere que reclute a Ed —le digo bajo el manzano—. El chico del que te hablé. Con el que juego al bádminton todas las semanas. El que habla tanto.

—¿Reclutarlo para qué demonios?

—Como doble agente.

—¿Dirigido contra quién o contra qué?

—Objetivo Rusia.

—Bueno ¿y no debería primero ser agente *simple*?

—Técnicamente ya lo es: auxiliar administrativo de nivel superior en nuestro Servicio gemelo. Lo han pillado con las manos en la masa, pasando secretos a los rusos, pero él todavía no lo sabe.

Largo silencio antes de que se refugie en su profesión:

—En ese caso, la Oficina debe recabar *todas* las pruebas, a favor y en contra, entregarlas al Ministerio Público de la Corona y hacer que tenga un juicio *justo* a manos de sus pares en una vista *pública*, nada de montajes clandestinos. Y sin acosar ni chantajear a sus amigos. Habrás dicho que no a Bryn, supongo.

—Le he dicho que sí.

—Porque...

—Creo que Ed se ha equivocado de puerta.

Renate siempre ha sido madrugadora.

Son las siete de la mañana de un domingo, ya ha salido el sol y la ola de calor no da muestras de remitir mientras camino en dirección norte por la requemada tundra de Regent's Park hacia Primrose Village. Según mis indagaciones —llevadas a cabo en el portátil de Prue, no en el mío, mientras ella miraba con aire de enterarse a medias, ya que una lealtad residual hacia mi Servicio, junto con una perdonable reticencia sobre mis pasadas transgresiones, me impide ponerla al corriente de todo—, ando en busca de un bloque de *apartamentos de una mansión victoriana soberbiamente restaurada con portero residente*, cosa que debería haberme sorprendido porque al personal diplomático le gusta congregarse en torno a su buque nodriza, lo que en el caso de Renate habría significado la embajada alemana en Belgrave Square. Pero incluso en Helsinki, donde era el número dos de su Puesto, el mismo que yo ocupaba en el nuestro, insistió en vivir tan lejos —tan libre, diría ella— de la jauría diplomática —*Diplomatengesindel*— como buenamente pudo.

Entro en Primrose Village. Una quietud sacrosanta se cierne sobre las villas eduardianas pintadas de color pastel. Repican las campanas de alguna iglesia, pero sólo tímidamente. El animoso dueño de una cafetería italiana está bajando con la manivela el toldo a rayas y los chirridos se funden con el eco de mis pasos. Tuerzo a la derecha, luego a la izquierda. Belisha Court es un montón de ladrillos grises que se yergue en seis plantas y ocupa el lado en sombra de un callejón sin salida. Unos escalones de piedra conducen a un pórtico wagneriano en forma de arco. Su doble puerta negra está cerrada a todo recién llegado. Los apartamentos soberbiamente restaurados tienen números pero no nombres. El único timbre lleva el letrero de PORTERO, pero lleva remetida en el borde una insolente nota escrita a mano que dice: «Domingos no». Sólo puede entrar quien tenga llave, aunque la cerradura es de cilindro, lo cual resulta sorprendente. Cualquier ladrón de la Oficina la abriría en unos segundos. A mí me llevaría algo más pero no tengo ganzúa. En torno al ojo de la cerradura hay arañazos debido al continuo uso.

Cruzo a la acera del sol y finjo interés en una vitrina de ropa infantil mientras vigilo el reflejo de la doble puerta. Incluso en Belisha Court debe de haber algún inquilino que salga a correr por la mañana temprano. Se abre la mitad de la doble puerta. No para dar paso a un deportista sino a una pareja mayor vestida de negro. Supongo que va camino de la iglesia. Dejo escapar un grito de alivio y me apresuro a cruzar la calle para ir a su encuentro: mis salvadores. «Como un tonto de remate me he dejado arriba las llaves», explico. Se ríen. Bueno, a ellos también les ha pasado, sólo que... «¿cuándo fue, cariño?»». Al despedirnos, bajan a toda prisa los escalones, aún

sonriéndose el uno al otro, y yo me dirijo por un pasillo sin ventanas hacia la última puerta a la izquierda antes del acceso al jardín porque, tanto en Helsinki como en Londres, a Renate le gustan los apartamentos de planta baja con salida despejada por la parte de atrás.

La puerta del número ocho tiene un buzón con una trampilla de latón bruñido para el correo. El sobre que llevo en la mano está dirigido *Para Reni exclusivamente* y destaca que es *privado*. Conoce mi caligrafía. Así quería que la llamase, Reni. Introduzco el sobre por la trampilla, que abro y cierro con ruido un par de veces, pulso el timbre y me apresuro por el pasillo hacia el callejón, a la izquierda y a la derecha, y salgo a la calle High, paso frente a la cafetería saludando con la mano y diciendo «hola» a su propietario italiano, cruzo de acera, paso por una verja de hierro y subo por Primrose Hill, cuya agostada cima se yergue ante mí como un cúpula de color tostado. En lo alto, una familia india vestida con colores vivos se esfuerza por echar a volar una gigantesca cometa de cuatro lados, pero apenas hay viento suficiente para agitar las áridas hojas caídas en torno al solitario banco que he elegido.

Espero quince minutos justos, y al decimosexto casi abandono toda esperanza. No está en casa. Ha salido a correr. Está con un agente, con su amante, ha ido a una de sus excursiones culturales a Edimburgo, Glyndebourne o allí donde su tapadera exija presencia y contacto con la gente. Está retozando en una de sus queridas playas de Sylt. Entonces, una segunda oleada de posibilidades, quizá mucho más molesta: vive en la misma casa con su marido o su amante, que le ha quitado mi carta de la mano y está subiendo la cuesta a mi encuentro. Pero en ese mismo momento no es el vengativo marido o amante, sino la propia Renate quien la sube, los puños cerrados en torno a su menudo y fornido cuerpo, el pelo rubio y corto ondeando a su paso, ojos azules centelleando, una valquiria en miniatura que viene a decirme que voy a morir en la batalla.

Me ve, se desvía, levantando polvo a su paso. Al acercarse, me pongo en pie en un gesto de cortesía pero pasa frente a mí, se deja caer de golpe en el banco y, fulminándome con la mirada, espera a que me siente a su lado. En Helsinki hablaba un inglés aceptable y el ruso muy bien, pero bajo el influjo de la pasión dejaba aparte esas dos lenguas y recurría a la comodidad de su propio alemán del norte. Aunque por su andanada introductoria es evidente que su inglés ha experimentado una gran mejoría desde la última vez que la oí en nuestros prohibidos fines de semana de hace ocho años en una destemplada casita de la costa báltica con estufa de leña y cama doble.

—¿Es que has perdido la *chaveta* del todo Nat? —pregunta con un giro idiomático, mirándome furiosa—. ¿Qué coño quieres decir: *privado, sólo para ti, conversación informal*? ¿Es que pretendes reclutarme, o te apetece echarme un polvo? Como no me interesa ninguna de las dos propuestas se lo puedes decir a quienquiera que te envíe, porque tú estás *absolutamente* descalificado y *fuera de lugar* y eres lamentable en todos los aspectos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —convengo, y espero a que se calme, porque Renate siempre ha sido más

impulsiva como mujer que como espía.

—¿Stephanie va bien? —pregunta, apaciguada por un momento.

—Mejor que bien, gracias. Al fin ha entrado en razón, está prometida, si te lo puedes creer. ¿Y Paul?

Paul no es su hijo. A Renate le entristece no tener hijos. Paul es su marido, o era; en parte *playboy* de mediana edad, en parte editor.

—Paul también está de maravilla, gracias. Sus mujeres cada vez son más jóvenes y más estúpidas y los libros de su catálogo cada vez peores. Así que lo normal. ¿Has tenido otros pequeños amores desde lo nuestro?

—No me han hecho falta. Estoy más tranquilo.

—¿Y sigues con Prue, supongo?

—Desde luego.

—Muy bien. ¿Vas a decirme por qué me has citado aquí, o tengo que llamar a mi embajador para contarle que nuestros amigos británicos están haciendo proposiciones indecentes a su jefa de Puesto en un parque de Londres?

—Quizá deberías decirle que me han echado del Servicio y estoy en misión de salvamento — sugiero, y espero mientras se recoge: rodillas y codos muy juntos, manos cruzadas sobre las piernas.

—¿De verdad? ¿Te han expulsado? —pregunta—. No será esto una absurda estratagema, ¿verdad? ¿Cuándo?

—Ayer, por lo que puedo recordar.

—¿A causa de algún *amour* imprudente?

—No.

—¿Y a quién has venido a salvar, si me permites la pregunta?

—A ti. Bueno, no a ti en singular. A vosotros, en plural. A ti, a tu personal, a tu Puesto, a tu embajador y a un montón de gente en Berlín.

Cuando Renate escucha con sus grandes ojos azules, uno nunca piensa que vaya a pestañear.

—¿Lo dices en serio, Nat?

—Nunca he hablado más en serio.

Se lo piensa.

—Y seguro que estás grabando nuestra conversación para la posteridad, ¿verdad?

—En realidad, no. ¿Y tú?

—Pues tampoco —contesta—. Y ahora, por favor, sálvanos de prisa, si es eso lo que has venido a hacer.

—Si te dijera que mi antiguo Servicio posee información de que un miembro de los servicios secretos británicos os ha estado ofreciendo aquí, en Londres, información referente a un diálogo sumamente secreto que mantenemos con nuestros socios americanos, ¿qué me responderías?

Su respuesta se produce aún con mayor rapidez de lo esperado. ¿La ha preparado al subir la

cuesta? ¿O ha recibido asesoramiento de arriba al salir de casa?

—Te contestaría que los británicos están tanteando el terreno de forma bastante ridícula.

—¿De qué forma?

—Puede que estéis realizando una burda prueba sobre nuestra lealtad profesional en vista del inminente Brexit. En la absurda crisis actual, nada está por encima de vuestro presunto gobierno.

—Pero no niegas que se os haya hecho ese ofrecimiento, ¿verdad?

—Me has formulado una pregunta hipotética. Yo te he dado una respuesta hipotética.

Después de lo cual frunce de pronto los labios para indicar que la conversación ha concluido; salvo que, en vez de largarse pitando, se queda muy quieta, esperando más sin que se le note. La familia india, harta de que la cometa no eche a volar, baja la colina. Abajo, pelotones de corredores circulan a derecha e izquierda.

—Supongamos que se llama Edward Shannon —sugiero.

Se encoge de hombros.

—Y que, también de forma hipotética, es un antiguo miembro de nuestro interservicio de enlace con base en Berlín. Además, Alemania le encanta, siente el gusanillo alemán. Sus motivos son complejos y, para nuestros mutuos propósitos, irrelevantes. Pero no son siniestros. Sino bienintencionados, en realidad.

—Como es lógico, nunca he oído hablar de ese individuo.

—Pues claro que no. Sin embargo, ha hecho una serie de visitas a tu embajada a lo largo de los últimos meses. —Le especifico las fechas, cortesía de Bryn—. Como su trabajo en Londres no le facilita un vínculo con tu Puesto aquí, no sabía adónde dirigirse con su ofrecimiento de secretos. De modo que abordó al primero que encontró en tu embajada hasta que lo pasaron con un miembro de tu Estación. Shannon es una persona inteligente, pero en lo que se refiere a conspiraciones, lo que tú calificarías de *vollidiot*. ¿Es una hipótesis verosímil?

—Claro que es verosímil. Como cuento de hadas, todo resulta verosímil.

—Quizá te sirva de ayuda el hecho de que a Shannon lo recibió una funcionaria de tu personal llamada Maria Brandt.

—No tenemos a ninguna Maria Brandt.

—Seguro que no. Pero tu Puesto tardó diez días en decidir que no. Diez días de frenéticas deliberaciones hasta que le dijisteis que no estabais interesados en su ofrecimiento.

—Si le dijimos que no teníamos interés, cosa que niego, ¿por qué estamos aquí sentados? Sabéis cómo se llama. Sabéis que intenta vender secretos. Sabéis que es un *vollidiot*. Sólo tenéis que sacaros de la manga un falso comprador y detenerlo. En esa hipotética eventualidad, mi embajada se ha comportado con corrección en todos los aspectos.

—¿Falso comprador, Reni? —exclamo con incredulidad—. ¿Me estás diciendo que Ed mencionó un *precio*? Eso me resulta difícil de creer.

Otra vez la mirada fija, pero más suave, más cercana.

—¿Ed? —repite—. ¿Así lo llamas? ¿A tu hipotético traidor? ¿Ed?

—Así lo llama la gente.

—¿Y tú también?

—Es pegadizo. No significa nada —respondo momentáneamente a la defensiva—. Acabas de decir que Shannon intentaba *vender* secretos.

Ahora le toca a ella dar marcha atrás.

—Yo no he dicho eso. Estábamos discutiendo tu absurda hipótesis. Los vendedores de información confidencial no mencionan de forma automática su precio. Primero muestran su mercancía con objeto de obtener la confianza del comprador. Sólo después se discuten las condiciones. Como tú y yo sabemos muy bien, ¿no es así?

Así es, en efecto. Fue un traficante de secretos de origen alemán quien nos puso en contacto en Helsinki. Bryn Jordan olió a gato encerrado y me ordenó que lo comprobara con nuestros amigos alemanes. Me pusieron en contacto con Reni.

—Así que pasaron diez largos días con sus noches antes de que Berlín acabara ordenando que lo rechazais —reflexiono en voz alta.

—Estás diciendo verdaderas tonterías.

—No, Reni. Estoy tratando de compartir tu dolor. Diez días con sus noches esperando que Berlín no meta la pata. Y ahí estás tú, jefa del Puesto de Londres, con un fastuoso premio al alcance de la mano. Shannon te ofrece información secreta de primer orden. Pero, ay coño, ¿y si le descubren? Piensa en las consecuencias diplomáticas, en nuestra querida prensa británica: ¡el pánico de un espía alemán de cinco estrellas en medio del Brexit!

Empieza a protestar pero no le doy un respiro, porque yo no me estoy permitiendo ninguno.

—¿Conseguisteis dormir? No me refiero a ti. ¿Logró dormir tu Puesto? ¿Tu embajador? ¿Durmió Berlín? Diez días y diez noches antes de tener que decir a Shannon que su oferta era inaceptable. Si volvía a acercarse a vosotros, debíais denunciarlo a las autoridades británicas pertinentes. Y eso es lo que Maria le dijo antes de que ella misma desapareciese entre una nube de humo verde.

—Esos diez días no existen —replica—. Estás viendo visiones, como de costumbre. Si se nos hubiera hecho ese ofrecimiento, que jamás se nos ha hecho, entonces mi embajada lo habría rechazado de plano, descartándolo de manera irrevocable. Si tu Servicio o antiguo Servicio piensa lo contrario, se equivoca. ¿Es que de pronto soy una embustera?

—No, Reni. Estás haciendo tu trabajo.

Está enfadada. Conmigo y consigo misma.

—¿Es que de nuevo intentas adueñarte de mi voluntad utilizando tus encantos?

—¿Es eso lo que hice en Helsinki?

—Pues claro que sí. Seduces a cualquiera. Eres famoso por eso. Por eso te contrataron. De Romeo. Por tus encantos homoeróticos universales. Tú eras insistente, yo era joven. *Voilà*.

—Los dos éramos jóvenes. Y los dos, insistentes, si te acuerdas.

—No me acuerdo. Tenemos recuerdos enteramente distintos del mismo desafortunado

acontecimiento. Convengamos en eso de una vez para siempre.

Es mujer, yo he adoptado una postura dominante y estoy abusando de su amabilidad. Es una agente profesional de los servicios secretos. Se encuentra entre la espada y la pared y no le gusta. Soy un antiguo amante y mi sitio está en el suelo de la sala de montaje, junto a todos los demás. Soy una pequeña pero valiosa parte de su vida y nunca me olvidará.

—Lo único que intento, Reni —insisto, sin molestarme ya en sofocar la urgencia que ha surgido en mi voz—, es averiguar con toda la objetividad posible el *procedimiento* seguido, tanto dentro como fuera de tu Servicio, durante diez días y diez noches para tratar el voluntario ofrecimiento de Shannon de pasar información confidencial de *primera calidad* sobre el objetivo británico. ¿Cuántas reuniones convocadas a toda prisa? ¿Cuánta gente manejó los papeles, llamó por teléfono, mandó emails, emitió señales quizá no siempre por líneas muy seguras? ¿Cuántas conversaciones susurradas en pasillos entre políticos llenos de pánico y funcionarios desesperados por cubrirse las espaldas? ¡Pero, *joder*, Reni! —estallo—. Un joven que ha vivido y trabajado entre vosotros en Berlín, que adora vuestra lengua y a vuestra gente y considera que tiene corazón alemán. No un mercenario de los bajos fondos, sino una persona reflexiva con la descabellada misión de salvar Europa sin ayuda de nadie. ¿No notaste todo eso cuando representaste para él el papel de Maria Brandt?

—¿Así que de buenas a primeras me puse a hacer de Maria Brandt? ¿Por qué diablos tienes esa estúpida impresión?

—No me digas que se lo pasaste a tu número dos. Tú no, Reni. ¿Un voluntario de los servicios de inteligencia británicos con una lista de secretos de alto nivel?

Estoy esperando que vuelva a protestar, a negarlo, a cerrarse en banda como nos enseñaron a los dos. En cambio se apodera de ella una especie de abandono o resignación, gira la cabeza y consulta el cielo matinal.

—¿Por eso es por lo que te han echado, Nat? —quiere saber—. ¿Por el chico?

—En parte.

—Y ahora has venido a salvarnos de él.

—De Ed, no. De vosotros mismos. Lo que estoy tratando de decirte es que, en algún punto de la línea entre Londres, Berlín, Múnich, Fráncfort y dondequiera que se reúnan tus jefes, el ofrecimiento de Shannon no sólo fue descubierto, sino además interceptado y asumido por una corporación rival.

Una bandada de gaviotas ha descendido en picado y se instala a nuestros pies.

—¿Una corporación *americana*?

—Rusa —le digo, y espero mientras ella sigue observando las gaviotas con gran interés

—¿Haciéndose pasar por *nuestro* Servicio? ¿Bajo nuestra bandera, falsamente? —Y concluye, para verificarlo—: ¿Moscú ha reclutado a Shannon?

Sólo sus pequeños puños apretados sobre las rodillas, dispuestos al combate, revelan su indignación.

—Le dijeron que la negativa de Maria a aceptar su oferta era una táctica dilatoria mientras se preparaban para actuar de forma conjunta.

—¿Y se tragó toda esa mierda? Santo cielo.

De nuevo nos quedamos en silencio. Pero se ha esfumado su anterior hostilidad protectora. Igual que en Helsinki, somos camaradas de la misma causa, aunque no lo admitamos.

—¿Qué es *Jericó*? —le pregunto—. El material codificado megasecreto que le hizo flipar. Shannon sólo leyó una pequeña parte pero por lo visto fue lo suficiente para que acudiera corriendo a vosotros.

Me mira todo el tiempo con los ojos muy abiertos, como cuando hacíamos el amor. Su voz ha perdido el tono oficial.

—¿No sabes qué es *Jericó*?

—No tengo autorización. Nunca la he tenido y, a lo que parece, jamás la tendré.

Se ha quedado dormida. Está meditando. Ha entrado en trance. Abre los ojos despacio. Sigo aquí.

—¿Me juras, Nat, como hombre, como la persona que eres, que me estás diciendo la verdad? ¿Toda la verdad?

—Si supiera toda la verdad te la diría. Te he dicho todo lo que sé.

—¿Y los rusos lo han *convencido*?

—También han convencido a mi Servicio. Lo han hecho muy bien. ¿Qué es *Jericó*? —le pregunto de nuevo.

—¿Por lo que Shannon me contó? ¿Es que tengo que revelarte los secretos sucios de tu propio país?

—Si es que se trata de eso. He oído la palabra *diálogo*. Eso es todo lo que conseguí averiguar. Un diálogo supersensible angloamericano de alto nivel que se lleva a cabo por conducto de los servicios de inteligencia.

Respira hondo, cierra los ojos de nuevo, vuelve a abrirlos y fija su mirada en mí.

—Según Shannon, lo que leyó era prueba evidente de una operación encubierta angloamericana ya en estadio de planificación con el doble objetivo de socavar las instituciones socialdemócratas de la Unión Europea y dismantelar nuestro sistema de aranceles internacionales. —Vuelve a respirar hondo y prosigue—: En la era posterior al Brexit, Gran Bretaña estará desesperada por incrementar su comercio con Norteamérica. Estados Unidos satisfará las necesidades británicas pero sólo con determinadas condiciones. Una de ellas consistirá en una operación encubierta conjunta para hacerse con funcionarios, parlamentarios y creadores de opinión de las instituciones europeas, mediante la persuasión pero sin excluir el soborno ni el chantaje. Y también para divulgar noticias falsas a gran escala con objeto de agravar las diferencias existentes entre Estados miembros de la Unión.

—¿Estás citando a Shannon, por casualidad?

—Estoy citando aproximadamente el prólogo introductorio, según dijo, del documento *Jericó*.

Decía que había memorizado trescientas palabras. Las escribí. Al principio no le di crédito.

—¿Ahora sí?

—Sí. Mi Servicio también. Al parecer estamos en poder de información secreta incidental que apoya su relato. No todos los norteamericanos son eurófobos. Ni a todos los británicos les apasiona una alianza comercial a cualquier precio con la Norteamérica de Trump.

—Pero lo rechazasteis de todos modos.

—Mi gobierno prefiere creer que el Reino Unido volverá a ocupar su sitio en la familia europea y por ese motivo es reacio a participar en actividades de espionaje contra una nación amiga. Le agradecemos su ofrecimiento, señor Shannon, pero lamentamos que por esos motivos resulta inaceptable.

—Y eso es lo que le dijiste.

—Eso es lo que me ordenaron que le dijera, de modo que eso es lo que le dije.

—¿En alemán?

—En inglés, en realidad. Su alemán no es tan bueno como él quisiera.

Por eso era por lo que Valentina hablaba con él en inglés y no en alemán, concluyo, resolviendo así, de forma incidental, un problema que me ha tenido toda la noche preocupado.

—¿Le preguntaste por su motivación?

—Pues claro que le pregunté. Me citó el *Fausto* de Goethe. En el principio era la palabra, no el hecho. Quise saber si tenía cómplices, y me citó a Rilke: *Ich bin der Eine*.

—¿Que significa...?

—Que está solo. Que es el *único*, quizá. O las dos cosas. Consulta a Rilke. He buscado la cita y no la he encontrado.

—¿Eso fue en vuestro primer encuentro o en el segundo?

—En nuestra segunda reunión estaba enfadado conmigo. En nuestra profesión no lloramos, pero me dieron ganas. ¿Vais a detenerlo?

Se desliza en mi memoria un aforismo de Bryn:

—Como decimos en el oficio, es demasiado bueno para detenerlo.

Su mirada vuelve a la agostada ladera.

—Gracias por venir a salvarnos, Nat —dice al fin, como notando mi presencia—. Lamento que no podamos devolverte el favor. Creo que ahora deberías volverte a casa, con Prue.

Sólo Dios sabe la clase de reacción que esperaba de Ed cuando entró con toda tranquilidad en los vestuarios para nuestra decimoquinta sesión de bádminton en el Athleticus, pero de ningún modo la alegre sonrisa y el «Hola, Nat, ¿qué tal el fin de semana?» que me dirigió. Según mi experiencia, los traidores que han cruzado hace poco su Rubicón particular y saben que no hay vuelta atrás no irradian una dulce satisfacción. La exultación que acompaña a la creencia de encontrarse en el centro del universo viene seguida las más de las veces por sentimientos de miedo, remordimiento y la más profunda soledad: porque ¿en quién puedes confiar en adelante salvo en tu enemigo?

E incluso Ed podría haber caído ya en la cuenta de que la perfeccionista Anette no era necesariamente la más fiable de las amistades, incluso si su admiración por *Jericó* era infinita. ¿Se había dado cuenta de alguna otra cosa de ella, como la ocasional inseguridad de su inglés con acento germano cuando de forma involuntaria se le deslizó el ruso con sabor georgiano para volver a toda prisa a la cadencia alemana? ¿De su actitud exageradamente germana, un tanto estereotipada, demasiado *de ayer*? Viendo cómo se cambia de ropa busco algún indicio que desdiga mi primera impresión: sus rasgos no se ensombrecen cuando cree que no miro, no hay incertidumbre en sus gestos, tampoco en su voz.

—He pasado un fin de semana estupendo, gracias —le contesto—. ¿Y tú, qué tal?

—Muy bien, Nat, sí, *espléndidamente* —dice con entusiasmo.

Y como desde el primer momento, que yo sepa, nunca ha disfrazado sus emociones en lo más mínimo, sólo puedo suponer que la euforia inicial de su traición aún está por desaparecer y —dado que cree que está favoreciendo la superior causa de Gran Bretaña en Europa y no traicionándola— está tan complacido consigo mismo como parece.

Nos dirigimos a la pista número uno, con Ed delante, balanceando la raqueta y riendo entre dientes. Lanzamos un volante al aire para ver quién saca. Apunta al lado de la red de Ed. Puede que un día el Creador me explique cómo desde aquel lunes negro por la tarde, cuando Ed inició su ininterrumpida serie de victorias, siempre ha ganado el puñetero saque.

Pero me niego a amilanarme. Puede que no esté en magnífica forma. A causa de *force majeure* he descuidado mis carreras matutinas y mis ejercicios en el gimnasio. Pero hoy, por razones demasiado complejas para precisar, estoy del todo decidido a ganar aunque perezca en el empeño.

Llegamos a dos juegos iguales. Ed parece entrar en una de sus fases crepusculares cuando después de un par de peloteos no da muestras de querer ganar. Si puedo mantenerlo ocupado con voleas altas en la línea de fondo, empezará a rematar de forma descuidada. Le lanzo un globo.

Pero en vez de aplastarlo contra la red, como tengo motivos para esperar, tira la raqueta al aire, la coge y anuncia con desenvoltura:

—Ya vale, Nat. Hoy ganamos los dos. Y gracias también por otra cosa, ya que estamos.

¿Por *otra cosa*? ¿Por descubrirlo como un puto espía ruso por casualidad? Pasa agachándose bajo la red, me pone la mano en el hombro —por primera vez— y me conduce por el bar hacia nuestra *Stammtisch*, donde me ordena que me siente. Vuelve con dos cervezas Carlsberg heladas, aceitunas, anacardos y patatas fritas. Se sienta frente a mí, me pasa mi vaso, alza el suyo y suelta un discurso preparado con una voz en la que resuenan sus raíces de las Midlands:

—Nat, tengo algo que decirte de la mayor importancia para mí y espero que para ti también. Voy a casarme con una mujer maravillosa que no habría conocido sin ti. Así que te estoy agradecido de verdad, no sólo por el bádminton tan ameno de los últimos meses, sino también por presentarme a la mujer de mis sueños. De modo que muchas, sí, muchas gracias.

Mucho antes del «sí» ya lo había oído todo. Sólo le había presentado a una mujer maravillosa, y según la tambaleante tapadera que Florence, hecha una furia, se había resistido a compartir, yo la había visto exactamente en dos ocasiones: la primera cuando entré en el despacho de mi ficticio amigo, el corredor de materias primas, y ella era una secretaria temporal de alto nivel; y la segunda, cuando me informó de que no tenía ningunas ganas de seguir diciendo mentiras. ¿Ha dicho entretanto a su *fiancé* que su apreciado oponente de bádminton es un veterano espía profesional? Si el sincero encanto de su sonrisa mientras alzamos los vasos puede servir de guía, no se lo ha dicho.

—Es una noticia espléndida, Ed, pero —protesto— ¿quién *es* esa mujer maravillosa?

¿Me llamará «embustero» y «farsante» porque sabe puñeteramente bien que Florence y yo hemos trabajado en estrecha colaboración durante casi seis meses? ¿O hará lo que hace ahora, es decir, dirigirme una taimada sonrisa de prestidigitador, sacarse su nombre de la chistera y deslumbrarme con él?

—¿Te acuerdas de *Florence*, por casualidad?

Lo intento. «¿Florence? ¿Florence? Espera un momento. Debe de ser la edad. —Sacudo la cabeza—. No me viene, me temo.»

—¡Por amor de Dios, Nat, la chica con la que jugamos al *bádminton*! —estalla—. Aquí *mismo*. Con Laura. Pista tres. ¿No te acuerdas? Trabajaba en régimen temporal con tu amigo de negocios y la trajiste para jugar un partido de dobles.

Permito que me asista la memoria.

—¡Pues claro! *Esa* Florence. Una chica fantástica de verdad. Mi más cordial enhorabuena. ¿Cómo puedo ser tan estúpido? Mi querido amigo...

Mientras nos estrechamos la mano, lidio con otros dos elementos irreconciliables de información secreta. Florence se ha atenido a los votos que profesó a la Oficina, al menos en lo que a mí respecta. Y Ed, reconocido espía ruso, tiene intención de casarse con un miembro de mi Servicio, lo que multiplica al infinito el riesgo de escándalo nacional. Pero se trata sólo de

pensamientos dispersos que me revolotean por la cabeza mientras Ed describe sus planes para «una ceremonia rápida en el Registro Civil, sin chorradas».

—He llamado a mamá y está *encantada* —me confía, inclinándose hacia delante por encima de la cerveza para agarrarme del brazo, con entusiasmo—. Está muy metida en el rollo ese de Jesús, lo mismo que Laura, siempre lo ha estado. Y *creí* que diría, ya sabes, «si Jesús no está presente en la boda, será un fracaso».

Estoy escuchando a Bryn Jordan: *Se metió en una iglesia... veinte minutos... pobre... sin plata.*

—Sólo que mamá no puede viajar, es difícil —explica—. Con tan poca antelación, no. Con su pierna y con Laura, no. Así que lo que dijo fue lo siguiente: «Hazlo como queráis los dos. Y luego, cuando estéis preparados, y no antes, lo haremos como es debido por la Iglesia y daremos un gran banquete al que todo el mundo estará invitado». Cree que Florence es el *summum*, ¿y quién no?, lo mismo que Laura. Así que tenemos cita para este viernes, Nat, todos a las once en punto en el Registro Civil de Holborn, porque habrá cola, sobre todo con el fin de semana a punto de empezar. Calculan quince minutos como máximo, luego le toca a la siguiente pareja y marchando hacia el pub, si os viene bien a Prue y a ti con tan poca antelación y con todo el trabajo que tiene como abogada importante.

Tengo en el semblante la benigna sonrisa paternal que hace que Steff se suba por las paredes. No he retirado el brazo, que sigue entre sus garras. Me doy tiempo para asimilar las sorprendentes noticias.

—Así que, Ed, nos estás invitando a la boda a Prue y a mí —confirmo con el apropiado respeto reverencial—. Florence y tú. Nos sentimos sumamente honrados, es todo lo que puedo decir. Sé que Prue sentirá lo mismo. Le he hablado mucho de ti.

Aún estoy tratando de asimilar la trascendental noticia cuando asesta el *coup de grâce*:

—Sí, vale, pensaba, ya que estamos, bueno, que también podrías ser mi padrino. Si te parece bien —añade, dando paso a su enorme sonrisa, que junto con su reciente necesidad de ponerme la mano encima a la menor ocasión se ha convertido en rasgo habitual de esta conversación.

Mira a otro lado. Agacha la cabeza. Aclárate las ideas. Alza la vista. Sonríe con espontánea incredulidad:

—Bueno, me parece *mejor* que bien, por supuesto, Ed. Pero seguro que conoces a alguien más o menos de tu edad. ¿Un antiguo compañero de colegio? ¿Alguien de la universidad?

Lo piensa, se encoge de hombros, sacude la cabeza, sonrío.

—Pues en realidad, no —dice, momento en el cual no distingo la diferencia entre lo que siento y lo que pretendo sentir. Retiro el brazo y nos damos otro varonil apretón de manos, al estilo inglés.

—Y pensamos que Prue podría ser la *testigo*, porque alguien tiene que serlo —prosigue sin tregua, como si aún no tuviera suficiente—. En el Registro tienen uno de pago por si te hace falta, pero creemos que Prue nos vendría mejor. Porque es abogada, ¿no? Todo sería legal, limpio y ordenado.

—Lo hará, Ed. —Y añadido con cautela—: Con tal de que pueda escaparse del trabajo.

—Además, si te parece bien, he reservado mesa para los tres en el chino a las ocho y media — prosigue, justo cuando pienso que lo he oído todo.

—*¿Esta noche?* —le pregunto.

—Si te viene bien —contesta, y echa un vistazo miope al reloj de detrás del bar, que va diez minutos adelantado y marca las ocho y cuarto. Luego, en tono de remordimiento, añade—: Sólo siento que Prue no pueda venir. Florence tenía muchas ganas de conocerla. Y las sigue teniendo. Sí.

Da la casualidad de que Prue ha cancelado por una vez las citas con los clientes a los que no cobra y está en casa esperando el resultado del encuentro de esta tarde. Pero de momento prefiero guardarme esa información, porque el agente ya está recuperando el dominio de la situación.

—Florence también está deseando conocerte a ti, Nat —añade, para que no sienta celos—. Como es debido. Ya que eres el padrino y todo eso. Aparte de los partidos que hemos jugado.

—Y yo también estoy deseando conocerla *a ella* como es debido —afirmo, y me disculpo para ir a los lavabos.

De camino observo una mesa con dos hombres y dos mujeres que hablan con actitud enérgica mientras paso frente a ellos. Si no me equivoco, a la más alta la vi empujando un carrito de niño en Territorio Beta. Entre un barullo de voces masculinas procedentes de la zona de duchas del vestuario, pongo a Prue al tanto de la buena noticia en un tono convenientemente aséptico y le informo de mi inmediato plan de acción: llevarlos a casa en cuanto terminemos de cenar en el chino. Su voz no cambia. Desea saber si quiero que haga algo en particular. Le digo que necesitaré estar un cuarto de hora en mi estudio para llamar a Steff tal como le prometí. Me contesta que sí, cariño, por supuesto, ella se hará cargo de todo, y ¿alguna cosa más? No se me ocurre nada en este momento, le digo. Acabo de dar mi primer paso irrevocable en un plan que, si no me equivoco, tiene su génesis no reconocida en lo que Bryn llamó mi otra cabeza en cuanto me senté a hablar con él y puede que antes. Porque las semillas de la sedición, según los psiquiatras de la casa, se siembran mucho antes que el acto físico que resulta de ellas.

Dicho esto, en la breve conversación con Prue que acabo de describir, recuerdo que soy la objetividad personificada. Según recuerda Prue, estoy a punto de perderla. De lo que no hay duda es de que, nada más oír mi voz, comprendió que estábamos en modo operativo y que, si bien no me está permitido decirlo, Prue sigue siendo una gran pérdida para la Oficina.

En el Golden Moon están encantados de recibirnos. El propietario es socio vitalicio del Athleticus. Le impresiona que Ed sea mi contrincante habitual. Florence llega a tiempo, sin arreglar y encantadora, y tiene un éxito inmediato con los camareros, que la recuerdan de su última visita. Viene de tratar con albañiles, lo que demuestran las manchas de pintura en sus vaqueros.

Por cualquier criterio racional a estas alturas tendría que estar con los nervios de punta, pero

incluso antes de sentarnos mis dos preocupaciones más acuciantes han desaparecido. Para mi perplejidad y alivio infinito, Florence ha decidido permanecer leal a nuestra inverosímil tapadera, como atestigua nuestro amistoso pero distante saludo: «Vaya, hola otra vez». Mi invitación a tomar café con Prue después de cenar, sobre la cual giran todos mis planes, es recibida con cordiales exclamaciones de aprobación por parte de los novios. Lo único que tengo que hacer es pedir una botella de Spumante —lo mejor en champán que la casa puede ofrecer— en su honor y seguirles la corriente hasta que los lleve a casa y pueda escaquearme a mi cubil.

Como parece que fue ayer cuando presenté a los jóvenes novios, les hago la obligada pregunta de si ha sido amor a primera vista. Se quedan perplejos, no porque desconozcan la respuesta, sino porque consideran que la pregunta está fuera de lugar. Bueno, jugamos unos dobles al bádminton, ¿no?; como si eso lo aclarase todo en vez de no explicar nada, porque mi único recuerdo perdurable del acontecimiento era que Florence se había puesto hecha una furia conmigo después de haber dimitido de la Oficina. Luego tuvieron la cena a la que no asistí: «En esta misma mesa donde estamos ahora, ¿verdad, Flo?», dice orgullosamente Ed. Así que ahí están, con los palillos en una mano y acariciándose con la otra.

—Y partir de ahí..., bueno, ya estaba la cosa hecha, ¿verdad, Flo?

¿Es *Flo* lo que acabo de oír? ¿*Nunca la llames Flo* a menos que seas el hombre de su vida? Su conversación sobre la boda y su incapacidad de dejarse en paz el uno al otro despierta ecos de Steff y Juno en aquel almuerzo dominguero. Les digo que Steff está prometida y se disuelven en simbiótica alegría. Los obsequio con lo que ya se ha convertido en mi aspecto favorito de la vida de los murciélagos gigantes de Barro Colorado. Mi único problema es que cada vez que Ed interviene en la conversación me veo comparando la risueña voz enamorada con la reticente versión que Valentina, alias Anette, alias Gamma, tuvo que soportar hace tres días.

Fingiendo que tengo poca señal en el móvil, salgo a la calle y llamo otra vez a Prue, adoptando el mismo tono indiferente. Hay una furgoneta blanca aparcada en la otra acera.

—¿Qué problema hay ahora? —pregunta.

—Ninguno, en realidad. Sólo quería comprobar —contesto como un estúpido.

Vuelvo a la mesa y confirmo que Prue ha vuelto del bufete y estará encantada de recibirnos. Mi anuncio lo oyen dos hombres sentados a la mesa de al lado, ambos comen despacio. Conscientes de las normas del oficio, siguen masticando cuando nos vamos.

En mi expediente personal de la Oficina Central se manifiesta claramente que aun siendo capaz de adoptar sobre la marcha decisiones operativas de primera clase, mis labores burocráticas dejan mucho que desear. Mientras vamos paseando del brazo y estamos a unos cien metros de casa —Ed, después de media botella de Spumante insiste en que como padrino suyo me tiene cogido entre sus huesudas garras—, se me ocurre que si es cierto que puedo adoptar decisiones operativas de primera clase, todo va a depender ahora de la calidad de mi trabajo administrativo.

Hasta ahora he sido moderado en mi retrato de Prue, pero sólo porque estaba esperando que se disipasen las nubes del obligado distanciamiento y nuestra mirada mutua emergiera en sus verdaderos colores, cosa que ya ha sucedido gracias a su salvadora declaración de intenciones a la mañana siguiente del interrogatorio a que me sometieron mis *chers collègues*.

Si en general la gente no entiende nuestro matrimonio, tampoco comprende a Prue. Abogada de izquierdas, sin pelos en la lengua, al servicio de pobres y oprimidos, intrépida paladina de demandas colectivas, bolchevique de Battersea; ninguna de las fáciles etiquetas que le imponen hace justicia a la Prue que yo conozco. Pese a sus selectos orígenes, es una persona que se ha hecho a sí misma. Su padre, el juez, era un cabrón que no quería competencia por parte de sus hijos, de modo que convirtió su vida en un infierno y se negó a dar apoyo económico a Prue en la universidad para que estudiara Derecho. Su madre murió alcohólica. Su hermano se fue al carajo. Por lo que a mí respecta, no es preciso recalcar su humanidad y sentido común, pero a veces resulta necesario por lo que se refiere a otros, en especial a mis *chers collègues*.

Han concluido los eufóricos saludos. Estamos instalados los cuatro en el invernadero de nuestra casa de Battersea, hablando de alegres trivialidades: Prue y Ed, en el sofá, y Prue ha abierto las puertas para que entre la poca brisa que corre por el jardín. Ha puesto velas, y de su cajón de los regalos ha desenterrado una caprichosa caja de bombones para los novios. Saca de improviso una botella de armagnac viejo que yo ni siquiera sabía que teníamos y ha hecho café en el gran termo de cuando hacemos un picnic. Pero hay algo que, entre todo el ajetreo, necesita quitarse de la cabeza:

—Nat, cariño, disculpa, pero *por favor* no te olvides de que Steff y tú tenéis un asunto urgente que discutir. Creo que dijiste sobre la una —lo que indica el momento de mirar el reloj, ponerme en pie de un salto y, con un «menos mal que me lo has recordado, vuelvo enseguida», apresurarme escaleras arriba, a mi estudio.

Descuelgo de la pared una fotografía enmarcada de mi difunto padre en uniforme de gala, la coloco hacia arriba en el escritorio, saco un cuaderno de un cajón y voy poniendo las hojas de una en una sobre la superficie de cristal con objeto de no dejar huellas. No se me ocurre hasta después que estoy observando una vieja práctica de la Oficina mientras me dispongo a quebrantar hasta la última norma del manual.

Escribo primero un resumen de la información disponible hasta el momento contra Ed. Luego establezco diez instrucciones operativas en diez nítidos párrafos consecutivos, sin jodidos adverbios, como diría Florence. Coronó el documento con el antiguo símbolo de Florence en la Oficina y lo cierro con el mío. Releo lo escrito, no encuentro fallos, doblo la hoja dos veces, la introduzco en un sobre corriente de color marrón y, con letra poco refinada, escribo en él: *Factura para la señora Florence Shannon*.

Vuelvo al invernadero y veo que no me han echado de menos. Prue ha considerado a Florence

como compañera de la huida de las garras de la Oficina, aunque sin reconocerlo abiertamente, y por tanto como mujer con la que tiene un *rapport* inmediato aunque sin especificar. El tema del momento son los albañiles. Pese a su declarada adicción al borgoña, Florence tiene una buena copa de viejo armagnac en la mano y hace uso de la palabra mientras Ed dormita junto a ella en el sofá y de cuando en cuando abre los ojos y le lanza miradas de adoración:

—O sea, Prue, en serio, tratando con albañiles polacos, carpinteros búlgaros y capataces escoceses, ¡lo que más falta me hace son unos putos *subtítulos*! —anuncia entre carcajadas.

Tiene que hacer pis. Prue le muestra el camino. Ed las sigue con la mirada hasta que salen de la habitación, pone luego las manos entre las rodillas, agacha la cabeza y se sume en una de sus ensoñaciones. La chaqueta de cuero de Florence cuelga del respaldo de una silla. Sin que Ed se dé cuenta, la cojo, la llevo al vestíbulo, introduzco el sobre marrón en el bolsillo izquierdo y la cuelgo junto a la puerta de entrada. Vuelven Prue y Florence, que observa que su chaqueta ha desaparecido y me lanza una mirada de interrogación. Ed sigue con la cabeza gacha.

—¡Ah, tu chaqueta! —digo—. De pronto he pensado que se te podía olvidar. Hay algo que sobresalía del bolsillo. Tenía el horrible aspecto de una factura.

—¡Ah, mierda! —exclama, sin pestañear siquiera—. Será del electricista polaco.

Mensaje recibido.

Prue se lanza a un relato condensado de su continua batalla con los barones de las grandes farmacéuticas. Florence le responde con un vigoroso «son lo peor de lo peor, que se vayan a tomar por culo». Ed está adormilado. Sugiero que es hora de que los niños buenos se vayan a la cama. Florence está de acuerdo. Viven al otro extremo de Londres, nos explica. Como si yo no lo supiera: a kilómetro y medio en bicicleta desde Territorio Beta, para ser exactos, pero ella no hace mención a eso. Quizá no conozca esa parte. Por el teléfono móvil de la familia pido un Uber. Llega con misteriosa rapidez. Ayudo a Florence a ponerse la chaqueta de cuero. Su marcha, al cabo de muchos agradecimientos, es rápida, menos mal.

—Verdaderamente estupendo, Prue —dice Florence.

—Fabuloso —conviene Ed entre la neblina del sueño, el Spumante y el armagnac añejo.

Nos quedamos en la puerta, despidiendo con el brazo al coche que se aleja. Seguimos saludando hasta que se pierde de vista. Prue me coge del brazo. «¿Qué te parece un paseo por el parque en esta perfecta noche de verano?»

En el extremo norte del parque hay un banco apartado del sendero que ocupa su propio espacio entre el río y un grupo de sauces. Prue y yo lo consideramos *nuestro banco*, y es donde nos gusta sentarnos a descansar después de cenar con amigos si el tiempo acompaña y nos hemos librado de los invitados a una hora prudencial. Y recuerdo que, por algún instinto residual de nuestra época moscovita, no intercambiamos ninguna palabra comprometedora hasta que nos sentamos, nuestras voces al amparo del rumor del río y el murmullo nocturno de la ciudad.

—¿Crees que es de verdad? —le pregunto después de un largo silencio que soy el primero en romper.

—¿Te refieres a que estén juntos?

Prue, por lo general tan cauta en sus juicios, por una vez no tiene dudas al respecto.

—Eran corchos a la deriva y se han encontrado de pronto —anuncia con su estilo franco y directo—. Ése es el punto de vista de Florence y me complace compartirlo. Están hechos el uno para el otro desde el día en que nacieron, y mientras Florence piense así estarán estupendamente, porque Ed siempre creará lo mismo que ella. Florence piensa que está embarazada, pero todavía no es seguro. De modo que acuérdate de que los planes que tengas para Ed son para tres.

Prue y yo podemos discrepar sobre lo que pensamos o dijimos en la conversación que mantuvimos en murmullos a continuación, pero recuerdo claramente que nuestras voces descendieron a volumen moscovita, como si estuviéramos sentados en el Parque Gorki de la Cultura y el Ocio en vez de en el de Battersea. Le conté todo lo que me había dicho Bryn, todo lo que me había dicho Reni, y ella me escuchó sin hacer comentarios. Apenas me molesté con Valentina y la saga del desenmascaramiento de Ed, porque eso ya quedaba en el pasado remoto. La cuestión, como suele ocurrir cuando se planifica una operación, era cómo utilizar los recursos del enemigo en su contra, aunque yo me encontraba menos dispuesto que Prue a definir a la Oficina como el enemigo.

Y recuerdo que, mientras procedíamos a afinar lo que poco a poco llegó a ser nuestro plan general, rebosaba de simple gratitud por el modo en que nuestras palabras y pensamientos se fundían en una sola corriente cuyo origen carecía de importancia. Pero Prue tiene motivos para no querer saber nada de eso. Pone resueltamente el énfasis en los pasos preparatorios que ya había dado yo, mencionando mi importante carta de instrucciones a Florence. En su versión, yo soy el impulso y ella mi estela: cualquier cosa, por lo que a ella respecta, antes que admitir que la esposa de la Oficina de su juventud y la abogada de su madurez son parientes, aunque sea lejanos.

Lo que es cierto es que cuando me levanté de nuestro banco para caminar unos metros por el sendero que bordea el río, aunque sin alejarme mucho para que Prue me oyera, y pulsé la tecla de Bryn Jordan en el móvil manipulado que me había dado, Prue y yo estábamos, como ella diría, en pleno y total acuerdo en todos los asuntos sustanciales.

Bryn me había advertido de que podría estar de camino entre Londres y Washington, pero el clamor de fondo que oigo por el auricular me dice que está en tierra, que tiene gente alrededor, hombres en su mayoría, y son americanos. Por tanto, supongo que se encuentra en Washington D.C. y que interrumpo alguna reunión, lo que significa que con un poco de suerte no me prestará mucha atención.

—Sí, Nat, ¿cómo vamos? —dice con su habitual tono amable y un deje de impaciencia.

—Se va a casar, Bryn —le informo sin rodeos—. El viernes. Con mi antigua número dos de El Refugio. La mujer de la que hablamos. Florence. En el Registro Civil de Holborn. Se han marchado de mi casa hace unos momentos.

No da muestras de sorpresa. Ya lo sabe. Sabe más cosas que yo. ¿Cuándo no ha sido así? Pero ya no estoy a sus órdenes, ahora voy por libre. Me necesita más a mí de lo que yo lo necesito a él.

—Quiere que sea su padrino, si te lo puedes creer —añado.

—¿Y has aceptado?

—¿Qué querías que hiciera?

Cháchara en segundo plano mientras despacha algún asunto urgente.

—Has pasado una hora entera con él en el club —me recuerda con irritación—. ¿Por qué demonios no le has entrado directamente?

—¿Y cómo iba a hacerlo?

—Diciéndole que antes de ser su padrino hay un par de cosas que tiene que saber, y siguiendo a partir de ahí. Me parece que le voy a asignar el trabajo a Guy, joder. Él no se andará con tonterías.

—¿Quieres escucharme, Bryn, por favor? La boda es dentro de cuatro días. Shannon vive en otro planeta. No es cuestión de quién lo aborde. Se trata de si lo hacemos ahora o esperamos a que se case.

Yo también estoy de mal genio. Soy un hombre libre. Desde nuestro banco, a unos cinco metros en la misma línea del sendero del río, Prue me dirige un mudo gesto de aprobación.

—Shannon está en las nubes, Bryn. Si le hago una proposición ahora, me mandará a paseo y me dirá que asume las consecuencias. ¿Bryn?

—¡Espera!

Espero.

—¿Estás escuchando?

«Sí, Bryn.»

—No voy a permitir que Shannon mantenga otra *treff* con Gamma o con cualquiera antes de que sea nuestro. ¿Te has enterado?

Treff, «cita» en alemán, es un término de la jerga de espías en Alemania. Y la de Bryn.

—¿Y tengo que *decirle* eso, en serio? —replico indignado.

—Lo que tienes que hacer es seguir adelante con la puta misión y no perder más tiempo —me suelta mientras sube la temperatura entre los dos.

—Te lo advierto, Bryn. En su estado actual es difícil de controlar. Y punto. No voy a decirle nada hasta que vuelva a poner los pies en la tierra.

—Entonces ¿*qué* coño vas a hacer?

—Deja que hable con su novia. Florence. Es el único camino viable para llegar a él.

—Ella le advertirá.

—Está adiestrada en la Oficina y ha trabajado para mí. Tiene sentido común y conoce el percal. Si le expongo la situación, se la explicará a Shannon.

Murmullos en segundo plano antes de que vuelva con energía.

—¿Es *consciente*? La chica. De lo que trama su novio.

—No sé si eso tendrá importancia, Bryn. Ni una vez la he encontrado fuera de su lugar. Si es cómplice, también sabrá que va a caer con todo el equipo.

Su tono se suaviza levemente.

—Entonces ¿cómo propones abordarla?

—Voy a invitarla a cenar.

Más ruido de fondo. Luego pregunta con vehemencia:

—¿Que vas a qué?

—Es adulta, Bryn. No tiene tendencia a la histeria y le gusta el pescado.

Se oyen voces, pero no la de Bryn.

Finalmente:

—¿Adónde vas a llevarla, por amor de Dios?

—Al mismo sitio al que la invité la otra vez. —Hora de manifestar algo más de temperamento —. Mira, Bryn, si no te gusta lo que propongo, por mí vale, asigna la puta misión a Guy. O vuelve y ocúpate tú mismo.

Desde nuestro banco, Prue se pasa de prisa el índice por el cuello, indicándome que cuelgue, pero Bryn se me adelanta con un seco:

—Infórmame en cuanto hayas hablado con ella.

Del brazo, con la cabeza gacha, volvemos tranquilamente a casa.

—De todos modos, creo que Florence debe de tener *cierta idea* —comenta Prue—. Puede que no *sepa* mucho, pero sí lo suficiente para estar preocupada.

—Bueno, ahora tendrá más que cierta idea —respondo con brusquedad mientras me la imagino a solas, encorvada entre los escombros de los albañiles de su piso de Hoxton, leyendo mi carta al tiempo que Ed duerme el sueño de los justos.

No me sorprendió —lo contrario me habría sorprendido mucho más— que nunca hubiera visto a Florence con las facciones tan contraídas ni tan carentes de expresión: ni siquiera cuando estaba sentada frente a mí a una mesa de este mismo restaurante enumerando la lista de cargos contra Dom Trench y su caritativa baronesa.

En cuanto a mi propio rostro, reflejado en los múltiples espejos, pues, bueno, desde el punto de vista operativo podría describirse como impasible.

El restaurante tiene forma de L. En la parte más pequeña hay un bar con bancos aguatados para comensales que esperan mesa, así que ¿por qué no se sientan y se toman una copa de champán por sólo doce machacantes? Y eso es lo que hago ahora. Espero a que Florence haga acto de presencia. Pero no soy el único que la está esperando. Los adormilados camareros han desaparecido. Los de hoy son serviciales hasta el extremo, empezando por el *maître d'hotel* que está impaciente por conducirme a la mesa que he reservado y se apresura a preguntar si la señora o yo mismo tendremos alguna exigencia dietética o necesidad especial. Nuestra mesa no está en la ventana, tal como he pedido —«por desgracia, caballero, todas las mesas con ventana ya estaban reservadas desde tiempo atrás»—, pero se atreve a esperar que este rincón tranquilo me resulte aceptable. Podría haber añadido «y es perfecto para los micrófonos», porque según Percy Price, cuando hay un volumen considerable de conversaciones en segundo plano, las ventanas pueden ser enteramente nocivas para la recepción.

Pero ni siquiera los magos de Percy son capaces de cubrir todos los ángulos y rincones de un bar atestado de gente, como demuestra la siguiente pregunta del *maître*, formulada en el profético tono de su oficio:

—Y estamos pensando que vaya directamente a la mesa y disfrute de nuestro aperitivo en paz y tranquilidad, ¿o prefiere que probemos primero en el bar, aunque a algunos quizá les parezca demasiado animado?

Pero a diferencia de los micrófonos de Percy, animación es lo que yo necesito. Elijo un lujoso sofá para dos y pido una copa grande de borgoña además de la mía de champán de doce libras. Entra un grupo de comensales, probablemente no aportados por Percy, al que Florence debe de haberse pegado porque de pronto se sienta a mi lado sin apenas un saludo. Le indico su copa de borgoña tinto. Sacude la cabeza, así que pido agua con hielo y limón. En vez del uniforme de faena de la Oficina lleva su elegante traje sastre. En el sitio de la estrafalaria sortija de plata en el dedo anular, nada.

Por mi parte, llevo una blazer azul marino y pantalones grises. En el bolsillo derecho de la

chaqueta llevo un pintalabios en un estuche cilíndrico de cobre. Es de manufactura japonesa y el único objeto lujoso de Prue. Si se quita la mitad inferior, se encuentra uno con un hueco lo bastante ancho y hondo para alojar una generosa tira de microfilm o, en mi caso, un mensaje manuscrito en un trozo de papel fino.

La actitud de Florence es de falsa superficialidad, exactamente como debe ser. La he invitado a comer, pero mis palabras eran crípticas y, en la leyenda, aún tiene que saber por qué: ¿la he invitado en mi calidad de padrino de su futuro esposo o en la de antiguo superior de ella? Intercambiamos trivialidades. Se muestra cortés, pero está en guardia. Hablando en tono más bajo que el murmullo ambiental, empiezo con el asunto que debemos tratar:

—Primera pregunta —le digo.

Respira hondo e inclina la cabeza, está tan cerca de la mía que siento el cosquilleo de su pelo.

—Sí, sigo queriendo casarme con él.

—¿Siguiendo pregunta?

—Sí, le dije que lo hiciera aunque no sabía de qué se trataba.

—Pero tú le animaste —sugiero.

—Me dijo que era algo que tenía que hacer para detener una conspiración antieuropea, pero que iba contra las normas.

—¿Y tú?

Que si quería hacerlo, que lo hiciese y a tomar por culo las normas.

Sin hacer caso de mis preguntas, entra de lleno en la cuestión.

—Y lo hizo, esto era el viernes, volvió a casa y se echó a llorar sin decir por qué. Le dije que no importaba lo que hubiera hecho, si creía en ello estaba bien. Me aseguró que creía en ello. Le dije: bueno, pues entonces no tienes nada que reprocharte, ¿verdad?

Olvidando su anterior determinación, da un trago de su borgoña.

—¿Y si se entera de con quién ha estado tratando? —le apunto.

—Se entregará o se suicidará. ¿Es eso lo que quieres oír?

—Es información.

Empieza a alzar la voz. Vuelve a bajarla.

—Es incapaz de mentir, Nat. Lo único que conoce es la verdad. Como agente doble sería inútil aunque consintiera en serlo, que no lo hará.

—¿Y vuestros planes de boda? —vuelvo a darle pie.

—He invitado a todo dios a que venga después al pub a reunirse con nosotros, según tus instrucciones. Ed piensa que me he vuelto loca.

—¿Adónde vais de luna de miel?

—A ningún sitio.

—En cuanto llegues a casa, reserva hotel en Torquay. El Imperial o equivalente. La suite nupcial. Dos noches. Si piden un depósito, págalo. Ahora encuentra un motivo para abrir el bolso y ponlo entre los dos.

Abre el bolso, saca un pañuelo de papel, se enjuga los ojos, deja el bolso despreocupadamente abierto entre los dos. Doy un sorbo de champán y, poniéndome el brazo izquierdo delante de pecho, dejo caer dentro del bolso el pintalabios de Prue.

—En cuanto entremos en el comedor estaremos en antena —le digo—. La mesa está pinchada y la sala atestada de gente de Percy. Muéstrate tan jodidamente difícil como siempre, e incluso más. ¿Entendido?

Asiente con frialdad.

—Dilo.

—Entendido, joder —me responde entre dientes.

El *maître* nos está esperando. Nos instalamos en nuestra espléndida mesa del rincón uno enfrente de otro. El *maître* me asegura que tengo la mejor vista de la sala. Percy debe de haberlo enviado a clases de persuasión. Los mismos menús enormes. Insisto en que pidamos *hors d'oeuvre*. Florence pone reparos. La animo a que pida salmón ahumado y dice que bueno. Convenimos en el rodaballo como plato principal.

—Así que hoy, caballero, lo mismo para los dos —exclama el *maître*, como si hoy fuera distinto de los demás días.

Hasta ahora se las ha arreglado para no mirarme. Entonces me mira.

—¿Te importa decirme para qué *coño* me has obligado a venir aquí?

—Con mucho gusto —respondo en el mismo tono tenso—. El Servicio al que perteneciste una vez ha identificado como activo de buen grado de los servicios secretos rusos al hombre con el que vives y con el que por lo visto quieres casarte. Pero a lo mejor esto no es noticia para ti. ¿O sí?

Arriba el telón. Estamos en escena. Reminiscencias de Prue y el que suscribe actuando para los micrófonos en Moscú.

En El Refugio me habían dicho que Florence tenía mal genio, pero hasta el momento sólo la había visto en acción en la pista de bádminton. Si me preguntaran si era real o simulado, sólo podría responder que le salía con mucha naturalidad. Una improvisación a gran escala: la espontaneidad elevada a categoría de arte. Inspirada, instintiva e implacable.

Primero me escucha en un silencio total, las facciones rígidas. Le informo de que disponemos de pruebas irrefutables, tanto en audio como en vídeo, de la traición de Ed. Le digo que está invitada a ver la filmación en privado, lo que es mentira. Que tenemos buenos motivos para creer que cuando se largó estrepitosamente de la Oficina la consumía el odio hacia la élite política británica, y por tanto no me ha sorprendido que haya establecido vínculos con un solitario resentido en misión de venganza que está ofreciendo a los rusos algunos de nuestros más jugosos secretos. Le digo que a pesar de ese acto de suprema locura, o algo peor, estoy autorizado a lanzarle un salvavidas:

—Primero explicas a Ed en términos sencillos que lo hemos descubierto a base de bien. Dile que tenemos pruebas irrefutables, comprobadas desde todos los ángulos. Le informas de que su propio Servicio quiere su cabeza, pero que tiene abierta una vía de escape si se presta a colaborar sin reservas. En caso de que vacile, la alternativa es un largo periodo a la sombra.

Todo esto dicho con tranquilidad, que quede bien entendido, sin estridencias, con la única interrupción de la llegada del salmón ahumado. Por su continuada inmovilidad adivino que Florence se dispone a echar por la boca espumarajos de justa cólera, pero nada de lo que he visto u oído de ella hasta ahora me prepara para la escala de su estallido. Sin hacer ningún caso del inequívoco mensaje que acabo de transmitirle, lanza un ataque frontal en toda regla contra el mensajero: contra mí.

A veces pienso que simplemente por mi condición de espía soy un elegido de Dios, el ombligo del puto universo, mientras que sólo soy un gilipollas salido de un colegio privado y manipulado de arriba abajo. Utilizo el bádminton para ligar. Con el bádminton me ligo chicos guapos. Me he encaprichado de Ed y le he incriminado como espía ruso porque ha rechazado mis proposiciones.

Haciéndome trizas de esa manera es como un animal herido, una salvaje que protege a su hombre y a su hijo nonato. Si hubiera estado toda la noche repasando lo peor que alguna vez se le ha ocurrido sobre mí, no le habría salido mejor.

Después de una superflua intervención del *maître*, que insiste en saber si todo está a nuestro gusto, vuelve a la carga. Inspirándose directamente en el manual de formación, me comunica su primer plan de emergencia táctico.

Muy bien, supongamos, por ejemplo, que Ed *ha* puesto su lealtad en entredicho. Supongamos que una noche se fue de juerga, se puso a beber y los rusos le hicieron un *kompromat*. Y Ed les siguió la corriente, cosa que no haría ni en mil años, pero supongámoslo de todos modos. ¿Es que de verdad pienso que va a firmar, sin condiciones de ninguna clase, como agente doble con plena conciencia de que pueden meterlo en un puto agujero cuando les dé la gana? Así que, en pocas palabras, por favor, ¿sería tan amable de especificarle la clase de *garantías* que podría ofrecer *mi Oficina* a un agente doble sin la más remota posibilidad y a punto de meterse en la puta boca del lobo?

Y cuando le contesto que Ed no está ni mucho menos en posición de negociar y que por tanto ha de confiar en nosotros o atenerse a las consecuencias, sólo me salva de otra andanada la llegada del rodaballo, que ella ataca con breves e indignadas estocadas, mientras calibra su segundo plan de emergencia táctico: la vía que con disimulo conduce a un mal acuerdo.

—Pongamos que *trabaja* para vosotros. ¿Vale? —admite en un tono algo más conciliatorio—. Digamos que lo convenio, cosa que he de hacer. Sólo supongamos. Y la jode, o los rusos tiran de la manta, cualquier cosa. *Entonces* ¿qué? Se queda con el culo al aire, pasa a ser mercancía usada, a la mierda, es historia. ¿Por qué tendría Ed que pasar por toda esa mierda? ¿Para qué molestarse? ¿Por qué no le decís que dé un paso al frente y se meta él solito en la cárcel? En definitiva, ¿qué

es peor? ¿Que lo utilicen ambos bandos como una puta marioneta hasta que acabe muerto en un callejón, o pagar su deuda a la sociedad y salir de una pieza?

Y ése me parece el momento de poner las cosas en su sitio:

—Estás pasando por alto deliberadamente la magnitud de su delito y el montón de pruebas concluyentes acumuladas contra él —le digo en mi tono más persuasivo y resuelto—. Tu futuro marido está hasta el cuello de problemas y nosotros te ofrecemos la oportunidad de sacarlo del lío. Me temo que es cuestión de lo tomas o lo dejas.

Pero eso sólo suscita otra réplica mordaz:

—Así que ahora eres juez y jurado, ¿eh? ¡A tomar por culo los tribunales de justicia! ¡A la mierda los juicios justos! ¡A hacer puñetas los derechos humanos y todo lo que tu mujer comprometida con la sociedad civil cree que representa!

Sólo después de un largo rato de meditación por su parte obtengo el gran logro por el que tanto me ha hecho trabajar. Sin embargo, incluso ahora consigue mantener un remedo de dignidad:

—No reconozco nada, ¿de acuerdo? Ni una puñetera cosa.

—Sigue.

—Si Ed dice, y sólo si dice: «Vale, me he equivocado, quiero a mi país, colaboraré, seré agente doble, asumiré el riesgo». Si, repito. ¿Le concederán la amnistía o no?

Le doy largas. No prometas nada de lo que no te puedas retractar. Un aforismo de Bryn.

—Si se lo gana, y nosotros *decidimos* que se lo ha ganado, y si el ministro del Interior lo aprueba: sí, con toda probabilidad tendrá su amnistía.

—¿Y luego, qué? ¿Se juega el cuello por nada? ¿Y yo? ¿Qué me dices de pagarle una puta compensación por el riesgo que corre?

Ya hemos hecho suficiente. Ella está agotada, yo también. Hora de bajar el telón.

—Florence, nos ha costado mucho llegar hasta ti. Queremos adhesión incondicional. La tuya y la de Ed. A cambio ofrecemos gestión especializada y apoyo total. Bryn necesita una respuesta clara. *Ahora*. No mañana. Ni pasado mañana. No hay nada que pensar. Sólo «sí, Bryn, lo haré». O «no, Bryn, asumo las consecuencias». ¿Qué va a ser?

—Primero tengo que casarme con él —anuncia sin levantar la cabeza—. Antes de eso, nada.

—¿Antes de decirle lo que hemos acordado?

—Antes.

—Así que, ¿cuándo se lo dirás exactamente?

—Después de Torquay.

—¿Torquay?

—Donde vamos a pasar cuarenta y ocho horas de puta luna de miel —me suelta, en un inspirado resurgimiento de cólera.

Un silencio compartido, mutuamente organizado.

—¿Somos amigos, Florence? —le pregunto—. Yo creo que sí.

Extiendo la mano hacia ella. Aún sin alzar la cabeza, la coge, primero con aire vacilante y

luego la aprieta de verdad mientras en secreto la felicito por su insuperable actuación.

Los dos días y medio de espera bien podrían haber sido un centenar y recuerdo hasta el último minuto. Los insultos de Florence, por mucho que no hicieran mella, habían surgido de la vida misma, y en las raras ocasiones en que dejo de considerar las contingencias operativas que se ciernen frente a nosotros, su convincente actuación vuelve a mi memoria para acusarme de faltas que no he cometido y de algunas que he cometido.

Desde su declaración de solidaridad, Prue no ha mostrado ni el menor indicio de renunciar a su compromiso. No pareció dolida al enterarse de mi aventura con Reni. Hace mucho que consignó tales asuntos a un pasado irrecuperable. Cuando me atreví a recordarle los peligros que podían acecharla en su carrera jurídica me contestó con cierta aspereza que era bien consciente de ellos, gracias. Cuando le pregunté si un juez británico establecería alguna distinción entre pasar secretos a los alemanes o a los rusos me contestó riendo que para muchos de nuestros queridos jueces los alemanes eran peores. Y durante todo el tiempo, pese a seguir negándolo, no olvidó el entrenamiento recibido en la Oficina ocupándose de sus tareas encubiertas con una eficacia que yo daba discretamente por sentada.

En su vida profesional mantenía su apellido de soltera, Stoneway, y a ese nombre dijo a su secretaria que le alquilara un coche. Si la compañía necesitaba detalles sobre el permiso de conducir, ella se los facilitaría en el momento de recoger el vehículo.

A petición mía llamó dos veces a Florence, la primera para preguntarle, con complicidad femenina, en qué hotel de Torquay se alojaría la pareja para pasar la luna de miel, porque ardía en deseos de enviarle flores y por su parte Nat había decidido mandar a Ed una botella de champán. Florence dijo que se registrarían en el Imperial con el nombre de señor y señora Shannon, y Prue me informó de que parecía centrada, y que representó a la perfección el nerviosismo de una futura novia en beneficio de los escuchas de Percy. Prue envió sus flores y yo mi botella, los dos por internet, confiando en la vigilancia del equipo de Percy.

La segunda vez que Prue llamó a Florence fue para preguntarle si podía ayudarla a organizar el festejo de después de la boda en el pub, dado que su bufete estaba en la misma calle, un poco más allá. Florence dijo que habían reservado una sala grande para celebraciones privadas, que estaba bien pero olía a pis. Prue prometió echar una mirada, aunque convinieron en que era demasiado tarde para cambios. ¿Tienes escuchas allá abajo, Percy?

Utilizando el portátil y la tarjeta de crédito de Prue en vez de los míos examinamos vuelos para diversos destinos europeos y observamos que, en temporada alta, en las líneas aéreas normales todavía había plazas de sobra en clase preferente. A la sombra del manzano repasamos una vez

más todas las fases de nuestro plan de acción hasta el último detalle. ¿Se me había pasado algo importante? ¿Era concebible que después de toda una vida dedicada al sigilo fuera a caer en el último obstáculo? Prue aseguró que no. Había revisado nuestras disposiciones sin encontrar fallo alguno. Entonces, en lugar de preocuparme inútilmente, ¿por qué no llamaba a Ed y le preguntaba si tenía tiempo para comer? Y sin necesitar más ánimos, es lo que hago: me pongo en mi papel de padrino sólo veinticuatro horas antes de que Ed se case con Florence por lo civil.

Llamo a Ed.

Responde con entusiasmo. «¡Qué gran idea, Nat! ¡Fenomenal!» Sólo dispone de una hora, pero a lo mejor puede alargarla. «¿Qué tal el bar Dog & Goat? Allí a la una en punto.»

«En el Dog & Goat. Allí nos vemos.» A las trece horas, en punto.

Aquel día hay una aglomeración de funcionarios trajeados en el Dog & Goat, cosa nada sorprendente porque está a unos quinientos metros de la calle Downing, Exteriores y Hacienda. Y muchos de esos empleados públicos son de la edad de Ed, así que cuando viene serpenteando hacia mí entre esa marabunta en la víspera de su boda, en cierto modo no me parece bien que casi nadie se vuelva para saludarlo.

No hay *Stammtisch* disponible, pero Ed utiliza con acierto su estatura y sus codos entre la *mêlée* y pronto libera dos taburetes en la barra. Y no sé cómo me abro paso hasta primera línea y pido unas cervezas de barril, no heladas pero casi. Además de un par de platos de queso cheddar, encurtidos y pan reciente que nos llegan de mano en mano por la barra.

Con esos elementos básicos logramos improvisar una especie de rincón estratégico y hablamos a gritos por encima del estruendo. Sólo espero que la gente de Percy haya puesto escuchas, porque todo lo que Ed dice es como un bálsamo para mis crispados nervios:

—¡Florence se ha vuelto *loca* de remate! ¡De verdad, Nat! ¡Flo ha invitado a la fiesta a todos sus amigos pijos! ¡Críos y todo! ¡Y ha reservado un *hotel* de la hostia en Torquay con *piscina* y *salón de masaje*! ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—¡Estamos pelados, Nat! ¡Sin un céntimo! ¡Todo se ha ido en los albañiles! ¡Sí! ¡Tendremos que limpiar nosotros después de nuestra noche de bodas!

De pronto es hora de que vuelva al oscuro agujero de Whitehall donde lo hayan metido. El bar se vacía como cumpliendo una orden y nos encontramos en la relativa calma de la acera, sólo con el ruido del tráfico de Whitehall.

—Iba a celebrar la despedida de soltero —dice Ed incómodo—. Sólo tú y yo, y eso. Pero Flo me la ha echado a perder, dice que son gilipollecés de hombres.

—Florence tiene razón.

—Le he quitado el anillo —añade—. Le he dicho que se lo devolveré cuando sea mi mujer.

—Buena idea.

—Lo llevo conmigo para que no se me olvide.

—¿No quieres que te lo guarde yo hasta mañana?

—No, de verdad. Grandiosos partidos de bádminton, Nat. Los mejores de mi vida.

—Y habrá muchos más cuando vuelvas de Torquay.

—Será estupendo. Sí. Nos vemos mañana, entonces.

En las aceras de Whitehall, nada de abrazos, aunque me temo que tiene esa intención. En cambio, me da un doble apretón de manos, bombeando la mía de arriba abajo entre las suyas.

Han pasado las horas no sé cómo. Al atardecer, Prue y yo estamos otra vez debajo del manzano, ella con su iPad, yo con un libro de ecología sobre el inminente apocalipsis que Steff quiere que lea. He colgado la chaqueta en el respaldo de la silla y debo de haberme adormilado porque tardo un momento en comprender que el graznido que oigo viene del móvil manipulado de Bryn Jordan. Pero por una vez soy lento de reflejos. Prue me lo ha sacado de la chaqueta y se lo ha llevado a la oreja:

—No, Bryn. Su mujer —dice con energía—. Una voz del pasado. ¿Cómo estás? Bien. ¿Y la familia? Me alegro. Está en la cama, no se sentía muy en forma. Todo Battersea está cayendo a montones por lo mismo. ¿Puedo ayudarte en algo? Bueno, seguro que eso le hará sentirse *mucho* mejor. Se lo diré en cuanto se despierte. Y tú también, Bryn. No, todavía no, pero por aquí el correo es un desbarajuste. Seguro que iremos, si no hay algún contratiempo. Qué lista es. Una vez probé al óleo, pero fue un fracaso. Que pases buena noche tú también, Bryn, dondequiera que estés.

Corta la comunicación.

—Bryn te manda su enhorabuena —me dice— y una invitación a la exposición de Ah Chang en la calle Cork. No sé por qué, me parece que no podremos ir.

Es temprano. Hace tiempo que ha amanecido: en las laderas boscosas de Karlovy Vary, en la empapada cima de una colina en Yorkshire, en Territorio Beta y en las pantallas gemelas de la sala de Operaciones; ya es por la mañana en Primrose Hill, en El Refugio, en la pista número uno del Athleticus. He hecho té y zumo de naranja y me he vuelto a la cama: el mejor momento para adoptar las decisiones que no pudimos tomar ayer, descubrir lo que haremos el fin de semana o adónde vamos a ir de vacaciones.

Pero hoy hablamos exclusivamente de lo que nos pondremos para el gran acontecimiento, y de lo divertido que va a ser, y qué idea tan genial la mía de sugerir Torquay porque los chicos parecen *enteramente* incapaces de tomar *alguna* decisión práctica; los chicos son una nueva abreviación para referirnos a Ed y Florence, y nuestra conversación es un regreso preventivo a

nuestra época moscovita, porque lo único seguro sobre Percy Price es que la amistad siempre viene en segundo término cuando hay una extensión telefónica al lado de la cama.

Hasta ayer por la tarde creía que todas las bodas se celebraban en la planta baja, pero salí bruscamente de mi error cuando al volver del Dog & Goat llevé a cabo un discreto reconocimiento fotográfico de la zona objetivo y confirmé que el Registro Civil que Ed y Florence habían elegido se encontraba en la quinta planta, y la única razón por la que tenían un hueco con tan poca antelación era que ofrecía ocho arduos tramos de fría escalera de piedra como forma de llegar al mostrador de recepción y otro medio tramo para entrar en una cavernosa sala de espera con arcos que parecía un teatro sin escenario, con un ambiente de música suave, lujosos asientos y un mar de gente intranquila reunida en grupos frente a una reluciente puerta lacada en negro al otro extremo que llevaba el letrero de BODAS. No había más que un ascensor minúsculo, con prioridad para los discapacitados.

En el curso de dicho reconocimiento también establecí que la tercera planta, arrendada en su integridad a una empresa de auditorías, daba a un pasaje elevado de estilo veneciano que conectaba con un edificio similar al otro lado de la calle; y mejor aún, a una escalera como de faro que bajaba directamente a un aparcamiento subterráneo. Desde las insalubres profundidades del aparcamiento, la escalera era accesible a cualquier idiota que quisiera subir por ella. Pero para los que querían bajarla a través del pasaje de la tercera planta, el acceso estaba prohibido a no ser que fueran residentes del edificio, a juzgar por el estridente letrero de PROHIBIDA LA ENTRADA AL PÚBLICO que había pegado en unas sólidas puertas controladas por un mecanismo electrónico. En la placa de cobre del auditor se leían los nombres de seis socios. El primero era un tal M. Bailey.

A la mañana siguiente, casi en silencio, Prue y yo nos vestimos.

Voy a informar de los acontecimientos como lo haría con cualquier operación especial. Llegamos pronto a propósito, a las once y cuarto. Subiendo por la escalera de piedra nos detenemos en la tercera planta y, mientras Prue sonríe con su sombrero de flores, entablo conversación con la recepcionista de la empresa de auditorías. No, dice en respuesta a mi pregunta, los empleados no salen antes los viernes. Le informo de que soy un antiguo cliente del señor Bailey. Y como un robot me contesta que va a estar reunido toda la mañana. Le digo que somos antiguos amigos del colegio pero que no lo moleste, solicitaré una cita formal para la semana próxima. Le entrego una tarjeta de visita, vestigio de mi antiguo destino: *Consejero comercial, Embajada de Su Majestad, Tallin*. Espero a que termine de leerla.

—¿Dónde está Tallin? —pregunta con descaro.

—En Estonia.

—¿Y dónde está Estonia? —insiste con una risita.

—En el Báltico —le digo—. Al norte de Letonia.

No me pregunta dónde está el Báltico pero sus risitas me dicen que he conseguido mi objetivo. También he echado a perder mi tapadera, pero ¿qué más da a estas alturas? Subimos dos pisos más la cavernosa sala de espera, donde una corpulenta mujer de uniforme verde con charreteras de general de división va colocando en fila a las comitivas nupciales. Cada vez que concluye una boda suena un campanilleo por los altavoces, después del cual se hace entrar al grupo más cercano a la puerta negra, que entonces se cierra y las campanillas vuelven a sonar unos quince minutos después.

A las once cincuenta y uno Florence y Ed entran del brazo por la escalera, con aspecto de anuncio de una sociedad de crédito hipotecario; Ed con un traje gris nuevo que le sienta tan mal como el viejo, y Florence con el mismo traje sastre que llevaba un soleado día de primavera hace mil años cuando, como joven y prometedor agente secreta, presentó Rosebud a sus mayores del Directorio de Operaciones. Lleva en la mano un ramo de rosas rojas que Ed debe de haberle comprado.

Nos damos un beso: Prue a Florence, Prue a Ed; después de lo cual, como padrino, doy un beso a Florence en la mejilla, el primero que nos damos.

—Ya no hay vuelta atrás —le musito enérgicamente al oído, en tono jocoso.

Apenas nos hemos separado cuando Ed me envuelve con sus largos brazos, me da un chapucero abrazo varonil —dudo que lo haya hecho antes— y de pronto me levanta hasta el nivel de su estatura estrechándome contra su pecho, casi ahogándome en la operación.

—Prue —anuncia—. Este individuo juega *pésimamente* al bádminton, pero por lo demás no es malo.

Me deposita en el suelo, jadeando y riendo de excitación mientras yo observo a los recién llegados en busca de un rostro, gesto o silueta que me confirme lo que ya sé: Prue no va a ser de ningún modo la única testigo de esta boda.

—¡*El grupo de Edward y Florence*, por favor! ¿*El grupo de Edward y Florence*? Gracias. Por aquí, por favor. Adelante.

La general de división nos conduce con su uniforme verde, pero la brillante puerta negra sigue cerrada. El campanilleo llega a su punto culminante y va apagándose poco a poco.

—Oye, Nat, resulta que se me ha olvidado el anillo —me murmura Ed con una sonrisita.

—Entonces es que eres gilipollas —le replico, mientras me da un empujón en el hombro para que sepa que está de broma.

¿Habrá mirado Florence dentro del lujoso pintalabios japonés de Prue que dejé caer en su bolso? ¿Ha leído la dirección que contiene? ¿La ha consultado en Google Earth, habrá identificado la remota pensión en lo alto de los Alpes de Transilvania cuyos dueños son un matrimonio catalán de avanzada edad que una vez fueron agentes míos? No, no lo habrá hecho, es demasiado lista, sabe de contravigilancia. Pero ¿ha leído la carta que incluyo para ellos, escrita en letra pequeña en un rollo de papel fino, según nuestras mejores tradiciones? *Queridos Pauli y Francesc, por favor, tratad a esta buena gente lo mejor que podáis, Adam.*

La funcionaria del Registro es una señora de generosa corpulencia y aire severo, aunque por una buena causa. Tiene una abundante cabellera rubia y se dedica a casar a la gente, un año sí y otro también, se le nota en el paciente tono de voz. Cuando vuelve a casa por la noche, su marido le pregunta: «¿Cuántas han sido hoy, cariño?». Y ella le contesta: «No he parado un momento, Ted», o George, o comoquiera que se llame, y se ponen a ver la televisión.

Hemos llegado al punto álgido de la ceremonia nupcial. Según mi experiencia, hay dos clases de novia: las que musitan su parlamento de forma inaudible y las que lo gritan para que las oiga el mundo entero. Florence es de esta última escuela. Ed sigue su ejemplo y lo dice bruscamente, apretándole la mano y mirándola muy de cerca a la cara.

Pausa.

La funcionaria está incómoda. Dirige la mirada al reloj de encima de la puerta. Ed está buscando algo. No recuerda en qué bolsillo se ha guardado el anillo. «Mierda», murmura. El desagrado de la registradora se torna en sonrisa comprensiva. ¡Aquí está!, en el bolsillo derecho de los pantalones nuevos, el mismo sitio en que guarda la llave de la taquilla mientras me gana al bádminton, eso.

Intercambian anillos. Prue se pone al lado izquierdo de Florence. La funcionaria del Registro añade su muy personal enhorabuena. La añade veinte veces al día. El campanilleo expande la gozosa noticia de su unión. Se abre otra puerta frente a nosotros. Hemos acabado.

Un pasillo a nuestra izquierda, otro a la derecha. Bajamos por la escalera a la tercera planta, todo el mundo al galope menos Florence que se queda rezagada. ¿Ha cambiado de idea? La recepcionista de la auditoría sonrío al ver que nos acercamos.

—Lo he consultado —dice orgullosa—. Tallin tiene tejados rojos.

—Desde luego que sí, y el señor Bailey me ha asegurado que podríamos utilizar el pasaje siempre que quisiéramos —le señalo.

—No hay problema —contesta con voz cantarina, pulsando un botón a su lado.

Las puertas eléctricas sufren una sacudida y se abren despacio. Con la misma lentitud se cierran a nuestra espalda.

—¿Adónde vamos? —pregunta Ed.

—Es un atajo, cariño —le contesta Prue.

Corretemos por el puente estilo veneciano con Prue a la cabeza y coches pasando a nuestros pies.

Bajo deprisa por la escalera tipo faro, saltando los escalones de dos en dos. Ed y Florence van justo detrás de mí, Prue en la retaguardia. Pero lo que aún no sé cuando entramos en el aparcamiento subterráneo es si la gente de Percy viene detrás de nosotros o es sólo el eco de nuestros pasos, que nos persigue. El coche alquilado es un Golf híbrido negro. Prue lo ha aparcado aquí hace una hora. Lo abre y se instala en el asiento del conductor. Yo sujeto la puerta trasera para que suban los novios.

—Vamos, Ed, cariño —dice Prue, ansiosamente—. Sorpresa.

Ed está inseguro, mira a Florence, que pasa frente a mí, sube atrás y da unas palmaditas a su lado en el asiento.

—Venga, marido. No lo estropees. Nos vamos.

Ed sube al coche con dificultad y se acomoda junto a ella; yo, en el asiento del acompañante. Al sentarse, Ed pone las largas piernas de lado. Prue pulsa el cierre centralizado y conduce hacia la salida, introduce el tique del aparcamiento en la ranura. La barrera se alza temblorosa. Hasta el momento, los retrovisores están limpios: ni coche ni motocicleta. Pero eso no significa nada si la gente de Percy ha marcado los zapatos de Ed, o su traje nuevo, o lo que quiera que marquen.

Prue ya ha introducido «Aeropuerto de Londres» en el dispositivo de navegación por satélite, señalándolo como nuestro destino. Maldita sea. Debería haber pensado en eso. No se me ocurrió. Florence y Ed se están besando, pero no pasa mucho tiempo antes de que Ed se incline hacia delante y mire el GPS, luego a Florence:

—¿Qué ocurre? —pregunta. Y cuando nadie le contesta—: ¿Qué pasa, Flo? Dímelo. No me vengas con tonterías. No me gusta.

—Nos vamos al extranjero —le informa ella.

—Imposible. No llevamos equipaje. ¿Y toda la gente que hemos invitado? No hemos cogido los putos pasaportes. ¡Es una locura!

—Yo llevo los pasaportes. Después nos ocuparemos del equipaje. Ya compraremos algo.

—¿Con qué?

—Nat y Prue nos han dado algo de dinero.

—¿Por qué?

Luego, cada cual se recoge en su propio silencio: Prue a mi lado, Ed y Florence en el espejo, separados y mirándose.

—Porque lo saben, Ed.

—¿Qué saben?

Y una vez más se hace el silencio en el coche.

—Saben que has hecho lo que te dictaba la conciencia —contesta Florence—. Te han pillado con las manos en la masa y están cabreados.

—¿Quiénes? —pregunta Ed.

—Tu propio Servicio. Y el de Nat.

—¿El Servicio de *Nat*? Nat no es de ningún Servicio. Es Nat.

—Tu Servicio gemelo. Es uno de ellos. No es culpa suya. Así que tú y yo nos vamos un tiempo al extranjero con ayuda de Nat y Prue. Si no lo hacemos, iremos a la cárcel; los dos.

—¿Es cierto eso, Nat? —pregunta Ed.

—Me temo que sí, Ed —contesto.

A partir de entonces todo salió de maravilla. Desde el punto de vista operativo fue una

exfiltración tan limpia como cabría desear. Ya hice unas cuantas en mi época, aunque nunca en mi propio país. Ningún jaleo cuando Prue sacó billetes de último minuto en preferente para Viena utilizando su tarjeta de crédito. Nada de nombres por la megafonía en el embarque. Nada de «por aquí, por favor» cuando Prue y yo dijimos adiós con la mano a la feliz pareja en cuanto pasaron por la puerta de embarque a la zona de seguridad. Ciertamente, no nos devolvieron el saludo, pero es que sólo llevaban dos horas casados.

Ciertamente, desde el momento en que Florence descubrió mi tapadera, Ed no me dirigió la palabra ni para decir adiós. Estuvo muy bien con Prue, murmuró «Gracias, Prue» y hasta logró darle un beso en la mejilla. Pero cuando me llegó el turno, me lanzó una mirada a través de sus gruesas gafas y luego apartó la cabeza, como si hubiera visto más de lo que podía soportar. Habría querido decirle que me consideraba un hombre decente, pero era demasiado tarde.

Agradecimientos

Mi sincero agradecimiento a la cuadrilla de fieles amigos y lectores anticipados —algunos de los cuales no quieren ver su nombre aquí— que han navegado por los primeros borradores de este libro y han sido generosos con su tiempo, su consejo y su apoyo. Cabe mencionar a Hamish MacGibbon, a John Goldsmith, a Nicholas Shakespeare, a Carrie y Anthony Rowell y a Bernhard Docke. Durante lo que ya debe de ser medio siglo, Marie Ingram, la decana literaria de la familia, nunca nos ha fallado ni con su erudición ni con su entusiasmo. El escritor y periodista Misha Glenny, de manera infatigable y generosa, puso a mi disposición su fondo de conocimientos sobre asuntos rusos y checos. A veces me pregunto si mis novelas se pierden deliberadamente por el laberinto de los procedimientos jurídicos ingleses por el absoluto placer de que Philip Sands, escritor y consejero de la reina, me saque de él. Lo ha vuelto a hacer esta vez, aplicando al mismo tiempo su mirada de maestro a mis impropiedades textuales. Para la poesía del bádminton estoy en deuda con mi hijo, Timothy. A mi ayudante de tanto tiempo, Vicki Philips, le agradezco de corazón su diligencia, sus múltiples conocimientos y su perseverante sonrisa.

Un hombre decente
John le Carré

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Agent Running in the Field*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Cristina Reche

© David Cornwell, 2019

© de la traducción, Benito Gómez Ibáñez, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2019

ISBN: 978-84-08-21743-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA NEGRA



¡Síguenos en redes sociales!



